

LA CASA DE LA  
**NOCHE**

# OCULTO

P. C. CAST Y KRISTIN CAST

SERIE NÚMERO 1 EN VENTAS EN MÁS DE 100 PAÍSES

Lectulandia

La desconfianza y la Oscuridad se han instalado en La Casa de la Noche. Es más importante que nunca que todos los amigos de Zoey permanezcan juntos, pero no parece posible de momento. Las gemelas siguen sin hablarse y, lo que es mucho peor: Kalona, el mortal enemigo de Zoey, es ahora su guardián.

Además, Zoey está casi segura de estar perdiendo la razón: sospecha que Aurox es más de lo que parece. ¿Es posible que Heath haya vuelto de la muerte encarnado en ese chico tan perturbador? Lo que está claro es que Aurox es peligroso, y sus amigos no entenderían sus dudas. Ella sabe que él puede ser la respuesta para acabar con la Oscuridad de una vez por todas, pero si se equivoca, podría suponer la destrucción de todo lo que ama.

**Lectulandia**

P. C. Cast & Kristin Cast

**Oculta**

**La Casa de la Noche - 10**

ePub r1.0

Titivillus 16.08.15

Título original: *Hidden*

P. C. Cast & Kristin Cast, 2012

Traducción: María Otero González

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Este libro está dedicado a aquellos que cometen errores y que son lo suficientemente valientes para corregirlos y lo suficientemente sensatos para aprender de ellos.

## Agradecimientos

A Kristin y a mí nos gustaría darle las gracias a toda la familia de St. Martin's Press. Apreciamos sobremanera que a nuestro equipo le guste el mundo de la Casa de la Noche tanto como a nosotras. Un GRACIAS muy especial al personal de producción, que trabaja muy duro para cumplir con tan estrictos plazos. ¡Sois increíbles!

Una vez más, nos gustaría expresar nuestro reconocimiento a la comunidad de Tulsa. Vuestro entusiasmo y apoyo a la Casa de la Noche es toda una lección de humildad que nos conmueve. Estamos orgullosas de que Tulsa sea nuestro hogar.

Gracias, CZ. Tú sabes por qué.

Como siempre, gracias a nuestra amiga y agente, Meredith Bernstein, ya que sin ella la Casa de la Noche no existiría. ¡Te queremos!



## Lenobia

Lenobia dormía con tal inquietud que ese sueño ya familiar adquirió una sensación de realidad que sobrepasó al etéreo reino del subconsciente para tornarse desgarradoramente verosímil.

Comenzó con un recuerdo. Décadas, y posteriormente siglos, la transportaron hasta una Lenobia joven e ingenua en la bodega de carga del barco que la había llevado desde Francia a Estados Unidos; de un mundo a otro. Fue durante ese viaje cuando conoció a Martin, el hombre que debería haber sido su compañero durante toda su vida. Sin embargo, había muerto demasiado joven y se había llevado el amor de Lenobia a la tumba.

En su sueño, podía percibir el suave mecer del barco y el olor de los caballos y el heno, del mar y los peces... y de Martin. Siempre Martin. Estaba ante ella, mirándola con aquellos ojos de color marrón aceitunado teñidos de preocupación. Lenobia acababa de decirle que lo amaba.

—Es imposible. —Los recuerdos del sueño volvieron a reproducirse en su mente cuando Martin le tomó la mano y se la levantó con cuidado. Elevó a continuación su brazo y lo unió al de ella—. ¿No ves la diferencia?

La Lenobia del sueño soltó una breve y muda exclamación de dolor. ¡El sonido de su voz! Ese peculiar acento criollo; grave, sensual, único. Era el recuerdo agri dulce del sonido de su voz y su hermoso acento lo que había mantenido alejada a Lenobia de Nueva Orleans durante más de doscientos años.

—No. —La joven Lenobia había respondido a su pregunta mientras miraba sus brazos (uno blanco, el otro negro) allí donde ambos se unían—. Lo único que veo es a ti.

Aún profundamente dormida, Lenobia, la profesora de equitación de la Casa de la Noche de Tulsa, se revolvió inquieta, como si su cuerpo estuviera intentando obligar a su mente a despertar. Pero esa noche su mente no obedecía. Esa noche eran los sueños los que la dominaban.

La secuencia de recuerdos cambió a otra escena: aún en la bodega del mismo barco, aún con Martin, pero días después. Martin le estaba dando una larga tira de cuero atada a un pequeño saquito teñido de un azul profundo, como el de los zafiros. Se lo colgó a Lenobia alrededor del cuello y le dijo:

—Este grisgrís te protegerá, querida.

En apenas un segundo el recuerdo vaciló y el tiempo avanzó un siglo. Una Lenobia mayor, más sabia y cínica, estaba acunando en sus manos el desgastado

saquito de cuero cuando este se rajó y su contenido se vertió: trece cosas, tal como Martin le había dicho, pero la mayoría de ellas se habían vuelto irreconocibles tras un siglo portando el amuleto. Lenobia recordó un leve olor a enebro, el suave tacto de la arcilla antes de convertirse en polvo y la pequeña pluma de paloma que se había desmenuzado entre sus dedos. Pero sobre todo recordó la fugaz sensación de alegría que la había embargado cuando, en medio de la desintegración de los restos del amor y la protección de Martin, había descubierto algo que el tiempo no había podido saquear. Un anillo: una esmeralda con forma de corazón, rodeada por diminutos diamantes y engarzada en oro.

—El corazón de tu madre, tu corazón, mi corazón —había susurrado Lenobia mientras se colocaba el anillo en el dedo índice—. Sigo echándote de menos, Martin. Nunca te he olvidado. Lo juro.

Y entonces los recuerdos del sueño rebobinaron una vez más, devolviéndola de nuevo junto a Martin, solo que en esa ocasión no se encontraban en la bodega de un barco y se enamoraban. Este recuerdo era oscuro y terrible. Incluso en sueños, Lenobia conocía el lugar y la fecha: Nueva Orleans, 21 de marzo de 1788, poco después de la puesta del sol.

Los establos habían estallado en llamas y Martin la había salvado, sacándola del fuego.

—¡Oh, no! ¡Martin, no! —le había gritado entonces Lenobia. En esos momentos estaba sollozando, intentando despertarse antes de que tuviera que volver a revivir el terrible final de aquel recuerdo.

No se despertó. Al contrario, oyó cómo su amado repetía las palabras que le habían roto el corazón doscientos años atrás, sintiendo de nuevo la herida como si fuera reciente.

—Es demasiado pronto, querida. Este mundo aún no está hecho para nosotros. Te veré de nuevo, sin embargo. Mi amor por ti no acaba aquí. Mi amor por ti no tiene fin... Te encontraré de nuevo, querida. Lo juro.

Cuando Martin capturó al malvado humano que había intentado esclavizarla y a continuación se adentró de nuevo en el establo con él, salvándole la vida a Lenobia, la profesora de equitación consiguió finalmente despertarse con un sollozo desgarrador. Se incorporó en la cama y con una mano temblorosa se apartó el pelo, empapado en sudor, de la cara.

En lo primero que pensó al despertarse fue en su yegua. Gracias a la conexión psíquica que compartían, pudo sentir que Mujaji estaba nerviosa, casi presa del pánico.

—Shh, bonita. Vuelve a dormir. Estoy bien —dijo Lenobia en voz alta, enviándole sentimientos tranquilizadores a la yegua negra con la que tenía ese vínculo especial. Sintiéndose culpable por haber alterado a Mujaji, agachó la cabeza y acunó su mano, girando una y otra vez el anillo de su dedo.

—Deja de ser tan estúpida —se dijo a sí misma con firmeza—. Ha sido solo un



sueño. Estoy a salvo. No he regresado allí. Lo que ocurrió entonces no puede hacerme más daño del que ya me ha hecho —se mintió Lenobia. *Sí que puede. Si Martin ha vuelto, si ha vuelto de veras, mi corazón puede quedar herido de nuevo.* Otro sollozo intentó escapar de su boca, pero Lenobia apretó los labios y mantuvo las emociones bajo control.

*Tal vez no sea Martin*, se dijo con firmeza y lógica. Travis Foster, el nuevo humano al que Neferet había contratado para que la ayudara en los establos, era una simple distracción para sus ojos, él y su enorme y hermosa yegua percherona.

—Que probablemente fuera lo que buscara Neferet cuando lo contrató —murmuró Lenobia—. Distraerme. Y lo de su percherona es tan solo una extraña coincidencia.

Lenobia cerró los ojos y bloqueó los recuerdos emanantes de su pasado, y a continuación repitió en voz alta:

—Puede que Travis no sea Martin reencarnado. Sé que mi reacción hacia él es inusualmente fuerte, pero ha pasado mucho tiempo desde que tuve pareja por última vez. —*Nunca has tenido una pareja humana, juraste no hacerlo*, le recordó su conciencia—. En el pasado sí que tuve un amante vampiro, si bien duró poco. Ese tipo de distracción me vendría bien. —Lenobia intentó ocupar su imaginación considerando y a continuación descartando una lista de atractivos guerreros Hijos de Érebo, pero su mente no veía sus cuerpos fuertes y musculosos, sino unos ojos marrones como el ámbar teñidos de un familiar verde aceituna y una sonrisa...

—¡No! —No pensaría más en ello. No pensaría en él.

*Pero, ¿y si Travis tuviera realmente el alma de Martin?*, susurró la mente errática de Lenobia de manera tentadora. *Dio su palabra de que me encontraría de nuevo. Tal vez lo haya hecho.*

—¿Y luego qué? —Lenobia se levantó e, inquieta, empezó a caminar de un lado a otro de la habitación—. Conozco demasiado bien la fragilidad de los humanos. Se les puede matar con demasiada facilidad, y hoy en día el mundo es más peligroso incluso de lo que era en 1788. Mi amor terminó entre llamas y sufrimiento una vez. Con una fue más que suficiente. —Lenobia se detuvo y se cubrió el rostro con las manos, pues su corazón sabía la verdad, y esta le recorrió cuerpo y alma, tornándose en realidad—. Soy una cobarde. Si Travis no es Martin, no quiero abrirme a él, tener la posibilidad de amar a otro humano. Y si sí es Martin y ha vuelto a mí, no puedo soportar lo inevitable, que lo perderé de nuevo.

Lenobia se sentó en la vieja mecedora que había colocado junto a la ventana de su habitación. Le gustaba leer allí. Además, la ventana daba al este, así que cuando no lograba conciliar el sueño, podía contemplar el amanecer y los terrenos junto a los establos. Lenobia, a pesar de ser consciente de la ironía que aquello suponía, no podía evitar disfrutar con la luz de la mañana. Vampira o no, en su corazón siempre sería una chica que adoraba las mañanas y los caballos y a un joven alto con la piel del color del café que había muerto demasiado joven, tiempo atrás.

Se desinfló. No había pensado en Martin con tanta frecuencia desde hacía décadas. Esos recuerdos renovados eran como una espada de doble filo: por un lado adoraba recordar su sonrisa, su olor, el roce de su piel. Por otro, también le evocaba el vacío que su ausencia había dejado. Durante más de doscientos años, Lenobia había llorado aquella posibilidad perdida; una vida desperdiciada.

—Nuestro futuro ardió, separándonos. Fue destruido por llamas de odio, obsesión y mal. —Lenobia negó con la cabeza y se limpió los ojos. Tenía que lograr controlar sus emociones. El mal seguía abriéndose camino por entre la Luz y el bien. Respiró profundamente y centró sus pensamientos en algo que siempre la calmaba, por muy caótico que fuera el mundo a su alrededor: los caballos, y Mujaji en particular. Ya más tranquila, Lenobia hizo uso de ese don especial que Nyx le había concedido, su afinidad con los caballos, el día que una Lenobia de dieciséis años había sido marcada. Encontró a su yegua con facilidad y al momento se sintió culpable de nuevo por el estado de agitación que percibió en ella.

—Shhh —Lenobia se dispuso a calmarla de nuevo, y expresó con palabras la calma y tranquilidad que le estaba enviando a la yegua a través de su vínculo—. Tan solo estoy siendo egoísta y autocompasiva. Se me pasará, te doy mi palabra, mi dulce yegua.

Le envió una oleada de calidez y amor a su yegua del color de la noche y, como siempre, Mujaji recuperó la calma.

Lenobia cerró los ojos y exhaló largo rato. Pudo ver que Mujaji, negra y hermosa como la noche, por fin se calmaba. Ladeó una de sus patas traseras y cayó en un sueño tranquilo.

La profesora de equitación se concentró en su yegua, ahuyentando la agitación que la llegada del joven vaquero a sus establos había provocado en su interior. *Mañana, se prometió a sí misma medio dormida, mañana le dejaré claro a Travis que nunca seremos algo más que jefa y empleado. El color de sus ojos y la manera en que me hace sentir, todo eso empezará a desaparecer cuando ponga distancia con él. Debo... Debo...*

Lenobia finalmente se durmió.

## Neferet

Aunque el felino no estaba unido a ella, Shadowfax acudió por voluntad propia a la llamada de Neferet. Por suerte, las clases ya habían acabado esa noche, así que cuando el enorme maine coon fue a su encuentro en el campo de deportes, este estaba vacío y tenuemente iluminado; no había estudiantes en la zona. Dragon Lankford tampoco estaba, pero eso probablemente fuera temporal. Solo había visto a unos pocos iniciados rojos de camino hacia allí. Neferet sonrió, satisfecha por cómo había agregado a ese grupo de iniciados rojos que iban por libre a la Casa de la Noche. Qué

encantadoras y caóticas posibilidades representaban, especialmente después de que se asegurara de romper el círculo de Zoey y de dejar a su mejor amiga, Stevie Rae, llorando devastada la pérdida de su amado.

Saber que iba a causarle a Zoey dolor y sufrimiento satisfacía inmensurablemente a Neferet, pero era demasiado disciplinada como para permitirse regodearse antes de que el hechizo expiatorio estuviera completado y sus órdenes hubieran sido llevadas a cabo. Aunque el colegio estaba inusualmente tranquilo esa noche, casi desierto, lo cierto era que en cualquier momento podría entrar alguien en las instalaciones. Neferet tenía que ponerse manos a la obra rápida y sigilosamente. Ya tendría tiempo después de deleitarse con los frutos de su esfuerzo.

Le habló en voz baja al gato para que se aproximara a ella y, cuando este estuvo lo suficientemente cerca, se arrodilló a su altura. Neferet creía que desconfiaría de ella; los gatos saben cosas. Eran mucho más difíciles de engañar que los humanos, los iniciados o incluso los vampiros. El gato de Neferet, Skylar, se había negado a mudarse a su ático en el edificio Mayo y había preferido permanecer acechante en las sombras de la Casa de la Noche y observarla con complicidad con aquellos enormes ojos verdes.

Shadowfax no era tan receloso.

Neferet le hizo señas. Shadowfax fue hasta ella, recorriendo lentamente el último tramo que los separaba. El enorme gato no era amigable (no se frotó contra ella ni la marcó afectuosamente con su olor), pero fue hacia ella. Su obediencia era todo lo que a Neferet le importaba. No quería su amor; quería su vida.

La Tsi Sgili, consorte inmortal de la Oscuridad y otrora alta sacerdotisa de la Casa de la Noche, tan solo sintió una vaga sombra de remordimiento cuando su mano izquierda acarició el lomo atigrado del maine coon. Su pelaje era suave y espeso, y su cuerpo atlético y ágil. Al igual que Dragon Lankford, el guerrero al que había escogido, Shadowfax era poderoso y estaba en la flor de la vida. Era una lástima que fuera requerido para un propósito mayor. Un propósito más elevado.

El pesar de Neferet no se vio acompañado de vacilación alguna. Se valió de la afinidad que le había otorgado la Diosa con los felinos y canalizó esa calidez y tranquilidad por entre la palma de su mano al confiado felino. Mientras lo acariciaba con su mano izquierda, alentándolo a que se arqueara y empezara a ronronear, la derecha serpenteó y con su athame de afilada hoja le rebanó el cuello de manera rápida y limpia.

El gato no emitió sonido alguno. Su cuerpo se convulsionó, intentando apartarse de ella, pero la mano de Neferet lo agarró por el pelaje y lo sostuvo tan cerca de ella que la sangre del gato, caliente y húmeda, salpicó el corsé de su vestido de terciopelo verde.

Los hilos de Oscuridad que siempre estaban presentes alrededor de Neferet vibraron y se retorcieron, expectantes.

Neferet hizo caso omiso de ellos.

El gato murió más rápido de lo que se había imaginado, y Neferet se alegró por ello. No se había esperado que fuera a mirarla, pero el gato del guerrero le sostuvo la mirada incluso después de haberse desplomado en el suelo arenoso del campo de deportes, ya sin poder luchar contra ella, con la respiración superficial, retorciéndose en silencio y observándola.

Mientras el gato aún seguía con vida, Neferet comenzó a toda prisa el hechizo. Valiéndose de la hoja de su athame ceremonial, dibujó un círculo alrededor del cuerpo moribundo de Shadowfax. La sangre empezó a verterse y un foso carmesí tomó forma.

A continuación, apoyó la palma de su mano en la sangre cálida y, manteniéndose fuera del círculo, levantó ambas manos, una ensangrentada y la otra con el cuchillo con el filo manchado de sangre, y entonó:

Con este sacrificio que prueba mi lealtad  
pido que la Oscuridad haga mi voluntad.  
¡Aurox, obedéceme!  
Y con la muerte de Rephaim compláceme.

Neferet paró, dejando que los pegajosos hilos de la fría Oscuridad se rozaran contra ella y se agolparan alrededor del círculo. Sintió sus ansias, su necesidad, su deseo, su peligro. Pero, sobre todo, sintió su poder.

Para completar el hechizo, mojó la punta del athame con la sangre y escribió directamente en la arena con ella, completando así el conjuro:

Con el pago de sangre, dolor y castigo,  
¡obligo al recipiente a ser mi filo!

Con la imagen de Aurox en mente, Neferet entró en el círculo y clavó la daga en el cuerpo de Shadowfax, inmovilizándolo en el suelo mientras liberaba a los zarcillos de la Oscuridad para que consumaran el festín de sangre y dolor.

Una vez el gato hubo fenecido desangrado, Neferet habló:

—El sacrificio se ha consumado. El hechizo completado. Haz lo que te ordeno. Obliga a Aurox a matar a Rephaim. Haz que Stevie Rae rompa el círculo. Acaba con el ritual de revelación. ¡Ahora!

Cual nido de serpientes, los adláteres de la Oscuridad se deslizaron hacia el amparo de la noche, alejándose del campo de deportes en dirección a una granja de lavanda y al ritual que allí estaba teniendo lugar.

Neferet observó cómo se marchaban y sonrió satisfecha. Un zarcillo de Oscuridad, grueso como su brazo, se coló por entre la puerta que comunicaba con los establos. La atención de Neferet se vio desviada en su dirección al oír el sonido

amortiguado de cristales rotos.

Con curiosidad, la Tsi Sgili se deslizó hacia delante. Con cuidado de no hacer ruido y oculta en las sombras, Neferet escudriñó el interior de los establos. Sus ojos esmeralda se abrieron de par en par, gratamente sorprendidos. El grueso zarcillo de Oscuridad había sido torpe. Había golpeado una de las lámparas de gas que pendía de un gancho, no muy lejos del heno apilado que Lenobia siempre escogía meticulosamente para sus criaturas. Neferet observó, fascinada, cómo el primer montón de heno se prendía, chisporroteaba y, a continuación, con fuerzas renovadas y un sonoro silbido, ardía en llamas.

Contempló la larga fila de compartimientos de madera, cerrados. Solo podían distinguir las oscuras siluetas de algunos de los caballos. La mayoría estaba durmiendo. Algunos pastaban, aguardando el romper del alba y el descanso que el sol les concedería hasta el atardecer, cuando los alumnos llegaban para sus interminables clases.

Miró al heno de nuevo. Una paca entera estaba siendo engullida por las llamas. El olor a humo llegó hasta Neferet y pudo oír el crepitar del fuego que, cual bestia fuera de sí, se avivaba y crecía.

Neferet se apartó del establo y cerró la gruesa puerta que lo separaba del campo de deportes. *Parece que Stevie Rae no será la única que penará tras esta noche.* Ese pensamiento satisfizo a Neferet, y se alejó del campo de deportes y del asesinato que había perpetrado allí sin ver que una pequeña gata blanca se acercaba al cuerpo inerte de Shadowfax, se acurrucaba a su lado y cerraba los ojos.

## Lenobia

La profesora de equitación se despertó con una terrible sensación de aprensión. Confusa, Lenobia se frotó el rostro. Se había quedado dormida en la mecedora que tenía junto a la ventana y ese repentino despertar se asemejaba más a una pesadilla que a la realidad.

—Esto es una estupidez —murmuró, aún medio dormida—. Tengo que centrarme. —La meditación le había servido para aplacar sus pensamientos en el pasado. Con resolución, Lenobia respiró profundamente.

Fue entonces cuando lo olió: fuego. Un establo en llamas, para ser más exactos. Apretó los dientes. *¡Marchaos, fantasmas del pasado! Soy demasiado vieja para jugar a esto.* Entonces, un inquietante crujido la espabiló por completo del adormecimiento que había nublado su mente. Fue corriendo a la ventana y echó a un lado las pesadas cortinas negras. La profesora de equitación miró hacia los establos y soltó un grito ahogado de horror.

No había sido un sueño.

No había sido su imaginación.

Era una pesadilla viviente.

Las llamas estaban lamiendo los laterales del edificio y, mientras ella contemplaba la escena, las puertas dobles situadas justo en el extremo de su campo de visión se abrieron desde dentro y contra un telón de fondo de nubes de humo y llamas devoradoras vio la silueta de un vaquero que estaba sacando del interior del establo a una percherona gris y a una yegua negra.

Travis soltó a las yeguas, apremiándolas para que se alejaran de los establos en llamas y a continuación corrió de nuevo al interior de la boca flamígera del edificio.

Lenobia volvió a la vida cuando aquella imagen extinguió su miedo y confusión.

—No, Diosa. Otra vez, no. Ya no soy una chica asustadiza. ¡Esta vez será diferente!



## Lenobia

Lenobia salió cual rayo de la habitación y bajó corriendo los pocos escalones que separaban su dormitorio de la planta baja y los establos. El humo estaba colándose por debajo la puerta. Controló su ataque de pánico y apoyó la palma de la mano contra la madera. No estaba caliente al tacto, así que abrió bruscamente la puerta y evaluó rápidamente la situación mientras se dirigía a los establos. El fuego ardía con más virulencia en el extremo posterior del edificio, donde guardaban el heno y el pienso. También era la zona más cercana al compartimiento de Mujaji, así como del enorme box donde la percherona Bonnie y Travis habían establecido su residencia.

—¡Travis! —gritó y levantó el brazo para protegerse del calor de las llamas crecientes mientras corría al interior del establo y empezaba a abrir compartimientos, liberando a los caballos más cercanos a ella. *¡Fuera, Perséfone, vamos!* Lenobia le dio un empujoncito a la yegua ruana, que estaba petrificada del miedo y se negaba a abandonar su compartimiento. Cuando la yegua echó a correr a toda velocidad hacia la salida, Lenobia gritó de nuevo:

—¡Travis! ¿Dónde estás?

—¡Sacando a los caballos de los compartimientos más cercanos al fuego! —le respondió él a gritos. Una joven yegua gris salió disparada entonces desde la dirección de la voz de Travis y casi pisotea a Lenobia.

—Tranquila, Anjo. Calma —la apaciguó Lenobia mientras conducía a la yegua aterrorizada hacia la salida.

—La salida este está bloqueada por las llamas y yo... —Las palabras de Travis se vieron interrumpidas cuando las ventanas de la zona del monturero estallaron y fragmentos candentes de cristal volaron por los aires.

—¡Travis! ¡Sal de ahí y llama a Emergencias! —gritó Lenobia mientras abría el compartimiento más cercano y liberaba a un capón, reprochándose no haber levantado ella misma el teléfono y haber hecho la llamada antes de salir corriendo de su habitación.

—¡Acabo de hacerlo! —respondió una voz que no reconoció. Lenobia escudriñó por entre el humo y las llamas y vio a una iniciada que corría hacia ella, guiando a una yegua alazana totalmente atemorizada.

—Todo está bien, Diva. —Lenobia tranquilizó de manera automática a la yegua mientras le quitaba la cuerda a la chica. Al tocarla, la yegua se calmó y entonces Lenobia le sacó la cuerda, alentándola a galopar hasta la salida más cercana tras los otros caballos a la fuga. Tiró de la joven hacia sí para alejarla del calor y dijo:

—¿Cuántos caballos más hay...? —Lenobia calló cuando vio que la luna creciente de la frente de la chica era roja.

—Creo que solo quedan unos pocos. —A la iniciada roja le tembló la mano cuando se limpió el sudor y el hollín de la cara. Habló de manera entrecortada—. Yo... fui a por Diva porque siempre me ha gustado y pensé que tal vez me recordara. Pero hasta ella estaba asustada. Muy asustada.

Entonces Lenobia la reconoció: Nicole. Había tenido una aptitud nata para los caballos y la monta, antes de morir y luego no morir y unirse al grupo díscolo de Dallas. Pero no había tiempo para cuestionarla. No había tiempo para nada salvo para poner a salvo a los caballos (y a Travis).

—Has hecho bien, Nicole. ¿Puedes volver a entrar?

—Sí —respondió esta con nerviosismo—. No quiero que se quemen. Haré lo que me digas.

Lenobia le puso la mano en el hombro.

—Tan solo necesito que abras los compartimientos y te eches a un lado. Yo los guiaré hasta un lugar seguro.

—Vale, de acuerdo. Eso puedo hacerlo. —Nicole asintió. Resollaba y parecía asustada, pero siguió sin vacilar a Lenobia y las dos se adentraron en el torbellino de llamas del establo.

—¡Travis! —Lenobia tosió mientras intentaba discernir algo por entre el cada vez más denso humo—. ¿Me oyes?

Por encima de las crepitantes llamas, él respondió:

—¡Sí! Estoy aquí atrás. ¡Se ha atascado un compartimiento!

—¡Intenta abrirlo! —Lenobia se negó a sucumbir al pánico—. ¡Ábrelos todos! Puedo llamar a los caballos para que vengan hacia mí y ponerlos a salvo. Puedo hacerlo. Síguelos. ¡Puedo sacarlos a todos de aquí!

—¡He conseguido abrirlo! —gritó Travis un instante después desde el foso de humo y calor.

—¡Estos también están abiertos! —gritó Nicole desde un punto mucho más cercano.

—¡Ahora seguid a los caballos y salid de los establos! ¡Los dos! —gritó Lenobia antes de echar a correr marcha atrás, lejos del fuego, hacia las puertas dobles de salida que había dejado completamente abiertas. Se colocó delante de la salida y levantó los brazos, con las palmas extendidas, e, imaginándose que estaba haciendo acopio de su poder del Otro Mundo y del reino místico de Nyx, Lenobia abrió su corazón, su alma y su don concedido por la Diosa y gritó:

—¡Venid a mí, mis queridas hijas e hijos! ¡Seguid mi voz y mi amor y vivid!

Los caballos parecieron prorrumpir de entre las llamas y el oscuro humo. Su terror era tan palpable para Lenobia que era casi como un ser vivo. Ella comprendía bien ese terror de llamas, fuego y muerte y canalizó su fuerza y serenidad hacia los caballos que galopaban en dirección a los terrenos del colegio.



La iniciada roja apareció tambaleante tras ellos.

—Ya está. Esos son todos los caballos —dijo, y tras eso se desplomó en la hierba.

Lenobia apenas si asintió con la cabeza hacia Nicole. Sus emociones estaban centradas en los inquietos caballos a su espalda y sus ojos fijos en el espeso humo y las llamas que tenía ante sí y de las que Travis no salía.

—¡Travis! —gritó.

No hubo ninguna respuesta.

—El fuego está propagándose con rapidez —dijo la iniciada roja, que aún seguía tosiendo—. Tal vez esté muerto.

—No —respondió categórica Lenobia—. Esta vez no. —Se volvió para mirar a los caballos y llamó a su querida yegua negra—. ¡Mujaji! —El caballo relinchó y trotó hacia ella. Lenobia levantó la mano para detenerla—. Calma, querida. Cuida del resto de mis hijos. Préstales tu fuerza y serenidad, así como mi amor —dijo Lenobia. La yegua obedeció con renuencia y empezó a moverse alrededor de los grupos de caballos atemorizados, juntándolos a todos. Satisfecha, Lenobia se dio la vuelta, aspiró profundamente dos veces y echó a correr al interior del establo en llamas.

Hacía un calor terrible. El humo era tan denso que era como intentar respirar un líquido en ebullición. Durante un instante, Lenobia se vio transportada de nuevo a esa terrible noche en Nueva Orleans y a otro establo en llamas. Las gruesas cicatrices de su espalda se estremecieron con el recuerdo espectral del dolor, y por un instante el pánico se apoderó de ella, anclándola al pasado.

Pero entonces oyó a Travis toser y el pánico quedó hecho trizas por la esperanza, dejando que el presente y la verdadera fortaleza de la voluntad de Lenobia vencieran a sus miedos.

—¡Travis! ¡No puedo verte! —le gritó mientras se rasgaba la parte inferior del camión, entraba en el compartimiento más cercano y mojaba el trozo de tela en el abrevadero.

—Retrocede... Vuelve atrás... —dijo Travis entre tosidos secos.

—Nunca. Ya he visto a un hombre morir por mí. No me gustó. —Lenobia se cubrió con la tela empapada como si fuera una capa y continuó avanzando por entre el humo y el calor, siguiendo los tosidos de Travis.

Lo encontró cerca de un compartimiento abierto. Se había caído y estaba intentando levantarse, pero solo había conseguido ponerse de rodillas y seguía en ese mismo punto, encorvado y tosiendo. Lenobia no vaciló. Entró en el compartimiento y volvió a meter la tela rasgada en el abrevadero de este.

—¿Pero qué? —Le vino otro ataque de tos cuando la miró—. ¡No! Ve...

—No tengo tiempo para discutir. Túmbate. —Como no se movía lo suficientemente rápido, le propinó un golpe en las corvas con el pie. Travis cayó boca arriba con un gruñido y Lenobia le cubrió la cara y el pecho con la tela—. Sí. Así. Recto —le ordenó mientras corría al abrevadero y se mojaba la cara y el pelo con el agua. A continuación, antes de que Travis pudiera protestar o desbaratar sus planes, lo

agarró por las piernas y comenzó a tirar de él.

*¿Por qué tiene que ser tan grande y pesar tanto?* A Lenobia estaba empezando a nublársele la mente. Las llamas rugían a su alrededor y estaba segura de que lo que estaba oliendo era su pelo chamuscado. *Bueno, Martin también era grande...* Entonces su cerebro dejó de funcionar. Fue como si su cuerpo se moviera de manera automática sin nadie que lo manejara, salvo una necesidad primaria de seguir arrastrando a ese hombre lejos del peligro.

—¡Es ella! ¡Es Lenobia! —De repente aparecieron unas manos fuertes junto a ella, intentando librarla de su carga. Lenobia se retorció. *¡La muerte no vencerá esta vez! ¡No en esta ocasión!*

—Profesora Lenobia, tranquila. Lo ha conseguido. —Sintió el aire fresco y entonces su cerebro pudo conferir algo de sentido a lo que estaba ocurriendo. Boqueó, intentando respirar el aire limpio y expeler el calor y el humo mientras unas manos amables la llevaban hasta el césped y le colocaban una mascarilla sobre la nariz y la boca, a través de la cual un aire más dulce incluso inundó sus pulmones. Aspiró el oxígeno y su mente se despejó por completo.

Bomberos humanos se arremolinaban en la zona. Sus poderosas mangueras de agua apuntaban al establo en llamas. Tenía encima a un par de paramédicos que la miraban con gesto perdido, obviamente sorprendidos por la rapidez con la que se estaba recuperando.

Se quitó la mascarilla de la cara.

—A mí no. ¡A él! —Quitó de un tirón la tela chamuscada del cuerpo demasiado inmóvil de Travis—. Es humano. ¡Ayúdenlo!

—Sí, señora —murmuró uno de los paramédicos, y se pusieron a atender al vaquero.

—Lenobia, bebe esto. —Le pusieron una copa en las manos y la profesora de equitación alzó la vista y vio a las dos sanadoras vampiras de la enfermería de la Casa de la Noche, Margareta y Pempfredo, acucilladas junto a ella. Lenobia se bebió todo el vino, que estaba bastante cargado de sangre, de un solo trago, sintiendo al momento cómo la energía vital de esta mezcla titilaba por todo su cuerpo.

—Debería venir con nosotras, profesora —dijo Margareta—. Necesitará algo más que eso para sanar por completo.

—Más tarde —dijo Lenobia mientras tiraba a un lado la copa. Hizo caso omiso a los enfermeros, así como a las sirenas, las voces y el caos general a su alrededor. Avanzó hasta colocarse junto a la cabeza de Travis. Los paramédicos estaban ocupados. Al vaquero ya le habían colocado su propia mascarilla, y en esos momentos le estaban poniendo un catéter en el brazo. Tenía los ojos cerrados. Incluso bajo las manchas de hollín, pudo ver que su rostro estaba rojo, en carne viva. La camiseta que llevaba se la habían colocado a toda prisa sobre los vaqueros. Sus fuertes antebrazos estaban en esos momentos desnudos y ya empezaban a formársele ampollas. Y sus manos... sus manos estaban quemadas y ensangrentadas.

Lenobia debió de emitir un sonido involuntario, una manifestación externa del terrible dolor que estaba sintiendo, porque Travis abrió los ojos. Eran exactamente como los recordaba, marrón ámbar teñidos de un verde aceituna. Sus miradas se encontraron.

—¿Va a sobrevivir? —le preguntó al paramédico más cercano.

—He visto cosas peores, y le van a quedar cicatrices, pero hay que llevarlo al hospital St. John lo más pronto posible. La inhalación de dióxido de carbono es peor que sus quemaduras. —El humano paró de hablar y, a pesar de que Lenobia no había apartado la mirada de Travis, pudo oír la positividad en su voz—. Es un tipo con suerte. Casi no lo encuentra a tiempo.

—Lo cierto es que me ha llevado doscientos veinticuatro años encontrarlo, pero estoy contenta de haberlo hecho.

Travis fue a decir algo, pero sus palabras quedaron ahogadas por una terrible tos seca.

—Disculpe, señora. La camilla está aquí.

Lenobia se echó a un lado mientras colocaban a Travis en la camilla, pero sus miradas no se separaron en ningún momento. Caminó junto a él mientras lo transportaban a la ambulancia que los aguardaba. Antes de que lo metieran dentro, Travis se quitó la mascarilla y con una voz grave preguntó:

—¿Bonnie? ¿Está bien?

—Lo está. Puedo sentirla. Está con Mujaji. Yo la mantendré a salvo. Los mantendré a todos a salvo —le aseguró.

Extendió la mano hacia Lenobia y ella le acarició con cuidado su mano quemada y ensangrentada.

—¿A mí también? —acertó a decir.

—Sí, vaquero. Puedes apostar esa hermosa yegua tuya a que sí. —Y sin importarle un carajo que pudiera notar cómo todos los demás (humanos, iniciados y vampiros) los miraban, Lenobia se agachó y lo besó con delicadeza en los labios—. Piensa en felicidad y caballos. Estaré allí. Esta vez me aseguraré de que estés a salvo.

—Es bueno saberlo. Mi madre siempre me decía que necesitaba a alguien que cuidara de mí. Espero que descansa más tranquila sabiendo que ya tengo a esa persona. —Su voz sonó como si tuviera la garganta llena de lija.

Lenobia sonrió.

—La tienes, pero creo que eres tú quien necesita aprender a descansar.

Las puntas de sus dedos tocaron la mano de Lenobia y dijo:

—Creo que ahora puedo hacerlo. Estaba aguardando a encontrar el camino a casa.

Lenobia contempló aquellos ojos ámbar y aceituna que le resultaban tan familiares, tan parecidos a los de Martin, e imaginó que a través de ellos podía ver también esa alma tan familiar, su bondad y fuerza, su honestidad y amor. Esa alma que, de alguna manera, había cumplido su promesa de volver a ella. En lo más profundo de su ser, Lenobia sabía que, a pesar de que el resto del alto y enjuto

vaquero en nada se parecía a su amor perdido, había encontrado a su amor de nuevo. La emoción le ahogó la voz, y lo único que pudo hacer fue sonreír, asentir y mover la mano para que las puntas de los dedos del vaquero descansaran en su palma, cálidos, fuertes y muy vivos.

—Tenemos que llevarlo a St. John, señora —dijo el paramédico.

Lenobia apartó la mano a regañadientes, se enjugó las lágrimas y dijo:

—Pueden tenerlo un tiempo, pero lo quiero de vuelta. Pronto. —Volvió su mirada cual nube tormentosa hacia el humano con la bata blanca—. Trátenlo bien. El fuego de este establo no es nada en comparación a mi acalorado temperamento.

—S-sí, señora —tartamudeó el paramédico, y subió a toda prisa a Travis a la ambulancia. Antes de que cerraran las puertas y se marcharan, con la sirena y las luces puestas, Lenobia estaba segura de haber oído a Travis reír entre su fea tos.

Seguía allí, mirando cómo se marchaba la ambulancia y preocupada por Travis, cuando alguien carraspeó de una manera bastante obvia y la atención de Lenobia se distrajo hacia él. Al girarse, vio lo que su visión (antes fija únicamente en Travis) había ignorado hasta ese momento. Era como si el colegio hubiera explotado. Los caballos deambulaban nerviosos lo más cerca que podían del muro este. Había camiones de bomberos aparcados en el terreno junto al establo y enormes mangueras rociando agua a la estructura aún en llamas. Los iniciados y los vampiros se habían apiñado en grupos, aterrorizados y con gesto de impotencia.

—Tranquila, Mujaji... Tranquila. Ya ha acabado todo, querida. —Lenobia cerró los ojos y se concentró en el don que su Diosa le había otorgado hacía más de doscientos años. Sintió cómo la hermosa yegua negra respondía al instante, liberándose de su agitación y expulsando sus últimos miedos y nervios. A continuación la conexión de Lenobia se centró en la enorme percherona, que estaba pateando el terreno, ansiosa, moviendo frenéticamente las orejas en busca de Travis —. Bonnie, él está bien. No tienes nada que temer. —Lenobia le habló con dulzura, haciéndose eco con su voz de las ondas de emoción que estaba transmitiendo a la ansiosa yegua. Bonnie se tranquilizó casi tan rápidamente como lo había hecho Mujaji, y eso satisfizo enormemente a Lenobia y le permitió centrar su atención en el resto de caballos—. Perséfone, Anjo, Diva, Little Biscuit, Okie Dodger... —Fue caballo a caballo, transmitiéndoles individualmente tranquilidad y calidez—, id con Mujaji. Estad tranquilos. Sed fuertes. Estáis a salvo.

Alguien carraspeó de nuevo, rompiendo su concentración. Lenobia, molesta, abrió los ojos y vio a un humano ante ella. Llevaba el uniforme de los bomberos y estaba observándola con la ceja arqueada, muerto de curiosidad.

—¿Está hablándoles a esos caballos?

—En realidad estoy haciendo bastante más que eso. Eche un vistazo. —Señaló a los caballos tras él. El hombre se volvió y su rostro adoptó una expresión de sorpresa.

—Se han tranquilizado mucho. Es extraño.

—«Extraño» tiene unas connotaciones muy negativas. Me gusta más «mágico».

—Lenobia asintió con displicencia al bombero y a continuación echó a andar hacia el grupo de iniciados congregados alrededor de Erik Night y la profesora P.

—Señora, soy el capitán Alderman, Steve Alderman —dijo y casi tuvo que correr para ponerse a la altura de Lenobia—. Estamos trabajando para controlar el fuego y necesito saber quién está al mando aquí.

—Capitán Alderman, eso me gustaría saber a mí también —le dijo Lenobia con gesto serio. A continuación añadió—. Venga conmigo. Lo solucionaremos ahora mismo. —La profesora de equitación se unió a Erik, a la profesora P. y a su grupo de iniciados, entre los que se encontraban un guerrero Hijo de Érebo, Kramisha, Shaylin y varios otrora iniciados azules de quinto y sexto—. Penteseilea, sé que Tánatos está con Zoey y su círculo, completando el ritual en la granja de Sylvia Redbird, pero ¿dónde está Neferet? —La voz de Lenobia sonó como si de un látigo se tratara.

—¡No... no lo sé! —La profesora de literatura parecía alterada y no dejaba de mirar por encima del hombro al establo en llamas—. Fui a su habitación cuando vi el incendio, pero no había ni rastro de ella.

—¿Qué hay de su móvil? ¿Nadie ha intentado contactar con ella? —preguntó Kramisha.

—No contesta —dijo Erik.

—Genial —murmuró Lenobia.

—¿Puedo dar por hecho que, en ausencia de los demás que ha mencionado, está usted al cargo aquí? —le preguntó el capitán Alderman.

—Sí, eso parece. Por defecto, soy la responsable —dijo.

—Bueno, entonces necesita hacer un recuento lo más rápidamente posible. Usted y los demás profesores deberían asegurarse de inmediato de que todos sus estudiantes estén presentes y contabilizados. —Señaló con el pulgar a un banco no muy lejos de donde se encontraban—. Esa chica, la de la luna roja en la frente, es la única que hemos encontrado cerca del establo. No está herida, solo un poco conmocionada. El oxígeno le está limpiando los pulmones con una rapidez inusual. Aun así, sería una buena idea que le hicieran un reconocimiento en St. John.

Lenobia miró al lugar donde Nicole estaba sentada, respirando profundamente por una mascarilla de oxígeno mientras un paramédico comprobaba una y otra vez sus constantes vitales. Margareta y Pemfredo estaban cerca, observando al paramédico como si fuera un insecto especialmente repulsivo.

—Nuestra enfermería está mejor provista para cuidar de iniciados heridos que un hospital humano —dijo Lenobia.

—Lo que usted diga, señora. Usted está al mando y sé que los vampiros tienen su propia fisiología. —Calló un instante y añadió—. No pretendía ofenderla. Mi mejor amigo del instituto fue marcado y se transformó. Lo apreciaba entonces y sigo haciéndolo.

Lenobia consiguió esbozar una sonrisa.

—No me ha ofendido, capitán Alderman. Solo estaba diciendo la verdad. Los

vampiros tienen unas necesidades fisiológicas diferentes a las de los humanos. Nicole estará bien aquí con nosotros.

—Bueno, supongo que será mejor que enviemos a algunos de nuestros hombres a ese campo de deportes y busquemos a otros chicos que hayan podido estar cerca —dijo el capitán—. Todo apunta a que podremos evitar que el fuego se propague, pero es mejor buscar en las partes contiguas del colegio.

—Creo que el campo de deportes será una pérdida de tiempo para sus hombres —dijo Lenobia, siguiendo su instinto—. Que se centren mejor en apagar el incendio del establo. El fuego no empezó solo. Habrá que investigarlo, además de asegurarse de que nadie de los nuestros quedara atrapado en las llamas. Haré que nuestros guerreros inspeccionen las zonas contiguas del colegio, empezando por el campo de deportes.

—Sí, señora. Parece que hemos llegado a tiempo. El campo de deportes presentará algunos daños por el humo y el agua, pero va a parecer peor de lo que en realidad es. Creo que la estructura del gimnasio no se ha visto dañada. Es un buen edificio de piedra, resistente, macizo. Necesitará algunas remodelaciones, pero sus cimientos fueron construidos para resistir. —El bombero se levantó ligeramente el casco a modo de despedida y se marchó, gritando órdenes a los hombres más cercanos.

*Bueno, al menos eso son buenas noticias*, pensó Lenobia, intentando apartar la vista del caos humeante que eran sus establos. Se volvió hacia su grupo.

—¿Dónde está Dragon? ¿Sigue en el campo de deportes?

—Tampoco encontramos a Dragon —dijo Erik.

—¿Que no encontráis a Dragon? —Los establos compartían una de las paredes con el gimnasio. Hasta ese momento, Lenobia había estado demasiado preocupada como para pensar en ello, pero la ausencia del líder de los Hijos de Érebo en semejante momento de crisis para el colegio era de lo más inusual—. Neferet y Dragon. No me gusta que ninguno de los dos esté aquí. No presagia nada bueno para el colegio.

—Profesora Lenobia... eh... yo la vi.

Todos los ojos se volvieron hacia una chica menuda con cascadas de cabello oscuro y espeso que hacía que los delicados rasgos de su rostro se asemejaran casi a los de una muñeca. Lenobia le puso nombre a ese rostro rápidamente: Shaylin, la flamante nueva iniciada de la Casa de la Noche de Tulsa, y la única cuya marca original era roja. Lenobia había pensado que había algo extraño en ella desde el primer momento en que la había conocido, apenas unos días antes.

—¿Has visto a Neferet? —Entrecerró los ojos en dirección a la iniciada—. ¿Cuándo? ¿Dónde?

—Hace una hora, más o menos —dijo Shaylin—. Yo estaba sentada fuera de la residencia, contemplando los árboles. —Se encogió de hombros nerviosa y añadió—. Antes era ciega y ahora que ya no lo soy me gusta mirarlo todo. Me gusta mucho.

—Shaylin, ¿qué hay de Neferet? —la apremió Erik.

—Oh, sí. La vi yendo por la acera que da al campo de deportes. Ella... mmm... parecía, bueno, muy oscura. —Shaylin, con gesto incómodo, paró de hablar.

—¿Oscura? ¿Qué quieres decir con...?

—Shaylin tiene una manera única de ver a la gente —interrumpió Erik. Lenobia observó cómo este le ponía la mano en el hombro a Shaylin para tranquilizarla—. Si le pareció que Neferet estaba muy oscura, bueno, entonces probablemente sea bueno que mantengas a los bomberos lejos del campo de deportes.

Lenobia quería preguntarle más a Shaylin, pero Erik la miró y negó con la cabeza de manera casi imperceptible. Lenobia sintió cómo un escalofrío le recorría la espalda. Esa premonición hizo que se decidiera.

—Axis, ve con Pentesilea a la oficina de administración. Si Diana no está despierta, despertadla. Sacad el listado del colegio y distribuidlo entre los guerreros Hijos de Érebo. Que contabilicen a cada estudiante y que luego estos den parte a sus mentores antes de regresar a sus dormitorios. —Cuando la profesora y el guerrero se hubieron marchado a toda prisa, Lenobia miró los sinceros ojos de Kramisha—. ¿Podrías encargarte de que esos iniciados —Lenobia paró de hablar y con su gesto abarcó a todos los estudiantes con mirada perdida que merodeaban por la zona— informen a sus mentores?

—Soy poetisa. Puedo crear complejos pentámetros yámbicos. Eso significa que me las puedo apañar con unos cuantos chavales adormilados y asustados.

Lenobia le sonrió. Le gustaba más incluso que antes de que hubiera muerto y regresara como una iniciada roja con tales habilidades poéticas proféticas que se había ganado el nombre de «laureada poetisa vampira».

—Gracias, Kramisha. Sabía que podía contar contigo. Pero apresúrate. No hace falta que te diga que el amanecer está cerca.

Kramisha resopló.

—Qué me vas a contar. Me quedará más churruscada que ese establo si no me pongo a resguardo pronto.

Mientras Kramisha echaba a andar y llamaba a los iniciados desperdigados, Lenobia miró a Erik y a Shaylin.

—Tenemos que inspeccionar el campo de deportes los tres.

—Sí. Estoy de acuerdo —dijo Erik—. Vamos.

Shaylin se quedó rezagada, sin embargo, y Lenobia se percató de que se había zafado de la mano que Erik le había puesto en el hombro, no enfadada o molesta, sino con consternación. Observó cómo la joven iniciada roja miraba al cielo y suspiraba. Lenobia percibió una sensación de cierta importancia, de espera o anhelo.

—¿Qué ocurre? —le preguntó a la chica, aunque lo último que debería estar haciendo era prestarle atención a una extraña y distraída iniciada roja.

Aún mirando hacia arriba, Shaylin dijo:

—¿Dónde está la lluvia cuando se la necesita?

—¿Eh? —Erik negó con la cabeza—. ¿De qué estás hablando?

—Lluvia. Desearía de veras que lloviera. —Shaylin apartó la vista del cielo y lo miró para a continuación encogerse de hombros. Parecía un poco avergonzada—. Juro que puedo olerla en el aire. Ayudaría a los bomberos y evitaría que el fuego se extendiera al resto del colegio.

—Los humanos se están encargando del fuego. Tenemos que ir a echar un vistazo al campo de deportes. No me gusta que hayas visto a Neferet entrando allí.

Lenobia echó a andar en dirección al gimnasio, dando por sentado que los dos la seguirían, pero vaciló cuando vio que Shaylin no se movía. Se volvió hacia ella, dispuesta a reprender a la iniciada por su insolencia o ignorancia o ambas cosas, pero Erik la detuvo cuando dijo:

—Eh, esto es importante —le dijo en voz baja y apremiante a Shaylin—. Vayamos con Lenobia a ver qué pasa en el campo de deportes. Los bomberos pueden encargarse de controlar esto. —Cuando Shaylin siguió quieta, resistiéndose a moverse, Erik le dijo, ya en voz más alta—. ¿Qué es lo que te pasa? Puesto que Tánatos y Dragon, incluso Zoey y su grupo, no están aquí, tenemos que tener cuidado de que nadie sepa que tal vez...

—Erik, creo que Lenobia tiene razón —le cortó Shaylin—. Es solo que quiero saber qué va a pasarle.

Lenobia siguió la mirada de Shaylin y vio a Nicole, aún sentada en el banco entre los dos vampiros de la enfermería, con la piel rosada y cubierta de hollín.

—Pertenece a los iniciados rojos de Dallas. No me sorprendería que tuviera algo que ver con el fuego —dijo Erik, claramente molesto—. Lenobia, creo que deberías hacer que Nicole fuera a la enfermería y luego mantenerla allí encerrada hasta que averigüemos qué ha pasado realmente aquí.

Antes de que Lenobia pudiera responder, Shaylin habló. Sonó firme y muy sensata para sus dieciséis años.

—No. Que vaya a la enfermería para asegurarnos de que está bien, pero no la encerréis.

—Shaylin, no sabes de lo que estás hablando. Nicole está con Dallas —dijo Erik.

—Bueno, ahora no está con él. Está cambiando —dijo Shaylin.

—Me ayudó a sacar a los caballos —dijo Lenobia—. Si hubiera tenido algo que ver con el incendio, le habría resultado mucho más sencillo escabullirse con el humo. Jamás habría sabido que estaba allí.

—Eso tiene sentido. Sus colores son diferentes, mejores. —Entonces la firmeza y sabiduría de Shaylin se disiparon y miró a Lenobia con los ojos como platos y dijo—: Ah, oh, lo siento. He hablado demasiado. Tengo que aprender a mantener la boca cerrada.

—¡Qué atrocidad se ha cometido en el colegio esta noche! —tronó una voz tras Lenobia. Al otro lado de los terrenos del colegio y avanzando rápidamente hacia ellos, vio a una falange de vampiros e iniciados con Tánatos a la cabeza, Zoey y Stevie Rae a ambos lados de ella y, extrañamente, Kalona, con las alas desplegadas



en posición defensiva, caminando justo por detrás de Tánatos, como si de repente se hubiera convertido en el ángel custodio de la Muerte.

Fue en ese momento cuando el cielo de la noche se abrió y empezó a llover.



## Zoey

Lo había sabido desde el momento en que había visto los camiones de bomberos y el humo. Había sabido que el infierno se había desatado en la Casa de la Noche en el mismo instante en que Tánatos había sido testigo de la verdad de los crímenes de Neferet. Esa noche se había probado sin lugar a dudas que Neferet estaba del lado de la Oscuridad. Tánatos no había perdido el tiempo y la había excluido. De regreso al colegio desde la granja de lavanda de la abuela, la alta sacerdotisa había hecho una llamada de emergencia a Italia y había informado de manera oficial al Alto Consejo Vampírico de que Neferet ya no era sacerdotisa de Nyx, que había escogido la Oscuridad como consorte. Neferet había sido vista como era en realidad, algo que yo había deseado desde que había sido consciente de la repulsiva verdad. Solo que ahora que se había cumplido mi deseo, tenía la terrible sensación de que repudiar a Neferet serviría más para liberarla que para obligarla a pagar por las consecuencias de sus mentiras y traiciones.

Todo parecía tan terrible y confuso, como si esa noche hubiera sido la segunda mitad de una espantosa película de miedo: el ritual, volver a ver las imágenes del asesinato de mi madre, lo que había ocurrido con Dragon, Rephaim, Kalona y Aurox... ¿Aurox? ¿Heath? *No, ¡no puedo pensar en eso! No ahora.* Ahora los establos estaban ardiendo. Era serio. Los caballos relinchaban, agolpados en el muro este del colegio. Lenobia parecía chamuscada y cubierta de hollín. Erik y Shaylin y un grupo de otros iniciados estaban allí quietos, asustados y empapados porque, claro, había empezado a llover a mares. Y Nicole, la Nicole que era una iniciada roja superinsoporable y la odiosa novia de Dallas, estaba desplomada en un banco con un par de paramédicos humanos encima como si del mismísimo niño Jesús con alas doradas se tratara.

Quería poder pulsar un botón, quitar esa película de miedo y acurrucarme y dormirme a salvo junto a Stark. Qué demonios, quería cerrar los ojos y regresar a un tiempo en que mi mayor fuente de estrés era que tenía tres novios. Y eso que había sido una etapa mala, muy mala.

Me reprendí mentalmente e hice todo lo que estuvo en mi mano para dejar a un lado el caos que me rodeaba. Me centré en Lenobia.

—Sí, los establos han ardido —nos estaba explicando—. No sabemos qué o quién lo ha provocado. ¿Alguno de vosotros ha visto a Neferet?

—No la hemos visto en persona, pero hemos visto su imagen en el espíritu invocado en el terreno de la abuela de Zoey. —Tánatos levantó la barbilla y con una

voz poderosa y segura de sí misma que se vio transportada por la lluvia, pronunció—: Neferet se ha aliado con el toro blanco. Sacrificó a la madre de Zoey para él. Será una poderosa enemiga, pero enemiga es para todo aquel que siga a la Luz y a la Diosa.

Vi que la noticia impactó a Lenobia, aunque sabía que la profesora de equitación era consciente desde hacía meses de que Neferet se había convertido en nuestra enemiga. Aun así, había una gran diferencia entre pensar algo y saber que lo peor que te habías imaginado era cierto. Especialmente cuando ese algo era tan horrible que iba más allá de lo comprensible. Entonces Lenobia se aclaró la garganta y dijo:

—¿El Alto Consejo la ha repudiado?

—He informado de lo que he visto esta noche —dijo Tánatos, haciendo las veces de alta sacerdotisa de nuestra Casa de la Noche—. El Alto Consejo ha ordenado a Neferet que se presente ante ellos, donde se le impartirá justicia por la traición a nuestra Diosa y nuestras costumbres.

—Ella tenía que saber lo que descubriríais si vuestro ritual llegaba a buen puerto —dijo Lenobia.

—Sí, razón por la que mandó a esa cosa suya tras nosotros, para matar a Rephaim, sembrar el caos en nuestro círculo y poner fin al ritual de revelación —dijo Stevie Rae, deslizando su mano entre las de Rephaim, que se erguía, poderoso, a su lado.

—No parece que funcionara —dijo Erik Night.

Estaba cerca de Shaylin. Ahora que lo pensaba, últimamente Erik estaba pasando mucho tiempo cerca de Shaylin. Mmm...

—Bueno, habría funcionado —dijo Stevie Rae—. Pero Dragon apareció y contuvo a Aurox. —Paró de hablar y miró a Kalona. Le regaló una dulce y cálida sonrisa marca Stevie Rae antes de proseguir—. Kalona es quien realmente salvó a Rephaim. Kalona salvó a su hijo.

—¡Dragon! Ahí es donde estaba... con vosotros —dijo Erik mientras sus ojos escudriñaban tras nosotros, buscando al maestro de esgrima.

Sentí cómo se me hacía un nudo en el estómago, respiré profundamente y les comuniqué las terribles y tristes noticias.

—Dragon estaba con nosotros. Luchó para protegernos. Bueno, a nosotros y a Rephaim. Pero... —Callé, pues me costaba pronunciar las siguientes palabras.

—Pero Aurox mató a Dragon, rompiendo el hechizo que había sellado el círculo y liberándonos a los demás para que pudiéramos ir junto a Rephaim y protegerlo. — Stark no tuvo problema en acabar la frase por mí.

—Sin embargo, era demasiado tarde —añadió Stevie Rae—. Rephaim también habría muerto si Kalona no hubiera aparecido a tiempo para salvarlo.

—¿Dragon Lankford ha muerto? —El rostro de Lenobia se había tornado hierático y pálido.

—Así es. Murió como un guerrero, fiel a sí mismo y a su juramento. Se ha reunido con su pareja en el Otro Mundo —dijo Tánatos—. Todos fuimos testigos de

ello.

Lenobia cerró los ojos y agachó la cabeza. Pude ver que sus labios se movían, como si estuviera murmurando una plegaria en voz baja. Cuando levantó la cabeza, su rostro estaba surcado por el enfado y sus ojos grises parecían nubes de tormenta.

—Quemar mis establos fue una distracción que permitió a Neferet escapar.

—Parece probable —dijo Tánatos. A continuación, la alta sacerdotisa calló, como si estuviera escuchando con atención por encima de la lluvia, los bomberos y los ruidos de los caballos. Entrecerró los ojos y dijo—: La Muerte ha estado aquí, recientemente.

Lenobia negó con la cabeza.

—No. Los bomberos están desalojando los establos. No creo que nadie muriera allí.

—No estoy percibiendo un espíritu de vampiro o de iniciado —dijo Tánatos.

—¡Todos los caballos salieron! —Nicole alzó la voz de repente. Me sorprendió su tono. Me explico: hasta ese momento solo había oído a Nicole decir cosas desagradables y en un tono despectivo. Esa Nicole sonaba como una chica normal y corriente, como alguien preocupado por cosas como que los caballos se hubieran podido quemar o que el mal anduviera suelto por el mundo.

Pero Stevie Rae, al igual que yo, conocía a una Nicole muy diferente.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí, Nicole? —le preguntó Stevie Rae.

—Estaba ayudando a Lenobia y a Travis a sacar a los caballos del establo —dijo Shaylin.

—Sí, seguro, ¡justo después de haberle prendido fuego! —dijo Stevie Rae.

—¡Zorra, no me hables así! —le soltó Nicole con una voz ya más familiar.

—Cuidado, Nicole —le dije mientras me colocaba delante de Stevie Rae.

—¡Es suficiente! —Tánatos levantó las manos y su poder se manifestó, abriéndose paso por entre la lluvia y haciendo que todos diéramos un brinco—. Nicole, eres una iniciada roja. En el pasado juraste lealtad a la única alta sacerdotisa de los tuyos. No la maldecirás. ¿Ha quedado claro?

Nicole se cruzó de brazos y asintió, una vez. No me parecía que lo sintiera, y su actitud, sumado a todo lo que había ocurrido esa noche, me cabreó de veras. La miré y le dije exactamente lo que tenía en mente:

—Tienes que entender que nadie va a tolerar más tus mierdas. De aquí en adelante las cosas van a ser diferentes.

—Por ejemplo, tendrás que vértelas primero conmigo si quieres hacerle daño a Zoey —dijo Stark.

—Me usaste para intentar matar a Stevie Rae en una ocasión. Eso no volverá a pasar —le espetó Rephaim subiendo la voz.

—¡Zoey! ¡Stevie Rae! —dijo con tono brusco Tánatos—. Para ser respetadas como altas sacerdotisas tendréis que actuar de manera acorde, y así deberán hacer vuestros guerreros.

—¡Intentó matarnos! ¡A las dos! —dijo Stevie Rae.

—¡No recientemente! —le gritó Nicole a mi amiga.

—¿Cómo podemos luchar contra la vasta y antigua Oscuridad que se ha desatado sobre este mundo si no somos más que críos que no paran de discutir? —dijo Tánatos en voz baja. No sonó poderosa, ni juiciosa, ni fuerte. Parecía cansada y desesperanzada, y eso resultaba mucho más aterrador que lo que había hecho instantes antes.

—Tánatos tiene razón —dije yo.

—¿De qué estás hablando, Z? Tú sabes cómo es realmente Nicole. —Stevie Rae la señaló—. Al igual que sabías cómo era realmente Neferet, incluso cuando nadie más te creía.

—Lo que estoy diciendo es que Tánatos tiene razón en lo de las discusiones. No podemos ni plantearnos derrotar a Neferet si nuestro equipo no se muestra fuerte y unido. —Miré a Nicole—. Lo que significa que o bien estás de nuestro lado o te piras a la de ya.

—Si Zoey se pone a hablar así, es que va en serio —dijo Aphrodite.

—Estoy de acuerdo con ella —dijo Damien.

—Yo también —añadió Darius.

—También yo —dijo Shaunee en voz alta y, justo detrás de ella, Erin añadió un rápido «Sí».

—Yo ya escogí mi bando —dijo con solemnidad Kalona—. Creo que es hora de que otros también lo hagan.

—Soy nueva aquí, pero sé qué lado es el correcto y escojo el de ellos. —Shaylin dio un paso al frente y se colocó junto a nosotros. Erik la siguió. No dijo nada, pero me miró y asintió. Le sonreí y a continuación me volví para mirar a Tánatos, respaldada por la solidaridad de mi grupo.

—No somos críos a la gresca. Simplemente estamos cansados de ser mangoneados por gente que dice saber qué es lo mejor, pero que no paran de liarla, más que nosotros incluso.

—Que ya es bastante —añadió, mordaz, Aphrodite.

—No estás siendo de ayuda —respondí de manera automática. A Nicole le dije—: Bien, escoge tu equipo.

—Vale. Escojo al equipo de Nicole —dijo.

—Que en realidad es el equipo de los egoístas —dijo Stevie Rae.

—O el equipo de los odiosos —dijo Erin.

—O el de los cardos borriqueros —añadió Aphrodite.

—Tánatos se va —dijo rápidamente Lenobia mientras señalaba a la espalda de la alta sacerdotisa.

—Como originalmente pensaba. —Fue como si la voz de Kalona secara la lluvia con su ira—. Regresa al civilizado Alto Consejo y nos deja solos para enfrentarnos al mal.

Tánatos se detuvo, se volvió y fue como si ensartara al inmortal alado con su oscura mirada.

—¡Guerrero, ten cuidado! Mi palabra no es menos vinculante que la tuya. Lo que voy a hacer es seguir a la Muerte. Desafortunadamente, eso no me llevará fuera de este colegio, ni lo hará en un futuro inmediato. —Sin decir nada más, Tánatos siguió alejándose de nosotros hacia la entrada al campo de deportes.

—Madre mía, es tan dramática. —Aphrodite puso los ojos en blanco—. Ya ha dicho que no era un vampiro, ni un iniciado, ni un caballo. Así que, ¿qué demonios? ¿Vamos a cagarnos de miedo si muere un mosquito?

—¿Cuál es tu problema? —Nicole negó con la cabeza hacia Aphrodite—. Eres una arpía. ¿Por qué no piensas en vez de abrir la boca? Tánatos no está hablando de bichos ni de tonterías de esas. Tiene que estar hablando de un gato. Ese es el único otro espíritu de animal del que se preocuparía alguien aquí.

Eso hizo callar a Aphrodite, creándose lo que se me antojó un enorme vacío silente mientras todos caíamos en la cuenta de que Nicole tenía que estar en lo cierto.

Aspiré el aire.

—¡Oh, Diosa, no! ¡Nala!

Mientras le dirigía una mirada asesina a Nicole, Aphrodite dijo:

—Tranquila, nuestros gatos están en la estación, incluso esa perra que tanto huele. No es ninguno de los nuestros.

—Duchess no huele —dijo Damien—. Pero, oh, me alegro tanto de que ella y Cammy estén a salvo.

—Me moriría si le pasara algo a Belcebú —dijo Shaunee.

—¡Yo también! —añadió Erin, pareciendo más a la defensiva que preocupada.

—Quiero a Nal. —Stevie Rae me miró y las dos contuvimos las lágrimas.

—Nuestra familia está a salvo. —La voz grave de Darius pareció sostenerme hasta que Erik habló.

—Que no sea ninguno de nuestros gatos no hace que su muerte sea menos terrible. —Erik parecía más maduro de lo habitual—. Me pregunto quién está ahora en el equipo de los egoístas.

Suspiré e iba a mostrarme de acuerdo con Erik cuando Nicole hizo un sonido de exasperación y empezó a alejarse de nosotros, siguiendo el camino que Tánatos acababa de tomar.

—¿Adónde te crees que vas? —le gritó Stevie Rae.

Nicole no se detuvo. Tampoco se volvió, pero dejó la estela de su voz tras de sí:

—El equipo de los egoístas va a ayudar a Tánatos con el gato muerto, sea de quien sea, porque al equipo de los egoístas le gustan los animales. Son más amables que las personas. Punto final.

—No sé de qué está hablando —dijo Aphrodite.

Puse los ojos en blanco.

—Todo esto es puro teatro. No se puede confiar en esa chica. —Stevie Rae estaba

mirando a Nicole.

—Bueno, sí que puedo decirte que Nicole casi sucumbe a la inhalación de humo por ayudarme a liberar a los caballos —dijo Lenobia.

—Su color está cambiando —susurró Shaylin.

—Shhh —le dijo Erik y le tocó el hombro.

—¡Intentó matarme! —Stevie Rae parecía estar a punto de explotar.

—¡Oh, venga ya! ¿Quién no ha intentado matarte? O a Zoey. O a mí, sin ir más lejos. Supéralo —apostilló Aphrodite. Y antes de que Stevie Rae pudiera responder, levantó la mano con la palma hacia fuera y prosiguió—: Ahórratelo. A menos que tú, Stark y el resto de los iniciados rojos que se queman con la luz del sol estén pensando pasar el resto del día aquí y a cubierto, será mejor que volvamos al autobús y regresemos a la estación. Oh, y el chico pájaro en breve va a ser cien por ciento pájaro y cero por ciento chico, y estoy segura de que resultará de lo más extraño si eso sucede en público.

—Odio cuando tiene razón —me dijo Stevie Rae.

—Qué me vas a contar —respondí—. De acuerdo, ¿por qué no juntáis a todos los que van a volver a la estación? Yo averiguaré qué es lo que está pasando con Tánatos y la Muerte y qué no y luego nos encontraremos en el autobús para regresar a la estación. Pronto.

—Querrás decir que tú y yo vamos a averiguar qué está pasando con Tánatos y la Muerte y qué no y luego nos encontraremos con ellos en el autobús para regresar a la estación. Pronto —me corrigió Stark.

Le estreché la mano.

—Eso era exactamente lo que quería decir.

—Y yo —dijo Kalona—, yo también seguiré a Tánatos con vosotros, aunque no regresaré a la estación. —Sus labios esbozaron una leve sonrisa cuando su mirada se desvió de mí a su hijo—. Pronto, eso sí. Os veré a todos pronto.

Stevie Rae le soltó la mano a Rephaim lo suficiente como para arrojarle a los brazos de Kalona y darle un abrazo gigante, algo que pareció sorprenderlo a él casi tanto como al resto de nosotros, aunque Rephaim contempló la escena con una sonrisa de oreja a oreja.

—Sí, nos veremos muy pronto. Gracias de nuevo por lo que has hecho por tu hijo. Kalona le dio una palmadita en la espalda.

—De nada.

A continuación, Stevie Rae tomó de nuevo la mano de Rephaim y volvió sobre sus pasos hasta el aparcamiento.

—Vale, os esperamos, pero recordad que, tan cierto como que el agua es agua, pronto amanecerá.

Aphrodite negó con la cabeza y rodeó el brazo de Darius.

—¿Qué quería decir con eso de que el agua es agua? ¿Crees que llegó a acabar octavo?

—Limitate a echarle una mano para que los chicos suban al autobús —le dije yo.

Por suerte, se había levantado viento y este y la lluvia engulleron la respuesta de Aphrodite mientras ella, Darius y el resto de mi círculo, además de Shaylin y Erik, echaban a andar, en teoría para hacer lo que yo les había pedido. Lo que me dejaba a mí a solas con Stark, Lenobia y Kalona.

—¿Lista? —me preguntó Stark.

—Sí, claro —mentí.

—Vayamos, pues —dijo Lenobia.

Mientras seguíamos a Tánatos y a Nicole, intenté prepararme para algo terrible, pero mi cuota de terribilidad ya había quedado cubierta por esa noche, y todo lo que podía hacer era limpiarme la lluvia de la cara y poner un pie delante del otro. No estaba preparada para nada que no fuera irme a la cama.

Hacía un calor seco en el campo de deportes, pero olía a humo. La arena bajo nuestros pies estaba húmeda y sucia. *A Dragon no le gustaría nada verlo así*, eso era lo que estaba pensando cuando Kalona señaló al centro del campo, tenuemente iluminado, donde pude distinguir las formas imprecisas de Tánatos y Nicole.

—Allí —dije.

—Deberíamos haber traído linternas —estaba murmurando Lenobia mientras avanzábamos por la arena empapada—. Los humanos han apagado casi todas las lámparas al sofocar el fuego del establo.

No quería decir nada, pero lo cierto era que me alegraba de que no se viera bien, porque sabía que lo que quiera que hubiera allí donde Tánatos y Nicole se habían detenido no iba a ser agradable. Me guardé ese pensamiento para mí, sin embargo, y agarré a Stark de la mano, tomándole prestada su fuerza.

—Tened cuidado de por dónde pisáis. —Cuando estuvimos cerca de donde Tánatos y Nicole estaban, la profesora nos habló sin apartar la vista de donde se había arrodillado—. Hay pruebas de un hechizo aquí. Quiero que se guarde y examine todo para que pueda descubrir quién es el responsable de semejante atrocidad.

Miré por encima de su hombro, sin entender realmente qué era lo que estaban mirando. Alguien había dibujado un círculo en la arena. La arena parecía extraña y oscura en su interior. En el centro del círculo había un par de bultos peludos. Al lado de los bultos había unas palabras garabateadas en la arena. Entrecerré los ojos para intentar distinguirlas.

—¿Qué diablos es esto? —pregunté.

Los vampiros rojos veían mejor en la oscuridad, así que cuando Stark me rodeó con su brazo supe que, lo que quiera que fuera aquello, era malo. Muy malo. Antes de poder repetir la pregunta, Nicole se metió la mano en el bolsillo y sacó su móvil.

—Tiene flash. Te dañará un poco los ojos, pero al menos podré sacarle una foto.

Tenía razón. Los ojos se me llenaron de lágrimas y lucecitas. Kalona, cuya visión inmortal era menos susceptible a ser dañada por la luz que la de cualquier vampiro, habló con solemnidad.



—Sé quién ha hecho esto. ¿No notáis su persistente presencia?

Parpadeé hasta dejar de ver las lucecitas y me acerqué, aunque Stark intentó evitarlo. Demasiado tarde. Supe entonces qué era lo que estaba viendo.

—¡Shadowfax! ¡Está muerto!

—Sacrificado en un ritual oscuro —dijo Tánatos.

—Y Guinevere también —añadió Nicole.

Me entraron ganas de vomitar.

—¿El gato de Dragon y la gata de Anastasia? ¿Los han matado a los dos?

Tánatos acarició con delicadeza el costado de Shadowfax y a continuación se acercó a la gata, mucho más pequeña, acurrucada a su lado.

—Esta pequeña no murió en un sacrificio. No fue parte del ritual. El dolor detuvo su corazón y su respiración. —La alta sacerdotisa se puso de pie y se volvió hacia Kalona—. Dices que sabes quién lo ha hecho.

—Lo sé, igual que tú lo sabes. Neferet sacrificó al gato del guerrero. Lo hizo como pago. La Oscuridad le obedece, pero el precio de esa obediencia es sangre, muerte y dolor. Es un precio que debe ser satisfecho una y otra vez. La Oscuridad jamás se sacia. —Señaló hacia las palabras—. Esto demuestra lo que digo.

Con la tenue luz del lugar pude ver los tristemente inertes cuerpos de los gatos, pero me costaba distinguir las palabras escritas a su lado. No tuve que preguntar. Stark, acercándome contra sí, las leyó en voz alta:

Con el pago de sangre, dolor y castigo,  
¡obliga al recipiente a ser mi filo!

—El recipiente es como Neferet llama a Aurox —explicó Kalona.

—Oh, gran Diosa, eso indica más aún, si cabe, que esto ha sido obra de Neferet. —La oscura mirada de Tánatos se posó en la mía—. La muerte de tu madre no fue un sacrificio aleatorio a la Oscuridad. Fue el pago requerido para crear a la criatura de Neferet, el recipiente, Aurox.

Noté cómo me flaqueaban las rodillas y me pegué más todavía a Stark. Me sentía como si su brazo fuera lo único que me mantenía en pie.

—Siempre supe que ese maldito chico toro no daría más que problemas —dijo Stark—. Era imposible que fuera un don de Nyx.

—El recipiente es lo contrario. Es una criatura creada a partir del dolor y la muerte por la Oscuridad y controlada por Neferet —dijo Tánatos.

No podía decirles lo que me parecía haber visto con mi piedra vidente. ¿Cómo podía hacerlo, con el brazo de Stark rodeándome, Dragon muerto y con el terrible final que habían tenido aquellos gatos? Pero estaba demasiado afectada, demasiado cansada, dolida y confusa como para guardarme mis palabras y evitar soltar el nombre de Heath, así que, en vez de eso, me puse a farfullar como una estúpida:

—¡Tiene que haber algo más en Aurox que eso! ¿Recuerdas lo que te preguntó

después de clase? Quería saber quién era, qué era. Le dijiste que podía decidirlo por sí mismo y no dejar que su pasado controlara su futuro. ¿Por qué una criatura hecha totalmente de Oscuridad, que no fuera nada más que el recipiente de Neferet, iba a molestarse en hacer preguntas sobre sí mismo?

—Tienes razón. Recuerdo que Aurox vino a mí. —Tánatos asintió. Su mirada volvió a los cuerpos de los gatos—. Tal vez Aurox no sea un recipiente vacío del todo. Quizá su interacción con nosotros, y en concreto contigo, Zoey, tocó algún rincón de su conciencia.

Sentí una oleada de emoción tal que Stark me miró con gesto inquisitivo y sobresaltado.

—¡Estaba diciendo la verdad! —expliqué—. Esta noche, justo antes de que Aurox huyera dijo: «¡Elegí un futuro diferente! ¡Lo hice!». Con ello quería decir que no había querido hacerle daño a Rephaim o a Dragon, pero que no podía evitarlo si Neferet tenía control sobre él.

—Tiene sentido. —Tánatos asintió y habló despacio, como si estuviera abriéndose paso verbalmente por entre un laberinto—. El sacrificio del gato de Dragon Lankford era necesario porque Neferet estaba perdiendo el control de su recipiente. Todos vimos cómo Aurox se transformaba de toro a chico, y luego empezó a transformarse de nuevo en toro cuando huyó.

—También tuvisteis que ver lo asustado que estaba cuando volvió a ser Aurox de nuevo y vio lo que le había hecho a Dragon —dije.

—Eso no cambia el hecho de que Aurox mató a Dragon —dijo Stark. Podía sentir la tensión irradiando de él y no me gustaba que su rostro se hubiera tornado en una máscara impenetrable.

—¿Y si solo mató a Dragon por el terrible sacrificio de Shadowfax hecho por Neferet? —pregunté, intentando que Stark viera que podía haber más de una respuesta.

—Zoey, eso no hace que Dragon esté menos muerto —dijo Stark mientras quitaba su brazo y se apartaba ligeramente de mí.

—Ni hace a Aurox menos peligroso —dijo Kalona.

—Pero tal vez sí hace que sea una amenaza menor de lo que creímos en un primer momento. —Tánatos habló de manera razonable—. Si Neferet tiene que llevar a cabo un ritual de sacrificio, uno de este tipo, cada vez que quiera controlarlo, tendrá que escoger cuidadosa y selectivamente el uso que haga de él.

—No paraba de decir que había escogido un futuro diferente —insistí.

—Z, eso no convierte a Aurox en alguien bueno —dijo Stark mientras negaba con la cabeza en mi dirección.

—¿Sabes? La gente cambia —dijo de repente Nicole. Todos nos la quedamos mirando. Resultaba obvio que yo no era la única que se había olvidado de que estaba allí.

No me gustaba nada estar de acuerdo con Nicole, así que me limité a morderme el

labio en silencio, preocupada.

—Aurox no es una persona, ni un tipo, bueno o malo. —En la oscuridad del recinto, la voz grave de Kalona resonó como una bomba, detonando contra mis nervios ya a flor de piel—. Aurox es un recipiente. Una criatura creada para ser el arma de Neferet. ¿Puede tener conciencia y la capacidad de cambiar? —Se encogió de hombros—. Solo podemos hacer suposiciones. Y lo cierto es que, ¿importa acaso? No supone diferencia alguna si una lanza tiene conciencia o no. Lo importante es quién empuña el arma. Neferet, sin duda, es quien dirige a Aurox.

—¿Desde cuándo lo has sabido? —Me volví hacia Kalona. Stark estaba mirándome como si me estuviera comportando de manera irracional, pero eso no me detuvo. Incluso aunque no lograra encontrar la manera de contárselo, creía haber visto el alma de Heath en el interior de Aurox a través de la piedra vidente—. Si sabías lo que era Aurox, ¿por qué no dijiste nada hasta ahora?

—Nadie me preguntó —dijo Kalona.

—Eso es una tontería —dije, desviando mi ira, frustración y confusión de mí misma y del rompecabezas Aurox/Heath y golpeando a Kalona con todo ello—. ¿Qué más nos has ocultado?

—¿Qué más queríais saber? —respondió sin vacilar—. Ten cuidado, joven sacerdotisa, y asegúrate de querer oír las respuestas a las preguntas que haces.

—Se supone que estás de nuestro lado, ¿recuerdas? —dijo Stark mientras se interponía entre Kalona y yo.

—Recuerdo más de lo que eres consciente, vampiro rojo —dijo Kalona.

—¿Y eso qué demonios significa? —le espetó Stark.

—¡Significa que no siempre has sido un santo! —gritó Nicole.

—¡No te atrevas a hablar de él! —le grité.

—¡De nuevo discutiendo! —gritó Tánatos y la pasión de su voz agitó el aire a nuestro alrededor—. Nuestro enemigo ha sembrado el caos en nuestra propia casa. Ha cometido no un asesinato, ni dos, sino muchos más. Se ha aliado con el mayor mal que este mundo ha conocido. Y aun así os peleáis entre vosotros. Si no podemos unirnos, ya nos ha derrotado.

Tánatos negó con la cabeza con tristeza. Nos dio la espalda y se colocó junto a los gatos. La alta sacerdotisa se arrodilló junto a ellos y, una vez más, los acarició con dulzura. En esa ocasión, el aire sobre los gatos comenzó a titilar y los brillantes contornos de Shadowfax y Guinevere se materializaron, solo que ya no eran los gatos adultos que yacían fríos e inertes en el suelo. Eran gatitos. Gatitos regordetes y adorables.

—Id con la Diosa, pequeños —les dijo con dulzura y sin subir la voz—. Nyx y aquellos a los que más queréis os aguardan. —El pequeño Shadowfax levantó una pata para jugar con el final de la manga de farol de Tánatos antes de que ambos gatitos desaparecieran con un destello. Juraría haber oído a lo lejos la risa musical de Anastasia e imaginé que Dragon y ella iban a darles a sus gatitos una calurosa

bienvenida en el Otro Mundo.

El Otro Mundo...

Mi madre estaba allí, junto con Dragon, Anastasia y Jack y, si había estado errada respecto a lo que había visto en el interior de Aurox, Heath estaba allí también. Yo había estado allí. Sabía que el Otro Mundo existía con la misma certeza que sabía que yo existía. También sabía que era un lugar increíble y mágico y que, a pesar de que no había sido mi momento de morir y quedarme allí, su belleza persistía aún en mi mente y alma, formando una pequeña y maravillosa burbuja de seguridad que era lo contrario de en lo que el mundo a mi alrededor se había convertido.

—¿Tan malo sería si perdiéramos?

No fui consciente de que lo había dicho en alto hasta que Stark me zarandéo el hombro.

—¿De qué estás hablando, Z? No podemos perder porque Neferet no puede vencer. La Oscuridad no puede vencer.

Pude ver su preocupación y sentir su miedo. Sabía que lo estaba asustando, pero no podía refrenarme. Estaba tan cansada de que todo fuera una lucha entre la muerte y la Oscuridad y el amor y la Luz. *¿Por qué no podía acabar todo sin más? ¡Daría lo que fuera para que acabara!*

—¿Qué es lo peor que puede pasar? —Me oí a mí misma preguntar, y a continuación farfullé la respuesta a mi propia pregunta—. Neferet nos matará. Bueno, estar muerto no parece tan terrible. —Agité la mano en la dirección donde los gatitos acababan de hacer acto de presencia.

—¿Pero es que nunca para? —murmuró Nicole, molesta, para sus adentros.

—Zoey Redbird, la muerte no es ni mucho menos lo peor que nos puede pasar —dijo Tánatos—. Sí, la Oscuridad parece abrumadora en estos momentos, especialmente después de todo lo que hemos descubierto esta noche, pero también hay amor y Luz aquí. Piensa en la tristeza que tus palabras causarían a Sylvia Redbird.

Sentí una punzada de culpabilidad. Tánatos tenía razón. Había cosas peores que morir, y esas cosas peores le habían ocurrido a la gente que habíamos dejado atrás. Agaché la cabeza y di un paso hacia Stark, tomando su mano en la mía.

—Lo siento. Tenéis razón. No debería haber dicho eso.

Tánatos me sonrió con dulzura.

—Regresad a la estación. Rezad. Dormid. Encontrad consuelo y guía en las palabras que Nyx nos dijo: «Aferraos al recuerdo de la curación que ha tenido lugar esta noche. Necesitaréis su fuerza y su paz para la batalla que está por venir». —Vaciló, suspiró y añadió—: Sois tan jóvenes.

Quería gritar: «¡Lo sé! ¡Soy demasiado joven para salvar el mundo!». En vez de eso permanecí en silencio, sintiéndome estúpida e inútil mientras Tánatos se agachaba y levantaba los cuerpos de Shadowfax y Guinevere, los envolvía en los voluminosos faldones de su vestido y los sostenía contra sí, como si fueran bebés

durmiendo. A continuación le dijo a Kalona:

—Ven conmigo. Debo darles a los Hijos de Érebo la triste noticia de la muerte de su maestro de esgrima. Mientras me ocupo de ello, os agradecería que empezara a preparar una pira para Dragon y estos pequeños. Cuando encendamos la pira, te proclamaré de manera oficial guerrero de la Muerte. —Sin volver a mirarme, Tánatos se marchó del campo de deportes. Kalona la siguió sin mirarnos ni a Stark ni a mí.

—Tu equipo, por cierto, es un asco. —Nicole, negando con la cabeza, se marchó también.

Sentí los ojos de Stark fijos en mí. Su mano parecía rígida en la mía. Alcé la vista, convencida de que iba a zarandearme o gritarme o al menos preguntarme qué demonios me pasaba. De nuevo.

En vez de eso, abrió sus brazos y dijo:

—Ven aquí, Z.

Y me dio todo su amor.



## Aurox

Aurox corrió, sin saber ni importarle adónde lo llevaba su cuerpo. Solo sabía que tenía que alejarse del círculo, de Zoey, antes de cometer otra atrocidad. Sus pies, transformados por completo en pezuñas hendidas, levantaban el terreno fértil, desplazándolo a una inhumana velocidad por los campos de lavanda invernalmente latentes. Al igual que la brisa que acariciaba su cuerpo, las emociones se abrieron paso en su interior.

Confusión: no había querido hacerle daño a nadie, y sin embargo había matado a Dragon y tal vez incluso a Rephaim.

Ira: había sido manipulado, ¡manejado en contra de su voluntad!

Desesperación: nadie creería que no había tenido intención de hacerle daño a nadie. Era una bestia, una criatura de la Oscuridad. El recipiente de Neferet. Todos lo odiarían. Zoey lo odiaría.

Soledad: y sin embargo él no era el recipiente de Neferet. Daba igual lo que hubiera ocurrido esa noche. Daba igual cómo hubiera podido controlarlo. Él no pertenecía, no pertenecería a Neferet. No tras ver lo que había visto esa noche... No después de lo que había sentido esa noche.

Aurox había sentido la Luz. Incluso a pesar de no haber podido abrazarla, había sentido la fuerza de su bondad en el círculo mágico y reconocido su belleza en la invocación de los elementos. Hasta que los repugnantes hilos de Oscuridad habían reclamado y controlado a la bestia de su interior, Aurox había observado, fascinado, el conmovedor ritual que había culminado con la Luz limpiando la Oscuridad de la tierra, y de él, aunque en su caso la purificación había durado tan solo un instante. Lo suficiente como para que Aurox fuera consciente de lo que había hecho. Entonces la ira y el comprensible odio que los guerreros habían sentido hacia él lo habían abrumado y la poca humanidad que le quedaba le había permitido huir y no matar a Zoey.

Aurox se estremeció y gimió cuando el cambio de bestia a chico recorrió su cuerpo, dejándolo descalzo y desnudo de cintura para arriba, con tan solo sus vaqueros raídos. Una terrible sensación de debilidad se apoderó de su cuerpo. Con la respiración entrecortada y temblando, aminoró el paso y empezó a caminar a trompicones. Su mente era una guerra. El odio hacia sí mismo lo llenaba. Aurox deambuló sin rumbo en los momentos previos al amanecer, sin saber ni importarle dónde estaba, hasta que no pudo ignorar por más tiempo las necesidades físicas de su cuerpo y siguió el olor y sonido del agua. Junto al riachuelo cristalino, Aurox se

arrodilló y bebió hasta que el fuego de su interior quedó saciado y entonces, vencido por el agotamiento y las emociones, se derrumbó. El sueño finalmente ganó la batalla que se libraba en su interior y se quedó dormido.

Aurox se despertó con el sonido de la canción. Resultaba tan tranquilizadora, tan relajante, que al principio no abrió los ojos. La voz de la mujer era rítmica, como los latidos del corazón, pero el ritmo no fue lo único que conmovió a Aurox, sino el sentimiento que llenaba esa canción. No se sentía como cuando canalizaba las emociones violentas para avivar la metamorfosis que transformaba su cuerpo de chico en el de la bestia. El sentimiento de la canción provenía de la propia voz: alegre, vivificante, agradecida. Aurox no sintió esas cosas con la canción, sino que le vinieron a la mente imágenes alegres y permitió que la posibilidad de felicidad se filtrara en su mente en vigilia. No entendía ninguna de las palabras, pero no lo necesitaba. Aquella voz se elevaba y transcendía el lenguaje.

Tras desperezarse del todo, quiso ver quién era la dueña de esa voz. Para preguntarle por su felicidad. Para intentar entender cómo podía crear esa sensación en él. Aurox abrió los ojos y se incorporó. Se había desplomado no muy lejos de la granja, cerca de la orilla del riachuelo, que formaba una franja serpenteante de aguas cristalinas que fluían con calma, musicalmente, sobre arena y rocas. La mirada de Aurox siguió las aguas río abajo, a su izquierda, donde la mujer, con un vestido sin mangas y largos flecos de cuero decorados con cuentas y conchas, se hallaba. Estaba bailando grácilmente, siguiendo el ritmo de la canción con sus pies descalzos. Aunque el sol empezaba a elevarse sobre el horizonte y las primeras horas de la mañana eran frías, estaba sonrojada, cálida, viva. El humo proveniente de un manojó de plantas secas en su mano danzaba a su alrededor, aparentemente al compás de la canción.

Con solo mirarla, Aurox se sintió bien. No tenía que canalizar su felicidad y alegría; eran palpables a su alrededor. Su espíritu se elevó porque la mujer estaba tan llena de emoción que esta le desbordaba. Echó la cabeza hacia atrás y sus largos cabellos, negros y salpicados de cañas, le llegaron casi a su esbelta cintura. Levantó sus brazos desnudos, como si estuviera abrazando al sol, y luego comenzó a moverse en círculo, manteniendo el ritmo con los pies.

Aurox estaba tan atrapado por la canción que no se dio cuenta de que ella se estaba volviendo, y que lo vería, hasta que sus ojos se encontraron. Entonces la reconoció. Era la abuela de Zoey, que había estado en el centro del círculo la noche anterior. Aurox temió que se fuera a asustar o que gritara al verlo aparecer allí de repente en la hierba, al borde de su riachuelo. En vez de eso, su alegre baile cesó. La canción cesó. Y habló con una voz nítida y tranquila.

—Te veo, *tsu-ka-nv-s-di-na*. Eres el cambiante que mató a Dragon Lankford anoche. Intentaste matar también a Rephaim, pero no lo lograste. También te

abalanzaste sobre mi querida nieta como si quisieras hacerle daño. ¿Estás aquí para matarme a mí también?

Levantó los brazos de nuevo y aspiró profundamente el limpio y fresco aire de la mañana para a continuación concluir:

—Si es así, entonces le diré al cielo que mi nombre es Sylvia Redbird y que hoy es un buen día para morir. Con mi espíritu lleno de alegría, iré junto a la Gran Madre para encontrarme con mis ancestros.

Y entonces le sonrió.

Fue su sonrisa lo que pudo con él. Sintió cómo se hacía pedazos y, con una voz temblorosa que apenas si reconoció como propia, Aurox dijo:

—No estoy aquí para matarte. Estoy aquí porque no tengo otro lugar al que ir.

Entonces Aurox empezó a llorar.

Sylvia Redbird vaciló un breve instante. Entre lágrimas, Aurox observó cómo ella levantaba de nuevo la cabeza y asentía, como si hubiera recibido la respuesta a una pregunta. A continuación echó a andar grácilmente hasta él, y los flecos de cuero de su vestido se agitaron musicalmente con sus movimientos y el roce de la fresca brisa matutina.

No vaciló cuando lo tocó. Sylvia Redbird se sentó, metiendo sus pies desnudos bajo ella, y a continuación lo rodeó con sus brazos y atrajo la cabeza de Aurox hacia su hombro.

Aurox jamás llegó a saber cuánto tiempo estuvieron sentados así juntos. Solo sabía que, mientras lloraba, ella lo abrazó y meció con delicadeza, hacia delante y hacia atrás, mientras le cantaba en voz baja y la daba palmaditas en la espalda al compás de los latidos de su corazón.

Finalmente, Aurox se apartó, volviendo avergonzado la cabeza.

—No, hijo —dijo ella mientras lo agarraba de los hombros y lo obligaba a mirarla—. Antes de apartarte, cuéntame por qué lloras.

Aurox se limpió la cara, se aclaró la garganta y con una voz que sonó joven y, pensó él, muy estúpida, dijo:

—Es porque lo siento.

Sylvia Redbird le mantuvo la mirada.

—¿Y? —lo animó a seguir.

Aurox exhaló el aire y reconoció:

—Y porque estoy muy solo.

Los ojos oscuros de Sylvia se abrieron de par en par.

—Eres más de lo que aparentas ser.

—Sí. Soy un monstruo de la Oscuridad, una bestia —coincidió con ella.

Sylvia torció los labios.

—¿Puede una bestia llorar de dolor? ¿Tiene la Oscuridad la capacidad de sentir soledad? Yo creo que no.

—Entonces ¿por qué me siento tan estúpido por llorar?



—Piensa en esto —le dijo ella—. Tu espíritu lloró. Necesitaba llorar porque sentía dolor y soledad. Está en ti decidir si eso es o no una estupidez. Yo ya he decidido que no hay nada vergonzoso en las lágrimas sinceras. —Sylvia Redbird se levantó y le extendió una mano pequeña y de engañosa fragilidad—. Ven conmigo, hijo. Las puertas de mi casa están abiertas para ti.

—¿Por qué harías eso? Has visto cómo maté a un guerrero y herí a otro anoche. Podía haber matado a Zoey también.

Sylvia ladeó la cabeza y lo observó.

—¿Podías? Creo que no. O al menos creo que el chico que veo en estos momentos no podría haberla matado.

Aurox se encorvó.

—Pero solo tú lo crees. Nadie más lo hará.

—Bueno, *tsu-ka-nv-s-di-na*, soy la única persona que está contigo en este momento. ¿No es suficiente con que yo lo crea?

Aurox se limpió la cara de nuevo y se levantó un tanto vacilante. A continuación, tomó la delicada mano de la abuela de Zoey.

—Sylvia Redbird, que tú lo creas es suficiente para mí en este momento.

Ella le estrechó la mano, sonrió y dijo:

—Lámame abuela.

—¿Qué es lo que me has llamado, abuela?

Ella sonrió.

—*Tsu-ka-nv-s-di-na* es la palabra de mi gente para toro.

Aurox sintió calor y después frío.

—La bestia en que me convierto es más terrible que un toro.

—Entonces llámame *tsu-ka-nv-s-di-na* tal vez ayude a quitar parte del horror que duerme en tu interior. Los nombres tienen poder, hijo.

—*Tsu-ka-nv-s-di-na*. Lo recordaré —dijo Aurox.

Sintiéndose aún débil, caminó con la anciana maga hasta una pequeña granja situada entre campos de lavanda durmientes. Era de piedra y tenía un porche enorme que invitaba a pasar. La abuela de Zoey lo llevó hasta un sofá de cuero y le dio una manta tejida a mano con la que cubrirse. A continuación le dijo:

—Voy a pedirle a tu espíritu que descanse.

Aurox hizo lo que le pidió mientras Sylvia cantaba en voz baja para sí, encendía la chimenea y hervía agua para hacer té. Se marchó un momento a otra habitación y volvió con una sudadera y unos cómodos zapatos de cuero. Una vez la habitación se hubo calentado y su canción terminado, Sylvia le indicó que se uniera a ella en torno a la pequeña mesa de madera y le ofreció comida de un plato púrpura.

Aurox le dio un sorbo al té con miel y comió del plato.

—G-gracias, abuela —dijo con la voz entrecortada—. La comida es buena. La bebida es buena. Todo aquí es tan bueno.

—El té es de manzanilla e hisopo. Lo tomo para que me ayude a calmarme y a

estar centrada. Las galletas son una receta mía, con trozos de chocolate y lavanda. Siempre he creído que el chocolate y la lavanda son buenos para el alma. —Sylvia sonrió y le dio un mordisco a una galleta. Comieron en silencio.

Aurox nunca antes se había sentido tan contento. Sabía que no podía ser, pero de alguna manera tenía la sensación de pertenecer a ese lugar, junto a esa mujer. Esa extraña pero maravillosa sensación de pertenencia le permitió empezar a hablarle desde el corazón.

—Neferet me dio órdenes anoche. Tenía que interrumpir el ritual.

Sylvia asintió. Su expresión no fue de sorpresa, sino pensativa.

—No quería que se supiera que es la asesina de mi hija.

Aurox la observó.

—Tu hija fue asesinada. Fuiste testigo de lo ocurrido, anoche, y aun así estás serena y alegre hoy. ¿De dónde sacas esa paz?

—Del interior —dijo—. También de la creencia de que hay más de lo que vemos, de lo que podemos demostrar. Por ejemplo, como mínimo debería temerte. Hay quien diría que debería odiarte.

—Muchos lo dirían.

—Sin embargo, ni te temo ni te odio.

—Estás... estás consolándome. Dándome refugio. ¿Por qué, abuela? —preguntó Aurox.

—Porque creo en el poder del amor. Creo en escoger la Luz frente a la Oscuridad, la felicidad frente al odio, la confianza frente al escepticismo —dijo la abuela de Zoey.

—Entonces esto no es por mí. Simplemente eres una buena persona —dijo Aurox.

—No creo que ser buena persona sea algo así de simple, ¿no crees? —dijo ella.

—No lo sé. Nunca he intentado serlo. —Se pasó la mano por su abundante pelo rubio con frustración.

Los ojos de la abuela de Zoey se rodearon de arrugas al sonreír.

—¿No? Anoche una poderosa inmortal te ordenó que detuvieras un ritual y, sin embargo, milagrosamente, el ritual se llevó a cabo. ¿Cómo ocurrió eso?

—Nadie creará la verdad —dijo él.

—Yo sí —le respondió la abuela de Zoey—. Cuéntamelo, hijo.

—Vine aquí siguiendo las órdenes de Neferet: matar a Rephaim y distraer a Stevie Rae para que el círculo se rompiera y el ritual no pudiera concluirse, pero no pude hacerlo. No podía romper algo que estaba tan lleno de Luz, tan bueno. —Habló atropelladamente, pues quería contar toda la verdad antes de que la abuela de Zoey lo detuviera, lo rehuyera—. Entonces la Oscuridad se apoderó de mí. ¡No quería cambiar! ¡No quería que el toro saliera a la superficie! Pero no pude controlarlo y, una vez estuvo presente, solo recordé mi última orden: matar a Rephaim. La purificación de los elementos y el roce de la Luz fueron lo que detuvo a la bestia el

tiempo suficiente como para que pudiera hacer acopio de algo de autocontrol y huir.

—Por eso mataste a Dragon. Porque intentó proteger a Rephaim —dijo ella.

Aurox asintió y agachó la cabeza, avergonzado.

—No quería matarlo. No tenía intención de matarlo. La Oscuridad controló a la bestia y esta me controló a mí.

—No ahora, sin embargo. La bestia no está aquí ahora —dijo la anciana en voz baja.

Aurox la miró.

—Lo está. La bestia siempre está aquí. —Señaló al centro de su pecho—. Mora constantemente en mi interior.

La anciana le cubrió las manos con las suyas.

—Eso puede ser, pero tú también estás aquí. *Tsu-ka-nv-s-di-na*, recuerda que controlaste a la bestia lo suficiente como para huir. Quizá eso sea un comienzo. Aprende a confiar en ti mismo y tal vez los demás puedan aprender a confiar en ti.

Aurox negó con la cabeza.

—No, tú eres diferente de los demás. Nadie me creerá. Solo verán a la bestia. A nadie le importará lo suficiente como para confiar en mí.

—Zoey te protegió de los guerreros. Fue gracias a su protección que pudiste huir.

Aurox parpadeó sorprendido. Ni siquiera lo había pensado. Sus emociones estaban tan agitadas en ese momento que no había sido consciente del alcance de las acciones de Zoey.

—Me protegió —dijo lentamente.

La abuela de Zoey le dio una palmadita en la mano.

—No dejes que la confianza de Zoey en ti se eche a perder. Escoge la Luz, hijo.

—¡Pero ya lo he intentado y fracasé!

—Inténtalo más —le dijo con severidad.

Aurox fue a abrir la boca para protestar, pero los ojos de la anciana contuvieron sus palabras. Su mirada le mostró que lo que le había dicho había sido más que una orden. Confiaba, creía en él.

Aurox agachó de nuevo la cabeza. Esa vez no con vergüenza, sino en respuesta a un incierto atisbo de esperanza. Se permitió durante un breve instante saborear esa nueva y maravillosa sensación. A continuación, con delicadeza, le soltó la mano a la anciana y se puso en pie.

—Debo aprender cómo demostrar que estás en lo cierto.

—¿Y cómo harás eso, hijo?

—Debo encontrarme a mí mismo —dijo sin vacilación alguna.

La sonrisa de la anciana fue cálida y brillante. Le recordó inesperadamente a Zoey, y eso hizo que el leve destello de esperanza se expandiera hasta dar calidez a su interior.

—¿Adónde irás?

—Donde pueda hacer el mayor bien —dijo.

—Aurox, hijo, quiero que sepas que mientras controles a la bestia y no mates a nadie de nuevo, siempre podrás encontrar refugio aquí.

—Nunca lo olvidaré, abuela.

Cuando lo abrazó junto a la puerta, Aurox cerró los ojos, aspiró el aroma a lavanda y sintió el roce del amor maternal. Ese aroma y roce permanecieron con él mientras conducía lentamente de regreso a Tulsa.

Ese día de febrero era luminoso y, tal como el hombre de la radio había dicho, «lo suficientemente cálido como para empezar a ponerse las pilas». Aurox aparcó el coche de Neferet en una de las plazas vacías de la zona posterior de la plaza de Utica y a continuación dejó que su instinto guiara sus pasos mientras echaba a andar por el bullicioso centro comercial junto a la calle secundaria llamada avenida South Yorktown. Olió el humo antes de llegar al enorme muro de piedra que rodeaba la Casa de la Noche.

*Este fuego ha sido obra de Neferet. Hiede a Oscuridad*, pensó Aurox. No se permitió pensar qué habría destruido el fuego. Se centró únicamente en seguir su instinto, que le estaba diciendo que tenía que regresar a la Casa de la Noche para encontrarse a sí mismo y su redención. El corazón de Aurox latía con fuerza mientras se escabullía en las sombras del muro y avanzaba en dirección este, al límite de los terrenos del colegio, hasta llegar a un viejo roble que se había partido con tal violencia que parte de este yacía apoyado contra el muro del colegio.

Era sencillo trepar por el muro, agarrar las ramas invernalmente desnudas del árbol hendido y luego dejarse caer al otro lado. Aurox se agazapó en la sombra del árbol. Tal como había esperado, la luz del sol había vaciado los terrenos del colegio, confinando a los iniciados y a los vampiros en el interior de los edificios de piedra, tras ventanas con oscuras cortinas. Se movió alrededor de la base del árbol partido, estudiando la Casa de la Noche.

Era el establo lo que había ardido. Lo podía ver sin problemas. No parecía que el fuego se hubiera propagado, aunque una de las paredes exteriores del establo se había venido abajo. La entrada dañada ya había sido cubierta por una tupida lona negra. Aurox se pegó más al árbol. Abriéndose paso por entre los fragmentos astillados de la base partida y su maraña de extremidades, Aurox se preguntó por qué nadie había pensado en limpiar aquello que tanto contrastaba con el resto del terreno, meticulosamente cuidado. Pero no tuvo tiempo para preguntárselo demasiado. Un enorme cuervo se posó de repente en una rama a su lado y empezó a emitir unos sonoros y terribles graznidos y unos cloqueos de lo más perturbadores.

—¡Vete! ¡Márchate! —le susurró Aurox, haciendo ruidos para espantar al enorme pájaro, aunque solo consiguió que la criatura graznara más. Aurox se abalanzó sobre el cuervo para estrangularlo y su pie se tropezó con una raíz al aire. Cayó hacia delante, golpeándose con fuerza contra el suelo. Para su sorpresa, siguió cayendo

mientras la tierra se abría bajo el peso de su cuerpo y se precipitaba, boca abajo...  
Sintió un dolor terrible en la sien derecha y su mundo se tornó de repente oscuro.



## Zoey

Me había quedado dormida en brazos de Stark, así que el hecho de que me despertara zarandeándome mientras me miraba y me decía casi a gritos: «¡Zoey! ¡Despierta! ¡Para! ¡Lo digo en serio!» me resultó de lo más confuso.

—¿Stark? ¿Eh? —Me incorporé, moviendo a Nala, que se había hecho un donut gordo y naranja en mi cadera. *Miauuu*, protestó Nala, y se colocó a los pies de la cama. Miré a mi gata y luego a mi guerrero: los dos estaban observándome como si hubiera cometido un asesinato múltiple.

—¿Qué? —dije con un gran bostezo—. Tan solo estaba durmiendo.

Stark agarró su almohada y se la colocó detrás para recostarse en la cama. Se cruzó de brazos, negó con la cabeza y apartó la mirada de mí.

—Creo que estabas haciendo bastante más que dormir.

Me entraron ganas de estrangularlo.

—En serio, ¿qué pasa contigo? —le pregunté.

—Has dicho su nombre.

—¿El nombre de quién? —Parpadeé y me vino a la cabeza esa película antigua, *La invasión de los ladrones de cueros*. Me pregunté si Stark no sería una de esas vainas que eran copias idénticas de seres humanos.

—¡Heath! —Stark frunció el ceño—. Tres veces. Me has despertado. —Aún sin mirarme, me dijo—: ¿Qué estabas soñando?

Lo que dijo me dejó tan alucinada que la cabeza se me volvió del revés. *¿Qué demonios había estado soñando?*, pensé. Recordaba que Stark me había besado antes de irme a dormir. También recordaba que el beso había sido supercaliente pero yo estaba muy cansada y, en vez de hacer algo más que devolverle el beso, había apoyado la cabeza en su hombro y había caído rendida. Tras eso no recordaba nada hasta que había empezado a zarandearme y a gritarme que parara.

—No tengo ni idea —le dije con sinceridad.

—No tienes por qué mentirme.

—Yo no te mentiría, Stark. —Me aparté el pelo de la cara y le toqué el brazo—. No recuerdo haber soñado nada.

Entonces me miró. Sus ojos estaban tristes.

—Estabas llamando a Heath. Estoy durmiendo a tu lado, pero lo llamas a él.

La manera en que lo dijo hizo que el corazón se me encogiera. Sentía de veras haberle hecho daño. Podría haberle dicho que era ridículo que estuviera enfadado conmigo por algo que había dicho mientras dormía, algo que ni siquiera recordaba,

pero ridículo o no, el dolor de Stark era real. Deslicé mi mano en la suya.

—Eh —le dije con dulzura—. Lo siento.

Entrelazó sus dedos con los míos.

—¿Desearías que estuviera él aquí contigo en vez de estar yo?

—No —dije. Había querido a Heath desde que era una cría, pero no lo cambiaría por Stark. Claro, el resto de la verdad era que si Stark hubiera sido quien hubiera muerto, no habría cambiado a Heath por él, tampoco. Pero definitivamente eso era algo que Stark no necesitaba oír ahora, ni nunca.

Querer a dos chicos era un caos, incluso cuando uno de ellos estaba muerto.

—¿Así que no estabas llamándolo porque querías estar con él en vez de conmigo?

—Te quiero a ti, te lo prometo. —Me incliné y le levanté un brazo para colocarme junto a él. Me acomodé perfectamente en su pecho y aspiré su familiar olor.

Me besó en la cabeza y me abrazó.

—Sé que es una estupidez estar celoso de un muerto.

—Sí —le dije.

—Especialmente cuando ese muerto me caía bien.

—Sí —coincidí.

—Pero tú y yo estamos hechos el uno para el otro, Z.

Me recosté para poder mirarlo a los ojos.

—Sí —le dije con gesto serio—. Así es. Por favor, nunca lo olvides. Da igual la locura que nos rodee; puedo con ello, pero necesito saber que mi guerrero está aquí para mí.

—Siempre, Z. Siempre —dijo—. Te quiero.

—Yo también te quiero, Stark. Siempre. —Entonces lo besé y le demostré que no tenía ningún motivo para estar celoso de nadie. Y, al mismo tiempo, solo un ratito, dejé que el calor de su amor quemara el recuerdo de lo que había visto cuando había mirado a través de la piedra vidente esa noche...

La siguiente vez que me desperté fue porque tenía demasiado calor. Seguía en brazos de Stark, pero él se había movido un poco y me había puesto la pierna encima, aprisionándome con mi manta peluda azul. Esa vez no se estaba comportando como mi novio loco. Estaba muy guapo así, completamente dormido, con su carita de crío.

Como era habitual, Nala había hecho de mi cadera su cama, así que antes de que pudiera rezongar, la levanté y nos deslicé a ambas con todo el cuidado y sigilo que pude al otro lado de la cama, más fresco. Stark, totalmente dormido, hizo un mínimo movimiento con la mano con la que solía manejar la espada, como si fuera a agarrarme. Me centré en pensamientos felices (refresco de cola, zapatos nuevos, gatitos que no estornudaban en mi cara) y se relajó.

Yo también intenté relajarme, de verdad. Nal me miró. La rasqué detrás de las orejas y le susurré:

—Siento haberte despertado. Otra vez. —Pegó la cara contra mi barbilla, me estornudó y a continuación saltó de nuevo a mi manta azul peluda, dio tres vueltas y regresó al modo «dónut de pelo durmiente».

Suspiré. Necesitaba hacer como Nala, acurrucarme y volverme a dormir, pero mi mente estaba demasiado despierta. Con el despejo venía el pensamiento. Después de haber hecho el amor, Stark había murmurado medio dormido:

—Estamos juntos, todo lo demás irá solucionándose.

Me había dormido convencida de que tenía razón.

Ahora que era de nuevo triste y plenamente consciente, no pude evitar pensar y preocuparme en exceso. Aunque mucho me temía que si Stark supiera lo que yo había imaginado haber visto a través de la piedra vidente esa noche, olvidaría sus comentarios tipo «todo se arreglará» y volvería al Señor Estoy Celoso de un Muerto.

Puse mi mano sobre la pequeña piedra redonda que pendía de una fina cadena de plata en mi cuello y que colgaba inocentemente entre mis pechos. La sentía normal, como cualquier otro collar que podría haber llevado. No estaba irradiando un calor extraño. La saqué de debajo de mi camiseta y la levanté lentamente. Tomé aire para armarme de valor y miré a través de ella a mi guerrero.

Nada extraño ocurrió. Stark siguió siendo Stark. Giré un poco el colgante y miré a Nala. Seguía siendo una gata regordeta, atigrada y durmiente.

Me guardé de nuevo la piedra vidente debajo de la camiseta. ¿Y si lo había imaginado? En serio. ¿Cómo podía estar Heath en Aurox? Incluso Tánatos había dicho que había sido creado por la Oscuridad mediante el sacrificio de mi madre. Era un recipiente, una criatura bajo el control de Neferet.

Pero había tenido que matar a Shadowfax para controlarlo totalmente, y él le había hecho esas preguntas sobre sí mismo a Tánatos.

Vale, pero ¿suponía eso alguna diferencia? Aurox no era Heath. Heath estaba muerto. Se había marchado a una dimensión más profunda del Otro Mundo a la que yo no había podido ir *porque Heath estaba muerto*.

Percibiendo mi inquietud, Stark se revolvió y frunció el ceño en sueños. Nala rezongó de nuevo. De ninguna manera quería volver a despertarlos, así que me levanté con cuidado de la cama, caminé de puntillas por la habitación y crucé la manta colgada en la entrada que Stark y yo usábamos a modo de puerta.

Refresco de cola. Necesitaba seriamente un chute de refresco de cola. Tal vez tuviera suerte y quedaran cereales Conde Chócula y leche sin caducar. Solo de pensarlo me sentía un poco mejor. Me animaría mucho un buen desayuno con cereales.

Recorrí con cuidado el tenuemente iluminado túnel, siguiendo sus antiguas salidas y otras entradas cubiertas por mantas tras las que mis amigos descansaban mientras aguardábamos a la puesta del sol, hasta que llegué al nicho que era la zona común que usábamos como cocina. El túnel terminaba allí, donde había sitio para unas mesas, ordenadores y algunas neveras de tamaño normal.



—Tiene que quedar algún refresco en alguna parte —murmuré para mí misma mientras buscaba en el primer frigorífico.

—Están en el otro.

Solté un gritito estúpido y di un brinco.

—¡Shaylin! ¡No hagas eso! ¡Casi me cago de miedo!

—Lo siento, Zoey. —Fue al segundo de los tres frigoríficos y sacó una lata de refresco de cola bien cargado de azúcar y cafeína y me la pasó con una sonrisa de disculpa.

—¿No deberías estar durmiendo? —Me senté en la silla más cercana y le di un sorbo a mi bebida, intentando no sonar tan malhumorada como me sentía.

—Sí, bueno. Estoy cansada y demás. Siento que el sol aún no se ha puesto, pero tengo muchas cosas en la cabeza. ¿Sabes a lo que me refiero?

Resoplé.

—Sé superbien a qué te refieres.

—Tu color se ha borrado un poco. —Shaylin hizo ese comentario sin darle ninguna importancia, como si acabara de decir algo tan normal como mencionar el color de mi camiseta.

—Shaylin, no comprendo muy bien eso de los colores.

—Yo tampoco estoy segura de cuánto es lo que comprendo. Lo único que sé es que lo veo y, si no le doy demasiadas vueltas, por norma general acaba teniendo sentido.

—Vale, ponme un ejemplo de cómo tiene sentido para ti.

—Eso es fácil. Te usaré como ejemplo. Tus colores no cambian mucho. La mayor parte de las veces eres púrpura con motas plateadas. Incluso cuando estabas preparándote para ir al ritual en casa de tu abuela, y sabías que iba a ser algo difícil de contemplar, tus colores siguieron igual. Lo comprobé porque... —Calló.

—¿Lo comprobaste porque...? —le urgí a responder.

—Porque tenía curiosidad. Comprobé los colores de todos antes de que os marcharais, pero, bueno, me di cuenta de lo invasivo que parece.

Arqueé las cejas.

—No es como si nos estuvieras leyendo la mente ni nada parecido, ¿verdad?

—¡No! —me aseguró—. Pero cuanto más practico, más real se vuelve para mí. Zoey, creo que me dice cosas sobre las personas, cosas que en ocasiones preferirían mantener ocultas.

—Como Neferet. Dijiste que por dentro tenía el color de los ojos de un pez muerto y que por fuera era hermosa.

—Sí, exacto. Pero es también como lo que estoy viendo contigo. Como diría Kramisha, no me estoy metiendo en mis propios asuntos.

—Qué te parece si me dices qué es lo que estás viendo en mí y luego yo te diré si estás metiendo demasiado las narices en mis cosas.

—Bueno, desde que regresaste del ritual en casa de tu abuela, tus colores son más

oscuros. —Paró de hablar y me miró. Negó con la cabeza y a continuación corrigió sus palabras—. No, no es exactamente eso. No es solo que estén más oscuros, es que están más opacos. Como si el púrpura y la plata se hubieran entrelazado y se hubieran vuelto más turbios.

—Vale —dije despacio, empezando a comprender a qué se refería con lo de invasivo—. Entiendo que ves una diferencia en mí, y eso es un tanto extraño, especialmente porque has dicho que mis colores por lo general no cambian. Pero ¿qué significa eso para ti?

—Oh, sí. Perdona. Significa que estás confusa por algo, algo serio. Te perturba. Te está dando verdaderos quebraderos de cabeza. ¿Estoy en lo cierto?

Asentí.

—Estás en lo cierto.

—¿Y te hace sentir rara ahora que lo sé?

Asentí de nuevo.

—Sí, un poco. —Reflexioné un segundo y luego añadí—: Pero esta es la verdad: me sentiría menos rara si supiera que puedo confiar en que no vayas a ir por ahí diciéndole a todos que mis colores son opacos y que estoy confundida por algo. Esa es la parte invasiva.

—Sí. —Sonó triste—. Eso era lo que yo pensaba también. Quiero que sepas que puedes confiar en mí. Nunca he sido una bocazas. Además, este don que Nyx me dio cuando me marcó, bueno, es totalmente increíble. Zoey, puedo ver. —Parecía estar a punto de romper a llorar—. No quiero fastidiarla. Voy a usar el don como Nyx quiere que lo haga.

Pude ver que estaba muy afectada y me sentí mal por ella, especialmente mal por el hecho de que yo hubiera tenido que ver en que ella estuviera así.

—Oye, Shaylin, tranquila. Sé lo que es tener un don que consideras una gran responsabilidad y no querer echarlo todo a perder. Qué demonios, si estás hablando con la reina de las cagadas. —Paré un momento de hablar y luego añadí—: Es parte de lo que me confunde ahora mismo. No quiero tomar una decisión inmadura, estúpida y errónea una vez más. Lo que hago y digo afecta a más personas que a mí. Cuando tomo decisiones erradas, es como un efecto dominó. Es un asco, pero no cambia el hecho de que Nyx me ha otorgado un don y que soy responsable de cómo lo utilizo.

Shaylin reflexionó un rato sobre lo que le había dicho y yo seguí bebiendo mi refresco. Lo cierto es que me estaba gustando hablar con ella. Era mucho mejor que darle vueltas a lo de Aurox y Heath y Stark y Neferet y...

—Vale, ¿qué te parece esto? —Shaylin interrumpió mis pensamientos—. ¿Y si veo que los colores de una persona cambian? ¿Es mi responsabilidad decírselo a alguien... a alguien como tú?

—¿A qué te refieres? ¿A venir a mí y decirme: «Eh, Zoey, tus colores son opacos y turbios. ¿Qué te ocurre?»?

—Bueno, quizá, pero solo si somos amigos. Lo que estaba pensando era algo más como hoy, cuando he visto a Nicole. Sus colores eran como los del resto del grupo de Dallas: carmesíes como la sangre, arremolinados entre sí con trazos negros y marrones, como algo sangrando en una tormenta de arena. Anoche, en los establos, sus colores habían cambiado. Seguía habiendo un rojo oxidado, pero parecía más claro, más brillante, y no de una manera mala. Más bien como más limpio. Es extraño, pero juro que vi algo de azul en ella. No el azul del cielo, sin embargo. Más como el del océano. Eso fue lo que me hizo pensar que el mal en ella tal vez estuviera desapareciendo, y tras pensar eso, me sentí bien.

—Shaylin, lo que estás diciendo resulta de lo más confuso —le dije.

—¡Para mí no lo es! Cada vez es menos confuso. Sé cosas, eso es todo.

—Eso lo entiendo, y creo que me estás diciendo la verdad. El problema es que tu conocimiento es muy subjetivo. Es como si estuvieras clasificando la vida, y las personas fueran las respuestas, pero en vez de que las respuestas de las personas sean verdaderas o falsas, esto es, que es sencillo juzgar si lo que estás percibiendo es correcto o erróneo, son como ensayos. Y eso significa que tu respuesta puede depender de muchas cosas distintas. Nada es blanco o negro. —Suspiré. Mi propia analogía me estaba dando dolor de cabeza.

—Pero, Zoey, la vida no es blanco o negro o verdadero o falso, ni tampoco lo es la gente. —Le dio un sorbo a su refresco, que vi entonces que era transparente. Estaba pensando en que no entendía por qué la gente bebía refrescos transparentes (no tenían cafeína y nunca parecían lo suficientemente dulces), cuando ella prosiguió —: Sin embargo, entiendo lo que estás intentando decir. Crees que veo los colores de la gente. En lo que no crees es en mi juicio sobre ellos.

Iba a negarlo y decir cualquier cosa que le hiciera sentir mejor, pero algo en mi interior me hizo cambiar de opinión. Shaylin necesitaba oír la verdad.

—Básicamente, sí, es eso.

—Bueno —dijo mientras erguía la espalda y levantaba la barbilla—, creo que mi juicio es acertado. Creo que va mejorando cada vez más y quiero usar mi don para ayudar. Sé que se acerca una batalla y he oído lo que Neferet le hizo a tu madre y cómo ha escogido la Oscuridad frente a la Luz. Vas a necesitar a alguien como yo. Puedo ver el interior de la gente.

Tenía razón. Necesitaba su don, pero también necesitaba saber que podía confiar en su juicio.

—Vale, empecemos, pues. ¿Qué te parece si mantienes los ojos bien abiertos? Hazme saber si ves que los colores de alguien cambian.

—De la primera que te quiero informar es de Nicole. Erik me habló de ella. Sé que ha sido muy mala en el pasado. Pero la verdad está en sus colores y estos están cambiando.

—De acuerdo, lo tendré en cuenta. —Arqueé las cejas hacia ella—. Hablando de tenerlo en cuenta, no quiero meterme donde no me llaman, pero tienes que tener

cuidado con Erik. Él no siempre...

—Es arrogante y egoísta —me interrumpió mientras me mantenía la mirada—. Se le ha subido a la cabeza lo bueno que está y lo talentoso que es. La vida ha sido fácil para él, incluso después de que tú lo plantaras.

—¿Te ha dicho él que lo dejé? —No sabía si estaba siendo capciosa o no. No lo parecía, pero tampoco la conocía bien. Tenía la sensación de que cada vez que la veía, veía a Erik. Tampoco es que me importara. De verdad. No estaba celosa. Simplemente me sentía en la obligación de alertarla.

—No hacía falta que me lo dijera. Unos miles de millones de tíos le pican con eso —dijo.

—No le deseo ningún mal a Erik. A ver, él puede estar con quien quiera. Si te gusta, para mí no es ningún problema. —Me percaté entonces de que estaba teniendo un síndrome de colon irritable verbal, pero lo cierto era que no parecía poder parar de hablar—. Y él tampoco quiere estar conmigo. Eso se acabó hace tiempo. Es solo que Erik...

—Es un capullo. —La voz de Aphrodite me salvó. Pasó a nuestro lado bostezando y metió la cabeza en una de las neveras—. Y ahora ya lo has oído de dos de sus exnovias. Y lo de «ex» es la parte más importante de la frase. —Vino junto a la mesa y puso encima una jarra de zumo de naranja y una botella de lo que supuse era un champán supercaro, delante de la silla vacía que había a mi lado—. Claro que Z no lo ha llamado capullo. Estaba siendo amable.

Mientras hablaba, Aphrodite volvió a la nevera y abrió la parte del congelador. Se oyó el ruido de cristales chocando contra sí. Cuando regresó a la mesa, llevaba una copa de cristal helado larga y esbelta, como de las que bebe la gente en las fiestas de Nochevieja en la tele.

—Yo, yo no soy tan amable. Ca-pu-llo. Ese es nuestro Erik. —Descorchó el champán, echó un chorrito de zumo de naranja en la copa y luego la llenó casi hasta arriba de espumoso. Sonrió a la copa y dijo—: Mimosa. Como diría mi madre, «el desayuno de los campeones».

—Sé lo que es Erik —dijo Shaylin. No sonó enfadada. Ni tampoco contenta. Parecía segura de sí misma—. También sé lo que eres tú.

Aphrodite arqueó una de sus cejas rubias en su dirección y le dio un buen trago a su mimosa.

—Dímelo entonces.

*Oh, oh*, pensé. Supongo que debería haber hecho algo para parar lo que iba a ocurrir, pero me sentía como si estuviera en las vías de un tren intentando sacar un coche de allí. Tenía más probabilidades de morir aplastada que de sacar el coche, así que me quedé embobada y bebiendo mi refresco marrón.

—Eres del color de la plata. Eso me recuerda a la luz de la luna, lo que me dice que has sido tocada por Nyx. Pero también tienes un color amarillo mantecoso, como la luz de una vela pequeña.

—¿Y eso qué te dice? —Aphrodite se miró la perfecta manicura de sus uñas para demostrar lo poco que le importaba la respuesta de Shaylin.

—Lo que me dice es que, como a las velas pequeñas, se te puede apagar fácilmente.

Aphrodite entrecerró los ojos y soltó un manotazo en la mesa.

—Suficiente, novata. He pasado por muchas mierdas para aguantar lo que sale de tu boca o tu actitud de sabelotodo. —Parecía estar a punto de abalanzarse sobre la garganta de Shaylin. Consideré la posibilidad de echar a correr e intentar encontrar a Darius cuando Stevie Rae entró en la cocina.

—¡Buenos días a todos! —dijo con un gran bostezo—. Pfff, estoy cansada. ¿Queda algún Mountain Dew en la nevera?

—Oh, por favor. No es de día, ya se ha puesto el sol. ¿Y por qué demonios está todo el mundo despierto? —Aphrodite extendió los brazos en alto.

Stevie Rae la miró con el ceño fruncido.

—Lo educado es dar los buenos días a la gente, aunque no sea técnicamente correcto. Y me gusta levantarme pronto. No hay nada malo en ello.

—¡Es un bicho raro! —dijo Aphrodite mientras se servía más champán.

—¿Ya estás bebiendo? —le preguntó Stevie Rae.

—Sí. ¿Qué eres? ¿Una versión pueblerina de mi madre?

—No, si fuera alguna versión de tu madre, no me parecería mal que bebieras en el desayuno, porque tu madre está del ala. —Stevie Rae guardó de nuevo el Mountain Dew en la nevera—. Y ahora que lo pienso, beber refrescos para desayunar probablemente tampoco sea buena idea. Me apuesto a que hay Lucky Charms en alguna parte.

—Son mágicamente deliciosos —dijo Shaylin—. Si los encuentras, yo también tomaré.

—Conde Chócula. —Puesto que no parecía que Aphrodite fuera a matar a nadie (en ese momento), mi voz estaba funcionando de nuevo—. Si ves una caja, tomaré.

—¿Qué tienen de malo las mimosas? —estaba diciendo Aphrodite—. El zumo de naranja se toma en los desayunos.

—¿Qué hay del champán? Es alcohol —dijo Stevie Rae.

—Es Veuve Clicquot rosado. Eso significa que es buen champán, lo que neutraliza la parte del alcohol —dijo Aphrodite.

—¿De verdad te crees eso? —preguntó Shaylin.

Mirándome a mí e ignorando premeditadamente a Shaylin, Aphrodite dijo:

—¿Por qué eso me está hablando a mí?

—Me duele la cabeza y aún no hemos salido para el colegio —le dije a Aphrodite.

—Los establos casi se queman por completo y nuestra alta sacerdotisa ha sido expulsada por ser una semidiosa asesina. Creo que todos podemos saltarnos las clases hoy —dijo Aphrodite.

—No, no —dijo Stevie Rae—. Tenemos que ir a clase precisamente por eso. Tánatos va a necesitarnos. Además, Dragon tiene que tener su pira funeraria. Va a ser un trago, pero debemos estar allí.

Eso calló hasta a Aphrodite. Siguió bebiendo mientras Stevie Rae le servía a Shaylin y luego a sí misma unos Lucky Charms (que son unos cereales inferiores a los Conde Chócula, a pesar de tener malvaviscos) y todas seguimos con gesto triste.

—Voy a echar de menos a Dragon —dije—. Pero es genial que esté con Anastasia de nuevo. Y el Otro Mundo es increíble. De verdad.

—Llegaste a verlos juntos, ¿verdad? —preguntó Shaylin con los ojos abiertos de par en par.

—Todos lo vimos —le respondí con una sonrisa.

—Fue hermoso —dijo Stevie Rae mientras se sorbía los mocos y se limpiaba las lágrimas.

—Sí —dijo en voz baja Aphrodite.

Shaylin se aclaró la garganta.

—Escucha, Aphrodite. No era mi intención comportarme como una zorra antes. Lo que dije estaba mal. No debería usar mi don de esa manera. Tienes una luz amarilla parpadeante en el interior de tu luz lunar, pero no es porque vayas a apagarte. Es parte de tu unicidad, de tu calidez. Esa es la verdad: es pequeña y está oculta porque escondes lo buena que eres la mayor parte del tiempo. Pero eso no cambia que esté ahí. Así que lo siento.

Aphrodite posó sus hermosos ojos azules en Shaylin y dijo:

—Pon la loción en la cesta<sup>[1]</sup>.

—Por favor —dije—. Aphrodite, acábate el desayuno. Shaylin, este es un buen ejemplo de lo que estábamos hablando antes. No cuestiono tu don. No dudo de él. Pero sí que tengo un problema con tu juicio a la hora de descifrarlo.

—Lo he descifrado perfectamente —dijo Shaylin con tono molesto y a la defensiva—. Pero Aphrodite me ha cabreado. Así que se la he devuelto. Ya he dicho que lo sentía.

—Disculpas no aceptadas —dijo Aphrodite y le dio la espalda a Shaylin.

En ese momento Damien entró corriendo en la habitación con el iPad en la mano y con un aspecto más desaliñado de lo habitual para acabar de salir de lo que a él le gustaba llamar su «periodo de rejuvenecimiento de belleza». Fue directo a mí, levantó el iPad y dijo:

—¡Tenéis que ver esto!

Apenas si sentí curiosidad al principio cuando vi el logo de las noticias de la noche de la Fox 23 y a la increíblemente guapa Chera Kimiko hablando. Nos encantaba Chera. No solo era hermosa como solo un vampiro podía serlo, sino que era una persona real, frente a las cabezas parlantes de plástico que habitualmente presentaban las noticias.

Aphrodite miró por encima de mi hombro al iPad de Damien.

—Kimiko es todo un clásico. Jamás olvidaré cuando escupió el chicle en mitad de las noticias. Pensé que mi padre iba a armar la de Troya porque...

—Chera es genial, pero esto es malo —la interrumpió Damien—. Y serio. Neferet acaba de dar una rueda de prensa.

*Ah, demonios...*



## Zoey

Todos nos agolpamos alrededor del iPad de Damien. Le dio al «play» y el vídeo de la Fox 23 comenzó. A lo largo de la parte inferior apareció el titular: «¿Caos en la Casa de la Noche de Tulsa?». Entonces en la pantalla apareció Neferet y un grupo de tipos trajeados. Estaba en un lugar realmente bonito, con mucho mármol y rollo art decó. Me sonaba ese lugar. Chera Kimiko estaba hablando fuera de cámara.

—¿Vampiros y violencia? Les sorprendería saber quién está respondiendo afirmativamente. La Fox 23 emite en las noticias de esta noche y en exclusiva la entrevista con una ex alta sacerdotisa de la Casa de la Noche de Tulsa.

Pusieron un estúpido anuncio y, mientras Damien intentaba saltárselo, dije:

—Parece algún lugar del centro.

—Es el vestíbulo del edificio Mayo —dijo Aphrodite con indiferencia—. Y mi padre es el que está detrás de ella.

—¡OhDiosamía! —Stevie Rae puso los ojos como platos—. ¿Está dando una rueda de prensa con el alcalde?

—Y algunos de los concejales. Son el resto de tipos trajeados que están junto a él —dijo Aphrodite.

Entonces comenzó el vídeo y todos nos callamos y lo miramos embobados.

—Estoy aquí para cortar, de manera oficial y pública, mis vínculos con la Casa de la Noche y el Alto Consejo Vampírico. —De algún modo, Neferet se las apañó para parecer regia y victimizada al mismo tiempo.

—Está tan llena de mierda —dijo Aphrodite.

—¡Sssh! —le chistamos el resto.

—Alta sacerdotisa Neferet, ¿por qué quiere cortar lazos con su gente? —le preguntó uno de los periodistas.

—¿Por qué no podemos ser considerados en nuestra unicidad? ¿Acaso no somos todos seres inteligentes con capacidad de amar y entendernos los unos a los otros? —Aparentemente estaba hablando de manera retórica, porque no aguardó a la respuesta—. La política vampírica se ha convertido en algo desagradable para mí. Muchos de ustedes saben que dejé abierta la posibilidad de emplear en la Casa de la Noche a humanos de la comunidad de Tulsa. Lo hice porque creo que los humanos y los vampiros pueden hacer mucho más que coexistir en un clima de inquietud. Podemos vivir y trabajar juntos e incluso amarnos.

Stevie Rae empezó a hacer como que le daban arcadas. Yo negué con la cabeza de pura incredulidad.



—Me he topado con tal férrea oposición del Alto Consejo Vampírico que han enviado a su alta sacerdotisa de la Muerte, Tánatos, a Tulsa para interceder. La administración vampírica actual promueve la violencia y la segregación: solo hay que echar un vistazo a las estadísticas de los últimos seis meses para ver cómo se ha incrementado la violencia en el centro de la ciudad de Tulsa. ¿De veras creen que todos esos ataques, especialmente aquellos en los que se han producido auténticas carnicerías, guardan relación con bandas humanas?

—Alta sacerdotisa, ¿está reconociendo que los vampiros han atacado a humanos en Tulsa?

Neferet se llevó la mano al cuello con gran dramatismo.

—Si lo supiera con una certeza absoluta, habría acudido de inmediato a la policía local. Solo tengo sospechas y preocupaciones. También una conciencia, que es el motivo por el que he dejado la Casa de la Noche. —Su sonrisa era reluciente—. Por favor, ya no tienen que llamarme alta sacerdotisa. De ahora en adelante soy simplemente Neferet.

Incluso a través del vídeo pude ver cómo el periodista se sonrojaba y le sonreía.

—Hay rumores de la existencia de un nuevo tipo de vampiro, uno con la marca roja. ¿Puede confirmar esas sospechas? —le preguntó otro periodista.

—Por desgracia, sí. Existe otro tipo nuevo de vampiro e iniciado. Aquellos que llevan la marca roja están dañados.

—¿Dañados? ¿En qué sentido? ¿Puede darnos un ejemplo?

—Por supuesto. El primero que me viene a la mente es James Stark, un iniciado que nos llegó desde Chicago después de que provocara de manera accidental la muerte de su mentor. Se ha convertido en el primer vampiro rojo guerrero.

Solté un grito ahogado.

—¡Esa zorra está hablando de tu novio! —dijo Aphrodite.

—Justo anoche, el largo tiempo maestro de esgrima de nuestro colegio, Dragon Lankford, fue asesinado. Desangrado hasta la muerte por un toro. Lankford estaba en compañía de James Stark cuando el «accidente»... —enfaticó la palabra para dejar claro que no creía que hubiera sido tal cosa— ocurrió.

—¿Está diciendo que ese Stark es peligroso?

—Me temo que puede serlo. En realidad, muchos de los nuevos iniciados y vampiros pueden llegar a serlo. Después de todo, la nueva alta sacerdotisa de la Casa de la Noche de Tulsa es la Muerte.

—¿Podría ser más concreta respecto a...?

Uno de los tipos trajeados dio un paso al frente, y Neferet dejó de hablar.

—Yo, más que la mayoría de ustedes, estoy realmente preocupado por estos acontecimientos en la comunidad vampírica. Como muchos de ustedes sabrán, mi querida hija, Aphrodite, fue marcada hace casi cuatro años. Conozco ese mundo demasiado bien y sé que a los vampiros no les gusta que los humanos se entrometan en sus asuntos personales, políticos o criminales. Llevan mucho tiempo gobernándose

ellos mismos. Pero, permítanme que les asegure a ustedes y a nuestra Casa de la Noche local que, por resolución del Ayuntamiento de Tulsa, vamos a crear una comisión para las relaciones entre vampiros y humanos. Me temo que por hoy no disponemos de más tiempo para preguntas. —El hombre que había dado un paso al frente y hablado por el micrófono de Neferet era el padre de Aphrodite, el alcalde de Tulsa—. Tengo un breve anuncio más que hacerles. Neferet ha sido incluida en la comisión del Ayuntamiento como enlace con los vampiros y comenzará con su labor de manera inmediata. Permítanme que les reitere una vez más que Tulsa tiene intención de colaborar con aquellos vampiros que deseen convivir de manera pacífica con los humanos. —Cuando todos los periodistas empezaron a hablar a la vez, levantó la mano y sonrió de una manera un tanto condescendiente que me recordó extrañamente a Aphrodite—. Neferet también contará con una columna semanal en el suplemento *Scene* del *Tulsa World*. De ahora en adelante, ese será el medio a través del cual responderá a su multitud de preguntas. Tengan presente que nos hallamos en la fase inicial de una asociación. Debemos avanzar despacio y con cautela para no alterar el delicado equilibrio de las relaciones entre humanos y vampiros.

Yo estaba observando la cara de Neferet en vez de la del alcalde y vi cómo sus ojos se entrecerraban y su gesto se endurecía. El alcalde LaFont hizo entonces un gesto con la mano a la cámara y el vídeo devolvió la conexión a Chera Kimiko y al estudio. Damien pulsó la pantalla. Se tornó negra.

—¡Oh, joder! Mi padre ha perdido el poco cerebro que le quedaba tras tanto tiempo viviendo con mi madre —dijo Aphrodite.

—Eh, me ha parecido que alguien decía mi nombre. —Stark entró en la cocina, pasándose los dedos por sus pelos de recién despertado y esbozándome una sonrisa sexi y arrogante.

—Neferet acaba de dar una rueda de prensa y le ha dicho a todo el mundo que eres un asesino peligroso —me oí a mí misma decirle.

—¿Que ha hecho qué? —Parecía tan sorprendido como indicaba su voz.

—Sí, y ha hecho más que eso —dijo Aphrodite—. Se ha asociado con mi padre y tiene el apoyo de los tipos del Ayuntamiento para que la hagan parecer buena y respetable y a todos nosotros unos chupasangres.

—Noticia de última hora, Aphrodite —dijo Stevie Rae—. Tú ya no eres una chupasangres.

—Oh, por favor. Como si mis padres supieran algo de mí. No he hablado con ninguno desde hace meses. Solo soy su hija cuando les conviene, como ahora.

—Si no fuera tan espeluznante, resultaría hasta gracioso —dijo Shaylin.

—Neferet está haciendo que parezca que ha sido ella la que ha roto con el Alto Consejo y el colegio, en vez de haber sido expulsada por matar a mi madre —le expliqué a Stark.

—No puede hacer eso —protestó—. El Alto Consejo Vampírico no se lo permitirá.

—Mi padre tiene que estar encantado —dijo Aphrodite. Me percaté de que había dejado a un lado el champán y esta vez se estaba llenando la copa solo con zumo de naranja—. Durante años ha intentado averiguar cómo juntarse con los vampiros. Tras sobreponerse a que yo no fuera a convertirme en un clon de mi madre, les satisfizo de veras que yo fuera marcada.

Yo estaba observando fijamente a Aphrodite y recordando aquel día que parecía tan lejano en el que había oído de refilón el cabreo de sus padres por haber perdido el liderazgo de las Hijas Oscuras en mi beneficio. Aphrodite mostró su misma compostura de reina del hielo entonces, pero yo aún podía oír el sonido de la bofetada que le había dado su madre y ver las lágrimas que había intentado contener. No tenía que ser nada fácil que tu padre te llamara «querida hija» cuando lo cierto era que lo único que parecía querer era utilizarte.

—¿Por qué? ¿Qué quiere tu padre de los vampiros? —preguntó Stevie Rae.

—Tener acceso a más dinero, más poder, más belleza. En otras palabras, ser parte de la élite molona. Es lo que siempre han querido, ser molones y poderosos. Usan a quien sea necesario para obtener lo que quieren, incluida yo y, obviamente, Neferet —dijo Aphrodite, como si se estuviera haciendo eco de lo que yo había estado pensando.

—Neferet no es la forma de conseguir nada de eso —dije yo.

—No me digas, Z. Si está más loca que una rata en un cagadero de hojalata —dijo Stevie Rae.

—Bueno, independientemente de lo que eso signifique, sí, es verdad, pero no solo eso. ¿Alguien se ha fijado en la expresión de Neferet cuando el padre de Aphrodite estaba hablando? No le ha gustado nada cómo ha terminado la cosa —dije.

—Una comisión, una columna en un periódico y avanzar despacio y con cautela no parece algo en lo que la consorte de la Oscuridad pueda estar especialmente interesada —coincidió Damien.

—Y no le ha gustado un pelo que el alcalde le impidiera responder a si eras peligroso —dije yo.

—¡Me gustaría serlo para ella! —soltó Stark, todavía con gesto de sorpresa.

—Mi padre es muy bueno en eso de prometer una cosa y hacer otra —dijo Aphrodite—. Te puedo decir desde ya mismo que se cree que puede jugar a ese juego con Neferet. —Negó con la cabeza. Daba igual cómo sonara su voz, tenía el gesto forzado.

—Tenemos que ir a la Casa de la Noche. Ahora. Si Tánatos no está al tanto de esto, tiene que saberlo —dije.

## Neferet

*Los humanos son tan débiles y aburridos, y tan terriblemente planos, pensó Neferet*

mientras observaba cómo el alcalde, Charles LaFont, sonreía con afectación e intentaba apaciguar y seguir esquivando toda pregunta directa acerca de peligros, muertes y vampiros tras la rueda de prensa. *Hasta este hombre que, según los rumores, tiene todas las papeletas para convertirse en senador y que en teoría es tan carismático y dinámico...* Neferet tuvo que reprimir una risotada sarcástica tosiendo. Ese hombre no era nada. Se había esperado algo más del padre de Aphrodite.

*¡Padre!* Una voz resonó desde su pasado, sobresaltándola y haciendo que se agarrara repentinamente y con más fuerza al pasamanos de hierro afiligranado, casi con un espasmo. Tuvo que toser de nuevo para ocultar el crujido que emitió el hierro forjado cuando apartó la mano de la barandilla. Ahí fue cuando se le acabó la paciencia.

—Alcalde LaFont, sería tan amable de acompañarme a mi ático. —Debería haber sido una pregunta, pero la voz de Neferet nunca entonaba las palabras de esa manera. Los cuatro concejales que habían participado en la rueda de prensa y el alcalde se volvieron en su dirección. Era tan fácil leerlos.

Todos la encontraban hermosa y deseable.

Dos de ellos la encontraban tan irresistible que estarían dispuestos incluso a abandonar a sus mujeres e hijos y su carrera para estar con ella.

Charles LaFont no se encontraba entre esos dos. El padre de Aphrodite la deseaba, de eso no había duda, pero su deseo principal no era sexual. La mayor necesidad de LaFont era satisfacer la obsesión de su mujer por el estatus y la aceptación social. Era una lástima, de veras que sí, que no pudiera seducirlo con más facilidad.

Todos la temían.

Eso hizo sonreír a Neferet.

Charles LaFont carraspeó y se colocó, nervioso, la corbata.

—Por supuesto, por supuesto. Será un placer acompañarla.

Neferet asintió con frialdad a los otros hombres e hizo caso omiso de sus ardientes miradas mientras LaFont y ella se montaban en el ascensor y se dirigían a su ático.

No dijo nada. Neferet sabía que el alcalde estaba nervioso y mucho más inseguro de lo que intentaba aparentar. En público su fachada era la de un hombre recto y encantador, pero Neferet podía ver al humano asustado y afectado que se agazapaba bajo la superficie.

Las puertas del ascensor se abrieron y salió al pasillo marmóreo de su suite.

—Tómese una copa conmigo, Charles. —Neferet no le dio oportunidad de rechazarla. Fue al ornamentado minibar estilo art decó y sirvió dos copas de vino tinto.

Tal como pensaba que haría, Charles la siguió.

Le pasó una de las dos copas. Él vaciló y rio.

—Solo es un carísimo cabernet, no lleva sangre.

—No, claro. —LaFont tomó la copa y rio de nuevo, nervioso. Le recordó a un perrito faldero asustadizo.

Neferet despreciaba a los perros casi tanto como a los hombres.

—Tenía más cosas que revelar hoy que la información sobre James Stark —dijo con gelidez—. Creo que la comunidad se merece saber lo peligrosa que la Casa de la Noche se ha vuelto.

—Y yo creo que no es beneficioso asustarlos de manera innecesaria —le respondió LaFont.

—¿Innecesaria? —Neferet pronunció esa única palabra con brusquedad.

LaFont asintió y se tocó la barbilla. Neferet estaba segura de que se creía sabio y benevolente. A sus ojos era un ser débil y ridículo.

Fue entonces cuando Neferet reparó en sus manos. Eran alargadas y pálidas, con dedos gruesos que, a pesar de su tamaño, parecían delicados, casi femeninos.

Le entraron arcadas. Casi vomita en el vino al perder parte de su gélida compostura.

—Neferet, ¿se encuentra bien? —le preguntó él.

—Bastante bien —respondió ella con rapidez—. Pero estoy algo confusa respecto a eso que dice de que alertar a Tulsa de los peligros que comportan esos nuevos vampiros sería asustarlos de manera innecesaria.

—Eso es exactamente lo que estoy diciendo. Después de la rueda de prensa, Tulsa estará en alerta. No se tolerará la violencia actual. Le pondremos fin de inmediato.

—¿De veras? ¿Cómo tiene pensado poner fin a la violencia de los vampiros? —La voz de Neferet sonó engañosamente dulce.

—Bueno, es sencillo. Seguiré con lo que hemos iniciado hoy. Usted ha alertado a la gente y, como miembro de nuestra nueva comisión y haciendo las veces de enlace entre el Ayuntamiento y el Alto Consejo, se convertirá en la voz de la razón que luche por la coexistencia entre humanos y vampiros.

—Así que detendrá su violencia con palabras —dijo ella.

—Con palabras escritas y habladas, sí —asintió LaFont, visiblemente satisfecho consigo mismo—. Mis disculpas si hablé más de la cuenta al mencionar lo de la columna del periódico. Fue una idea de último momento de mi buen amigo Jim Watts, editor jefe del suplemento *Scene* del *Tulsa World*. Tendría que habérselo comentado antes, pero como usted se presentó esta tarde en mi despacho con su alarma, todo ha sucedido a una velocidad vertiginosa.

*Porque yo lo dispuse así, porque he provocado a vuestro inepto sistema para que pase a la acción. Ahora es el momento de que haga lo mismo contigo, tal como hice con los periodistas y los concejales.*

—Actuar con reserva y escribir no era lo que tenía planeado cuando busqué su ayuda —dijo ella.

—Tal vez no, pero llevo casi veinte años en la política de Oklahoma y conozco a mi gente. Un empuje lento y sencillo es lo que funciona con ellos.

—¿Como si de un rebaño se tratara? —preguntó Neferet sin ocultar el desdén en su voz.

—Bueno, yo no usaría esa analogía, pero he descubierto que formar una comisión e investigar, sondear a la comunidad, obtener una respuesta de muestra... Todo eso contribuye a lograr una rueda bien engrasada en el diente que es la política de nuestra ciudad. —LaFont rio y le dio un sorbo al vino.

Ocultos en los pliegues de su vestido de terciopelo, Neferet cerró los puños y los apretó hasta que sus uñas, afiladas como garras, pincharon sus palmas. Cálidas gotas carmesíes se agolparon bajo sus uñas. Imperceptibles para el ignorante humano, los zarcillos de la Oscuridad subieron por la pierna de Neferet, buscando... encontrando... bebiendo...

Haciendo caso omiso del gélido calor de tan familiar dolor, Neferet miró a LaFont por encima de su copa. Comenzó a entonar en voz baja una canción relajante.

La paz con los vampiros no es lo que ansias.  
Arden con demasiada intensidad, fiereza. Su fuego envidias.  
¡De qué sirven la reserva y la escritura!  
Debes hacer lo que yo...

El teléfono móvil de LaFont empezó a sonar. Este parpadeó y la expresión vidriosa que había cubierto sus ojos desapareció. Dejó la copa de vino, se sacó el móvil del bolsillo, miró la pantalla y a continuación dijo:

—Es el jefe de policía. —Pulsó la pantalla y se pasó la mano por la cara mientras decía—: Dean, me alegra oírte. —LaFont asintió y luego miró a Neferet—. Tendrá que disculparme, pero he de ocuparme de esto. Hablaremos pronto sobre los detalles de la comisión y la columna del periódico.

El alcalde se metió rápidamente en el ascensor, dejando a Neferet sola, salvo por los hambrientos zarcillos de Oscuridad.

Dejó que bebieran de ella unos cuantos latidos más de su corazón y a continuación se zafó de ellos y se lamió las heridas de las palmas de sus manos para que los cortes se cerraran.

Los zarcillos palpitaron a su alrededor, cerniéndose inmóviles en el aire como un nido de serpientes flotantes, deseosos de obedecer sus mandatos.

—Ahora me debéis un favor —les dijo antes de levantar el teléfono del ático y marcar el número de Dallas.

Cuando este respondió, parecía enfadado.

—¡Espero que quien sea esté bien muerto para atreverse a llamarme a estas horas!

—¡Cállate! Escucha y luego obedece. —Neferet sonrió por el silencio que siguió a su orden. Casi pudo oler el miedo del chico a través del teléfono. A continuación habló con rapidez, ganando más seguridad y control sobre su temperamento conforme le daba órdenes al vampiro rojo—. El colegio pronto sabrá que he roto

lazos con la Casa de la Noche y que me he unido al Ayuntamiento de Tulsa. Claro está, como bien sabes, solo quiero usar a esos humanos para prender la chispa del conflicto. Hasta que regrese abiertamente a ti, tú serás mis manos, ojos y oídos en la Casa de la Noche. Actúa como si quisieras llevarte bien con el resto del colegio ahora que yo me he marchado. Gánate la confianza de los profesores. Entabla amistad con los iniciados azules y luego haz lo que a los adolescentes mejor se les da: apuñálalos por la espalda, difunde rumores, crea hermandades.

—El rebaño de frikis de Zoey no va a confiar en mí.

—¡Te he dicho que te calles, escuches y obedezcas! Claro que no podrás ganarte la confianza de Zoey, está demasiado unida a Stevie Rae para eso. Pero puedes romper su estrecho círculo. No es tan fuerte como piensas. Céntrate en las gemelas, especialmente en Erin. El agua es más fácil de manipular y más cambiante que el fuego. —Paró de hablar para que él asintiese a sus órdenes. Como no lo hizo, ella le espetó—: ¡Ahora sí puedes hablar!

—Entendido, alta sacerdotisa. Te obedeceré —le aseguró Dallas.

—Excelente. ¿Ha regresado Aurox a la Casa de la Noche?

—No lo he visto. Al menos no estaba cuando nos juntaron a todos y nos llevaron a nuestras habitaciones tras el incendio. ¿Provo... provocaste tú el incendio? —le preguntó vacilante Dallas.

—Sí, aunque fue más un accidente fortuito que una manipulación premeditada. ¿Causó mucha destrucción?

—Bueno, se quemó parte del establo y se armó mucho lío —dijo él.

—¿Ha muerto algún caballo o iniciado? —preguntó Neferet con ansia.

—No. Ese vaquero humano resultó herido, pero eso es todo.

—Qué decepción. Ahora ponte a hacer lo que te he ordenado. Cuando regrese y controle la Casa de la Noche y tenga el poder como la Tsi Sgili, diosa de todos los vampiros, serás recompensado con creces. —Neferet puso fin a la llamada.

Estaba dándole un sorbo al vino y contemplando una lenta y dolorosa muerte para Charles LaFont cuando un ruido procedente del dormitorio atrajo su atención. Se había olvidado del joven botones que había flirteado descaradamente con ella cuando había llegado esa noche. Se había mostrado de lo más dispuesto a que se alimentara de él. Estaría menos dispuesto ahora que era consciente de lo cerca que había estado de quedarse seco. Neferet se levantó y se llevó consigo su copa de vino medio vacía a la habitación. Saborearía su miedo en lo que le quedaba de sangre.

Neferet sonrió.



## Zoey

Stevie Rae y yo teníamos que vernos con Tánatos en su aula. Le había telefoneado mientras íbamos en el bus de camino al campus. No habíamos hablado mucho. Todo lo que había dicho era que estaba al tanto de la rueda de prensa de Neferet y que fuéramos a su aula de inmediato.

La Casa de la Noche olía a humo.

Todo el colegio hedía. Cuando nos detuvimos en el aparcamiento, fui consciente de que no solo apestaba a humo. Por desgracia, tenía experiencia suficiente para reconocer el agudo olor del miedo.

El día normal de colegio no había comenzado, eso era superobvio. Había iniciados congregados en pequeños grupitos, cotilleando. No iban a ir a primera hora, estaba claro. En otras circunstancias habría sido de lo más molón. A ver, ¿qué chaval no se alegra de que caiga una gran nevada, o de que haya una fuga de agua o lo que sea? Pero en este caso no molaba nada. Resultaba confuso y daba una sensación de inseguridad.

—Vale, soy consciente de que es totalmente anormal que yo diga esto, pero creo que Tánatos debería haber hecho que todo el mundo fuera a clase hoy. —Una vez más, Aphrodite se hizo eco de mis pensamientos de una forma espeluznante mientras nos bajábamos del autobús—. Lo que está consiguiendo es desquiciar a la gente y que cunda el pánico. —Aphrodite hizo un gesto con la mano, abarcando a todos los iniciados que andaban susurrando en grupos, así como a los vampiros y a los iniciados que estaban realizando uno de los dos sombríos trabajos necesarios tras los últimos acontecimientos: limpiar los escombros de los establos o echar más madera a la enorme estructura que se convertiría en la pira funeraria de Dragon Lankford.

—Estoy de acuerdo contigo, belleza mía —dijo Darius con voz seria.

En silencio, envié una rápida pero ferviente plegaria: *Nyx, ayúdame a decir y hacer lo correcto, y a ayudar a mi círculo, a mis amigos, a ser fuertes y estar seguros de sí mismos.* Entonces miré a mi grupo y seguí mi instinto:

—De acuerdo, por mucho que odie tener que admitirlo en voz alta, o, bueno, simplemente admitirlo, Aphrodite tiene razón.

Ella echó para atrás su larga melena rubia de un movimiento de cabeza.

—Claro que la tengo.

—El colegio necesita una fuerte dosis de normalidad y, desgraciadamente, creo que somos lo mejor que pueden tener en estos momentos.

—Pues entonces están bien jodidos —dijo Kramisha. Llevaba puesta su peluca



corta rubia y unos tacones gruesos de charol negro que debían de tener unos doce centímetros de altura. Se había puesto una falda corta superbrillante. Por una vez no parecía una loca, y eso me hizo considerar (durante unos dos segundos y medio) llevar tacones más a menudo.

—Estoy hablando en serio, Kramisha —dije.

—Yo también —respondió ella.

—Escuchad todos. Podemos ser normales. Una nueva normalidad. Una que sea más interesante —dijo Stevie Rae con una enorme sonrisa dirigida a Rephaim.

Aphrodite resopló. Hice caso omiso de ella, sonreí a Stevie Rae y seguí hablando:

—Vamos a dividirnos. Parte irá a los establos y parte a la pira de Dragon. Recordad, actuad con normalidad —dije con voz seria—. Actuad como haríais normalmente. Tenemos que tranquilizarnos y reconducir todo esto a algo que parezca manejable. Mirad, ahora mismo parece que nos estén atacando por todos los flancos. Los establos han ardidido. Han asesinado a dos gatos. Dragon está muerto. Y ahora Neferet no solo es una tarada del mal. Es una tarada malévola que ha implicado a la comunidad humana en algo que va más allá de su comprensión o de su capacidad. Tenemos que mantenernos fuertes y visibles. Hemos de mantener a la Casa de la Noche unida. Como le dije a Tánatos anoche, somos algo más que unos críos a la gresca y ya es hora de que nos alcemos, permanezcamos unidos y nos hagamos respetar como mereceremos.

—Sabio consejo, sacerdotisa —dijo Darius, y me entraron ganas de abrazarlo—. Yo iré a la pira de Dragon y propagaré la calma allí. —Sonrió con calidez a Aphrodite—. Ven conmigo. Tu influencia será buena para los guerreros que se sienten desprotegidos por la muerte de su maestro de esgrima.

—En circunstancias normales sabes que te diría eso de «allí donde tú vayas, yo iré», guapetón —dijo Aphrodite—. Pero necesito pasar un rato con Z, así que voy a ir con ella a hablar con Tánatos. ¿Qué te parece si nos vemos después en la pira?

Sus palabras me sorprendieron y pensé en el hecho de que, salvo con Shaylin ese mismo día, apenas si había hablado con nadie desde el ritual de revelación. El trayecto de vuelta en el bus con el cuerpo de Dragon había sido silente y difícil. Luego había ocurrido el incendio, lo de los gatos muertos y, afortunadamente, después había dormido, aunque no lo suficiente. Todo eso significaba que nadie me había arrinconado para interrogarme sobre Aurox. ¿Iba a hacer eso Aphrodite? La miré. Se había puesto de puntillas y estaba dándole un beso a Darius. Parecía igual que siempre, loca por su guerrero y un poco puñetera con respecto a todo lo demás.

—Yo también voy a ir con Z. —La voz de Stevie Rae interrumpió mi estudio neurótico de Aphrodite—. Cuando hayamos acabado de hablar con Tánatos, iré a la pira funeraria. Allí va a hacer falta un serio anclaje y la tierra es el elemento adecuado para ello. —Le dio un beso rápido a Rephaim—. ¿Nos vemos allí?

—Allí estaré. —Le devolvió el beso y le acarició con dulzura la mejilla. A continuación me miró—. Si nadie se opone, me gustaría echar un vistazo alrededor

del muro del colegio, especialmente al muro este. Si los hilos de Oscuridad de Neferet andan merodeando, tenemos que saberlo.

—Me parece una buena idea. ¿Os parece bien a los demás? —pregunté mientras miraba a Stark y a Darius para meterlos en la conversación. Los dos guerreros asintieron—. De acuerdo, genial. —A continuación centré mi atención en Stevie Rae—. Creo que invocar a tu elemento es una muy buena idea, Stevie Rae. Damien, Shaunee y Erin, mantened a vuestros elementos cerca. Si pueden ayudar a fortalecer o respaldar, invocadlos. Pero no seáis demasiado obvios y... —Callé cuando fui plenamente consciente de lo que estaba diciendo—. No. No quería decir eso. Si tenéis que usar vuestros elementos, sed obvios.

—Entiendo lo que dices, Z —dijo Damien—. Ya es hora de que la Casa de la Noche sea consciente de que existen fuerzas prodigiosas del bien trabajando de nuestro lado contra toda esa Oscuridad.

—«Prodigiosas» significa realmente grandes —tradujo Stevie Rae.

—Sabemos lo que significa —dijo Kramisha.

—Yo no lo sabía —dijo Shaunee.

—Yo tampoco —dijo Erin.

Me entraron ganas de sonreír a las gemelas y decirles que era agradable que estuvieran haciendo comentarios propios de gemelas, pero tan pronto como Erin había hablado se había sonrojado y apartado de Shaunee, que también parecía superincómoda, así que lo dejé estar (temporalmente) y tomé nota mental para encender una vela roja y una azul por las dos y pedirle a Nyx que les otorgara una ayuda extra. Si podía encontrar tiempo para ello. Qué demonios, si Nyx podía encontrar tiempo.

Contuve un suspiro y seguí hablando:

—De acuerdo, bien. Entonces separémonos. Id a hacer lo que hagáis normalmente, como tomar vuestros libros e ir a la biblioteca.

—Eso no es lo normal para mí —oí murmurar a Johnny B y un grupo de chicos a su alrededor se rio.

—Entonces ve a por una pelota de baloncesto o haz alguna de las cosas que hacéis los tíos en el campo de deportes —dije sin poder evitar sonreírles.

—Voy a ir a la cafetería. La cocina de los túneles está como si la hubiera arrasado una plaga de langostas. Z, tenemos que hacer la compra antes de volver —dijo Kramisha.

—Sí, bueno, eso es algo normal. Adelante. Quien no haya podido comer que vaya con ella. Y, chicos, separaos. No comáis juntos. Hablad con los demás —dije.

Los iniciados emitieron ruidos de conformidad y se organizaron entre sí, separándose en pequeños grupos alrededor de Darius, las gemelas, Damien y Kramisha. Rephaim se marchó solo. Me quedé mirando su espalda un rato, preguntándome si alguna vez encajaría y, si no era así, cómo afectaría eso a su relación con Stevie Rae. La miré. Ella también estaba mirando a Rephaim, con

expresión de adoración total. Me mordí el labio y seguí preocupada.

—¿Estás bien, Z? —me dijo Stark en voz baja y me rodeó con su brazo.

—Sí —dije y me recosté contra él un segundo—. Tan solo estoy obsesivamente preocupada, como es habitual.

Me dio un achuchón.

—Eso está bien, siempre y cuando no empieces a desgañitarte y a llorar. Te pones feísima cuando lloras.

Le solté un puñetazo en broma.

—Yo nunca lloro.

—Oh, sí, claro, ni tampoco tienes mocos —dijo con una enorme y hermosa sonrisa.

—¡Lo sé! ¿No es increíble? —bromeé.

—Síiii. —Alargó la palabra y me besó en la cabeza.

—Oye —le dije, aún a salvo en sus brazos—. ¿Podrías ir a los establos a echarle una mano a Lenobia? Yo voy a ir a ver a Tánatos y luego iré a buscarte allí.

Vaciló un instante y sentí cómo sus brazos se tensaban a mi alrededor. A Stark no le gustaba separarse de mí, especialmente cuando cosas como aquellas ocurrían, pero asintió y dijo rápidamente:

—Allí estaré, esperándote.

A continuación me besó en la frente, me soltó y se dirigió a los establos. Me estremecí tras la calidez de su roce. Los otros chicos empezaron a dispersarse en grupos mientras Stevie Rae y Aphrodite se quedaban rezagadas conmigo.

—Voy a ir con las dos, pero esperad un segundo. Voy a llamar primero a mi madre. Tiene que saber que Neferet no solo está llena de mierda, sino de peligro.

—¿Crees que te escuchará? —le pregunté.

—Para nada —respondió sin vacilar—. Pero voy a intentarlo igualmente.

—¿Por qué no llamas a tu padre? Es decir, él es el alcalde y no tu madre —dijo Stevie Rae.

—En la casa de los LaFont mi madre es quien lleva los pantalones. Si existe la posibilidad de que el señor alcalde se entere de quién es realmente Neferet, será por ella.

—Buena suerte —le dije.

—Sí, ya —dijo Aphrodite antes de sacar el móvil y alejarse un poco de nosotras.

Shaylin se separó de uno de los grupos que se estaban marchando y se colocó a mi lado. Me sorprendió.

—¿Puedo ir con vosotras? —lo dijo en voz baja, pero con claridad y la barbilla levantada, como si estuviera lista para la pelea.

—¿Por qué quieres venir? —le pregunté.

—Quiero preguntarle a Tánatos por los colores. Sé que no queréis que hable de mi don, y entiendo por qué. Es algo que sin duda Neferet no necesita saber. Pero ella ya no es alta sacerdotisa y yo tengo preguntas que necesitan respuestas. Como

Damien ha dicho, hacía mucho tiempo que nadie tenía visión verdadera. Bueno, Tánatos es inteligente. Y mayor. Supongo que quizá ella podrá darme algunas respuestas. Si a ninguna de las dos os importa —añadió rápidamente.

Miré a Stevie Rae.

—Tú eres su alta sacerdotisa. ¿Te parece bien?

—No lo sé. ¿Tú qué crees?

—Creo que si no podemos confiar en Tánatos, estamos bien jodidos —respondí con honestidad.

—Bueno, entonces es hora de cerrar filas. Creo que Tánatos está en el equipo de los buenos, así que supongo que me parece bien.

—Sí, vale —dije yo.

—Gracias —nos dijo Shaylin.

—Bueno, esto ha sido una pérdida de tiempo. —Aphrodite se unió a nosotras mientras guardaba el móvil en su precioso bolso Valentino de resplandeciente color dorado—. Al menos no ha sido una pérdida de «mucho» tiempo.

—¿No te ha escuchado? —le pregunté.

—Oh, sí que me ha escuchado. Luego me ha dicho que tenía dos palabras para mí: Nelly Vanzetti. Y a continuación me ha colgado.

—¿Eh?

—Nelly Vanzetti es la loquera de mi madre —dijo Aphrodite.

—¿Por qué te ha dado tu madre su nombre? —preguntó Stevie Rae.

—Porque, pueblerina, esa es la manera de mi madre de decir que parezco una loca. Tampoco es que eso le importe, simplemente me hace ver que no tiene intención de escucharme, pero que pagará a su loquera para que lo haga por ella. —Aphrodite se encogió de hombros—. La misma historia de siempre.

—Eso es muy egoísta —dijo Shaylin.

Aphrodite entrecerró sus ojos azules.

—¿Por qué estás aquí?

—Tiene un don —dijo Stevie Rae.

—Mis niveles de «me importa una mierda» están muy altos a ese respecto —dijo Aphrodite.

—Tengo preguntas para Tánatos —dijo Shaylin.

—Así que va a venir con nosotras —dije yo.

—Muy bien. —Aphrodite la miró con desdén—. En marcha, pues. Ve delante. Tengo que hablar con ellas dos sin oídos coloridos escuchando.

—Adelántate, Shaylin —le dije antes de que las dos pudieran empezar a discutir. De nuevo—. Nos encontraremos en el despacho de Tánatos.

Shaylin asintió, frunció el ceño mientras miraba a Aphrodite y luego se marchó.

Mi amiga levantó la mano.

—Sí, lo sé, debería ser mucho más amable, bla bla bla. Pero me irrita. Me recuerda a una mini Kim Kardashian, lo que significa que es inútil, irritante y

demasiado visible.

Miré a Stevie Rae, esperando que ella fuera a rebatir a Aphrodite. Todo lo que hizo fue negar con la cabeza:

—Estoy harta. Nos repetimos más que el ajo.

—¿Ajo? ¿Eso es todo lo que eres capaz de decir? ¿De verdad? —le dijo Aphrodite.

—No voy a volver a hablarte más —le dijo Stevie Rae.

—Bien, ahora vayamos a lo importante. No os va a gustar lo que os tengo que decir, pero tenéis que escucharme, a menos que queráis ser como mi madre.

—Estamos escuchando —dije yo.

Stevie Rae siguió con los labios apretados, pero asintió.

—Primero, paleta: sé que andas muy emocionada y agradecida a Kalona por echar agua a tu chico pájaro y resucitarlo...

—Lloró lágrimas inmortales en su hijo y lo trajo de vuelta de una muerte inminente. Por favor, ¡estabas allí! Lo viste —dijo Stevie Rae.

—¿No decías que ya no me hablabas? Pero mira, me lo acabas de poner más fácil. Hasta hacía unas pocas horas creíamos que Kalona era un murciélago tarado tan peligroso como Neferet. Ahora es un guerrero de la Muerte. Todo el colegio va a babear con él, como hicieron cuando salió de la tierra. Nosotras vamos a mostrar algo más de juicio. O, al menos, yo voy a hacerlo. Estaría bien si os unierais a mí.

—Jamás confiaré en él —pronuncié en voz baja esas palabras provenientes de lo más profundo de mi corazón.

—Z, le dio su palabra a Tánatos —dijo Stevie Rae.

Le mantuve la mirada.

—Mató a Heath. Mató a Stark. Trajo a Stark de vuelta únicamente porque Nyx le obligó a pagar una deuda de vida por Heath. Stevie Rae, yo estaba en el Otro Mundo con él. Kalona le preguntó a Nyx que cuándo le perdonaría. Ella le dijo que solo podría preguntárselo cuando fuera merecedor de su perdón.

—Quizá eso sea lo que está intentando —dijo ella.

—Y tal vez sea un violador y asesino manipulador y mentiroso —le replicó Aphrodite—. Si Zoey y yo estamos equivocadas, genial. Podrás decirnos eso de «Os lo dije» y todas sonreiremos y haremos una fiesta. Si estamos en lo cierto, cuando el dios caído se desmande no nos pillaré con la guardia baja.

Stevie Rae suspiró.

—Lo sé, lo sé. Tenéis razón. No voy a confiar en él al cien por ciento.

—Bien. Pero vigila también a tu chico pájaro. Confía en su padre ciegamente, lo que significa que Kalona puede usarlo. De nuevo.

El gesto de Stevie Rae se tensó, pero asintió.

—Sí, lo haré.

—Segundo —Aphrodite centró su atención en mí—. Explícame qué coño se te pasó por la cabeza cuando llamaste Heath a ese puto toro anoche.

—¿Qué? —soltó Stevie Rae—. Eso no es cierto, ¿verdad, Z?

Vale, mentir sería sencillo. Podría decir que Aphrodite había perdido la cabeza y que estaba oyendo voces. A ver, pasaron muchas locuras de repente anoche, por no mencionar que los elementos se manifestaron con tal poder que nada estaba claro salvo que Neferet había asesinado a mi madre y que era consorte de la Oscuridad.

Estuve a punto de hacerlo.

Entonces recordé lo que mentir a mis amigos me había supuesto. No solo había perdido su confianza, sino mi propio respeto. No me sentía bien cuando mentía. Me sentía fuera de sincronía con la Diosa y el camino que creía que ella quería que yo recorriera.

Así que respiré profundamente y solté la verdad de una tacada:

—Miré a través de la piedra vidente a Aurox y vi a Heath y aluciné y grité su nombre y Aurox se volvió y me miró antes de empezar a convertirse de nuevo en toro y esa es la razón por la que, cuando fue a embestirme, yo me quedé quieta y le dije que no me haría daño. Fin de la historia.

—Has perdido la puta chaveta. Mierda, creo que he tirado el número de la loquera de mi madre antes de tiempo. Tienes que medicarte y que te hagan una evaluación psicológica.

—Bueno, voy a tener más tacto que Aphrodite, pero eso no tiene ningún sentido, Z. ¿Cómo podría estar Heath cerca de Aurox?

—¡No lo sé! Y no estaba cerca. Era como si Heath brillara sobre Aurox. O al menos lo sombreara con el brillo de una piedra lunar. —Tenía ganas de gritar de la frustración por no ser capaz de describir lo que había visto.

—¿Como un espectro? —preguntó Stevie Rae.

—Eso sí podría tener algo de sentido —dijo Aphrodite mientras asentía a Stevie Rae, como si ambas estuvieran suponiendo lo mismo—. Nos encontrábamos en medio de un ritual para invocar a la muerte. La muerte de Heath. Tal vez atoramos a su espectro.

—No lo creo —dije yo.

—Pero tampoco lo sabes con total seguridad, ¿no? —dijo Stevie Rae.

—No. No sé nada con total certeza salvo que la piedra vidente es magia antigua y esta es fuerte e impredecible. Qué demonios, si ni siquiera debería darse salvo en la isla de Skye, así que no sé por qué veo cosas a través de ella. —Extendí las manos—. Tal vez lo imaginara. Tal vez no. Esto es muy extraño hasta para mí. Me pareció ver a Heath, y luego Aurox se transformó en ese toro y huyó.

—Todo sucedió muy rápidamente —dijo Stevie Rae.

—La próxima vez que veas a Aurox, tienes que mirarlo a través de esa maldita piedra, eso está claro —dijo Aphrodite—. Y no te quedes a solas con él.

—¡No tengo intención de hacerlo! Ni siquiera sé dónde está.

—Probablemente haya regresado con Neferet —dijo Aphrodite.

Debería haber tenido la boca cerrada, pero me oí decir:

—Dijo que había elegido un futuro diferente.

—Sí, justo después de matar a Dragon y casi matar a Rephaim —dijo Aphrodite. Suspiré.

—¿Qué dice Stark al respecto? —me preguntó. Al ver que no respondía, arqueó una de sus cejas rubias—. Oh, ya veo. No se lo has contado, ¿verdad?

—Verdad.

—Bueno, no puedo culparte, Z —me dijo con delicadeza Stevie Rae.

—Es su guerrero, su guardián —insistió Aphrodite—. Por muy molesto y arrogante que pueda llegar a ser, tiene que saber que Zoey tiene algo con Aurox.

—¡Yo no tengo nada!

—Vale, no con Aurox, pero sí que lo tuviste con Heath, y crees que tal vez Heath sea Aurox. —Aphrodite negó con la cabeza—. ¿Eres consciente de que parece una locura?

—Mi vida es una locura —dije yo.

—Stark tiene que saber que puedes ser vulnerable a Aurox —dijo Aphrodite con firmeza.

—¡No soy vulnerable a Aurox!

—Díselo tú, paleta.

Stevie Rae no me miraba a los ojos.

—¿Stevie Rae?

Suspiró y finalmente me miró.

—Si crees que existe la más mínima posibilidad de que Heath esté apareciéndose en Aurox o lo que sea, eso significa que no vas a pensar con claridad en lo que a él respecta. Lo sé. Si yo perdiera a Rephaim y luego creyera verlo en otro tío, incluso aunque pareciera una locura, ese tío podría llegarme. Aquí. —Se señaló al corazón—. Y la mayor parte del tiempo el corazón gobierna sobre esto otro. —Se señaló la cabeza.

—Así que cuéntale al chico arquero lo que crees que viste —dijo Aphrodite.

No me gustaba nada, pero sabía que tenían razón.

—Vale, es un asco, pero tenéis razón. Se lo contaré.

—Y yo se lo contaré a Darius —dijo Aphrodite.

—Bueno, yo a Rephaim —añadió Stevie Rae.

—¡¿Por qué?! —Quería estallar.

—Porque los guerreros a tu alrededor tienen que saberlo —dijo Aphrodite.

—Vale —repetí apretando los dientes—. Pero a nadie más. Estoy harta de que la gente hable de mí y de mi vida amorosa.

—Bueno, Z, es que tu vida amorosa bien lo vale —dijo Stevie Rae con jovialidad mientras me rodeaba con su brazo.

—También hemos de decírselo a Tánatos —dijo Aphrodite mientras echábamos a andar hacia su aula—. Su afinidad es con la Muerte. Tiene sentido que sepa de espectros o de lo que quiera que eso haya sido.

—¿Por qué no lo publicamos en el *Tulsa World* y le pedimos a Neferet que escriba sobre ello en su maldita columna? —dije.

—Eso es casi una palabrota. Ten cuidado. «Maldita» es una palabra de encabezamiento. La próxima vez, te saldrá un «coño» volando de la boca —dijo Aphrodite.

—¿Que le saldrá un «coño» volando? Eso no suena muy allá —le dijo Stevie Rae, negando con la cabeza.

Apreté el paso, prácticamente arrastrando a Stevie Rae conmigo y haciendo que Aphrodite tuviera que correr un poco para alcanzarnos. No les presté atención mientras discutían sobre palabrotas. En vez de eso me preocupé.

Me preocupé por nuestro colegio.

Me preocupé por el tema Aurox/Heath.

Me preocupé por tener que hablarle a Stark del tema Aurox/Heath.

Y me preocupé por mi estómago y la posibilidad de que mi síndrome de colon irritable hiciera acto de presencia en mitad de todo este jaleo. De nuevo.





## Shaunee

—Damien, creo que debería mantenerme alejada de los establos. Lenobia ha tenido últimamente una sobredosis masiva de fuego. —Shaunee miró a Damien y luego a Erin. Los tres se habían marchado cuando Z les había dicho que se separaran, pero en vez de eso habían permanecido juntos, intentando discernir en qué lugar cada uno de ellos, con sus respectivos elementos, haría mayor bien.

—Tienes razón —coincidió Damien—. Tiene más sentido que vayas a la pira de Dragon. Pronto harás falta allí.

Shaunee encorvó la espalda.

—Sí, lo sé, pero no es algo que quiera hacer.

—Tan solo métete en tu elemento y será fácil —dijo Erin.

Shaunee parpadeó y la miró, no solo sorprendida por el hecho de que le hubiera hablado (Erin había estado evitando hablar con ella desde que habían dejado de ser gemelas), sino también por su tono distraído. Estaba hablando de quemar el cuerpo de Dragon como si fuera a encender una cerilla.

—Nada será fácil en el funeral de Dragon, Erin. Con o sin mi elemento.

—No quería decir fácil de fácil. —Erin parecía molesta. Shaunee pensó entonces que últimamente Erin siempre parecía molesta—. Me refería a que cuando te metes de verdad en tu elemento, lo demás no te afecta tanto. Pero tal vez tú no logres estar tan inmersa en él.

—Eso es una tontería. —Shaunee sintió el calor de su ira creciente—. Mi afinidad por el fuego no es menor que la tuya por el agua.

Erin se encogió de hombros.

—Da igual. Solo estaba intentando ayudarte. De ahora en adelante, dejaré de intentarlo. —Se volvió a Damien, que estaba mirando a una y otra como si no tuviera claro si interponerse entre las dos o echar a correr en dirección contraria—. Voy a ir al establo, Lenobia agradecerá ver el agua y yo no tengo ningún problema con mi elemento. —Sin mediar más palabra, Erin se marchó.

—¿Siempre ha sido así? —Shaunee se oyó a sí misma formularle a Damien la pregunta que le había estado rondando durante días.

—¿Así, cómo?

—De insensible.

—¿En serio me lo preguntas?

—Sí. ¿Ha sido Erin siempre así de insensible?

—Es difícil de responder, Shaunee. —Damien estaba hablándole con delicadeza,

como si pensara que tuviera que andar con cuidado para no hacerle daño con sus palabras.

—Tan solo dime la verdad, aunque sea dura —le dijo ella.

—Bueno, entonces te diré que, hasta que rompisteis, era casi imposible decir cómo erais cada una individualmente. Nunca os he conocido separadas. Acababais la frase de la otra. Era como si fuerais las dos mitades de un todo.

—¿Pero ahora no? —lo incitó a responder cuando lo vio vacilar.

—No, ahora es distinto. Ahora sois individuos con vuestras propias personalidades. —Le sonrió—. La manera más delicada de decirte esto es que resulta bastante obvio para la mayoría de nosotros que es tu personalidad la que tiene corazón.

Shaunee miró a Erin.

—Antes lo sabía, y me molestaba. Ya sabes, la manera en que era tan sarcástica y cotilla y mezquina. Pero también podía ser una persona muy divertida con quien estar.

—Divertida a expensas de los demás, por lo general —le dijo Damien—. Se creía lo más porque excluía al resto para parecer mejor que ellos.

Shaunee lo miró.

—Lo sé. Ahora lo veo. Pero entonces lo único que veía era que éramos íntimas y yo necesitaba una buena amiga.

—¿Y ahora? —le preguntó él.

—Ahora necesito poder ser yo misma, y no puedo hacerlo si solo soy la mitad de una persona. También estoy cansada de tener que decir siempre algo sarcástico o ingenioso, si no totalmente aborrecible. —Negó con la cabeza. Se sentía triste y cansada—. Eso no significa que piense que Erin sea horrible. La verdad es que me gustaría que fuera tan molona y divertida y genial como yo creía que era. Supongo que es ahora cuando soy consciente de que tiene que serlo, o no, ella sola. Ya no tiene nada que ver conmigo.

—Eres más inteligente de lo que creía —reconoció Damien.

—Sigo siendo un desastre en el colegio.

Sonrió.

—Hay otras formas de ser inteligente.

—Eso son buenas noticias para mí.

—Eh, no te infravalores. Tal vez fueras buena en el colegio, si te esforzaras un poco.

—Sé que a ti te parece algo bueno, pero a mí me vale con lo de «otras formas de ser inteligente». —Damien rio y Shaunee añadió—: Voy a ir a la pira. Tal vez ayude que yo esté por allí.

—¿A ti o a los guerreros?

—A mí. A ellos. A todos. No lo sé —dijo Shaunee con un suspiro.

—Yo creo que va a ayudarnos a todos —dijo él—. Yo me moveré por los

alrededores, como el aire. Intentaré esfumar parte de la Oscuridad que se aferra a este lugar.

—¿Tú también la sientes?

Damien asintió.

—Puedo sentir que la energía aquí es mala. Demasiada negatividad acumulada en muy poco tiempo. —Damien ladeó la cabeza mientras observaba a Shaunee—. Ahora que lo pienso, no creo que debas mantenerte alejada de los establos. El fuego no es malo. Tú no eres mala. Lenobia lo sabe. ¿Recuerdas cuando hiciste que las pezuñas de los caballos se calentaran para que pudiéramos montarlos con la tormenta de hielo?

—Lo recuerdo. —Shaunee se acordaba, y ese recuerdo hizo que se sintiera más ligera.

—Entonces ve a la pira, echa una mano allí, pero ve también a los establos. Recuérdales a todos que el fuego puede hacer mucho más que destruir. Cómo nos valgamos de él es lo importante.

—¿He de suponer que lo que quieres decir es que lo importante es cómo usemos el fuego?

Damien sonrió de oreja a oreja.

—¿Ves? Te dije que podrías ser buena en el colegio. «Valerse» es una excelente palabra para tu vocabulario: usar algo con tiempo y ocasión, o servirse últimamente de ello.

—Estás haciendo que me duela la cabeza —dijo Shaunee, pero también se rio.

—Entonces, ¿te veré luego en los establos?

—Sí, allí nos veremos.

Damien se dispuso a marcharse cuando se volvió hacia ella y le dio un rápido y fuerte abrazo.

—Me alegro de que seas tú misma. Y si necesitas a un amigo, estoy aquí para lo que quieras —le dijo, y luego se marchó corriendo en dirección a los establos.

Shaunee contuvo las lágrimas y sonrió mientras observaba cómo el cabello castaño y esponjado de Damien se movía con la brisa que él mismo estaba levantando.

—Fuego —susurró—, envía una pequeña chispa a Damien. Se merece encontrar a un tío bueno que le haga feliz, especialmente porque él siempre se esfuerza mucho para hacernos a todos los demás felices.

Shaunee, sintiéndose mejor de lo que se había sentido en semanas, caminó en una dirección diferente. Sus pasos fueron más lentos, más deliberados que los de Damien, pero ya no temía ir hacia donde se dirigía. No tenía gana alguna de ir a la pira; ella no era Erin. No podía aislarse de la tristeza y el dolor entumeciendo sus sentimientos. *Y la verdad es que tampoco querría ser fría y tener mi interior congelado, incluso si eso significara que no fuera a doler tanto*, decidió en silencio.

Shaunee estaba centrándose en sí misma y haciendo acopio de fuerzas de la

calidez constante de su elemento. *Gracias, Nyx, intentaré valerme de él*, era lo que estaba pensando cuando la voz del inmortal se entrometió:

—No te he dado las gracias.

Shaunee alzó la vista y vio a Kalona cerca de la enorme estatua de Nyx, justo delante del templo del colegio. Llevaba vaqueros y un chaleco de cuero, uno que se parecía mucho al que llevaba Dragon, solo que este era más grande y tenía unas hendiduras detrás por las que salían sus alas negras, aunque en ese momento las llevaba pegadas a la espalda. Ese chaleco tampoco llevaba la insignia de la Diosa, pero no era algo en lo que repararas cuando alguien así te miraba con aquellos ojos ámbar del Otro Mundo.

*Es increíble e inhumanamente guapo*. Shaunee apartó ese pensamiento de su mente y se centró en lo que le acababa de decir.

—¿Darme las gracias? ¿Por qué?

—Por darme tu móvil. Sin él, Stevie Rae no habría podido llamarme. Rephaim tal vez estuviera muerto de no ser por ti.

Shaunee sintió la calidez de su rostro. Se encogió de hombros, sin saber muy bien por qué se sentía tan nerviosa de repente.

—Tú fuiste quien acudió cuando ella te llamó. Podías no haber respondido a la llamada y ser un padre de mierda. —Shaunee fue consciente de lo que había dicho tras soltarlo y apretó con fuerza los labios, diciéndose a sí misma: «¡Para de hablar!».

A continuación se hizo un largo e incómodo silencio, y luego Kalona dijo:

—Lo que dices es cierto. No he sido un buen padre para mis hijos. Sigo sin serlo para la mayoría.

Shaunee lo miró, preguntándose a qué se refería exactamente. Su voz sonaba extraña. Había supuesto que estaría triste, o serio, o incluso molesto. En vez de eso solo parecía sorprendido y un tanto incómodo, como si los pensamientos que tenía en esos momentos nunca antes se le hubieran pasado por la cabeza. Deseó poder ver su expresión, pero tenía el rostro girado. Estaba mirando a la estatua de Nyx.

—Bueno —empezó ella, sin tener ni idea de qué decirle—. Estás arreglando tu relación con Rephaim. Tal vez no sea demasiado tarde para arreglarlo con tus otros hijos, también. Si mi padre apareciera y quisiera hacer algo por mí, le dejaría hacerlo. Al menos le daría la oportunidad. —El inmortal volvió la cabeza y la miró. Shaunee se puso nerviosa, como si aquellos ojos ámbar pudieran ver demasiado de ella—. Lo que quiero decir es que no creo que sea demasiado tarde para hacer lo correcto, nunca.

—¿De veras lo crees?

—Sí. Cada vez más. —Deseó que apartara la mirada de ella—. Y bien, ¿cuántos hijos tienes?

Se encogió de hombros. Sus enormes alas se elevaron ligeramente antes de posarse de nuevo.

—He perdido la cuenta.

—Bueno, pues saber cuántos hijos tienes es un buen comienzo para empezar a ser un buen padre.

—Saber una cosa y actuar en consecuencia es algo completamente distinto —dijo él.

—Sí, totalmente. Pero he dicho que es un buen «comienzo». —Shaunee giró la cabeza hacia la estatua de Nyx—. Ese también sería un buen comienzo.

—¿La estatua de Nyx?

Frunció el ceño. Se sentía algo más cómoda bajo su mirada.

—Me refiero a hacer algo más que mirarla. Intenta pedirle...

—¡El perdón no es algo que se nos conceda a todos! —tronó su voz.

Shaunee notó cómo empezaba a temblar y miró hacia la estatua de Nyx. Casi podía jurar que sus carnosos y hermosos labios marmóreos le sonrieron con dulzura. Ya fuera su imaginación o no, le permitió hacer acopio del coraje que necesitaba y la iniciada siguió hablando de manera atropellada.

—No iba a decir «perdón». Iba a decir «ayuda». Intenta pedirle a Nyx ayuda.

—Nyx no me oirá. —Kalona habló tan bajo que Shaunee casi no lo percibió—. No me oye desde hace siglos.

—En esos siglos, ¿cuántas veces le has pedido ayuda?

—Ni una sola vez —dijo él.

—Entonces, ¿cómo sabes que no te está escuchando?

Kalona negó con la cabeza.

—¿Te ha enviado ella para que seas mi conciencia?

Fue el turno de Shaunee de negar con la cabeza.

—No he sido enviada para eso, y la Diosa sabe que ya tengo bastante con lidiar con mi propia conciencia. No podría hacerlo con la de nadie más.

—Yo no estaría tan seguro, joven y fiera iniciada... No estaría tan seguro —musitó y luego, de repente, Kalona se apartó de ella, dio varios pasos y se lanzó al cielo oscuro de la noche.

## Rephaim

No le importaba demasiado que la mayoría de los otros chicos siguieran evitándolo. Damien era amable, pero lo era con todo el mundo, así que Rephaim no tenía claro si la amabilidad del chico iba particularmente dirigida a él. Al menos Stark y Darius no habían intentado matarlo o mantenerlo lejos de Stevie Rae. Últimamente Darius parecía hasta un poco amigable. El guerrero Hijo de Érebo lo había ayudado cuando se había tropezado en el autobús la noche anterior, débil aún por la herida que le habían sanado con magia.

*Mi padre me salvó y luego se proclamó guerrero de la Muerte. Me quiere y está escogiendo la Luz frente a la Oscuridad.* Ese pensamiento hizo a Rephaim sonreír, a

pesar de que el otrora cuervo del escarnio no era tan ingenuo ni confiado como Stevie Rae y los demás se creían. Rephaim quería que su padre siguiera la senda de Nyx, lo deseaba de veras. Pero él, mejor que nadie salvo la propia Diosa, sabía de la ira y violencia que el inmortal caído había acumulado durante siglos.

Que Rephaim existiera era prueba de la capacidad de su padre para causar dolor a los demás.

Rephaim se encorvó. Había llegado al lugar donde se encontraba el roble partido (una mitad apoyada contra el muro del colegio y la otra dentro de las lindes de los terrenos de este). Era como si la parte central del grueso y viejo árbol hubiera sido golpeada por un rayo enviado por un dios enojado.

Pero Rephaim sabía a qué se debía.

Su padre era inmortal, pero no era un dios. Kalona era un guerrero, un guerrero caído.

Sintiéndose extrañamente perturbado, apartó la mirada de la destrucción acontecida en el centro del árbol. Se sentó en una de las ramas vencidas en el extremo de la fronda partida del árbol y observó las gruesas ramas que descansaban en el muro este del colegio.

—Esto hay que arreglarlo —dijo Rephaim en voz alta, llenando el silencio de la noche con la humanidad de su voz—. Stevie Rae y yo podemos ponernos con ello. Tal vez el árbol aún tenga una oportunidad. —Sonrió—. Mi roja me sanó. ¿Por qué no a un árbol?

El árbol no respondió, pero mientras Rephaim hablaba, tuvo una extraña sensación de *déjà vu*. Como si hubiera estado allí antes, y no solo en otro día de colegio. Había estado allí antes, sintiendo el viento en sus alas, con la brillante luz del cielo de la mañana atrayéndolo.

Rephaim frunció el ceño y se frotó la frente, sintiendo un incipiente dolor de cabeza. ¿Había estado allí por el día cuando era cuervo, cuando su humanidad quedaba tan profundamente oculta en su interior que esas horas transcurrían como una masa borrosa e indistinta de imágenes y sonidos y olores?

La única respuesta que obtuvo fue la palpitación de sus sienas.

El viento se movió a su alrededor, haciendo que las ramas vencidas crujieran y que las hojas parduscas que seguían tenazmente aferradas al viejo roble susurraran. Por un instante, le pareció que el árbol estaba intentando hablarle, intentando contarle sus secretos.

La mirada de Rephaim volvió a posarse en el centro del árbol. Sombras. Corteza partida. Tronco astillado. Raíces al aire. Y parecía como si el terreno alrededor del árbol hubiera ya comenzado a erosionarse, casi como si se estuviera formando un foso debajo.

Rephaim se estremeció. Había habido un foso bajo el árbol. Uno que había aprisionado a Kalona en su interior durante centurias. El recuerdo de esos siglos y la terrible y semisustancial existencia llena de ira, violencia y soledad que había vivido

durante ese periodo seguía siendo parte de la pesada carga de Rephaim.

—Diosa, sé que me has perdonado por mi pasado, y siempre te estaré agradecido por ello. Pero ¿podrías, quizá, enseñarme a perdonarme a mí mismo?

La brisa hizo crujir las ramas de nuevo. El sonido resultó tranquilizador, como si los susurros del viejo árbol pudieran ser la voz de la Diosa.

—Lo tomaré como una señal —dijo Rephaim en voz alta al árbol mientras apoyaba la palma abierta sobre la corteza—. Le pediré a Stevie Rae que me ayude a enmendar la violencia que te quebró. Pronto. Te doy mi palabra. Regresaré pronto. — Cuando Rephaim se marchó para retomar su vigilancia del perímetro del colegio, le pareció oír un ruido bajo el árbol, y se imaginó que era el viejo roble dándole las gracias.

## Aurox

Caminó de un lado a otro agitado, cubriendo el espacio hueco bajo el roble en tres zancadas. A continuación se dio la vuelta y dio tres zancadas más. Una y otra vez, una y otra vez. Pensando... pensando... pensando... y deseando desesperadamente tener un plan.

Le dolía la cabeza. No se había partido el cráneo al caer en el foso, pero el chichón que le había salido en la cabeza había sangrado y en esos momentos estaba muy hinchado. Tenía hambre. Tenía sed. Le resultaba difícil descansar allí, en el interior de la tierra, aunque su cuerpo estuviera agotado y necesitara dormir para poder sanar.

¿Por qué había creído que sería una buena idea regresar al colegio, ocultarse en el mismo lugar donde el profesor al que había matado, además del chico al que había intentado matar, vivían?

Aurox se cubrió la cabeza con las manos. *¡Yo no! Deseó poder gritar las palabras. Yo no maté a Dragon Lankford. No atacé a Rephaim. ¡Escogí otro futuro diferente!* Pero su elección no había importado. Se había transformado en una bestia. Y esa bestia había dejado una estela de muerte y destrucción tras de sí.

Había sido una estupidez por su parte ir al colegio. Una estupidez creer que allí podría encontrar o hacer algo bueno. ¿Bueno? Si alguien supiera que se estaba ocultando en el colegio sería atacado, encerrado, posiblemente asesinado. A pesar de que no estuviera allí para hacer daño alguno, eso no importaría. Absorbería la rabia de quienes lo descubrieran y la bestia emergería. No podría controlarla. Los guerreros Hijos de Érebo lo rodearían y pondrían fin a su miserable existencia.

*Ya la controlé una vez. No atacé a Zoey.* Pero ¿tendría la oportunidad alguna vez de intentar explicar que él no quería hacer ningún daño? ¿Tendría un segundo siquiera para poner a prueba su autocontrol y demostrar que era algo más que la bestia de su interior? Aurox empezó a andar de un lado a otro de nuevo. No, su

esfuerzo no le importaría a nadie de la Casa de la Noche. Lo único que verían sería a la bestia.

¿Incluso Zoey? ¿Hasta Zoey estaría en su contra?

*Zoey te protegió de los guerreros. Fue gracias a su protección que pudiste huir.* La voz de la abuela de Zoey calmó sus pensamientos turbulentos. Zoey lo había protegido. Ella había creído que Aurox podía controlar a la bestia lo suficiente como para no hacerle daño. Su abuela le había ofrecido refugio en su casa. Zoey no podía quererlo muerto.

Los demás sí, sin embargo.

Aurox no los culpaba. Se merecía morir. Independientemente de lo que había empezado a sentir, de desear una vida diferente, una elección distinta, eso no cambiaba el pasado. Había cometido actos violentos y viles. Había hecho todo lo que la sacerdotisa le había ordenado.

*Neferet...*

Incluso a pesar de haber pronunciado su nombre solamente en su cabeza, un estremecimiento recorrió su cuerpo agitado.

La bestia que moraba en su interior quería ir a ver a la sacerdotisa. La bestia de su interior necesitaba servir a Neferet.

—Soy algo más que una bestia. —La tierra a su alrededor absorbió las palabras, sofocando la humanidad de Aurox. Desesperado, agarró una raíz retorcida y empezó a subir por ella para salir del foso.

—Esto hay que arreglarlo.

Las palabras reverberaron hasta Aurox. Su cuerpo se quedó petrificado. Reconoció la voz. Rephaim. La abuela de Zoey le había dicho la verdad. El chico vivía.

La carga invisible de Aurox se aminoró ligeramente.

Esa era una muerte con la que su conciencia no tendría que cargar.

Aurox se acuclilló y, en silencio, intentó oír a quién le hablaba Rephaim. No sentía ira o violencia. Sin duda, si Rephaim supiera que Aurox se estaba ocultando tan cerca de él, el chico estaría lleno de sentimientos de venganza, ¿no?

El tiempo pareció transcurrir lentamente. El viento se tornó más fuerte. Aurox podía oír cómo azotaba las hojas secas del árbol partido que se hallaba sobre él. Captó palabras que flotaban con el fresco aire: *trabajo... árbol... roja... sanó...* Todas ellas pronunciadas por Rephaim con un tono carente de malicia, como si simplemente estuviera reflexionando en voz alta. Y luego la brisa le trajo la plegaria de este:

—Diosa, sé que me has perdonado por mi pasado, y siempre te estaré agradecido por ello. Pero ¿podrías, quizá, enseñarme a perdonarme a mí mismo?

Aurox apenas si podía respirar.

¿Rephaim estaba pidiéndole ayuda a su diosa para perdonarse a sí mismo? ¿Por qué?



Aurox se frotó la cabeza, que le latía del dolor, y empezó a pensar. La sacerdotisa rara vez había hablado con él directamente, salvo para ordenarle que cometiera un acto de violencia. Pero sí que le había hablado indirectamente, como si Aurox no hubiera tenido la capacidad de oírla o de formular pensamientos propios. ¿Qué sabía él de Rephaim? Era el hijo del inmortal Kalona. Había sido maldecido y condenado a ser humano de noche y cuervo de día.

¿Maldecido?

Acababa de oír a Rephaim rezar y en esa plegaria daba por sentado el perdón de Nyx. Estaba seguro de que una diosa no maldecía y perdonaba con el mismo hálito.

Entonces, no sin sorpresa, Aurox recordó al cuervo que había hecho tanto ruido que había provocado que se cayera al foso.

¿Podría haber sido Rephaim? El cuerpo de Aurox se tensó mientras se preparaba para la aparentemente inevitable confrontación que se avecinaba.

—Te doy mi palabra. Regresaré pronto.

La voz de Rephaim volvió a llegar hasta allí. Se marchaba, aunque temporalmente. Aurox se relajó y se apoyó contra la pared de tierra. Le dolía todo el cuerpo y la cabeza le daba vueltas.

Que no podía permanecer en el foso era obvio, pero eso era lo único obvio para Aurox. ¿Había la diosa de Rephaim, la que le había perdonado, conducido a este al foso de Aurox? Si era así, ¿lo había hecho para mostrarle a Aurox su redención o venganza?

¿Debería acaso entregarse, a Zoey quizá, y afrontar las consecuencias?

¿Y si la bestia emergía de nuevo y esa vez no podía controlarla?

¿Debería huir?

¿Debería ir a la sacerdotisa y exigirle respuestas?

—No sé nada —susurró para sí mismo—. No sé nada.

Aurox agachó la cabeza bajo el peso de la confusión y el anhelo. A tientas, en silencio, imitó a Rephaim con su propia plegaria. Fue una plegaria sencilla y sincera. Era la primera vez en su vida que Aurox rezaba.

*Nyx, si eres una diosa indulgente, por favor ayúdame... Por favor...*



## Zoey

—Hay que detener a Neferet —dijo Tánatos sin preámbulo alguno.

—Buenas noticias. Por fin —dijo Aphrodite—. Entonces ¿va a presentarse todo el Alto Consejo aquí para contrarrestar su estúpida rueda de prensa o va a venir Duantia sola?

—Estoy impaciente por que los humanos sepan cómo es en realidad —dijo Stevie Rae después de que hablara Aphrodite. Parecía tan molesta como esta y no le dio a Tánatos posibilidad de réplica—. Estoy cansada de que con sus sonrisitas y sus caídas de ojos les haga creer que es todo dulzura y amabilidad.

—Neferet hace mucho más que pestañear y sonreír —dijo con seriedad Tánatos—. Utiliza los dones que le otorgó la diosa para manipular y hacer daño. Los vampiros son susceptibles a su encanto. Los humanos tienen pocas defensas frente a ella.

—Lo que significa que el Alto Consejo Vampírico tiene que alzarse y hacer algo al respecto —dije yo.

—Ojalá fuera así de sencillo —dijo Tánatos.

Se me hizo un nudo en el estómago. Tenía una de mis «sensaciones», y eso casi nunca era bueno.

—¿Qué quieres decir? ¿Por qué no sería tan simple? —pregunté.

—El Alto Consejo no mezclará a los humanos en asuntos de vampiros —dijo.

—Pero Neferet ya lo ha hecho —repuse.

—Sí, cerrando la puerta del establo ahora que todas las vacas ya se han escapado —dijo Stevie Rae.

—Esa zorra mató a la madre de Zoey. —Aphrodite, incrédula, estaba negando con la cabeza—. ¿Estás diciendo que el Alto Consejo va a ignorarlo y dejar que se vaya de rositas tras haber asesinado a gente y echado pestes de nosotros?

—¿Y qué querrías que hiciera el Alto Consejo? ¿Desenmascarar a Neferet como una asesina?

—Sí —dije yo. Me alegré de haber sonado dura y madura en vez de como una cría de doce años asustada, que era como todo aquello me estaba haciendo sentir—. Sé que es inmortal y poderosa, pero mató a mi madre.

—No tenemos pruebas de eso —dijo Tánatos en voz baja.

—¡Tonterías! —estalló Aphrodite—. ¡Todos lo vimos!

—En un ritual de revelación desencadenado por un ritual de muerte. Ninguno de los dos podrá repetirse. Los cinco elementos limpiaron la tierra de ese acto de

violencia.

—Elegió la Oscuridad como consorte —alegó Aphrodite—. ¡No es solo que juegue en la misma liga del Mal, es que probablemente esté montándose con él!

—Iugh —dijimos Stevie Rae y yo a la vez.

—Los humanos no se creerían nada de eso, incluso aunque hubieran estado allí. —Todos nos volvimos para mirar a Shaylin, que hasta ese entonces había permanecido en silencio, observándonos a nosotras cuatro con lo que yo había creído que era una expresión de susto, vidriosa. Pero su voz sonó firme. Sí, parecía nerviosa, pero levantó de nuevo la barbilla y puso lo que estaba empezando a reconocer como su expresión tenaz.

—¿Qué demonios sabes tú de eso y por qué estás hablando? —le soltó Aphrodite.

—El mes pasado era humana. Los humanos no confían en la magia vampírica. —Shaylin miró a Aphrodite sin pestañear—. Has estado rodeada de esa magia demasiado tiempo. Has perdido por completo la perspectiva.

—Y tú has perdido totalmente la cabeza —le gritó Aphrodite, hinchándose cual pez globo.

—Otra vez discutiendo como críos. —Tánatos no alzó la voz, pero sus palabras sesgaron la tensión entre Aphrodite y Shaylin.

—No quieren pelearse —dije yo ante ese repentino silencio—. Ninguno de nosotros queremos. Pero estamos frustrados y esperábamos que tú y el Alto Consejo hicierais algo, lo que fuera, para ayudarnos a luchar contra Neferet.

—Deja que te muestre la verdad de quiénes somos, y entonces quizá comprendas más sobre esta lucha en la que quieres que metamos a los humanos. —Tánatos levantó el brazo derecho y mantuvo la palma levantada a la altura del pecho, lejos de su cuerpo. Ahuecó la mano, respiró profundamente y con la mano izquierda dibujó un remolino de aire por encima de la palma levantada mientras decía: «¡Contemplad el mundo!». Su voz sonó poderosa, cautivadora. Mis ojos se desviaron hacia la palma de su mano. En ella estaba tomando forma el globo del mundo. Era increíble, no como esos globos terráqueos aburridos que los profesores de historia usan como acumuladores de polvo. Este parecía hecho de humo negro. El agua fluía y se rizaba. Los continentes, tallados en ónix, aparecieron.

—¡OhDiosamía! —dijo Stevie Rae—. ¡Es precioso!

—Lo es —dijo Tánatos—. Y ahora ¡contemplad quiénes somos en el mundo!

Chasqueó los dedos de su mano izquierda por encima del globo, como si estuviera rociándolo con agua. Aphrodite, Stevie Rae, Shaylin y yo soltamos un grito ahogado. Empezaron a aparecer pequeñas chispas, dejando puntitos, cual minúsculos diamantes, en la masa terrestre de color negro.

—Es hermoso —dije.

—¿Son diamantes? ¿Diamantes de verdad? —preguntó Aphrodite mientras se acercaba más.

—No, joven profetisa. Son almas. Almas de vampiros. Somos nosotros.

—Pero hay muy pocas luces. Es decir, en comparación con el resto del globo que es todo oscuro —dijo Shaylin.

Fruncí el ceño y me acerqué más con Aphrodite. Shaylin tenía razón. La tierra parecía enorme comparada con los puntos centelleantes. Lo miré y miré. Mis ojos se vieron atraídos por los grupos de luminosidad: Venecia, la isla de Skye, un punto en lo que creía que era Alemania. Un grupo de luces en Francia, pequeños parches en Canadá y varios más alrededor de los Estados Unidos continentales; y alguno más, pero aun así no muchos.

—¿Es eso Australia? —preguntó Stevie Rae.

Miré al otro lado del globo y vi otro grupo de diamantes.

—Lo es —dijo Tánatos—. Y también Nueva Zelanda.

—Eso es Japón, ¿verdad? —Shaylin señaló a un pequeñísimo grupo de destellos.

—En efecto —dijo Tánatos.

—América no tiene tantos diamantes como debería —dijo Aphrodite.

Tánatos no respondió. Me miró. Yo aparté la vista y me puse a estudiar de nuevo el globo. Caminé lentamente a su alrededor, deseando haber prestado más atención en mis clases de geografía; en cualquiera de ellas. Cuando hube completado el círculo, miré de nuevo a los ojos de la alta sacerdotisa.

—No somos suficientes —dije.

—Esa es la absoluta y triste verdad —dijo Tánatos—. Somos brillantes, poderosos y espectaculares, pero somos pocos.

—Entonces, incluso aunque pudiéramos lograr que los humanos nos escucharan, estaríamos abriendo una puerta a nuestro mundo que es mejor dejar cerrada. —Aphrodite habló con calma y madurez, algo poco habitual en ella—. Empezarán a creer que sus leyes también son aplicables a nosotros, que necesitan mantenernos a raya, y eso significa que empezarán a apagar nuestras luces.

—Dicho de una manera simple, pero bien expuesto. —Tánatos juntó las manos y el globo desapareció en una nube de humo centelleante.

—Entonces ¿qué hacemos? No podemos dejar que Neferet se vaya de rositas. Una rueda de prensa, una comisión y una columna en un periódico no van a detenerla. Quiere muerte y destrucción. Por las campanas del infierno, ¡la Oscuridad es su consorte! —dijo Stevie Rae.

—Tenemos que combatir su fuego con fuego —dijo Shaylin.

—Oh, por favor. No podré aguantar a un niño más que use malas metáforas en vez de llamar a las cosas por su nombre —dijo Aphrodite.

—Lo que quiero decir es que si Neferet está implicando a los humanos, nosotros también deberíamos. Pero en nuestros propios términos —dijo Shaylin. Vi que su boca articulaba la palabra «odiosa» después, pero Aphrodite había decidido ignorar a la iniciada. De nuevo. Afortunadamente, Aphrodite no estaba mirándola en ese momento.

—Shaylin, me intrigas, querida. ¿Por qué has acompañado a estas dos

sacerdotisas y a esta profetisa? —le preguntó de repente Tánatos.

Nosotras, las sacerdotisas y la profetisa, nos callamos. Personalmente, yo quería ver cómo se las apañaba Shaylin con Tánatos. Quería pensar que Stevie Rae se había callado por el mismo motivo. Ya sabía cuál era el razonamiento de Aphrodite, que Shaylin había resumido con la sucinta palabra que había articulado: «odiosa».

La pequeña iniciada roja levantó la barbilla y adoptó una expresión de tenacidad.

—Vine con ellas porque quería preguntarte por mi don. Y ellas se mostraron de acuerdo. —Shaylin calló entonces, miró a Aphrodite y añadió—: Bueno, dos de ellas se mostraron de acuerdo.

—¿Qué don te ha otorgado Nyx, iniciada?

—Visión verdadera. Creo. —Miró nerviosamente a Stevie Rae y a continuación a mí—. ¿Verdad?

—Eso creemos —dije yo.

—Sí. Al menos eso es lo que la investigación de Damien nos ha dicho, y casi siempre está en lo cierto respecto a cualquier cosa que investigue —dijo Stevie Rae.

—Dijo que Neferet era del color de los ojos de los peces muertos. Eso me hace pensar que tal vez tenga algo más que una simple enfermedad mental o un poco de retraso. —Me sorprendió que Aphrodite dijera eso.

—¿Ves auras? —le preguntó Tánatos mientras estudiaba a Shaylin como si tuviera a la iniciada aplastada contra un portaobjetos de cristal y estuviera mirándola a través de un microscopio.

—Veo colores —dijo Shaylin—. No sé cómo llamarlo. Yo... yo era ciega antes de ser marcada. Lo he sido desde los cinco años. Entonces, ¡zas!, me hago con una luna creciente roja en mitad de la frente y mi visión regresa, y con ella los colores. Muchos colores. Gracias a ellos sé cosas sobre la gente. Como que Neferet estaba podrida por dentro, lo supe en cuanto la vi. A pesar de ser hermosa por fuera. —Observé cómo cerraba los puños tras su espalda y se mantenía bien erguida bajo el escrutinio de la alta sacerdotisa—. Al igual que sé que Erik Night es un buen chico, pero es débil. Siempre ha tomado el camino fácil. Tu color es el negro, pero no un negro plano. Es profundo y rico y puedo ver pequeños rayos de luz dorada surcándolo. —Suspiró—. Creo que eso significa que eres realmente mayor e inteligente y poderosa, pero que también tienes un fuerte temperamento, que mantienes bajo control. La mayor parte del tiempo.

Tánatos esbozó una sonrisa.

—Sigue.

Shaylin miró rápidamente a Stevie Rae y luego de nuevo a Tánatos.

—Los colores de Stevie Rae son como fuegos artificiales. Eso me hace pensar que es la persona más buena y alegre que jamás he conocido.

—Eso es porque no llegaste a conocer a Jack —dijo Stevie Rae, sonriendo con tristeza a Shaylin—. Pero gracias. Es muy amable lo que dices de mí.

—No estoy intentando ser amable. Solo intento decir la verdad. —Sus ojos se

posaron en Aphrodite—. Bueno, la mayor parte del tiempo.

Aphrodite resopló.

Aguardé a que llegara mi turno, a que Shaylin le dijera a Tánatos que mis colores se habían oscurecido porque estaba muy preocupada, pero no dijo nada de mí. Tan solo asintió brevemente, como si hubiera decidido algo en su interior y concluyó diciendo:

—Por eso estoy aquí. Necesito tu consejo sobre cómo usar mi don y conocer la verdad de este.

Creo que fue entonces cuando empecé a respetarla. Tánatos no era una alta sacerdotisa cualquiera. Era miembro del Alto Consejo y su afinidad era con la muerte. Tánatos asustaba. Vaya que sí. Y sin embargo, ahí estaba Shaylin, menos de cincuenta kilos y apenas un mes como iniciada, frente a frente con Tánatos y sin desvelar nada demasiado privado sobre mí. Ni siquiera había dicho nada del color parpadeante de Aphrodite. Para eso había que tener agallas. Muchas.

Contemplé los puños cerrados de Shaylin y vi que los dedos se le habían tornado pálidos. Sabía cómo se sentía. Yo también había tenido que presentarme ante una poderosa alta sacerdotisa poco después de haber sido marcada.

Me acerqué a Shaylin.

—Independientemente de cómo lo queramos llamar, Shaylin tiene un don. Estoy de acuerdo con Damien. Creo que es visión verdadera.

—Todos lo creemos —dijo Stevie Rae.

—¿Puedes ayudarme? —preguntó Shaylin.

Tánatos me sorprendió entonces. No dijo nada. Se dio la vuelta, fue hasta su escritorio y bajó la mirada como si la respuesta a la pregunta de Shaylin estuviera escrita en el enorme calendario que usaba como protector de mesa. Se quedó así, con la cabeza gacha, durante lo que se me antojó un tiempo ridículamente largo. Yo estaba apretando con fuerza las manos a la espalda para tenerlas quietas, cuando la alta sacerdotisa finalmente se dio la vuelta y nos miró a las cuatro.

—Shaylin, la respuesta que tengo para ti es la misma que tengo para Zoey, Stevie Rae y Aphrodite. —Oí a Aphrodite murmurar que no recordaba haberle hecho una maldita pregunta, pero Tánatos habló por encima de sus palabras—. Cada una de vosotras ha sido bendecida por nuestra Diosa con un don inusual, y eso es providencial para nosotros, porque necesitaremos de todos los poderes que la Luz nos pueda otorgar si vamos a luchar contra la Oscuridad.

—Te refieres a vencer a la Oscuridad, ¿no? —dijo Stevie Rae.

Sabía la respuesta de Tánatos antes de que hablara.

—La Oscuridad jamás podrá ser vencida del todo. Solo podemos luchar contra ella y dejarla al descubierto con la ayuda del amor, la Luz y la verdad.

—En el bando de los perdedores. Una vez más —dijo Aphrodite para sus adentros.

—Voy a encomendaros a cada una de vosotras una tarea para que podáis ejercitar

vuestros dones. Profetisa, te daré la primera a ti —le dijo Tánatos a Aphrodite.

Esta suspiró sonoramente.

—Nyx te ha concedido visiones que son advertencias de cosas venideras. ¿Tuviste una visión antes de la rueda de prensa de Neferet?

—No. —Aphrodite pareció sorprendida por la pregunta de Tánatos—. Hace ya una semana que no he tenido ninguna visión.

—Entonces, ¿para qué vales tú, profetisa? —Sus palabras fueron duras, frías. Tánatos sonó casi cruel.

La cara de Aphrodite se tornó muy pálida y a continuación se ruborizó.

—¿Quién eres tú para preguntarme? No eres Nyx. No tengo que rendirte cuentas. ¡Solo respondo ante ella!

—Exactamente. —La expresión de Tánatos se relajó—. Entonces responde ante ella. Escúchala. Busca sus señales. Tus visiones son cada vez más dolorosas y difíciles de soportar, ¿verdad?

Aphrodite asintió con rapidez.

—Tal vez sea porque nuestra Diosa desea que ejercites tu don de otras maneras. Así lo hiciste, brevemente, ante el Alto Consejo. ¿Lo recuerdas?

—Claro que lo recuerdo. Así es como supe que las almas de Kalona y Zoey habían abandonado sus cuerpos.

—Pero no necesitaste una visión para saberlo.

—No.

—Eso era lo que trataba de decir —dijo Tánatos. Se volvió hacia Stevie Rae—. Eres la más joven de las altas sacerdotisas que jamás he conocido, y he vivido mucho tiempo. Eres la primera alta sacerdotisa roja en la historia de nuestra gente. Tienes una fuerte afinidad con la tierra.

—Síiiii... —Stevie Rae alargó la palabra como si estuviera aguardando la pulla de Tánatos.

—Tu tarea es la de practicar tu liderazgo. Delegas en Zoey con demasiada asiduidad. Eres una alta sacerdotisa. Saca fuerzas de la tierra y empieza a comportarte como una alta sacerdotisa debería. —Tánatos no le dio a Stevie Rae la posibilidad de responder. Su mirada se posó en Shaylin—. Si tienes visión verdadera, tu don es tan bueno como tú lo seas. No lo desaproveches con petulancias y celos.

—Por eso estoy aquí —respondió rápidamente Shaylin—. Quiero aprender a usarlo bien.

—Eso, joven iniciada, es algo que tendrás que aprender por ti misma conforme vayas creciendo y madurando. Tu tarea es la de estudiar a aquellos que tienes a tu alrededor. Llévale tus conclusiones a tu alta sacerdotisa. Stevie Rae usará el poder de su elemento, así como su creciente poder de liderazgo, para guiarte.

—Pero yo no sé... —empezó a decir Stevie Rae, y Tánatos la cortó.

—Ni lo sabrás. Nada. Nada importante. A menos que aceptes la responsabilidad de ser una alta sacerdotisa. Aprende a confiar en ti misma para que los demás sientan

que pueden hacerlo también.

Stevie Rae cerró la boca y asintió como si tuviera doce años, totalmente lo contrario a una alta sacerdotisa. Pero no tuvo tiempo de decírselo porque Tánatos había posado finalmente sus ojos de torpedo en mí.

—Usa tu piedra vidente.

—¿Eh?

—Te asusta —dijo como si yo no hubiera hablado—. Lo cierto es que el mundo debería asustarte, debería asustaros a todas, ahora mismo. El miedo no es un motivo para eludir tus responsabilidades. Posees una pieza de magia antigua que responde ante ti. Úsala.

—¿Cómo? ¿Para qué? —solté.

—Una piedra vidente, un don de color verdadero, una profetisa, una alta sacerdotisa, todos esos poderes son inútiles si no empezáis a responderos vosotras mismas esas respuestas. ¿No decías que no erais crías a la gresca? Demostradlo. Podéis retiraros. —Nos dio la espalda y fue hasta el escritorio.

Mis amigas y yo tuvimos el mismo impulso al mismo tiempo. Como si fuéramos una sola persona, nos dirigimos a toda prisa a la puerta.

—Prenderé la pira de Dragon Lankford a medianoche. Estad presentes para la ceremonia. Inmediatamente después os necesitaré a vosotras y al resto de vuestro círculo en el vestíbulo del colegio. He convocado mi propia rueda de prensa.

Aquellas palabras nos golpearon como si de un muro invisible se tratara. Las cuatro frenamos en seco, nos dimos la vuelta y nos la quedamos mirando. Tragué saliva, a pesar de tener la garganta seca, y dije:

—Pero si has dicho que no podíamos hacerle frente a Neferet en una comunidad humana. Entonces, ¿sobre qué tratará la rueda de prensa?

—Vamos a continuar, si bien de buena fe, lo que Neferet empezó con el único fin de generar caos y conflicto. Abrió este colegio a empleados humanos. Vamos a anunciar en la conferencia que, aunque estemos tristes porque Neferet abandona su cargo en el colegio, de buena gana aceptaremos solicitudes de la comunidad para más puestos de trabajo en la Casa de la Noche. Sonreiremos. Seremos amables y abiertos. James Stark estará presente y lucirá encantador e imponente e inofensivo.

—¿Vas a hacer que Neferet parezca poco menos que una empleada descontenta? —dijo Aphrodite—. ¡Es brillante!

—Y normal —dije yo.

—Algo que los humanos sin duda entenderán —dijo Shaylin.

—Oíd, si queréis algo normal y más humano, tenemos que hacer una jornada de puertas abiertas para eso lo de los empleos. —Todas nos quedamos mirando a Stevie Rae.

—Continúa —dijo Tánatos—. ¿Cuál es tu idea, alta sacerdotisa?

—Bueno, en mi instituto hacían una especie de feria de empleo para los alumnos de último curso cuando se acercaba el final del año escolar. Era como una especie de



jornada de puertas abiertas, con comida y demás. Pero las empresas de Tulsa y Oklahoma, e incluso de Dallas, venían y recogían currículum y concertaban entrevistas de trabajo para los de último curso mientras los demás deambulábamos por ahí deseando estar en su pellejo. —Stevie Rae sonrió avergonzada y se encogió de hombros—. Supongo que me he acordado de ello porque perdí mi oportunidad, al ser marcada y todo eso.

—Lo cierto es que es una idea interesante. —Tánatos me sorprendió al decir aquello—. Comentaremos nuestra disposición a abrir nuestro colegio para una feria de empleo —pronunció esas palabras como si fueran en un idioma extranjero— durante la rueda de prensa de esta noche.

—Si vas a hacer una jornada de puertas abiertas de verdad, necesitaremos que haya mucha gente aquí. ¿Qué tal si invitamos a Street Cats y recaudamos fondos para su centro de adopción de gatos? Eso sería algo que contaría con la simpatía de Tulsa —añadió Stevie Rae.

—Y sería algo normal —dijo Aphrodite—. Los actos de caridad son algo habitual y normal y sacan dinero a la gente de posibles, y eso es bueno.

—Excelente —dijo Tánatos.

—Mi abuela puede ayudar a coordinarnos con Street Cats. Ella y la hermana Mary Angela, la monja al frente de la asociación, son amigas —dije.

Tánatos asintió.

—Entonces llamaré a Sylvia y le preguntaré si le apetece coordinar lo que llamaremos una tarde de puertas abiertas y feria de empleo para la comunidad de Tulsa. La presencia de tu abuela, así como la de las monjas, tendrá un efecto normalizador, tranquilizador.

—Mi madre puede preparar una tonelada de galletas con pepitas de chocolate y venir también —dijo Stevie Rae.

—Entonces invítala. Tengo fe en vosotras, al igual que Nyx. No nos decepcionéis a ninguna de las dos. Y ahora sí que os podéis retirar.

Salimos del aula de Tánatos hablando de la rueda de prensa, de la jornada de puertas abiertas y de lo bueno que era tener un plan. Fue solo después cuando caí en la cuenta de que no había dicho una sola palabra del tema Aurox/Heath...



## Shaunee

Los guerreros Hijos de Érebo procedieron con gesto serio a apilar madera para la pira funeraria de Dragon. Shaunee intentó hacer lo que pudo por ayudarlos. Podía saber si un trozo de madera ardería bien con solo tocarlo, así que les señaló todos los troncos o planchas particularmente secos y les indicó dónde colocarlos para que la pira ardiera limpia y rápidamente.

Shaunee intentó animarlos y alentarlos. Les dijo que estaban haciendo un buen trabajo y que Dragon estaría orgulloso de ellos, pero eso solo pareció tornarlos más callados, serios. Hasta Darius estaba callado. Parecía un extraño. Solo cuando Aphrodite llegó, echándose el pelo hacia atrás con su actitud alegre habitual, las cosas comenzaron a mejorar.

—Guapetón, ¿recuerdas la charla que Dragon te soltó cuando empezamos a salir? —Aphrodite le guiñó el ojo a los otros guerreros—. Me apuesto a que Stephen, Conner y Westin lo recuerdan, ¿verdad? ¿No fuisteis vosotros tres los que tuvisteis que hacer entrenamientos extra con Darius después de que Dragon descubriera que estaba «confraternizando con una iniciada»? —Aphrodite había bajado la voz y puesto un tono afectado que se asemejaba extrañamente al del maestro de esgrima.

Los guerreros sonrieron entonces.

—Durante tres días seguidos Dragon nos hizo luchar contra tu chico.

Darius resopló.

—Cuidado, Conner. No soy un chico desde hace décadas.

Conner se echó a reír.

—Creo que era con eso con lo que Dragon tenía un problema.

Aphrodite sonrió con coquetería y recorrió con la mano el fuerte bíceps de Darius.

—Estaba intentando agotarte para que no tuvieras energías para confraternizar conmigo.

—Para eso habría hecho falta un ejército de vampiros —dijo Darius.

Fue el turno de Stephen de resoplar.

—¿De veras? ¿Por eso tuvo que intervenir Anastasia?

Aphrodite arqueó las cejas.

—¿Intervenir? ¿Anastasia? Eso no me lo habías contado, guapo.

—Debe de haberseme olvidado, estaba demasiado ocupado confraternizando contigo, belleza mía.

—¡Ja! —se mofó Westin—. Es imposible que ninguno de nosotros olvidáramos

cómo Anastasia descendió sobre nuestro maestro de esgrima, con el pelo agitándosele, para recriminarle que estuviera sobrepasándose con el pobre Darius.

Shaunee se unió a las risotadas.

—¿De verdad le dijo que estaba pasándose con Darius?

Conner, que era alto y rubio y casi tan calentorro como el elemento de Shaunee, dijo:

—De veras que sí. Hasta lo llamó Bryan y le recordó que si ella no hubiera confraternizado con un iniciado un siglo atrás, su vida sería mucho menos interesante.

—Conocía a Dragon Lankford desde hacía cincuenta años —dijo Stephen—. Jamás fue superado por un guerrero, pero Anastasia podía detenerlo con solo mirarlo.

—Es bueno que estén juntos —dijo Darius.

—Sin ella se sentía perdido —dijo Westin.

—Algo que puedo entender. —Darius levantó la mano de Aphrodite y se la besó con ternura.

—¿De veras los visteis juntos?

—Sí —respondieron Darius, Aphrodite y Shaunee a la vez.

—Ahora es feliz de nuevo —dijo Shaunee.

—Ella murió primero, pero esperó por él —dijo Aphrodite. Estaba sonriendo a Darius, pero Shaunee pudo ver lágrimas en sus ojos.

—Ella murió como los guerreros —dijo Westin.

—Igual que Dragon —dijo Darius.

—Tenemos que recordarlo esta noche —dijo Shaunee—. Recordar su felicidad y su juramento y que aún tienen su amor.

—Siempre amor —dijo Darius en voz baja mientras acariciaba la mejilla de Aphrodite.

—Siempre amor —repitió ella. A continuación arqueó una ceja—. Si no estás demasiado cansado, claro.

—¡Ja! ¡Así que Anastasia tenía razón! Estábamos siendo unos abusones con el pobre Darius. —Stephen y los demás guerreros se echaron a reír y Darius balbució mientras Aphrodite se mofaba de él.

Shaunee se alejó de la creciente pira y del grupo que la rodeaba. *Fuego, da calor a esta pequeña chispa de alegría que Aphrodite ha conseguido prender dentro de ellos. Ayuda a los guerreros a recordar que Dragon y Anastasia están juntos y felices.* Sintió cómo la calidez de su elemento se agolpaba a su alrededor y rodeaba al grupo, invisible para la vista humana y casi imperceptible para nadie que no tuviera una afinidad por el fuego. Pero ayudó. Ella había ayudado. Shaunee lo creía de veras.

Sintiéndose un poco mejor, echó a andar. Sabía que tenía que ir a los establos, pero eso no significaba que estuviera deseosa de contemplar la destrucción que su elemento había causado. *No estaba valiéndome de él*, se recordó. Aun así, deambuló un rato, dando un buen rodeo, y se dirigió al patio que tenía una bonita fuente. Desde

allí echó a andar hacia la parte posterior, junto al aparcamiento, que daba más directamente al campo de deportes que a los establos.

Shaunee oyó el ruido del agua antes que la voz de Erin.

No había tenido intención de acercarse acechante. Solo se había adentrado con sigilo en la oscuridad del patio porque no quería tener una escena con Erin, no porque estuviera espiándola.

Entonces oyó la otra voz. Shaunee no la reconoció al principio. No estaba hablando lo suficientemente alto. Solo reconoció la risita tonta que Erin ponía cuando estaba tonteando. Shaunee estaba intentando decidir si curiosidad era lo mismo que entrometimiento cuando la voz del chico sonó con más fuerza, y supo entonces que Erin estaba dirigiendo aquella risita coqueta a Dallas.

Se acercó más mientras se le revolvía el estómago.

—Sí, eso es lo que te estoy diciendo. No puedo sacarte de mi cabeza, nena. ¿Sabes lo que hacen la electricidad y el agua cuando se juntan?

Shaunee se quedó completamente inmóvil, aguardando a que Erin le dijera que era un gilipollas y que se fuera con la asquerosa de su novia Nicole. Sin embargo, el estómago le dio un vuelco cuando oyó cómo Erin flirteaba con él:

—Rayos. Eso es lo que la electricidad y el agua hacen. Suenan caliente.

—Eso es porque lo es. Eres caliente. Eres como una sauna, o un baño turco, en el que me encantaría meterme.

Shaunee tuvo que apretar con fuerza los labios para no soltar un «iuggggh» y llamarle ella misma gilipollas a Dallas. Erin lo haría. Era imposible que quisiera tener algo con Dallas. Era un imbécil integral. ¡Odiaba a Stevie Rae y a Zoey! ¡Stevie Rae había dicho que había intentado matarla! Erin simplemente le estaba tendiendo una trampa para luego poder darle una buena y ponerlo en su sitio.

Shaunee esperó. Nada. No oyó nada. Caminó sigilosamente para acercarse un poco más. Erin probablemente ya se hubiera marchado. Seguramente habría puesto los ojos en blanco y se habría marchado sin molestarse siquiera en decirle a Dallas que se perdiera.

Shaunee estaba equivocada. Muy equivocada.

Erin se había apoyado contra la fuente. El agua caía sobre ella. Sobre su pelo, su ropa, su cuerpo. Dallas estaba mirándola como si estuviera muerto de hambre y ella fuera un chuletón. Erin levantó los brazos y los pechos se le pegaron a la camiseta empapada, que era blanca y, ahora que estaba mojada, totalmente transparente.

—¿Qué tal lo haría en un concurso de camisetas mojadas? —dijo con una voz sexi.

Se contoneó un poco y los pechos le botaron.

—Ganarías. Eres lo más sexi que he visto nunca.

—Puedo enseñarte algo más sexi aún —dijo Erin. Con un único movimiento se quitó la camiseta empapada y luego se soltó el sujetador.

Dallas respiraba tan fuerte que hasta Shaunee podía oírlo. Se relamió los labios.

—Tienes razón. Es mucho más sexi.

—¿Y qué te parece esto? —Erin se metió los pulgares en la cinturilla de su escueta falda escocesa y se la quitó. Sonrió a Dallas mientras este contemplaba el diminuto tanga que aún llevaba puesto.

—¿Qué te parece si te quitas el resto? —En esos momentos tenía la voz más grave y se había acercado a ella.

—Me parece bien. Me gusta no llevar nada salvo el agua. —Erin se quitó el tanga. En esos momentos lo único que llevaba eran sus botines de Christian Louboutin. Se pasó las manos por todo su cuerpo—. ¿Quieres mojarte conmigo?

—Mojarme no es lo único que quiero hacer contigo —dijo—. Nena, voy a descubrirte un mundo completamente nuevo.

—Estoy más que lista —dijo ella con voz sedosa mientras seguía tocándose—. Estoy harta del aburrido mundo en el que he estado viviendo.

—Rayos, nena. Provoquemos unos cuantos rayos y algunos cambios.

—¡Adelante! —dijo Erin.

Dallas cubrió la distancia entre ellos. Estaban tan pegados y absortos el uno en el otro que Shaunee no tuvo que preocuparse de que pudieran oírla cuando se marchó a toda prisa con náuseas y lágrimas en los ojos.

## Zoey

—Chicos, si no os importa, voy a ir a la mediateca. Damien cree que quizá allí encuentre algunos libros antiguos sobre visión verdadera si busco lo suficiente. Probablemente a él se le dé mejor que a mí, pero soy cabezota —dijo Shaylin—. Si hay algo que encontrar, finalmente lo hallaré.

—No hay problema —dije yo, y Stevie Rae se encogió de hombros y dijo:

—Me parece bien.

Se dispuso a marcharse, pero entonces se detuvo.

—Oye, gracias por dejarme ir con vosotras a hablar con Tánatos. Y gracias por oír lo que tenía que decir allí. Y, bueno, perdón de nuevo por lo que pasó antes con Aphrodite.

—No soy la persona a la que tienes que pedir perdón —dije yo.

—Sí, bueno. Creo que eres la única que me escucharía —dijo Shaylin mientras miraba en la dirección en que Aphrodite se había marchado.

—Aphrodite te escuchará, pero no mucho —dijo Stevie Rae—. Lo hiciste muy bien allí, Shaylin. Me gusta lo que dices sobre los colores de la gente. Creo que deberías centrarte en seguir tu instinto sobre lo que ves.

—Eh... —dijo Kramisha mientras corría hacia nosotros—. Creo que tu instinto puede meterte en un montón de problemas.

Estaba pensando, *eufemismo del año*, cuando Stevie Rae le preguntó:

—¿Qué ocurre, Kramisha?

—Son los iniciados rojos de Dallas. Están haciendo como que quieren ayudar a arreglar el establo.

Stevie Rae frunció el ceño. Yo me mordí el labio y Kramisha se cruzó de brazos y empezó a dar golpecitos en el suelo con el pie.

—¿Es malo que ayuden? —preguntó Shaylin en esa incómoda pausa.

—El grupo de Dallas ha sido, bueno... —vacilé, intentando construir una frase que no implicara el uso de palabras que estaba intentando (con todas mis fuerzas) evitar.

Kramisha me lo ahorró.

—Son unos cretinos.

—Tal vez estén intentando cambiar —dijo Shaylin.

—Unos cabrones retorcidos —añadió Kramisha.

—No nos fiamos de ellos —le expliqué.

—Y tenemos montones de motivos para no hacerlo —dijo Stevie Rae—. Pero tengo una idea. Tánatos dijo que tenía que practicar mi liderazgo y Shaylin tiene que practicar su visión verdadera. Así que hagamos ambas cosas. —Stevie Rae estiró bien la espalda y su voz pasó de dulce y aniñada a la de una mujer que sonaba mucho mayor y más segura de sí misma—. Shaylin, puedes ir después a la mediateca. Ahora mismo quiero que vengas conmigo a los establos. Quiero que mires los colores de los iniciados rojos y me digas cuáles son los más peligrosos.

—Sí, señora —dijo ella.

—Esto... no tienes que llamarme señora —se apresuró a decir Stevie Rae, de nuevo con su voz de siempre—. Con que me dejes mangonearte ya es más que suficiente.

—No eres tan mandona —dijo Kramisha.

—Bueno, lo estoy intentando. —Stevie Rae suspiró y a continuación me miró.

Le sonreí.

—Puedes mandarme cuando quieras.

Me miró espantada.

—Si alguna vez lo hago, te dejo que me llames salchicha y que me obligues a abofetearme con pan de perrito untado en mostaza.

Me reí.

—Vale, entonces. Si no te importa, voy a tomarme algo de tiempo para estar conmigo misma. Necesito pensar en lo que ocurrió con mi piedra vidente. Nos veremos en nada en los establos. Si ves a Stark, dile que estoy bien y que en un momento voy para allá.

—Vale —dijo Stevie Rae.

Observé cómo se marchaban. Pude oír cómo Kramisha le preguntaba a Shaylin por su color. Antes de que esta pudiera responder, Kramisha ya le estaba diciendo que de ninguna manera su color podría ser cualquier tonalidad del naranja porque a ella

no le gustaba nada el naranja. Shaylin la miraba confundida pero interesada. Stevie Rae tenía gesto pensativo y resuelto, como si estuviera intentando reflejar en la superficie el liderazgo que estaba practicando en su interior.

¿Y yo? Supongo que si me pusieran un espejo delante, tendría cara de cansancio y confusión, el rímel corrido y el pelo encrespado.

Quería ir con mis amigas y echar una mano con el establo. Quería encontrar a Stark y que este me tomara de la mano y que se metiera conmigo por estar siempre tan preocupada y por buscar síntomas de enfermedades en Internet. Fundamentalmente quería olvidarme de la estúpida piedra vidente que colgaba de mi cuello y centrarme en algo que tuviera más sentido, como los odiosos iniciados rojos y los deberes. Pero sabía que Tánatos tenía razón. Necesitaríamos de todos nuestros dones para tener al menos la posibilidad de mantener a la Oscuridad a raya. Así que, en vez de ir tras mis amigas, tomé un camino diferente. Despejé mi cabeza todo lo que pude y dejé que mis instintos me guiaran. Cuando resultó obvio que eran mis pies los que me estaban llevando, susurré:

—Espíritu, por favor, ven a mí. Ayúdame a no tener miedo.

El elemento con el que me sentía más cómoda aplacó mis miedos, así que para cuando estuve delante del roble partido, fue como si mis emociones estuvieran envueltas en una manta cálida y suave.

Necesitaba esa manta de confort. Aquel lugar me asustaba. La profesora Nolan había sido asesinada allí. Stevie Rae casi había muerto allí. Kalona había salido de ese suelo. Jack, el pobre y dulce Jack, había muerto allí.

Mi instinto me había llevado allí. Peor todavía, la piedra vidente había empezado a irradiar calor.

*Sí, pensé, como Kramisha bien ha dicho, seguir tu instinto puede ocasionarte muchos problemas.* Suspiré y admití la verdad que mi instinto había seguido: si la magia antigua estaba presente en la Casa de la Noche, ese era un lugar excelente para ocultarse. Sgiach me había dicho que la magia antigua era poderosa. También era impredecible y peligrosa. Recordé que me había explicado que cómo se manifestaba tenía mucho que ver con la sacerdotisa que la hubiera invocado.

Entonces, ¿qué significaba eso para mí? ¿En qué tipo de sacerdotisa me había convertido?

Suspiré. *En una sacerdotisa de pacotilla confundida y que no dormía lo suficiente.*

*En una con potencial,* ese pensamiento me cruzó por la mente.

*En una que no sabe lo suficiente,* contraataqué mentalmente.

*Una que necesita creer en sí misma,* me susurró el viento.

*Una que necesita dejar de cagarla,* mi mente insistió.

*Una que necesita creer en su Diosa.*

Y eso puso fin a mi batalla mental.

—Creo en ti, Nyx. Siempre lo haré. —Me saqué con decisión la piedra vidente de

debajo de la camiseta, respiré profundamente, la levanté y miré a la pequeña oquedad, cual agujero de un flotador, del maltrecho roble.

Durante un segundo nada ocurrió. Entrecerré los ojos y el árbol siguió siendo un árbol viejo y maltrecho. Empecé a relajarme y, como era de esperar, fue entonces cuando ocurrió todo.

Del centro del tronco partido emergió un terrible y espantoso vórtice en espiral de sombras. En el interior del remolino pude ver a criaturas horribles con cuerpos retorcidos y su piel llena de manchas, como si estuvieran pudriéndose a causa de una terrible enfermedad. Sus ojos eran cuencas cavernosas. Tenían la boca cosida. Podía olerlos. Hedían a una mezcla de animal atropellado y baño atascado. Me entraron arcadas y debí de hacer ruido, porque todos volvieron sus rostros invidentes en grupo hacia mí. Sus largos y esqueléticos dedos se extendieron en mi dirección.

—¡No! ¡Parad! —El consuelo de mi espíritu se había hecho añicos. Estaba paralizada por el miedo. Y luego entonces, del mismo centro del vórtice, la luz de una hermosa luna llena destelló, abrasando a las terribles criaturas y haciendo que me cayera de culo. Solté la piedra vidente, cercenando mi vínculo con la magia antigua. Mientras parpadeaba y boqueaba, el árbol volvió a ser el árbol de nuevo. Viejo y espeluznante, pero normal y partido en dos.

Sin importarme las órdenes de Tánatos o de la Muerte, eché a correr como alma que lleva el diablo.

—No estoy loca, es mi vida la que es una locura... —Entre resuellos pronuncié una y otra vez esas palabras, cual mantra, intentando encontrar mi normalidad, mi centro, o aunque fuera una pequeña dosis de calma, pero mi corazón latía con tal fuerza que podía oírlo en mis oídos y tenía la sensación de que me costaba respirar. *Un infarto*, pensé. *Estos niveles de locura son demasiado para mí y estoy sufriendo un infarto.*

Acababa de ser consciente de que el motivo por el que tal vez no pudiera recobrar el aliento y mi corazón latiera desbocado era porque seguía corriendo cuando unas manos conocidas y fuertes me agarraron, obligándome a frenar en seco. Me derrumbé sobre Stark como una niña pequeña. Temblaba con tanta fuerza que me rechinaban los dientes.

—¡Zoey! ¿Estás herida? ¿Quién te persigue? —Stark siguió abrazándome mientras se daba la vuelta para escudriñar la oscuridad a mis espaldas. Yo lo había rodeado con mis brazos y noté que llevaba colgado el arco y la aljaba. Irradiaba rapidez, disposición. A pesar de mi ataque de pánico, su presencia me tranquilizó. Tomé aire a bocanadas mientras negaba con la cabeza.

—No, estoy bien, estoy bien.

Estiró los brazos para apartarme un poco y poder mirarme de arriba abajo en busca de heridas.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué estás asustada y corriendo como una tarada?



Fruncí el ceño.

—No soy una tarada.

—Bueno, estabas corriendo como una. Y aquí dentro —presionó con un dedo mi pecho, a la altura de mi corazón en ciernes de tranquilizarse— estás completamente exhausta.

—Magia antigua.

Abrió los ojos de par en par.

—¿El toro?

—No, no, nada de eso. Miré al árbol a través de la piedra vidente. Ya sabes, el árbol, el que está junto al muro este.

—¿Por qué demonios has hecho eso?

—Porque Tánatos me dijo que tenía que practicar con esa estúpida piedra vidente en caso de que pudiera usarse contra Neferet.

—¿Viste algo que fue tras de ti?

—Bueno, no. Sí. Algo así. Vi unas cosas espeluznantes dentro de algo que parecía un tornado emergiendo del centro del árbol. Stark, era lo más repugnante que he visto nunca. Y olían fatal. Muy, muy mal. De hecho, casi vomito. Me entraron arcadas, y fue entonces cuando se percataron de mi presencia pero, antes de que pudieran hacer nada, una luz brillante los detuvo. —Paré de hablar, intentando razonar a pesar de mi pánico—. Lo cierto es que la luz se parecía a esa que posee Sookie. ¿Crees que puedo ser un hada?

—No, Z. Céntrate. *True Blood* es ficción. Esto es el mundo real. ¿Qué ocurrió tras la luz?

—No lo sé. Eché a correr. —Miré a nuestro alrededor y me percaté de que había corrido a lo largo del interior del muro y que estaba casi en los establos—. He corrido bastante.

—¿Y?

—Y nada. Salvo que tú me agarraste. Pensaba que me estaba dando un infarto.

—Entonces estabas asustada, ¿no es así?

Lo miré con el ceño fruncido una vez más. Su voz era amable y dulce, pero su cuerpo estaba tenso, como si estuviera intentando decidir entre zarandearme o besarme.

—Bueno —dije lentamente—. Sí, pero con motivos.

Me dio un enorme abrazo de oso. Sentí cómo su cuerpo se relajaba. Soltó la respiración y esta acabó en una carcajada.

—Me has dado un susto de muerte, Z.

—Lo siento —murmuré contra su pecho, rodeándolo con mis brazos otra vez y devolviéndole el abrazo—. Gracias por encontrarme y por estar totalmente dispuesto a salvarme.

—No tienes que sentirlo. Soy tu guerrero, tu guardián. Es mi trabajo salvarte. Aunque, por lo general, tú te las apañas bastante bien.

Me eché hacia atrás para poder mirarlo a los ojos.

—¿Soy un trabajo?

Esbozó su amago de sonrisa petulante.

—A jornada completa. Total. Sin prestaciones ni días libres.

—¿En serio?

—Vale, no. —Sonrió entonces de oreja a oreja—. Recuerdo que me tomé unos días de baja cuando una flecha me quemó y unos cuantos más cuando un tarado escocés me troceó. Así que retiro lo último. Sí tengo prestaciones. Pero son una mierda.

—¡Entonces estás despedido! —Le habría pegado, pero no quería apartar mis brazos de sus hombros.

—No puedes despedirme. Firmé un contrato de por vida. —La sonrisa de Stark se borró de sus labios, pero permaneció en sus ojos—. Eres mi sacerdotisa, mi reina, *mo bann ri*. Jamás te dejaré. Siempre te protegeré. Te quiero, Zoey Redbird. —Se agachó y me besó con tanta ternura que sentí cómo la verdad de su alegato penetraba en lo más profundo de mi alma.

Cuando sus labios finalmente abandonaron los míos, lo miré.

—Yo también te quiero —le dije—. Y sabes que no tienes que tener celos de alguien que ha muerto, ¿vale?

Me acarició la mejilla.

—Vale. Siento lo de anoche.

—No pasa nada. Y, mmm, hablando de eso, hay algo que tienes que saber.

—¿El qué?

Respiré profundamente y se lo solté:

—Anoche, cuando el ritual llegaba a su fin, miré a través de la piedra vidente a Aurox y vi a Heath. Por eso no dejé que Darius y tú le hicierais daño.

Sentí cómo el nivel de tensión en el cuerpo de Stark se disparaba al de «¡Peligro! ¡Alerta roja!».

—¿Por eso estabas llamando a Heath en sueños anoche? —Sonó más dolido que cabreado.

—No. Sí. ¡No lo sé! Te dije la verdad. No recuerdo qué estaba soñando, pero tiene sentido que Heath estuviera en mi cabeza después de verlo cuando miré a Aurox.

—Ese toro no es Heath. ¿Cómo puedes pensarlo siquiera?

—No es lo que yo piense. Es lo que vi.

—Zoey, mira, tiene que haber una explicación para lo que viste. —Dio un paso atrás. Mis brazos se resbalaron de sus hombros.

—Por eso Tánatos quiere que practique mirando a través de la piedra vidente, para que descubra cómo funciona. —Sentí frío y soledad sin sus brazos rodeándome—. Stark, lo siento. No quería ver a Heath en Aurox. No quiero ver o decir o hacer nada que te pueda hacer daño. Jamás. —Estaba pestañeando todo el rato para evitar

que me cayeran las lágrimas.

Stark se pasó las manos por el pelo.

—Z, por favor, no llores.

—No estoy llorando —dije y luego hipé un pequeño sollozo y me limpié una lágrima que había conseguido escaparse de mi ojo.

Stark se metió la mano en el bolsillo de los vaqueros y sacó un pañuelo arrugado. Se acercó de nuevo a mí y me limpió la segunda lágrima que había seguido a la primera fugitiva. A continuación, me besó dulcemente, me pasó el pañuelo y volvió a tomarme entre sus brazos.

—No te preocupes, Z. Heath y yo hicimos las paces en el Otro Mundo. Me alegraría verlo de nuevo.

—¿De veras? —Tuve que separarme un poco de sus brazos para sonarme la nariz.

—Bueno, sí. Me alegraría verlo de nuevo, pero no tanto de que tú lo volvieras a ver. —Su honestidad nos hizo sonreír a ambos—. Y sé que no me harías daño a propósito. Pero Z, ese toro no es Heath.

—Stark, supe que Aurox guardaba relación con la magia antigua desde la primera vez que lo vi. Me hizo sentir superextraña. —No quería contárselo, pero como mínimo se merecía que fuera honesta con él.

—Normal que te hiciera sentir extraña. ¡Es una criatura de la Oscuridad! Y sí, es magia antigua. Fue creado por el peor tipo de esa mierda cuando Neferet mató a tu madre como sacrificio. Me preocuparía por ti si no te hiciera sentir de esa manera.

Solté todo el aire que había estado conteniendo.

—Bueno, supongo que eso tiene sentido.

—Sí, y estoy seguro de que si trabajamos en ello juntos, podremos averiguar por qué esa piedra te mostró a Heath anoche. —Mientras yo me limitaba a morderme el labio, él siguió hablando, como si estuviera razonando en voz alta—. Piensa en ello, Z. ¿Qué es todo lo que has visto a través de ella?

—Bueno, en Skye vi a todos esos espíritus antiguos: los elementales.

—¿Eran como lo que has visto hoy?

Me estremecí.

—No, para nada. Los elementales eran fantasmales, misteriosos, extraños, pero en el buen sentido. Lo que he visto hoy era grotesco y aterrador.

—Vale, salvo por lo que has visto en el árbol ahora y lo que viste anoche en el ritual, ¿te ha mostrado la piedra vidente algo más desde que regresaste de Italia?

Lo miré.

—Sí. A ti.



## Zoey

—¿A mí? Z, lo que dices no tiene ningún sentido —dijo Stark.

—Lo sé, lo sé. Lo siento. Es solo que me sentía un poco como si lo hubiera hecho a tus espaldas, porque miré a través de ella cuando estabas durmiendo, y únicamente lo hice porque era aquella época en la que tenías problemas para dormir y fue casi un accidente, así que no te dije nada, y ahora parece como si me lo hubiera inventado —concluí atropelladamente.

—Zoey, puedo escuchar a través de tus emociones. Eso es más aterrador que el que me observes a través de una piedra mientras duermo. Además, tienes razón. En esa época dormía fatal. No te culpo por mirarme con la piedra. Cuéntame qué viste.

—Vi una sombra sobre ti. Recuerdo que pensé que parecía un guerrero fantasmagórico. Abriste la mano y apareció la Espada del Guardián. Entonces el tipo ese de la sombra-espectro la agarró y se convirtió en una lanza. Creo que estaba llena de sangre. Me asusté, así que invoqué al espíritu y fue tras él. Te despertaste y entonces hicimos... —Me sonrojé—. Hicimos el amor y me olvidé de ello.

—Z, me gusta pensar que soy bueno en la cama y todo eso, pero aun así ¿cómo demonios se te pudo olvidar haber visto a un fantasma con una lanza cerniéndose sobre mí?

—En serio, Stark. Después de toda aquella «mierda de toro», tal como lo denominó Stevie Rae, que se desencadenó en la Casa de la Noche, no tenía tiempo para algo así. —Me crucé de brazos y lo miré—. Espera, no me olvidé por completo de ello. Le hablé a Lenobia del tipo de las sombras.

—Genial. Así que una profesora lo sabe, pero yo no.

—Ahora ya lo sabes.

—Bueno, ¿y qué te dijo Lenobia?

—Básicamente me dijo que mantuviera los ojos bien abiertos aquí, en el mundo real, en vez de mirar por esa piedra, que es lo que he estado haciendo, hasta anoche, cuando vi a Heath —le dije.

—Mírame otra vez a través de ella.

—¿Ahora?

—Ahora.

—Vale. —Levanté la piedra vidente, respiré profundamente y miré a Stark a través de la piedra.

—¿Y bien? ¿Cómo me ves?

—Gruñón.

—¿Y?

—Molesto.

—¿Nada más?

—Tal vez se te vea guapo. Pero solo tal vez. —Me metí de nuevo la piedra debajo de la camiseta—. Tal y como eres. No creo haber visto nada. La piedra no estaba caliente.

—¿Se calienta?

—Sí. A veces. —Me mordí el labio y reflexioné sobre aquello—. Por eso te miré a través de ella la primera vez. Se calentó.

—¿Estaba caliente cuando miraste con ella a Aurox? —preguntó Stark.

—No, pero sabía que tenía que mirar a través de ella. Fue como si me viera obligada a hacerlo —dije—. Y se había calentado antes, cuando Aurox andaba por allí.

—Putada magia antigua. Es como un grano en el culo —dijo—. Cabría esperar que al menos hubiera un manual o similar con normas y reglas para esta en alguna parte, pero no.

—Debería llamar a Sgiach. Fue ella quien me dio la piedra. Lidia con la magia antigua. Tal vez pueda darme algunas directrices.

Stark resopló.

—¿No le pediste ya eso en Skye?

—Sí —dije.

—Si no recuerdo mal, no te doy ninguna respuesta concreta.

—Recuerdas bien. Me dijo que pensaba que la única magia antigua que quedaba en la tierra se hallaba en Skye.

—Estaba equivocada —dijo Stark.

—Sí, desde luego.

—¿Sabes qué es lo que pienso?

Stark se acercó más a mí y me rodeó con su brazo. Apoyé la cabeza contra su hombro y deslicé mi brazo alrededor de su cintura y dije:

—¿Que vivo en el país de los locos?

Sonrió y me besó en la frente.

—No, no en el país de los locos. En el mundo de los locos. Qué demonios, Z, en el universo de los locos. Pero a mí me gusta tener un poco de locura cerca.

—Ahora has sonado como Stevie Rae. —Nos sonreímos, relajándonos gracias a la que siempre había sido la base de nuestra relación: nuestro compromiso, nuestra confianza en el otro—. Entonces, ¿qué era lo que ibas a decir? ¿Qué piensas?

—Que estoy harto de decidir qué voy a hacer por lo que diga otra gente. Especialmente adultos que nos hacen partícipes de misterios o que nos sueltan en mitad de una tormenta sin darnos ninguna ayuda real —dijo.

—Sí, te entiendo. Yo me he estado sintiendo así desde que Neferet perdió la cabeza y yo era la única que lo sabía.

—Vale, de acuerdo. Entonces solucionemos esto de la magia antigua nosotros solos, Z. Tienes una afinidad con los cinco elementos. Nadie puede siquiera recordar cuándo se dio eso por última vez. Eres una iniciada diferente, una alta sacerdotisa diferente. Eres una joven reina guerrera, y yo soy tu guardián. Juntos no hay nada a lo que no nos podamos enfrentar. —Su sonrisa petulante regresó—. Nos enfrentamos al Otro Mundo y vencimos.

—Sí, salvo por la parte esa de que moriste y tal —le recordé.

—Ese es un detalle sin importancia. Salió bien.

Lo abracé y me pegué fuertemente contra él.

—Salió mejor que bien. —Me besó y yo saqué fuerzas de su sabor, su roce y su amor. Tal vez Stark estuviera en lo cierto. Tal vez no hubiera nada a lo que no nos pudiéramos enfrentar juntos. Suspiré feliz y me acurruqué contra él.

—Vayamos a los establos. —Stark señaló con la barbilla al edificio alargado que no estaba muy lejos de donde nos hallábamos.

—Supongo que deberíamos ir. Seguro que Erin está allí. Hasta desde aquí puedo ver que está pasado por agua.

—Lo cierto es que hace un buen rato que no veo a Erin. —Stark se encogió de hombros—. Tal vez sea porque los establos están mejor de lo que pensamos. La mayor parte de los daños fueron por el humo. Lo único que se quemó fue un montón de heno y un compartimiento.

—Perséfone está bien, ¿verdad? —Entrelacé los dedos con los suyos y echamos a andar lentamente hacia los establos, dejando que nuestros brazos y caderas se rozaran entre sí.

—Está bien. Todos los caballos están bien. Bueno, salvo Bonnie. Está muy nerviosa. Lenobia la ha puesto con Mujaji para tranquilizarla. Al parecer las dos se llevan bien. Lo que me recuerda que un grupo de iniciados han dicho que vieron a Lenobia besar a Travis antes de que se lo llevaran en la ambulancia —dijo Stark.

Abrí los ojos de par en par.

—¿En serio? ¡No puedo esperar a contárselo a Aphrodite y a Stevie Rae!

Stark rio entre dientes.

—Stevie Rae ya lo sabe, por Kramisha, que es quien se lo está contando a todo el mundo. —Me dio un golpecito en el hombro con el suyo—. Todo ese tiempo que has pasado en el árbol ha hecho que te pierdas un montón de cotilleos.

Alcé la vista y lo miré, confundida.

—¿Todo ese tiempo? Si solo he estado un minuto.

Stark paró de andar.

—¿Qué hora crees que es?

Me encogí de hombros.

—No lo sé. Tendría que mirar el móvil, pero fuimos al aula de Tánatos a las siete y media. Probablemente estuviéramos allí media hora o menos, así que no puede ser más tarde de las ocho y media.

—Zoey, son las once y media. Solo nos queda tiempo para reunirnos con los demás en los establos e ir a la pira funeraria de Dragon.

Me quedé helada.

—Stark, ¡he perdido más de tres horas!

—Sí, lo has hecho, y no me gusta. Dame tu palabra de que no mirarás a través de esa maldita piedra a menos que esté yo contigo.

Estaba lo suficientemente asustada como para no discutir con él.

—Claro. Te doy mi palabra. No voy a volver a mirar por esa piedra a menos que estés conmigo.

Sus hombros se relajaron y me dio un beso rápido.

—Gracias, Z. Algo que puede robarte tu tiempo no es bueno. —Puso especial énfasis en las últimas tres palabras—. Sé que Sgiach dijo que la magia antigua puede ser buena o mala, pero me da igual cuál de las dos sea si te quita cosas sin preguntar.

—Lo sé. Lo sé. —Echamos a andar de nuevo, y yo seguía apretándole con fuerza la mano—. No me extraña que me sintiera como si fuese a darme un infarto. Había estado allí atrapada durante horas, mirando a esas cosas repugnantes y malolientes. —Me estremecí.

—Tranquila, no pasa nada. Vamos a averiguar lo de esa mierda de magia antigua. No voy a dejar que nada te ocurra.

Stark me apretó la mano y yo hice lo mismo con la suya. Quería creerlo. Creía en él; en su fuerza, en su amor. Era el otro lado lo que me preocupaba. El lado desconocido en el que la Oscuridad se hallaba. Seguía acercándose sigilosamente y acabando con la gente a la que quería.

Estaba pensando en que no quería perder a nadie más cuando la estúpida piedra vidente empezó a calentarse. Paré de andar y tiré de Stark para que hiciera lo mismo. Pegué mi mano en el punto de mi pecho en el que notaba el calor.

—¿Qué? —preguntó Stark.

—Se está calentando.

—¿Por qué?

—Stark, no tengo ni idea. Se supone que tú me ibas a ayudar a averiguarlo, ¿recuerdas?

—Vale, de acuerdo. Sí. Podemos hacerlo. —Empezó a mirar a su alrededor—. Averigüémoslo.

—¿Cómo?

—Bueno, estoy pensando —dijo.

Suspiré y yo también intenté pensar. Nos detuvimos debajo de uno de los enormes árboles que hay fuera del perímetro del lado este de los establos. Alcé la vista al momento, preocupada por posibles seres acechantes sin ojos y con las bocas cosidas. Pero no había nada encima de nosotros. En realidad, a nuestro alrededor solo había tranquilidad. En lo único que podía pensar era en que no había nada que pensar. Las voces nos llegaban desde los establos y pude oír el ruido de maquinaria en

funcionamiento, como si estuvieran usando tractores y demás para sacar los restos. Oí el sonido de otro motor, este proveniente de algún punto tras nosotros y acercándose.

—Es extraño —dijo Stark mientras miraba hacia atrás—. Los taxis no vienen aquí.

Seguí su mirada y vi el coche color burdeos lleno de abolladuras con las letras negras «Taxi» en un lateral. Stark tenía razón. Era muy extraño ver un taxi en la Casa de la Noche. Qué demonios, Tulsa no era exactamente conocida por su increíble servicio de taxis. Me encogí de hombros mentalmente; el tranvía del centro era mucho más molón.

Entonces Lenobia salió del acceso lateral de los establos y prácticamente corrió hacia el coche. Abrió la puerta trasera y se agachó para ayudar a salir al alto vaquero, que estaba cubierto de vendajes. El taxi se marchó. Travis y Lenobia siguieron allí, mirándose el uno al otro.

Mi piedra vidente quemaba como si me fuera a hacer un agujero en la camiseta. La saqué y la separé de mi piel. No dije nada, sin embargo. Stark y yo estábamos demasiado ocupados mirando a Travis y a Lenobia. No estaban muy cerca de nosotros, pero aun así nos sentíamos como si estuviéramos invadiendo su privacidad por mirarlos, incluso desde allí.

Entonces caí en la cuenta. Le di un golpe a Stark en el brazo y, en voz baja, le dije:

—La piedra se ha puesto supercaliente en cuanto Travis ha bajado del coche.

Stark desvió la mirada de Lenobia y Travis a la piedra y luego a mí. Me puso con firmeza la mano en el hombro y dijo:

—Hazlo. Mira a través de la piedra a Travis. Te tengo. No voy a dejar que nada te ocurra. Si algo intenta succionarte tu tiempo, lo detendré.

Asentí y, como si me estuviera quitando una tirita de golpe, levanté la piedra vidente y encuadré dentro de su círculo a Travis y a Lenobia.

Empezó igual que lo que ocurrió junto al árbol, al principio mi visión de ellos dos siguió exactamente igual. Observé cómo las manos de Lenobia revoloteaban nerviosas alrededor de las manos vendadas de Travis. Eran como enormes gatitos blancos, y pude ver que las vendas le llegaban hasta el antebrazo. Desde donde estábamos, su rostro parecía anormalmente rojo y brillante, como si se hubiera quemado por una exposición excesiva al sol y le hubieran puesto toneladas de aloe vera. Pero no parecía sentir dolor. Estaba sonriendo. Mucho. A Lenobia. Estaba a punto de soltar la piedra vidente y decirle a Stark que, efectivamente, estaba en el país de los locos, cuando Travis bajó la cabeza y besó a Lenobia.

Entonces todo cambió. Se produjo un resplandor que me hizo parpadear y, cuando recuperé la visión, Travis ya no estaba allí. En su lugar había un joven negro muy atractivo. Tenía el pelo largo recogido en una coleta baja y unas espaldas tan anchas que podría ser jugador de rugby. Estaba besando a Lenobia como si fuese el último beso en el mundo. Y ella también lo estaba besando. Pero era una Lenobia distinta.



Parecía joven, como si solo tuviera unos dieciséis años. Y lo abrazaba como si jamás lo fuera a soltar. A su alrededor el aire se agitó y titiló, como si yo los estuviera observando desde una olla en ebullición. Solo que en vez de vapor, juro que lo que vi fueron espíritus de felicidad de color azul turquesa revoloteando a su alrededor. Esa felicidad creció en mi interior y empecé a burbujear, como si la olla fuera mi cabeza y el agua mis emociones. El suelo cayó bajo mis pies. Estaba flotando en alegría, amor y burbujas azules.

Entonces me mareé y se me revolvió el estómago.

—¡Zoey! ¡Para! Es suficiente. ¡Para! ¡Déjalo ya!

Caí entonces en la cuenta de que Stark me estaba gritando y tirando de la piedra vidente. Sentí de nuevo la tierra bajo mis pies. Las burbujas azules se evaporaron y la alegría también, dejándome con náuseas, agotada y supertemplorosa. Solté la piedra vidente justo a tiempo para agacharme y vomitar junto al árbol.

—Estás bien. Estás bien, tranquila. Te tengo, Z. Todo está bien. —Stark estaba sujetándome el pelo hacia atrás mientras yo echaba hasta la bilis.

—¿Stark? ¿Zoey? —Lenobia estaba acercándose hacia nosotros sin resuello y preocupada. Pude oír que Travis, tras ella, le preguntaba si pasaba algo. No pude responder, sin embargo. Estaba demasiado ocupada vomitando.

—¡Zoey! ¡Oh, Diosa, no! —La preocupación de Lenobia se disparó cuando vio lo que estaba haciendo.

—No está rechazando el cambio. Está bien. —Stark la tranquilizó y, mientras, yo tomé otro pañuelo que me ofreció y me limpié la boca.

Finalmente terminé de vomitar y me apoyé contra el árbol, avergonzaba y asqueada. Odiaba vomitar.

—Entonces, ¿qué te ocurre? ¿Por qué estás vomitando?

Con Stark agarrándome de un lado y Lenobia del otro, me llevaron hasta un banco de hierro forjado que no estaba muy lejos del árbol (pero lo suficiente como para no oler mis vómitos. Iugggh).

—¿Voy a buscar a alguien? —preguntó Travis.

—No —dije yo rápidamente—. Estoy bien. Ahora que estoy sentada, me encuentro mejor. —Miré a Stark para que me dijera qué hacer. Este asintió.

—Cuéntale lo que has visto, sea lo que sea. Confiamos en ella.

Lo miré, y luego a Lenobia.

—¿Y tú confías en Travis?

No vaciló.

—Con mi vida.

El vaquero grandullón sonrió y se acercó a ella. Sus hombros se tocaron.

—Vale, lo que ha pasado es que mi piedra vidente empezó a calentarse. Cuando Travis salió del coche se puso muy caliente. Stark estaba aquí, así que decidimos mirar a través de ella a... bueno... a vosotros, para ver si eso me ayudaba a entender lo que me muestra. Así que os miré a través de ella.

—¿Piedra vidente? —preguntó Travis. No parecía asustado ni mucho menos. Tan solo curioso.

—Es un amuleto de magia antigua que una anciana reina vampira le dio a Zoey —le explicó Lenobia—. ¿Qué fue lo que viste?

—Bueno, nada, hasta que os besasteis. —Sonreí avergonzada—. Siento haberos mirado mientras os besabais.

Travis sonrió y rodeó con su brazo vendado a Lenobia.

—Si por mí fuera, señorita, me verías mucho más tiempo besando a esta hermosa mujer.

Aguardé a que Lenobia lo fulminara con su visión de rayos letales. Sin embargo, lo miró con adoración. Le puso la mano en el pecho, junto al corazón, y apoyó la cabeza con cuidado contra su hombro. A continuación repitió:

—¿Qué fue lo que viste cuando nos besamos?

—Travis se convirtió en un hombre negro grande y tú en una versión más joven de ti misma. A vuestro alrededor había unas cosas alegres, azules y burbujeantes. Estaba segura de que eran una especie de duendes o hadas. —Abrí los ojos de par en par al caer en la cuenta—. Ahora que lo pienso, las burbujas me recordaron al océano. Mmm. Qué extraño. Bueno, el caso es que me quedé atrapada en ellas, como si me levantaran de la tierra y me pusieran en una feliz burbuja oceánica azul. Lo siento. Sé que parece una locura. —Contuve la respiración y aguardé a que Lenobia se riera y Travis se mofara de mí.

No hicieron ninguna de las dos cosas. En vez de eso, Lenobia empezó a llorar. Desconsoladamente. Hasta hipó y sollozó como hacía yo. Travis la atrajo hacia sí. La miró como si fuera un milagro personificado.

—Te conozco de antes. Por eso me sentía así cuando estaba contigo.

Lenobia asintió. Entonces, entre lágrimas, me dijo:

—Travis es mi único compañero humano, mi único amor, que ha vuelto a mí tras doscientos veinticuatro años. Juré no volver a amar a ninguno tras él, y no lo he hecho. Nos conocimos y enamoramos en un barco que nos llevaba de Francia a Nueva Orleans.

—Entonces ¿la piedra vidente me mostró la verdad?

—Sí, Zoey. Absolutamente —dijo Lenobia antes de volver su rostro al de Travis y llorar mientras él la abrazaba, liberando doscientos años de espera, dolor y pérdida.

Me levanté y le di la mano a Stark para alejarnos y que ellos dos pudieran estar a solas. Mientras nos dirigíamos a los establos me dijo:

—Eso no significa que Aurox sea Heath de vuelta a ti. Lo sabes, ¿verdad?

Stevie Rae me salvó cuando vino corriendo y dijo:

—¡Ohdiosamíaaaaa! ¿Dónde os habíais metido? Estaba deseando contaros lo de Lenobia y Travis.

—Estábamos allí. Lo hemos visto —dijo Stark—. ¿Dónde están Aphrodite y Darius?

—Ya están delante del templo de Nyx, en la pira funeraria —dijo Stevie Rae—. Tenemos que ir con ellos ya mismo.

—Iré a buscar a Erin, Shaunee y Damien. Tenemos que ponernos en marcha.

—¿Qué le pasa? —preguntó Stevie Rae mientras observaba cómo Stark se marchaba a grandes zancadas.

—Puede que Heath esté realmente en Aurox —le dije.

Stevie Rae se hizo eco de mis pensamientos cuando dijo:

—¡Oh, demonios!



## Kalona

Estar en el lado de la Luz no era tan interesante como lo recordaba. A decir verdad, Kalona estaba aburrido. Sí, comprendía por qué Tánatos le había dicho que se mantuviera en un segundo plano y que no llamara la atención hasta después del funeral de Dragon. Sería entonces cuando anunciaría al colegio que él era su nuevo guerrero, y que ocuparía el puesto de maestro de esgrima y de líder de los Hijos de Érebo en la Casa de la Noche de Tulsa. Hasta entonces, su presencia resultaría confusa, si no insultante, para los otros guerreros.

La cuestión era que a Kalona nunca le había importado que lo insultaran. Él era un poderoso inmortal. ¿Por qué debería preocuparse por los sentimientos intrascendentes de otros?

*Porque aquellos que me resultan de lo más intrascendentes a veces me sorprenden: Heath, Stark, Dragon, Aurox, Rephaim.* El último nombre de su lista mental le sorprendió. Rephaim le había parecido intrascendente en su momento, pero había estado equivocado. Kalona se había dado cuenta de que quería a su hijo, de que necesitaba a su hijo.

¿En qué más había estado equivocado?

Probablemente en bastantes cosas.

Ese pensamiento lo deprimió.

Echó a andar de un lado a otro a lo largo de la zona más oscura del templo de Nyx. Desde allí podía oír lo que estaba sucediendo en la pira de Dragon, así podría acudir cuando Tánatos lo llamara pero, a su vez, estaba fuera de su campo de visión.

Que le dijeran lo que tenía que hacer le molestaba. Siempre lo había hecho.

Y luego estaba esa iniciada que tenía afinidad con el fuego, Shaunee.

Parecía tener la capacidad de pincharlo, de hacerle considerar cosas a las que no estaba acostumbrado a dedicarle tiempo.

Ya lo había hecho antes. Él había intentado manipularla, sacarle información sobre Rephaim y la roja. Lo que había ocurrido era que ella le había regalado algo ridículamente mundano y sencillo: un móvil. Ese pequeño regalo había salvado la vida de su hijo.

Y ahora le había hecho pensar en toda aquella eternidad que había pasado alejado de Nyx.

—¡No! —gritó en voz alta, haciendo que la pequeña arboleda de *Cercis canadensis* que habían plantado en el lado oeste del templo de Nyx se agitara como si amenazara tormenta. Kalona se centró en sus pensamientos y calmó su temperamento

—. No —repitió con una voz que ya no estaba cargada con el poder del Otro Mundo  
—. No pensaré en los siglos que he pasado apartado de ella. No pensaré en ella.

Una risa danzó a su alrededor, haciendo que los árboles se movieran y luego florecieran como si el sol del verano se hubiera posado de repente sobre ellos. Kalona apretó los puños y alzó la vista.

Estaba sentado en el socarrén de piedra del templo. Había poca luz en ese lado del edificio, motivo por el que Tánatos le había ordenado que esperara allí, pero Érebo era una luz en sí mismo.

Érebo, su hermano, el consorte inmortal de Nyx. El único ser en el universo que era casi como él y el único al que Kalona odiaba más que a sí mismo. *¡Aquí! ¿En el reino mortal tras todos estos siglos? ¿Por qué?*

Kalona ocultó su sorpresa con desdén.

—Eres más bajo de lo que recordaba.

Érebo sonrió.

—Yo también me alegro de verte, hermano.

—Como es habitual, pones palabras en mi boca que yo no he pronunciado.

—Me disculpo. No debí hacerlo. No cuando tus palabras son tan interesantes. «No pensaré en ella». —Érebo no solo era casi idéntico físicamente a Kalona, también podía imitar la voz de su hermano a la perfección.

—Estaba hablando de Neferet. —Kalona reordenó rápidamente sus pensamientos y mintió con facilidad. Habían pasado siglos, pero era bueno en eso de mentirle a Érebo. Kalona descubrió entonces que no le había perdido el tranquillo.

—No lo dudo, hermano. —Érebo se inclinó hacia delante, extendió sus alas doradas y flotó grácilmente hasta el suelo ante Kalona—. Verás, esa es exactamente la razón por la que te he hecho esta pequeña visita.

—¿Has venido a la tierra porque fui amante de Neferet? —Kalona se cruzó de brazos y le mantuvo su mirada ámbar a Érebo.

—No, he venido porque eres un mentiroso y un ladrón. Que mancillaras el último resquicio de bondad en Neferet es uno de tus muchos delitos —dijo Érebo. Él también se cruzó de brazos.

Kalona se rio.

—No has estado espionando muy bien si crees que la violación ha tenido algo que ver con lo que Neferet y yo compartíamos. Ella estaba más que dispuesta a recibir mi cuerpo.

—¡No estaba hablando de su cuerpo! —Érebo levantó la voz y Kalona pudo oír a los vampiros preguntarse qué estaba ocurriendo encima del templo de Nyx.

—Como es habitual contigo, hermano, has aparecido para causarme problemas. Se suponía que tenía que permanecer en las sombras, oculto y aguardando a ser llamado. Aunque, ahora que lo pienso mejor, será divertido ver cómo te las apañas cuando te descubran los mortales. Un consejo rápido: hasta los vampiros tienden a alucinar cuando ven a un dios.

Érebo no vaciló. Levantó ambos brazos y bramó una orden:

—¡Ocúltanos!

Se produjo una ráfaga de viento y una sensación de luz que a Kalona le era tan familiar, tan agrídulce, que solo dos respuestas le vinieron a la mente: odio o desesperación. No dejaría que Érebo viera su desesperación.

—¿Desafías a Nyx? Ella ha proclamado que tal vez no entre en el Otro Mundo. ¿Cómo te atreves a traerme aquí? —Las alas del color de la noche de Kalona estaban extendidas del todo. Se puso en tensión, listo para atacar a su hermano.

—Siempre te las das de estúpido impetuoso, hermano. Jamás iría en contra de las proclamaciones de mi consorte. No te he traído al Otro Mundo. Solo te he traído un pedacito del Otro Mundo para protegernos, si acaso unos instantes, de los ojos de los mortales. —Érebo sonrió de nuevo. Esa vez no atenuó la belleza de su expresión. La luz del sol titiló en su cuerpo. Sus alas brillaron con plumas de oro. Su piel era perfecta, como si la hubieran fabricado a partir de los rayos del sol.

*Así ha sido, pensó Kalona con repugnancia. Fue creado cuando el cielo besó el sol. Al igual que yo fui creado cuando el cielo besó a la luna. El cielo, como la mayoría de los inmortales, es un cabrón caprichoso que hace lo que quiere y que no presta atención a la prole que deja tras de sí.*

—¿Qué se siente? Mejor que cuando entraste a hurtadillas persiguiendo a esa pequeña iniciada, Zoey Redbird. Entonces solo eras espíritu. No pudiste sentir la magia del reino de Nyx contra tu piel. Y siempre te ha impresionado mucho aquello que se pudiera tocar, lo que físicamente pudieras reclamar como tuyo.

*Bien, pensó Kalona, se está enfadando. Eso hará que su perfección se emborrone.*

Fue el turno de Kalona de sonreír. La luz que se encendió en él no era la luz candente y estridente del sol. Era la fría y plateada luminiscencia de la luna.

—¿Sigues celoso porque la toqué tras todo este tiempo? Recuerdas que Nyx es una diosa, ¿verdad? No puede ser tocada salvo que sea su voluntad, su deseo, ser acariciada, amada por...

—¡No he venido aquí para hablar de mi consorte! —Las palabras estallaron en destellos de calor dorado alrededor de Kalona.

—¡Vaya demostración de temperamento divino! —Kalona rio con sarcasmo—. Y te llaman el bueno. Si los lacayos que optaron por permanecer en el Otro Mundo pudieran verte ahora.

—No es que a mí me llamaran el bueno. ¡A ti te llamaron el usurpador! —Érebo arrojó tales palabras a su hermano.

—¿De veras? Pregunta de nuevo. Creo que, tras siglos de cuidadosas consideraciones, me llamarían «aquel que se negó a compartirla» —dijo Kalona.

—Ella me escogió a mí —dijo Érebo en voz baja y cerró los puños a ambos costados.

—¿Seguro? Mi memoria difiere.

—¡La traicionaste! —gritó Érebo.

Kalona hizo caso omiso del temperamento de su hermano. Ya había sido testigo de aquello antes. En vez de eso, habló con la gelidez de la superficie de la luna.

—¿Por qué has venido? Di lo que tengas que decir y márchate. El mundo mortal no es un reino muy grande, pero es mío. No lo compartiré contigo, al igual que no la compartiré a ella contigo.

—He venido para avisarte. Hemos oído tu juramento en el Otro Mundo. Sabemos que has dado tu palabra de que serás el guerrero de la Muerte y te convertirás en maestro de esgrima de este colegio.

—Y líder de los Hijos de Érebo —añadió Kalona—. No olvides el resto de mi título.

—Jamás podré olvidar que estés intentando blasfemar ante mis hijos.

—¿Hijos? ¿Acaso te estás emparejando con humanos ahora y produciendo varones que crecerán para convertirse en guerreros vampiros? Esto es fascinante, especialmente porque a mí se me juzgó severamente por crear a mis hijos.

—Márchate. —Los ojos de Érebo empezaron a refulgir—. Abandona este lugar y deja de entrometerte en las vidas de los vampiros de Nyx y de los honorables guerreros que juraron ponerse a mi servicio.

—Pero ¿no te estás entrometiendo tú por ordenarme que me vaya? Me sorprende que Nyx lo permita.

—Mi consorte no sabe que estoy aquí. Solo he venido porque, una vez más, le estás provocando agitación. Yo vivo para mantenerla apartada de eso. Es el único motivo por el que estoy aquí —dijo Érebo.

—Vives para lamerle los pies y estás, como siempre, celoso de mí. —Kalona no pudo evitar sentirse gozoso por lo que las palabras de Érebo le habían revelado. *¡Aún puedo hacer sentir a Nyx! ¡La Diosa me observa!* El inmortal contuvo sus emociones. Debía esconderlas de Érebo. Cuando volvió a hablar, su voz sonó carente de emoción alguna—. Quiero que sepas esto, no juré estar a tu servicio. Juré estar al servicio de una alta sacerdotisa que personifica la Muerte a través de su afinidad otorgada por la Diosa. Lo único que has conseguido con tu visita es darme motivos para hacer distinciones entre aquellos guerreros que se llaman a sí mismos tus hijos de aquellos que no. No cargaré a tus hijos con mi liderazgo.

—Entonces te marcharás de la Casa de la Noche —dijo Érebo.

—No. Pero tú sí. Llévale este mensaje a Nyx de mi parte: la Muerte no diferencia entre aquellos que la siguen y los que siguen a otros dioses. La Muerte sobreviene a todos los mortales. No necesito tu permiso, o el de la Diosa, para servir a la Muerte. Ahora, márchate, hermano. Tengo un funeral al que acudir. —Kalona levantó los brazos y juntó las palmas, provocando que una ráfaga de luz glacial plateada levantara una onda sísmica a su alrededor, haciendo añicos la pequeña burbuja del Otro Mundo que su hermano había creado, y arrojando a Érebo al cielo.

Cuando la luz a su alrededor hubo desaparecido, los pies de Kalona tocaron una vez más la tierra y se encontró, de nuevo, junto al templo de Nyx.

Aphrodite dobló la esquina corriendo y se detuvo. Se lo quedó mirando.

—¿He sido convocado ya? —preguntó él.

Aphrodite parpadeó y se frotó los ojos, como si tuviera problemas para ver bien.

—¿Has estado haciendo el tonto con una linterna?

—No tengo ninguna. ¿Se me ha convocado? —repitió.

—Casi. A alguna gilipollas, y con esto me refiero a Kramisha, ya que ella era la encargada de traer las velas, se le ha olvidado la vela del espíritu. Tengo que ir a por una al templo de Nyx. Tú tienes que venir conmigo a la pira de Dragon. Tánatos terminará el círculo, dirá algo bonito sobre Dragon y luego te presentará.

Sintiéndose extrañamente incómodo bajo la mirada de aquella rara y abrasiva humana a la que Nyx, por razones incomprensibles para casi todos, había escogido como su profetisa, Kalona gruñó una respuesta sin palabras y se volvió para abrir la puerta lateral del templo.

No se abría.

Kalona lo intentó de nuevo.

Tiró, haciendo acopio de su enorme fuerza inmortal.

Siguió sin abrirse, bajo ningún concepto.

Fue entonces cuando se percató de que la puerta de madera había desaparecido. El pomo sobresalía de una piedra sólida y consistente. No había entrada. Nada.

De repente, Aphrodite lo echó a un lado. Agarró el pomo, tiró de él y la piedra desapareció, convirtiéndose de nuevo en una puerta de madera que se abrió con total facilidad para ella. Alzó la vista para mirarlo antes de cruzar el umbral del templo de la Diosa.

—Eres de lo más extraño, joder. —Se echó el pelo hacia atrás y entró.

La puerta se cerró tras ella. Kalona pegó la mano contra esta y, bajo su palma, tembló y se convirtió de nuevo en piedra.

Retrocedió con una terrible sensación en su interior.

Tan solo unos minutos después, Aphrodite salió por una puerta completamente normal. Llevaba una vela gruesa de color púrpura y cuando pasó junto a su lado, dijo:

—Venga, vamos. Tánatos quiere que te coloques en el borde del círculo y que intentes no parecer conspicuo. Aunque, ya sabes, eso sería mucho más sencillo si llevaras más ropa.

Kalona la siguió, intentando ignorar el vacío de su interior. Era exactamente lo que Érebo le había llamado, un estúpido impetuoso y un usurpador. Si Nyx había estado observándolo, únicamente lo había hecho desde el desdén. Le había negado todo: la entrada al Otro Mundo, la entrada al templo, a su corazón...

Los siglos deberían haber aplacado su dolor, pero Kalona estaba empezando a comprender que lo contrario era posible.



Nyx, si eres una diosa indulgente, por favor ayúdame... Por favor...

Aurox no huyó de su escondite bajo la tierra. En vez de eso repitió esa frase, esa plegaria, una y otra vez. Tal vez Nyx recompensara la diligencia. Al menos eso sí podía ofrecérselo a la Diosa.

Fue durante la letanía de su silenciosa plegaria cuando la magia empezó a arremolinarse a su alrededor. Al principio el espíritu de Aurox dio un brinco. *¡Nyx me ha oído!* Solo le llevó unos instantes darse cuenta de lo equivocado que estaba. Las criaturas que se materializaron, exudando del aire frío y húmedo a su alrededor, no podían estar al servicio de una diosa indulgente.

Aurox se alejó, asustado, de ellas. Su hedor era casi insoportable. Sus rostros invidentes eran algo terrible que contemplar. El corazón empezó a latirle con fuerza. El miedo lo recorrió y la bestia de su interior se revolvió. ¿Le habían enviado esas cosas como castigo por los actos que había cometido al servicio de Neferet? Aurox se valió de su propio miedo y empezó a alimentar a la bestia de su interior. No quería despertarla, pero lucharía antes que sucumbir a la espiral de malevolencia que amenazaba con envolverlo.

Sin embargo, esto no ocurrió. Las criaturas empezaron a ascender lentamente por aquel remolino mágico. Cuanto más se elevaban del foso, más rápido se movían. Era como si alguien o algo las hubiera llamado y estuvieran despertándose gradualmente a esa llamada insonora.

Aurox aplacó su miedo y la bestia de su interior se tranquilizó. No lo querían a él. No le prestaron ninguna atención. El extremo final del remolino estaba dejando tras de sí una neblina negra y fétida. No estaba seguro de por qué lo hizo, pero Aurox estiró el brazo e intentó esfumarla.

Su mano se convirtió en la neblina, como si estuvieran hechas de la misma sustancia. No sintió la espiral, y sin embargo fue como si hubiera disuelto la piel de Aurox. Con los ojos como platos, intentó liberar su mano, pero ya no estaba. No tenía mano, y luego un escalofrío le recorrió el cuerpo cuando la neblina empezó a absorber su piel. Aurox observó impotente cómo su antebrazo desaparecía, y a continuación su bíceps, después su hombro. Intentó despertar a la bestia, al poder que dormía en su interior, pero la neblina amortiguó sus sentimientos. Lo entumeció mientras lo atraía hacia sí. Cuando absorbió su cabeza, Aurox se convirtió en la neblina. No sintió nada salvo una enorme añoranza, una sensación de búsqueda incompleta, una necesidad continua. ¿De qué? Aurox no lo sabía. Lo único que sabía era que la Oscuridad lo había engullido y lo estaba transportando en aquella ola de desesperación.

*¡Tiene que haber algo más para mí que esto!*, pensó, histérico. *¡Tengo que ser algo más que neblina, añoranza y oscuridad, algo más que una bestia!* Pero todo apuntaba a que no era más que esas cosas. La desesperación se apoderó de él cuando fue consciente de la verdad. Era todas esas cosas y ninguna de ellas. Aurox no era nada... nada...

Pensó que el sonido de las arcadas lo había hecho él. En algún lugar, de algún modo, su cuerpo seguía siendo suyo y se había revuelto por lo que había ocurrido. Entonces la vio.

Zoey estaba allí. Sostenía ante sí la piedra blanca. Tal como había hecho la noche anterior, en el ritual en el que él había intentado elegir su camino, intentado hacer lo correcto.

Sintió cómo la neblina cambiaba. Esta también había visto a Zoey.

Iba a absorberla.

¡No!, gritó su espíritu desde su interior. ¡No!, repitió la mente de Aurox. En vez de caer presa de la desesperación, empezó a sentir algo más mientras la observaba. Sintió el miedo y la fuerza de Zoey. Su resolución y su debilidad. Y Aurox percibió algo que le sorprendió. Estaba tan insegura sobre sí misma y el lugar que ocupaba en el mundo como él. Le preocupaba si tendría el coraje para hacer lo correcto. Se cuestionaba sus decisiones y se avergonzaba de sus errores. Por una vez, hasta Zoey Redbird, iniciada tocada por la Diosa, se sentía una fracasada y consideraba la posibilidad de rendirse.

Igual que él.

La compasión y la comprensión fluyeron por su interior, y conforme lo hacían sintió una ráfaga de poder blanco candente. Con un destello cegador, cayó del centro del remolino en desintegración, aterrizando con firmeza en su cuerpo reformado, boqueando para tomar aire fresco y temblando.

No se quedó quieto mucho tiempo. Aún tembloroso y débil, Aurox se agarró a una maraña de raíces rotas. Fue subiendo lentamente al borde del foso. Le llevó mucho tiempo. Cuando finalmente llegó allí, vaciló y se puso a escuchar.

No oyó nada salvo el viento.

Aurox subió y se valió del tronco roto para ocultarse. Zoey ya no estaba. Observó la zona a su alrededor y sus ojos se vieron inmediatamente atraídos hacia un enorme montón de maderas y planchas coronadas por una figura envuelta en una mortaja. A pesar de que aquel montón de madera estaba rodeado por lo que parecía ser la Casa de la Noche al completo, a Aurox no le costó reconocer qué estaba viendo. *Es la pira de Dragon Lankford*, fue su primer pensamiento. *Yo lo maté*, fue el segundo. Al igual que le ocurrió con la desesperación en la neblina mágica, el funeral se apoderó de él.

No le resultó difícil acercarse al círculo de iniciados y vampiros. Los guerreros Hijos de Érebo iban fuertemente armados, como cabría esperar, pero la atención de todos estaba puesta dentro del círculo, en la pira situada en su centro.

Aurox se movió con sigilo, valiéndose de los viejos robles y las sombras bajo ellos como protección hasta estar lo suficientemente cerca como para entender las palabras de Tánatos. A continuación tomó impulso y saltó. Agarrándose a una rama baja, Aurox trepó y se quedó de cuclillas allí, fuera del campo de visión de vampiros e iniciados y con unas vistas sin obstáculos del macabro espectáculo.

Tánatos acababa de terminar el hechizo del círculo. Aurox podía ver desde allí

que cuatro de los profesores vampiros llevaban velas que representaban a cada uno de los elementos. Se esperaba ver a Zoey en el centro del círculo, cerca de la pira, y le sorprendió ver en su lugar a Tánatos, con la vela morada del espíritu en una mano y una larga antorcha en la otra.

¿Dónde estaba Zoey? ¿La habían capturado las criaturas de la neblina? ¿Era eso lo que había provocado que se disiparan? Empezó a buscarla frenéticamente en el círculo. Cuando la encontró, junto a Stark, rodeada por su círculo de amigos, parecía triste, pero ilesa. Estaba escuchando a Tánatos con atención. No parecía ocurrirle nada, salvo el dolor por la pérdida del maestro de esgrima. Aurox se debilitó tanto del alivio que a punto estuvo de perder el punto de agarre en el árbol.

Siguió mirándola. Zoey había comenzado ese conflicto interno que sentía. ¿Por qué? Estaba casi tan confundido por Zoey como por los sentimientos que ella había despertado en su interior.

Centró su atención en Tánatos. Estaba caminando grácilmente alrededor de la circunferencia del círculo, hablando con una voz que consiguió calmar incluso sus nervios a flor de piel.

—Nuestro maestro de esgrima murió como vivió: como un guerrero, fiel a su juramento, a su Casa de la Noche y a su Diosa. Hay otra verdad aquí que tiene que ser contada. Aunque lloremos su pérdida, todos sabemos que no era más que un caparazón de sí mismo sin su compañera, la dulce Anastasia.

Aurox miró a Rephaim. Sabía que, como cuervo del escarnio, había matado a Anastasia Lankford. Qué ironía que el maestro de esgrima hubiera muerto para protegerlo. Más irónico aún era que el rostro del chico estuviera bañado en lágrimas y que llorara abiertamente la muerte de Dragon.

—La muerte ha sido gentil con Dragon Lankford. No solo le ha permitido morir como un guerrero, sino que ha sido un salvoconducto hacia la Diosa. Nyx ha reunido a Bryan Dragon Lankford y a su amada, así como a los brillantes espíritus de sus dos felinos, Shadowfax y Guinevere.

*¿Sus gatos también han muerto? No recuerdo a ningún gato en el ritual.* Confuso, Aurox observó la pira funeraria. Sí, ahora que estaba prestando más atención, pudo ver dos pequeños bultos envueltos junto a Dragon, colocados a ambos lados del guerrero caído.

Tánatos se había detenido justo delante de Zoey. La alta sacerdotisa sonrió a la iniciada.

—Dinos, Zoey Redbird, tú que accediste al Otro Mundo y regresaste, ¿cuál es la única constante allí?

—El amor —dijo Zoey sin vacilar—. Siempre amor.

—¿Y tú, James Stark? ¿Qué encontraste en el Otro Mundo? —le preguntó Tánatos al joven guerrero, que rodeaba con su brazo a Zoey.

—Amor —repitió Stark con una voz firme y grave—. Siempre amor.

—Esa es la verdad. —Tánatos echó a andar alrededor del círculo—. También

puedo decir que mi cercanía con la Muerte me ha mostrado destellos del Otro Mundo. Lo que se me ha permitido ver me ha enseñado que, aunque el amor sigue con nosotros cuando pasamos de una dimensión a otra, no puede existir eternamente sin compasión, al igual que la Luz no puede existir sin esperanza y la Oscuridad no puede existir sin odio. Así que, una vez hemos dicho y reconocido esta verdad, me gustaría pedir que abrierais vuestro corazón y dierais la bienvenida a nuestro nuevo maestro de esgrima y líder de los guerreros Hijos de Érebo, mi guerrero por juramento, ¡Kalona!

El rostro de Aurox reflejó la misma sorpresa que vio en muchos de los otros rostros bajo él cuando Kalona, el inmortal alado que sabía que pertenecía desde hacía tiempo al bando de la Oscuridad, echó a andar a grandes zancadas hacia el círculo y se acercó a Tánatos. Se llevó el puño al corazón e hizo una reverencia de respeto. A continuación levantó la cabeza y su voz grave llenó el aire:

—He jurado ser el guerrero de la Muerte, y así será. He jurado ser el maestro de esgrima de la Casa de la Noche, y lo seré, pero no intentaré ocupar el lugar de Dragon Lankford como líder de los guerreros Hijos de Érebo. —Aurox vio que Tánatos estaba observándolo detenidamente, aunque por su expresión parecía satisfecha. Los guerreros situados alrededor del círculo se movieron en sus sitios, como si no tuvieran muy claro qué pensar de la proclamación del inmortal.

—Os serviré como guerrero de la Muerte —repitió Kalona. Estaba hablándole a Tánatos, aunque su voz viajó alrededor del círculo hasta la gente congregada para el funeral—. Os protegeré a ti y a este colegio. Pero no ostentaré un título que me una a Érebo.

—Yo era parte del Alto Consejo cuando afirmaste ser la reencarnación de Érebo en la tierra —dijo Tánatos—. ¿Qué tienes que decir al respecto?

—Yo no afirmé tal cosa. Fue Neferet. Quiere ser una diosa y eso significa que necesita un consorte inmortal, así que me nombró la reencarnación de Érebo en la tierra. Rechacé ese título cuando rechacé a Neferet.

Se oyeron susurros en el círculo cual viento por entre los árboles. Tánatos levantó la antorcha que aún sostenía:

—¡Silencio! —Las voces se callaron, pero la sorpresa y la incredulidad persistieron—. Kalona dice la verdad sobre Neferet. Dragon fue asesinado por su criatura, Aurox. Él no era un regalo de Nyx. Anoche, durante el ritual de revelación en la granja de lavanda de Sylvia Redbird, la tierra nos mostró tan terrible verdad. Aurox fue creado por la Oscuridad con el sacrificio de la madre de Zoey Redbird. Él es un recipiente bajo la servidumbre de Neferet. La Oscuridad sigue controlándolo mediante los más sangrientos sacrificios. —Señaló con la antorcha a los tres cuerpos situados encima de la pira—. Tengo pruebas de que la vida de Shadowfax fue arrebatada por Neferet para que la Oscuridad mantuviera su dominio sobre Aurox. Para la pequeña Guinevere, de Anastasia, esa muerte fue demasiado. El dolor paró su corazón y siguió voluntariamente a Shadowfax al Otro Mundo para reunirse con

aquellos a los que más quieren.

El cuerpo de Aurox se quedó petrificado. Ni siquiera podía encontrar su respiración. Se sentía como si Tánatos lo hubiera destripado. Quería gritar: «¡No es verdad! ¡¡No es verdad!!», pero aquellas palabras siguieron golpeándolo.

—¡Zoey, Damien, Shaunee, Erin, Stevie Rae, Darius, Stark, Rephaim y yo! —gritó cada nombre—. Todos fuimos testigos de los oscuros actos de Neferet. Dragon Lankford murió para que nuestros testimonios se hicieran públicos. Ahora debemos emprender la lucha que acabó con nuestro maestro de esgrima. Kalona, me alegra oír tu confesión. Intentaste usurpar a Érebo, aunque solo fuera en la tierra. El Alto Consejo tiene claro que te viste incitado a ello por las maquinaciones de Neferet. Te acepto como guerrero de la Muerte y protector del colegio, pero no dirigirás a los guerreros que han jurado ser sus hijos. Eso sería una falta de respeto para con la Diosa así como para con su consorte. —Aurox vio que los ojos del inmortal centelleaban con una ira momentánea, pero finalmente agachó la cabeza y se llevó el puño al corazón antes de decir:

—Así será, alta sacerdotisa.

A continuación regresó al borde del círculo, donde todos aquellos que estaban a su lado dieron unos leves, pero notorios, pasos atrás.

Tánatos llamó a Shaunee para que esta invocara al fuego y encendiera la pira funeraria. Cuando el fuego engulló la pira de Dragon Lankford, Aurox se bajó del árbol y, sin ser visto por nadie, regresó dando tumbos al maltrecho roble y desapareció bajo tierra donde, solo, lloró su desesperación y autodesprecio en aquel terreno desgarrado.



## Zoey

—¿Todo bien, Zoey? —me dijo Stark en voz baja al oído cuando mi círculo y yo nos congregamos cerca de la entrada al vestíbulo del colegio. Tánatos nos había pedido que la esperáramos allí, ya que cuando terminara de hablar con los profesores y los guerreros, se reuniría con nosotros para la rueda de prensa.

—Estoy triste por Dragon —le susurré.

—No me refería a eso. —Siguió hablando bajo para que yo fuera la única que pudiera oírlo—. Me refiero a si va todo bien con la piedra. Te he visto tocarla durante el funeral.

—Noté que se calentaba un poco, pero luego pasó. Probablemente fuera por estar tan cerca de la pira. Hablando de eso —alcé la voz y me dirigí a Shaunee—, buen trabajo con la parte del fuego en el funeral de Dragon. Sé que no es fácil mantener prendidas las piras funerarias, pero tú ayudaste a ello. Hiciste que ardiera con más rapidez.

—Gracias. Sí. Todos estamos hartos de tanto funeral. Al menos antes de este pudimos ver cómo Dragon accedía al Otro Mundo, pero ver a los gatos en la pira con él ha sido especialmente triste. —Se limpió las lágrimas y yo me pregunté cómo podía llorar (ella y cualquiera) y seguir guapa—. Eso me recuerda... —Prosiguió Shaunee, que se volvió para mirar a Erin, que estaba al final del grupo, mirando a los chicos que aún seguían en la pira como si estuviese buscando a alguien—. Erin, ¿te parece bien que me lleve el arenero de Belcebú y sus cosas a mi habitación? Ha estado durmiendo allí casi todos los días.

Erin miró a Shaunee, se encogió de hombros, y dijo:

—Sí, me da igual. Ese arenero huele a mierda.

—Erin, a los gatos no les gusta usar un arenero sucio. Hay que limpiarlo todos los días —le informó Damien con el ceño fruncido.

Erin resopló con sarcasmo.

—Bueno, ya no tendré que hacerlo más.

A continuación siguió mirando a los otros chicos.

Reparé en que no estaba llorando. Entonces me di cuenta de que no había llorado ni una sola vez en todo el funeral. Al principio, la ruptura entre las gemelas parecía haber dejado más tocada a Shaunee, pero conforme pasaba el tiempo me iba dando cuenta de que Erin no se comportaba como solía hacerlo. Aunque supongo que eso es normal, ya que actuar como era antes significaba actuar como Shaunee, que ahora se comportaba con mucha más amabilidad y madurez. Tomé nota mental de encontrar

un rato para hablar con Erin, para asegurarme de que estuviera bien.

—Ojalá Tánatos no le hubiera dicho a Rephaim que esperara con el resto de chicos en el bus. Estaba muy afectado en el funeral. No me gusta dejarlo solo cuando está así —dijo Stevie Rae cuando se puso a mi lado.

—No está solo. Está con los demás iniciados rojos. Vi cómo iban hasta el autobús. Kramisha estaba hablándoles de la poesía como válvula de escape para las emociones.

—Kramisha va a desconcertar al chico pájaro con sus mierdas poéticas. *Bla... bla...* que si versos yámbicos, que si no sé qué —dijo Aphrodite—. Además, hasta tú tienes que entender que no es buena idea que los humanos sepan del tema «pájaro».

—Hola, siento interrumpir, pero estoy buscando el vestíbulo del colegio.

Nos giramos todos a la vez y contemplamos al humano que estaba caminando hacia nosotros por la acera que daba al aparcamiento. Tras él había un tipo con una cámara y una enorme bolsa llena de cosas al hombro, y una jirafa larga que sobresalía de su cabeza.

Como era de esperar, Damien fue el primero en recuperar la compostura. Debería ser coronado Miss Simpatía de la Casa de la Noche de Tulsa.

—Está en el lugar adecuado. Bien por encontrarnos. —La sonrisa de Damien fue tan amable que observé cómo los hombros del humano se relajaron. A continuación el humano extendió la mano y dijo:

—Excelente, soy Adam Paluka, de Fox News 23 de Tulsa. Estoy aquí para entrevistar a vuestra alta sacerdotisa y, supongo, a alguno de vosotros también.

—Encantado de conocerle, señor Paluka. Soy Damien —dijo este y le estrechó la mano. A continuación soltó una risita tonta y añadió—. ¡Ohhh, qué fuerza!

El reportero se rio.

—Para serviros. Y, por favor, llámame Adam. El señor Paluka es mi padre.

Damien rio de nuevo. Adam sonrió. Se miraron a los ojos. Stevie Rae me dio un codazo y las dos nos miramos. Adam era guapo, muy rollo metrosexual. Pelo oscuro, ojos oscuros, bonita sonrisa, zapatos caros y una cartera para hombre en la que Stevie Rae y yo reparamos a la vez. Nuestros ojos telegrafiaron a la otra: *¡Novio potencial para Damien!*

—Hola, Adam. Me llamo Stevie Rae. —Extendió la mano. Cuando él se la estrechó le dijo—: No tendrás novia, ¿verdad?

Su sonrisa de dientes perfectos flaqueó, pero solo un poco.

—No, yo no. Mmm. No. No tengo ninguna novia. —Entonces sus ojos repararon en el tatuaje rojo de la marca de Stevie Rae—. Eres uno de los nuevos vampiros de los que vuestra ex alta sacerdotisa habló.

Stevie Rae sonrió de oreja a oreja.

—Sí, soy la primera vampira roja que es alta sacerdotisa. Mola, ¿verdad?

—Tu tatuaje es ciertamente bonito —dijo Adam, con más curiosidad que incomodidad.

—¡Gracias! —dijo con efusividad Stevie Rae—. Este de aquí es James Stark. Él es el primer vampiro rojo guerrero. Su tatuaje también es increíble.

Stark extendió la mano.

—Encantado. Y no hace falta que me digas que te gusta mi tatuaje.

El rostro de Adam perdió parte de su color, pero le estrechó la mano a Stark. Su sonrisa parecía genuina; nerviosa, pero genuina.

—Hola —dije yo—. Soy Zoey.

La mirada de Adam se posó rápidamente en el tatuaje completo de mi cara, en el cuello en pico de mi camiseta y en el resto del tatuaje que se podía ver y que iba desde las clavículas hasta la palma de mi mano, que también estaba cubierta con las filigranas de este.

—No sabía que los vampiros se hacían tatuajes adicionales. ¿Vuestro tatuador está en Tulsa?

Reí.

—Sí, a veces. Pero la mayor parte del tiempo ella está en el Otro Mundo. —Pude ver que estaba intentando procesar lo que le acababa de decir, así que aproveché la oportunidad para soltarle—: Oye, has dicho que no tenías novia, pero ¿y novio?

—Mmm. No. No tengo novio, tampoco. Al menos no en la actualidad.

Adam miró a Damien, que también lo miró.

¡*Bingo!*, fue lo que estaba pensando cuando Aphrodite resopló y dijo:

—Oh, joder, esto no es *The Bachelorette*. Yo soy Aphrodite LaFont. Sí, el alcalde es mi padre. Yujuuu. —Tomó el brazo de Darius—. Y este es mi guerrero, Darius.

Adam arqueó una de sus bonitas cejas cuando vio la sudadera del colegio de Aphrodite con las tres Parcas cosidas en el bolsillo izquierdo de su pecho.

—¿Los humanos pueden estudiar en la Casa de la Noche?

—Aphrodite es una profetisa de Nyx, hecho demostrado por el vínculo que tiene con Darius, que es un guerrero hijo de Érebo y que ha dado su palabra bajo juramento de ser su protector. —Tánatos habló desde las sombras mientras se acercaba grácilmente hacia nosotros. Me pareció que no podía haberlo hecho en un momento más adecuado. Su entrada fue igualmente espectacular. Alta y poderosa, eternamente joven y de una belleza clásica. Su voz era agradable e instructiva, como si soltara sermones a reporteros humanos todos los días—. Sé que el funcionamiento interno de nuestra sociedad no forma parte del saber popular, pero creo que la mayoría de los humanos saben que un guerrero no puede unirse a un humano sin un juramento de protección.

—Lo cierto es que, aunque esta entrevista se ha concertado en el último momento, sí que he tenido tiempo para informarme un poco, y esa es una de las cosas que descubrí.

—Que Aphrodite sea una profetisa de Nyx y que estudie en este colegio, al igual que varios vampiros e iniciados rojos, será uno de los temas de nuestra entrevista. Aunque, al parecer, la entrevista ya ha empezado. —Tánatos salió por completo de



las sombras y asintió hacia el cámara que sin duda había estado grabándonos, a pesar de que ninguno de nosotros le habíamos estado prestando atención—. Soy Tánatos, la nueva alta sacerdotisa de la Casa de la Noche de Tulsa. Feliz encuentro, Adam Paluka. Bienvenido a nuestro colegio.

—F-feliz encuentro. —Adam balbució un poco—. No pretendía ofenderla grabando antes de tiempo.

Tánatos sonrió.

—No nos ha ofendido. Nosotros lo invitamos aquí. Me alegro de que la entrevista haya comenzado sin formalidades. ¿Seguimos aquí fuera, bajo el hermoso cielo nocturno de Tulsa?

—Claro —dijo Adam tras asentir al cámara—. Las luces de gas proporcionarán una buena iluminación. Si nos da un segundo, podemos usar el micro de jirafa para grabar a cuantos más del grupo usted quiera.

—Me parece perfecto. Zoey, Aphrodite, Stevie Rae, Stark y Damien, por favor, quedaos para la entrevista. Darius, Shaunee y Erin, ¿os importaría asegurarnos de que todos los iniciados han regresado a sus dormitorios? Ha sido una noche difícil para nuestro colegio. —Darius le hizo una reverencia a Aphrodite y a Tánatos y luego Shaunee y él se marcharon juntos. Erin se fue en la dirección contraria.

—Ha dicho que esta noche ha sido complicada para su colegio. ¿A qué se refiere?

—Trabajando en un informativo, estoy segura de que estará al tanto de que recientemente tuvimos un incendio en el campus —dijo Tánatos.

—Sí, informamos de ello en Fox. En sus establos, ¿no? —le dijo.

—Así es, un desafortunado, si bien no del todo sorprendente, accidente. —Tánatos señaló a las lámparas de cobre que pendían cual belleza decorativa a nuestro alrededor—. La luz de gas y la de las velas es más indulgente con nuestros ojos que las bombillas eléctricas. Como ya ha observado, proporcionan un ambiente encantador, pero son llamas vivas y en ocasiones volátiles. Una de ellas se quedó encendida y desatendida en el granero. Era una noche ventosa. Una ráfaga tiró la lámpara sobre el heno y los establos se prendieron.

—Espero que nadie resultara herido. —Me pareció que Adam sonaba realmente preocupado.

—Nuestra profesora de equitación y una iniciada sufrieron daños leves por inhalación de humo y el humano encargado de los establos sufrió quemaduras, fundamentalmente en las manos. Se recuperará por completo. Permítame que aproveche para decir que nuestro Travis Foster es un héroe. Se aseguró de que todos nuestros caballos pudieran escapar.

—¿Travis Foster es humano?

—Por completo, y un valioso empleado y amigo.

—Fascinante —dijo Adam. Miró a su alrededor. Pude ver cómo sus ojos se posaron en la pira cuyo fuego ya tenía un brillo anaranjado—. Por favor, corríjame si estoy equivocado, pero no creo que esa pila de madera que se está quemando sea

parte de los establos. En mi investigación leí que los vampiros queman a sus muertos en piras. ¿He escogido un mal momento para esta entrevista? —Formuló la pregunta con consideración y respeto, pero pude ver la curiosidad refulgiendo en sus ojos.

—No está equivocado. Son los restos de una pira funeraria. Hemos sufrido una importante pérdida en la Casa de la Noche que nada ha tenido que ver con el incendio del establo. Nuestro maestro de esgrima, Dragon Lankford, murió recientemente en un trágico accidente en una granja de lavanda contigua a la reserva nacional conocida como la pradera de Tall Grass. —Cerré la boca y me pregunté cómo demonios iba Tánatos a convertir el asesinato de Dragon en un «trágico accidente» que pudiera ser explicado a la audiencia humana—. Un bisonte escapó de los confines de la reserva. Varios de nosotros estábamos completando un hermoso ritual de purificación en la granja y a la bestia debió de confundirle el humo de la salvia y nuestro círculo. La criatura nos atacó. Nuestro maestro de esgrima protegió a los iniciados, perdiendo su vida en el empeño.

—¡Eso es terrible! Lo siento mucho. —Adam parecía afectado. Lo cierto es que todos lo parecíamos, y eso sirvió para ocultar nuestra sorpresa ante la gigantesca trola de Tánatos.

—Gracias, Adam. Aunque fue un accidente horrible y una enorme pérdida para nuestra Casa, nuestro maestro de esgrima murió como vivió: como un honorable guerrero que protegió a nuestros jóvenes. Gracias a él, nadie más resultó herido y el ritual pudo completarse. Recordaremos su valentía en los siglos venideros. —Se enjugó las lágrimas con un pañuelo de encaje que se había sacado de la manga. Fue un momento de lo más conmovedor. Adam se quedó allí mirándola con empatía mientras el cámara apartaba la lente de la pira de Dragon para centrarse en el dolor de Tánatos y en su esfuerzo realmente humano por mantener la compostura.

Estuvo perfectamente orquestado. Me hizo preguntarme cuántas clases de teatro habría tomado la alta sacerdotisa cuando era una iniciada.

Tánatos terminó de enjugarse las lágrimas y suspiró.

—Y la respuesta a su otra pregunta es no, no es un mal momento para nuestra entrevista. Nosotros los invitamos, ¿recuerda? Estamos contentos de que estén aquí, en la Casa de la Noche, a pesar de nuestra tristeza. Así que comencemos. ¿Es el banco un buen lugar? —Tánatos señaló a uno de los largos bancos de piedra que flanqueaban la entrada al vestíbulo del colegio. En un día normal habría un montón de chavales en ellos, haciendo los deberes, tonteando y cotilleando. Esa noche estaban completamente vacíos.

—Perfecto —dijo Adam.

Mientras él y el cámara lo preparaban todo, Tánatos ocupó su posición en el centro del banco. Sin alzar la voz dijo:

—Zoey, Stark. Aquí a mi lado. —Señaló a su derecha—. Aphrodite, Stevie Rae y Damien, aquí. —Se pusieron a la izquierda.

Cuando Adam regresó y empezó a grabar de manera oficial, sentí nervios. ¡Hasta

mis viejos amigos del Instituto Sur de Secundaria lo verían!

—Tánatos, me preguntaba si podría hablarnos con más detalle acerca de los comentarios que Neferet, ex alta sacerdotisa de la Casa de la Noche de Tulsa, vertió sobre usted anoche. Dijo que la Muerte era la nueva alta sacerdotisa aquí. —Adam paró de hablar y sonrió—. No me parece que lo sea.

—¿La ha visto a menudo, joven Adam? —dijo Tánatos con una voz dulce y jocosa.

—No, la verdad. Nunca he muerto. —Adam le siguió la gracia.

—Bueno, los comentarios de Neferet pueden explicarse con facilidad. No soy la Muerte. Simplemente se me ha concedido un don, que es la afinidad para ayudar a los muertos a pasar de una dimensión a otra. No soy más la Muerte que usted la Humanidad. Ambos somos representaciones de las dos cosas. Tal vez le ayude a comprenderlo si piensa en mí como en una especie de médium muy precisa.

—Neferet también habló de un nuevo tipo de vampiro, un vampiro rojo, y sugirió que podrían ser peligrosos. —Observé cómo la cámara pasaba de Stark a Stevie Rae—. ¿Podría explicarnos eso también?

—Por supuesto, pero antes me gustaría dejar una cosa muy clara. Neferet ya no trabaja en la Casa de la Noche. En nuestra sociedad, cuando una alta sacerdotisa pierde su trabajo, pierde esa posición de por vida. Jamás volverá a servir como alta sacerdotisa en ninguna otra Casa de la Noche. Como podrá imaginarse, puede resultar una transición difícil y a menudo embarazosa para el empleado del que se ha prescindido, así como para su empleador. Los vampiros carecen de leyes para defenderse de las calumnias. Nos valemos de nuestro sistema de honor y juramento. Es obvio que en esta ocasión el sistema no ha funcionado.

—Entonces, lo que está diciendo es que Neferet es... —Calló y asintió, alentando a que Tánatos acabara la frase.

—Sí, es triste pero cierto. Neferet es una exempleada contrariada y sin competencias —dijo Tánatos con diplomacia.

Adam miró a Stark, que estaba a mi lado, no muy lejos de Tánatos.

—Esa exempleada hizo unos comentarios inquietantes acerca de un miembro de la Casa de la Noche en concreto: James Stark.

—Ese soy yo —dijo inmediatamente Stark. Sabía que no estaba cómodo, pero no creía que nadie más, incluida la audiencia televisiva, fuera a ver nada más que a un chico guapo con un tatuaje rojo en la cara de lo que parecían flechas enfrentadas.

—Jim, ¿te parece que te llame así? —preguntó Adam.

—No me importa, pero preferiría que me llamaras Stark. Todo el mundo aquí me llama así.

—De acuerdo, Stark. Neferet dijo que mataste a tu mentor en la Casa de la Noche de Chicago y dejó entrever que representabas una amenaza para esta comunidad. ¿Qué respondes a eso?

—¡Bueno, eso es una gilipollez! —oí que decía mi voz.

Stark esbozó su sonrisa engreída y me agarró de la mano, entrelazando sus dedos con los míos para que todos los espectadores lo vieran.

—Z, no digas palabrotas en la tele. Si lo ve tu abuela, no le va a gustar.

—Lo siento —murmuré—. ¿Qué tal si te dejo hablar?

Su sonrisa creció.

—Bueno, eso sería una novedad.

Todos mis amigos rompieron a reír. Fruncí el ceño. Stark siguió hablando, aunque se me pasó por la cabeza asfixiarlo con la almohada la próxima vez que durmiéramos juntos.

Su voz sonó vacilante al principio, pero conforme fue hablando se fue volviendo más segura y firme.

—Mi mentor, William Chidsey, era increíble. Era bueno. E inteligente. Muy inteligente. Y talentoso. Me ayudó. Lo cierto es que era más un padre que un mentor para mí. —Paró de hablar y se pasó la mano por la cara. Cuando empezó a hablar de nuevo fue como si únicamente estuvieran el reportero y él, solos, como si se hubiera olvidado de que la cámara estaba allí—. Adam, descubrí bastante pronto, cuando estaba en secundaria, que me había sido otorgado este don. —Stark pronunció la palabra no con sarcasmo, pero tampoco como si fuera algo increíble. Su voz decía que su don era una responsabilidad, y no de las que mola tener—. No puedo fallar mi blanco. Soy un arquero —explicó cuando Adam lo miró con cara de no entender—. Ya sabes, arcos y flechas. Bueno, ahí donde apunto, doy en el blanco. Por desgracia, no es tan literal. Piénsalo, hay mucho margen entre lo que estás mirando y en lo que realmente estás pensando y a lo que estás apuntando. Te pongo un ejemplo sencillo: imagina que tienes un arco y una flecha y apuntas a una señal de stop. Tensas el arco, apuntas con la flecha y ves el centro de una enorme señal roja. Pero, ¿y si en tu cabeza estás pensando: «Vale, tengo que darle a esa cosa que hace que los coches se detengan»? Lo siguiente que sabes es que tu flecha se ha abierto paso hasta el radiador del siguiente coche que ha pasado por la carretera.

—Sí, entiendo los problemas que puede ocasionar —dijo Adam.

—Sí, de proporciones épicas. Me llevó tiempo descubrirlo y poder controlarlo. Entre tanto, cometí un terrible error. —Stark paró de hablar de nuevo y yo le apreté la mano para intentar transmitirle mi apoyo a través de esta—. Y por eso mi mentor murió. No permitiré que vuelva a ocurrir. He dado mi palabra.

—Y por eso James Stark está aquí, en la Casa de la Noche de Tulsa. —Tánatos retomó el hilo de la conversación y la cámara la siguió—. En Tulsa creemos en las segundas oportunidades. —Su mirada se posó en Aphrodite. Tuve que apretar la boca para que no se me desencajara la mandíbula cuando Tánatos dijo—: Aphrodite LaFont, ¿no dirías tú que este es un lugar excelente para las segundas oportunidades?

No debería haberme preocupado. Aphrodite estaba en su salsa. Dio un paso al frente, hacia la cámara, claro, y luego se sentó al lado de Tánatos.

—No podría estar más de acuerdo contigo, alta sacerdotisa. Fui una iniciada

durante casi cuatro años, pero Nyx, nuestra benevolente Diosa, escogió retirarme la marca y sustituirla por un don profético. Mis padres se mostraron de acuerdo con mi decisión de permanecer en la Casa de la Noche. De hecho hemos hablado de la posibilidad de hacer unas prácticas en el Alto Consejo en Venecia cuando me gradúe aquí. Mi madre y mi padre me apoyan muchísimo. —Sonrió a la cámara—. Podrán comprobarlo si sacan los extractos de la tarjeta de los últimos meses. ¡Uau! ¡Tengo unos padres increíbles!

Vale, en serio. Aquello era tal sarta de gilipolleces que no podía ni hablar. Menos mal que Stevie Rae no estaba tan muda como yo.

—Hablando de padres increíbles, mi madre, Ginny Johnson, va a preparar las mejores galletas con pepitas de chocolate de todo el universo y va a traerlas a la jornada de puertas abiertas y venta de dulces que vamos a celebrar aquí muy pronto, ¿verdad, Tánatos?

Tánatos no perdió ni un instante.

—Estás totalmente en lo cierto, Stevie Rae. Este fin de semana, si el tempestuoso clima de Oklahoma lo permite, tenemos pensado celebrar una jornada de puertas abiertas en el campus. Confiamos en que Street Cats esté allí para que la gente pueda adoptar gatos. De hecho me gustaría aprovechar este momento para anunciar que todo lo recaudado con la venta de los dulces —sonrió en la dirección de Stevie Rae— será donado a esa organización benéfica local. Además, la abuela de nuestra alta sacerdotisa iniciada, Zoey Redbird, va a traer productos de lavanda para venderlos en nuestro campus.

—No olvides la feria de empleo.

Todos, incluido el cámara, se volvieron al oír la voz de la profesora de equitación. Lenobia estaba allí, con su hermosa yegua negra, Mujaji, que parecía sacada de un sueño.

—Profesora Lenobia, qué bien que te hayas unido a nuestra rueda de prensa.

—¡Qué caballo tan bonito! —dijo Adam cuando el cámara le hizo un plano corto a Mujaji.

Damien le tocó el brazo a Adam y sonrió.

—Cielo, es una yegua, no un caballo.

—Oh, lo siento. —Adam se lo tomó con filosofía y sonrió con cierto rubor en las mejillas—. Nunca he sido muy bueno en eso de diferenciar entre sexos.

—Porque todos somos lo mismo. —Oí aquellas palabras salir de mi boca y le di las gracias a Nyx en silencio por ellas—. Chico, chica, humano, vampiro, ¿qué diferencia hay? Todos compartimos Tulsa y nos encanta. Entonces, ¿por qué no podemos llevarnos todos bien?

Tánatos rio y fue como oír música.

—Oh, Zoey. Yo no podría haberlo dicho mejor. Y Lenobia, has hecho bien en recordármelo. Adam, esta noche me gustaría anunciar que, durante nuestra jornada de puertas abiertas y de recaudación de fondos para Street Cats, la Casa de la Noche de

Tulsa aceptará, por primera vez en nuestra historia escrita, currículum de profesores humanos para trabajar en nuestras instalaciones. Las vacantes son en el departamento de teatro, así como en el de literatura. —Tánatos se levantó y abrió los brazos con expresión sabia y benevolente—. La Casa de la Noche da la bienvenida a Tulsa. Hasta el sábado os deseamos a todos un feliz encuentro, feliz partida y feliz reencuentro.



## Neferet

Neferet no habría visto la rueda de prensa de no haber llamado al servicio de habitaciones. El agradablemente servil chico rubio era lo suficientemente joven como para interesarle. El último botones que había tenido la buena fortuna de responder a su llamada estaría de baja durante los próximos días. Débil y magullado, no recordaría nada salvo fascinación por su belleza y unos sueños oscuros y eróticos. Sueños febriles, así los definiría sin duda su médico. Los humanos eran unas criaturas frágiles. Una lástima que tuviera la necesidad constante de encontrar nuevos juguetes.

Neferet observó al botones. Era alto y parecía extremadamente nervioso. Tenía acné. Rezumaba virginidad por prácticamente todos y cada uno de sus desmesurados poros. Pensó que esa sangre virgen maridaría bien con la botella de champán fría que le había subido y le indicó que pasara a la sala de estar.

—Por favor, lleva la botella a mi habitación —le ronroneó Neferet.

La sangre de virgen era tan dulce que unos cuantos granos y unas manos sudorosas bien podían pasarse por alto. Después de todo, no iba a tocarlo. Al menos no demasiado...

—¿Le parece bien aquí, señora? —Los ojos del botones fueron de sus pechos a su boca para luego volver a la botella que estaba abriendo, mientras todo él exudaba deseo sexual, miedo y fascinación.

—«Aquí» es perfecto. —Neferet recorrió con una de sus largas uñas su bata de seda.

—Uau. —El botones tragó saliva mientras intentaba quitar el papel dorado de la parte superior de la botella con sus manos temblorosas e inexpertas—. Espero que no le importe que diga esto, pero usted es mucho más guapa que los otros vampiros de las noticias.

—¿Otros vampiros? ¿Noticias?

—Sí, señora. Ahora mismo están en el informativo de la Fox 23.

—¡Pónmelo! —le espetó.

—Pero el champán no...

—¡Déjalo! Soy perfectamente capaz de abrirlo yo. Ponme las noticias y márchate.

El chico hizo lo que se le ordenó y se escabulló sin dejar de lanzarle miradas. Neferet no le prestó atención. Estaba totalmente absorta en la escena que se estaba desarrollando ante sus ojos en la enorme pantalla plana de televisión. Tánatos, Zoey y varios de su grupo. Estaban fuera de la Casa de la Noche, juntos y hablando con total normalidad con el reportero. Neferet frunció el ceño. Todos parecían tan normales.

Torció el gesto cuando oyó que Tánatos explicaba la muerte de Dragon Lankford como un trágico accidente con un bisonte.

—Ese maldito Aurox —murmuró Neferet—. ¡Recipiente imperfecto e inepto! Todo esto es por su culpa.

Siguió viendo la entrevista mientras sonreía con suficiencia a Stark y Zoey. Solo se concentró cuando oyó que mencionaban su nombre. Neferet subió el volumen y la voz de Tánatos dijo con estridencia:

—... Neferet es una empleada contrariada y sin competencias...

El cuerpo de Neferet se quedó petrificado.

—¡Cómo se atreve a llamarme empleada! —Neferet siguió viendo la televisión. Su ira alcanzó tal intensidad que la puerta de cristal que daba al balcón del ático reventó y los fragmentos de vidrio cayeron por el suelo de mármol.

—Todos compartimos Tulsa y nos encanta. Entonces, ¿por qué no podemos llevarnos todos bien? —La voz ridículamente alegre de Zoey hizo que una abrasadora sensación le recorriera todo el cuerpo.

—¡No permitiré que deshagas lo que he empezado, niñata odiosa! —Neferet estaba que echaba humo. Cuando Tánatos anunció que la Casa de la Noche de Tulsa iba a realizar entrevistas de trabajo para profesores humanos, Neferet soltó un grito ahogado a la par que los reporteros. Tras el benevolente «Feliz encuentro, feliz partida y feliz reencuentro» de la nueva alta sacerdotisa, Neferet observó con incredulidad cómo los presentadores del informativo comentaban, cual necios, cuán interesante era esa interacción con los vampiros y lo genial que era que se realizara una jornada de puertas abiertas y una feria de empleo para la ciudad mientras un primer plano congelado del rostro sonriente de Zoey decoraba la pantalla. Apagó la tele, incapaz de soportar por un instante más a Zoey Redbird.

En la pequeña estancia situada entre la sala de estar y el comedor, el ordenador de Neferet empezó a sonar. En la pantalla parpadeó la silueta de Nyx con los brazos en alto y al lado del icono vio las palabras: «Alto Consejo Vampírico».

Neferet se acercó lentamente hasta el ordenador e hizo clic con el ratón para responder, activando de manera automática la videocámara. Sonrió con frialdad a las seis altas sacerdotisas de gesto serio que estaban sentadas en sus respectivos tronos de mármol tallado.

—Estaba aguardando vuestra llamada.

Duantia, el miembro más antiguo del Alto Consejo Vampírico, habló la primera. Neferet pensó que parecía muy, muy mayor. Tenía muchas más canas que cabellos oscuros en su larga y espesa melena y Neferet estaba segura de que lo que estaba viendo desde allí, bajo sus oscuros ojos, eran bolsas.

—Se te convocó para que te presentaras ante nosotras, y sin embargo, estás en Tulsa y nosotras aquí en Venecia. ¿Qué te ha demorado?

—Estoy ocupada. —Neferet moduló la voz para que pareciera más divertida que molesta. O preocupada. Jamás dejaría que creyeran que las temía, ni a ellas ni a nadie



—. No es conveniente emprender un viaje a Italia en este momento.

—Entonces nos veremos obligadas a juzgarte *in absente reo*.

Neferet se mofó.

—Guárdate tu latín para vampiros demasiado viejos como para vivir en el presente.

Duantia prosiguió como si Neferet no hubiera hablado.

—Nuestra hermana y séptimo miembro de este Consejo, la alta sacerdotisa Tánatos, ha obtenido pruebas irrefutables tras ser testigo de un ritual de revelación por parte de la alta sacerdotisa Zoey Redbird, su...

—¡Esa niña insolente no es una alta sacerdotisa!

—¡No vuelvas a interrumpirme! —A través de Internet incluso, y a pesar de los miles de kilómetros de distancia, el poder de Duantia era palpable. Neferet tuvo que hacer un esfuerzo supremo para no encogerse de miedo ante la pantalla.

—Di lo que tengas que decir. No volveré a interrumpirte —dijo Neferet sin mostrar emoción alguna.

—El ritual de revelación que Tánatos presidió fue presenciado por la joven alta sacerdotisa Zoey Redbird; por su círculo, a cuyos miembros Nyx ha otorgado una afinidad con los elementos, así como por varios guerreros Hijos de Érebo. Durante ese ritual, la tierra reveló que asesinaste a una humana, que la sacrificaste para el toro blanco de la Oscuridad, que parece ser tu consorte.

Neferet observó cómo las altas sacerdotisas del Alto Consejo se movían en sus tronos, nerviosas, como si la mera mención de la palabra «consorte» asociada al toro blanco les resultara difícil de soportar. Eso la satisfizo. Muy pronto, el Alto Consejo tendría que soportar algo más que simples palabras.

—Neferet, ¿qué tienes que decir en tu defensa? —concluyó Duantia.

Neferet se levantó. Sintió cómo los hilos de Oscuridad crujían al girar alrededor de sus tobillos y serpentear por sus pantorrillas.

—No necesito defensa alguna. Matar a la humana no fue un asesinato. Fue un sacrificio sagrado.

—¿Te atreves a llamar a la Oscuridad sagrada? —gritó la miembro del Consejo llamada Alitheia.

—Alitheia, o Verdad, como diríamos en un lenguaje no muerto, te impartiré un poco de esa verdad. Soy inmortal. En poco más de cien años he acumulado más poder que todas vosotras en vuestros siglos de existencia. En otros cien años, la mayoría de vosotras seréis polvo, y yo seguiré siendo joven, poderosa, hermosa y una diosa. Y si yo decido sacrificar a un humano, independientemente del propósito, ¡es sagrado y no pecado!

—Neferet, ¿es la Oscuridad tu consorte? —La pregunta de Duantia rompió el silencio posterior a la exclamación de Neferet.

—Invoca al toro blanco y pregúntale tú misma a la Oscuridad. Pero solo si te atreves —le respondió con desdén.

—Alto Consejo, ¿cuál es vuestra decisión? —preguntó Duantia. Le mantuvo la mirada a Neferet mientras todos los miembros del Alto Consejo se ponían de pie y, al unísono, pronunciaron la misma palabra una y otra vez:

—¡Repudio!

Duantia fue la última en levantarse.

—¡Repudio! —dijo con voz firme—. De este día en adelante, ya no serás alta sacerdotisa de Nyx. Ya no serás reconocida ni siquiera como vampira. Para nosotros estás muerta. —También a la vez, las seis altas sacerdotisas le dieron la espalda a Neferet y luego el ordenador emitió el bip que indicaba que la llamada había concluido y la pantalla se tornó negra.

Neferet contempló la pantalla en negro. Respiró con agitación mientras intentaba controlar el tumulto de su interior. ¡El Alto Consejo la había repudiado!

—¡Viejas arpías! —gritó. ¡Era demasiado pronto! Neferet, claro está, tenía intención de romper con el Alto Consejo, pero no sin antes haberlas dividido y sembrado la discordia entre ellas para que estuvieran demasiado ocupadas como para inmiscuirse en el mundo que estaba creando fuera de su pequeña isla—. A punto estuve de conseguirlo antes, cuando Kalona se hizo pasar por Érebo junto a mí. Pero Zoey lo echó a perder al destapar el engaño.

Incapaz de calmar su frustración, Neferet salió de la habitación y sus *stiletto* crujieron al pisar los cristales rotos. Salió al balcón y apoyó con fuerza sus manos en la fría balaustrada de piedra.

—Zoey hizo que Tánatos fuera enviada a Tulsa para espiarme. Y fue la madre de Zoey quien resultó demasiado débil e imperfecta para el sacrificio. Si Aurox no hubiera sido un recipiente agrietado, el ritual de revelación se habría detenido por la muerte de Rephaim. Pero ahora el Alto Consejo me ha declarado maldita y los humanos de Tulsa me ven como un aliado domesticado. —Neferet alzó los brazos al cielo y gritó su ira—. ¡Zoey Redbird pagará por todo lo que ha hecho!

Neferet se agachó y se rasgó la bata de seda, mostrando su cuerpo a la noche. Desnuda, extendió los brazos y echó hacia atrás la cabeza para que el pelo la cubriera como si de una cortina oscura se tratara.

—¡Ven a mí, Oscuridad! —Se abrazó, preparándose para el doloroso placer del roce gélido de su toro blanco.

Nada.

El único movimiento de la noche fue el de los inquietos y oscuros zarcillos que se habían convertido en su compañía constante.

—¡Señor! ¡Ven a mí! ¡Te necesito! —gritó Neferet.

*Tu llamada no es una sorpresa, mi querida desalmada.*

Neferet oyó la voz en su cabeza, como siempre, pero no sintió su sublime presencia. Dejó caer los brazos y se volvió para buscarlo.

—Mi señor, no puedo verte.

*Necesitas algo.*

Sin comprender todavía por qué no se había aparecido ante ella, Neferet no dejó que su confusión fuera visible en su expresión. Al contrario, respondió con voz seductora:

—Lo que necesito es a ti, mi señor.

Al instante, el más grueso de los adláteres serpenteantes de la Oscuridad se separó de los demás que rodeaban sus tobillos. Se deslizó por su cintura, por su suave piel, dibujando un círculo perfecto de color carmesí. Los otros zarcillos subieron por sus piernas para alimentarse de la oleada de calidez que irradiaba su sangre.

Neferet tuvo cuidado de no gritar.

*No es inteligente que me mientas, mi querida desalmada.*

—Necesito más poder —reconoció Neferet—. Quiero matar a Zoey Redbird y está bien protegida.

*Bien protegida y amada por su Diosa. Ni siquiera tú estás preparada para destruir abiertamente a alguien como ella.*

—Entonces, ayúdame. Te lo ruego, mi señor —lo lisonjeó Neferet, haciendo caso omiso del hilo que, cual hoja, seguía cortándole la piel, y de los otros zarcillos que se estaban alimentando de ella.

*Me decepcionas. Temía que me llamas para pedirme ayuda. Verás, mi querida desalmada, no debería poder predecir tus acciones. Eso me aburre, y no tengo deseo alguno de desperdiciar mis poderes en la predictibilidad y el tedio.* —La voz repiqueteó de manera incesante en su cabeza.

Neferet ni parpadeó.

—No te pediré que me perdones —dijo con frialdad—. Sabías lo que era cuando nos unimos por vez primera. No he cambiado. No cambiaré.

*Lo sé, y por eso siempre te he llamado mi querida desalmada. Su voz pareció ahora divertida. Me recuerdas lo bien que empezamos. Fuiste una sorpresa tan deliciosa. Sorpréndeme de nuevo y consideraré la posibilidad de acudir en tu ayuda. Hasta entonces, te concedo el control sobre los jirones de Oscuridad que opten por permanecer contigo. No desesperes. Muchos te escogerán. Los alimentas tan bien. Volveremos a vernos, mi querida desalmada, cuando... si... vuelves a suscitar mi interés...* Su voz se esfumó cuando el zarcillo más grueso que le cubría la cintura se soltó y desapareció en la noche.

Neferet se desplomó en el suelo. Siguió tumbada en la fría piedra del balcón, observando cómo los hilos de la Oscuridad corrían hacia su sangre. No los detuvo. Dejó que se alimentaran de ella mientras los acariciaba, alentaba y evaluaba cuántos le eran fieles.

Si el toro no la ayudaba, Neferet se ayudaría a sí misma. Zoey Redbird llevaba mucho tiempo siendo un problema. Había permitido durante demasiado tiempo que aquella cría interfiriera en sus planes. Sin embargo, no la mataría. Eso desataría la ira de Nyx demasiado pronto. A diferencia del Alto Consejo, a una diosa no se la podía ignorar.

No, pensó Neferet, *no necesito matar a Zoey. Todo lo que tengo que hacer es crear un ser que haga el trabajo por mí. El recipiente falló por un sacrificio imperfecto. Con el sacrificio perfecto, no fallaré.*

—Soy inmortal. No necesito al toro para crear. Todo lo que necesito es un sacrificio sagrado y poder. He aprendido el ritual. Aurox fue solo el comienzo... — Neferet acarició los hilos de Oscuridad y dejó que siguieran alimentándose de ella.

*Suficientes, se aseguró a sí misma, quedan suficientes.*

## Zoey

—Solo la Diosa sabe cómo odio decir esto, pero estaba equivocada. Esto es como ver *The Bachelorette* «edición estúpidos». —Aphrodite negó con la cabeza y puso los ojos en blanco. Stevie Rae, ella y yo nos dirigíamos a paso tranquilo hacia el aparcamiento y el autobús lleno de alumnos que nos aguardaba. Íbamos despacio porque estábamos superocupadas mirando embobadas a Damien y al reportero, Adam. Los dos estaban junto a la furgoneta de las noticias de la Fox 23 sonriendo y conversando.

—¡Sssh! —le chisté a Aphrodite—. Van a oírte y avergonzarás a Damien.

—Oh, por favor —resopló Aphrodite—. Si el chico gay no para de cotorrear. No nos está prestando ninguna atención.

—Me alegro de que esté tonteando —dije yo.

—¡Mirad! ¡Están sacando los móviles! —dijo Stevie Rae con un susurro demasiado exclamatorio para serlo.

—He vuelto a equivocarme —dijo Aphrodite—. No es como ver *The Bachelorette*, es como ver el canal del *National Geographic*.

—Me parece una monada —dijo Stevie Rae.

—¿El chico con el que está hablando Damien? —preguntó Shaylin cuando se unió a nosotras.

—Sí, creo que están hablando de quedar —dijo Stevie Rae sin dejar de mirar.

—Tiene unos colores suaves, bonitos —dijo Shaylin—. Pegan mucho con los de Damien.

—¿Se están uniendo sus arcoíris o qué? —Aphrodite resopló con sarcasmo. Shaylin frunció el ceño.

—No tienen los colores del arcoíris. Eso es un estereotipo horrible. Tienen los colores del cielo en verano: azules y amarillos. Damien también tiene unos dejes blancos que se asemejan mucho a cúmulos.

—Oh, por favor, esta no tiene ningún sentido del humor —dijo Aphrodite.

—Aphrodite, tienes que dejar de llamar «esta» o «eso» a Shaylin. No está bien —dijo Stevie Rae.

—Entonces, para referencias futuras, ¿cómo de mal está en tu escala? —Arqueó

una ceja a Stevie Rae—. ¿Es una gilipollez, una tontería, pasado de moda, demasiado explícito o demasiado retrasado?

—Tú eres la alta sacerdotisa, pero te diría que si respondes, solo vas a conseguir alentarla más. Ya sabes, como cuando tomas en brazos a un bebé que llora. Sigue llorando —dijo Shaylin en un tono formal y serio.

Todo lo que pude pensar entonces fue: *Mierda, Aphrodite va a arrancarle el pelo de raíz.*

Pero no, Aphrodite se rio.

—Eh, ¡ha hecho una broma! Esta tal vez tenga personalidad y todo.

—Aphrodite, creo que tienes algún tipo de daño cerebral —dijo Stevie Rae.

—Gracias —dijo Aphrodite—. Voy a subir al autobús. Y voy a cronometrar al chico gay. Si tontea más de cinco minutos voy a... —Paró de hablar cuando se volvió hacia el autobús. Mis ojos siguieron su mirada. Shaunee y Erin estaban justo abajo de la escalerilla. Shaunee parecía molesta. El rostro de Erin no tenía expresión alguna. Pude ver que estaban hablando, pero estábamos demasiado lejos para oír lo que decían.

—Hay algo que no marcha bien en ella —dijo Shaylin.

—¿En qué ella? —preguntó Stevie Rae.

—En Erin —precisó.

—Shaylin tiene razón. Algo no marcha bien —dijo Aphrodite.

No sé qué me sorprendió más, lo que Aphrodite y Shaylin estaban diciendo o que estuvieran de acuerdo.

—Dime qué estás viendo —le dijo Stevie Rae en voz baja a Shaylin.

—Esto es como mejor te lo puedo describir: había un conducto de agua tras la casa en la que vivía cuando era pequeña, justo antes de perder la vista. Yo jugaba cerca y me imaginaba que era un arroyo de montaña bonito y lleno de espuma y que me estaba criando en las montañas de Colorado porque el agua era clara y bonita. Pero en cuanto me acercaba demasiado, podía olerla. Apestaba a agentes químicos y a algo más, algo podrido. El agua parecía estar bien, pero bajo la superficie estaba sucia, contaminada.

—Shaylin. —Estaba a punto de perder la paciencia. Me sentía como si estuviera escuchando uno de los poemas de Kramisha, y eso no era necesariamente bueno—. ¿Qué demonios estás diciendo? ¿Que Erin es del color del agua contaminada? Y si lo es, ¿por qué no nos dijiste nada antes?

—¡Está cambiando! —gritó Shaylin. Cuando todos los rostros a bordo del autobús, Shaunee y Erin incluidas, se volvieron hacia nosotros, añadió—: ¡El invierno está dando paso a la primavera! ¿No hace una noche preciosa?

Los chavales la miraron y negaron con la cabeza, pero al menos parecían haber dejado de escuchar.

—Oh, joder. No sois muy buenas en eso del espionaje. —Aphrodite bajó la voz y nos apiñó—. Z, espabila. Es sencillo. Lo que Shaylin está diciendo es que Erin parece

igual que siempre: guapa, rubia, popular, perfecta. Ya sabes, lo normal. Pero la realidad es que bajo la superficie hay algo podrido. No puedes verlo. Yo no puedo verlo. Pero Shaylin sí. —Aphrodite miró hacia el autobús. Todas miramos con ella justo a tiempo para ver cómo Shaunee negaba con la cabeza y subía a la carrera las escaleras recubiertas de caucho negro mientras Erin seguía allí, hermosa, pero muy, muy fría y distante—. Parece que Shaunee también lo ve. Tampoco es que la hubiéramos creído. Habríamos pensado que estaba enfadada con Erin porque las gemelerdas habían sido quirúrgicamente separadas.

—Creo que estamos siendo muy duras —dije.

—Yo también —dijo Stevie Rae—. Pero mi instinto me dice que es verdad.

—El mío también —dijo Damien cuando nos alcanzó. Aún tenía las mejillas ruborizadas, y se despidió alegremente con la mano cuando la furgoneta de Fox 23 se marchó, pero su atención estaba fija en Erin—. Mi instinto también me dice otra cosa.

—¿Que tú y el chico de las noticias os vais a convertir en colegas de posaderas? —dijo Aphrodite con una voz animada y educada, en directa contradicción con el contenido de sus palabras.

—Eso no es asunto tuyo —dijo Damien y luego cambió suavemente a—: Y tal vez quieras prestar atención, Aphrodite. Lo que voy a decirte va a sacudir tu mundo.

—Vaya expresión más carca —dijo Aphrodite.

—Que sea antigua no quiere decir que sea imprecisa —dijo Damien—. Has interpretado lo que Shaylin ha visto. Eso significa que estás haciendo las veces de oráculo.

—No soy un puto oráculo. Soy una profetisa. —Aphrodite parecía realmente molesta.

—Oráculo, profetisa. —Damien levantó una mano y luego la otra como si estuviera pesando algo en cada palma y estuviera intentando equilibrar la balanza—. Para mí es lo mismo. Revisa tus apuntes de historia. «Profetisa». Sibila, el oráculo de Delfos, Casandra. ¿No te dicen nada esos nombres?

—No. En serio. Intento no leer demasiado.

—Bueno, pues si yo fuera tú, empezaría a hacerlo. Son las tres más importantes que se me vienen ahora a mi ilustrada cabeza. Algunos las llaman oráculos. Otros profetisas. Es lo mismo.

—¿No puedo buscar la versión abreviada por Internet? —Aphrodite estaba intentando quedar como una arrogante, pero su rostro había perdido todo su color y sus ojos parecían enormes e incluso más azules de lo habitual. Y asustada. Parecía superasustada.

—Vale, bien, lección aprendida. Yo digo que ¡bien hecho por nosotros! —añadí animada. Cuando todos se me quedaron mirando, intenté darles una explicación—. Tánatos nos dijo que teníamos que practicar nuestros dones. Creo que lo que ha ocurrido es como un, no sé, un crédito extra para todos nosotros. ¿Qué os parece si nos subimos a ese autobús, volvemos a los túneles y vemos algunas reposiciones de

*Fringe?*

—¿*Fringe?* Me apunto —dijo Shaylin y echó a andar hacia el autobús.

—Me gusta Walter —dijo Aphrodite—. Me recuerda a mi abuelo. Bueno, salvo que Walter es un poco más listo y tarado en vez de un borracho sociópata. Sin embargo, los dos resultan entrañables.

—¿Tienes abuelo? ¿Y le quieres? —Stevie Rae me quitó la pregunta de la boca.

—Claro que tengo abuelo. ¿Qué eres, un zote en biología? —A continuación Aphrodite se encogió de hombros—. Da igual. Mi familia resulta bastante difícil de explicar. Voy a seguir a «esta» al bus. —Y lo hizo. Siguió a Shaylin.

Stevie Rae, Damien y yo nos quedamos solos.

—Un país de locos. —Fue todo lo que se me ocurrió decir.

—Desde luego. —Damien asintió.

—De acuerdo, vale. ¿Creéis que está ya todo el mundo a bordo? —pregunté.

—Eso espero. Sé que Rephaim está allí, y solo quedan unas horas para el amanecer. Estoy bastante segura de que nunca ha visto *Fringe*, y creo que le gustaría. Ver una serie acurrucada junto a él suena de maravilla ahora mismo, incluso aunque tengamos que hacerlo con la tarada de Aphrodite. —Rio en mi dirección—. Podíamos pedir una pizza en Andolini.

—Me parece una idea genial... —dije yo.

—Ejem... —Damien se aclaró la garganta con teatral precisión.

—¿Sí? —le pregunté.

—¿Os parecería mal si, bueno, si quizá quedara con alguien para tomar un café? Más tarde. Esta noche. En el café de la calle Cherry.

—¿Sigue abierto? —pregunté mientras miraba la hora en el móvil. Pfff, eran casi las cuatro de la mañana.

—Han empezado a abrirlo las veinticuatro horas, siete días a la semana. La tormenta de hielo les dejó sin ingresos y sí con muchas pérdidas durante semanas y están intentando recuperarse abasteciendo a la, bueno, «multitud nocturna» —explicó Damien.

—¿En serio? ¿Siguen abiertos por nosotros? —Recordé sus deliciosos sándwiches y el arte local que exponían—. ¡Si cerraban a las once!

—Ya no —respondió feliz.

—Uau, eso es genial. Es decir, nunca he estado allí, pero es increíble que una cafetería del centro no cierre para que podamos estar allí —dijo Stevie Rae.

—¿Qué os parece si mañana hacemos que Darius desvíe el autobús de camino a la estación? —Seguí mi instinto. *Es normal que un grupo de adolescentes quiera parar en una cafetería después del instituto*—. Damien, si vas esta noche, ¿podrías preguntarle a quienquiera que trabaje allí si le parecería bien que fuéramos mañana?

—¡Haré de avanzadilla por ti! —Entonces la expresión de Damien se apagó—. Entonces, ¿qué opináis? ¿Jack me odiará?

—¡Oh, claro que no! —dije yo a toda prisa—. Por supuesto que no.

—Jack lo entenderá —añadió Stevie Rae—. Él no querría que estuvieras triste y solo mientras aguardas a que vuelva.

—Lo haré, ¿verdad? —Damien me miró a los ojos—. Jack volverá, ¿no?

*Esas almas están predestinadas a verse de nuevo...* Tales palabras fueron susurradas a mi mente. Reconocí la sabia y familiar voz de Nyx y sonreí. Entrelacé mi brazo con el de Damien.

—Lo haré. Te lo prometo. Y también la Diosa.

A Damien se le pusieron los ojos vidriosos.

—¡Tengo una cita! Y voy a alegrarme por ello.

—¡Sí! —dije.

—¡Estoy tan feliz que podría escupir! Aunque sea una ordinariez —dijo Stevie Rae mientras tomaba la otra mano de Damien.

—Vaya expresión más rara —comentó él.

—Pues sí —dije yo—. Me imagino que recordaréis lo asquerosa que era la escena de *Titanic* en la que Leonardo se ponía a escupir con Kate.

—Eso jamás tendría que haber ocurrido —coincidió Damien—. Es el único fallo de la película.

—Bueno, eso y que Leo se convirtiera en un atractivo polo helado —añadí.

Damien y Stevie Rae emitieron sonidos de absoluta aprobación conforme nos acercábamos al autobús. Vi los rostros de los chicos por las ventanillas. Parecía lleno, y eso me hizo sentir un gran alivio porque estaba más que dispuesta a volver a casa. Stark estaba allí, al principio de la escalera del autobús junto a Darius. Sus ojos me encontraron y su mirada hizo que la piel me ardiera. Rephaim estaba sentado en el primer asiento, justo delante de Kramisha, y prácticamente pude sentir que Stevie Rae vibraba de felicidad cuando le saludó con la mano. Shaylin y Aphrodite estaban subiendo por la escalera. No podía verle el rostro a Aphrodite, pero los movimientos de su cabeza indicaban que estaba tonteando con su guerrero.

Vale, de acuerdo, la Oscuridad era una jodienda y nos ocurrían cosas tremendas, pero al menos estábamos juntos y teníamos amor. Siempre amor.

—Tengo que hablar contigo.

La voz inexpresiva de Erin fue como un chorro de agua gélida en mi feliz ducha.

—Sí, claro. Eh, vuelvo al autobús en un segundo —les dije a Stevie Rae y a Damien.

—Voy a quedarme. —Erin pronunció esas tres palabras tan pronto estuvimos solas.

—¿Quedarte? ¿Te refieres a aquí? —Sabía a qué se refería, pero necesitaba frenar la conversación, ganar algo de tiempo para intentar vadear las preguntas de mi mente. Había conseguido detener a Shaunee cuando había intentado romper con nosotros y volver a la Casa de la Noche después de que Erin y ella empezaran a tener problemas. ¿Debería detener también a Erin?

—Sí, claro que me refiero a aquí. Estoy harta de los túneles. La humedad me



encrespa el pelo.

—Bueno, hay productos para eso. Aveda los tiene. Compraremos algunos en el salón Ilhoff de Utica mañana —le dije.

—Vale, bien, no solo es por mi pelo. No quiero vivir en los túneles. Aquí es donde vivo. Este colegio. No quiero irme en el autobús. Es cutre.

—Erin. Sé que el autobús es una cutrez. Qué demonios, ya lo era antes de que fuéramos marcadas. Pero creo que tenemos que permanecer juntos. Somos más que un grupo. Somos una familia.

—No, no somos una familia. Somos un grupo de jóvenes que van todos al mismo colegio. Eso es todo. Fin.

—Nuestras afinidades hacen que seamos más que eso. —Me estaba dejando alucinada, y no solo por lo que estaba diciendo, sino por su actitud. ¡Estaba siendo tan fría!—. Erin, hemos pasado por demasiadas cosas juntos como para creer que solo somos un grupo de chicos que van al mismo colegio.

—¿Y si eso es lo que sientes tú, pero no como yo me siento? ¿No tengo derecho a escoger? Pensé que con Nyx había libre elección.

—Así es, pero eso no significa que no podamos decir nada cuando alguien que nos importa la está cagando —dije.

—Deja que se vaya.

Erin y yo alzamos la vista y vimos a Aphrodite a los pies de la escalera del autobús. Estaba apoyada contra la puerta, de brazos cruzados. Me esperaba ver su típico gesto de desdén, pero no parecía enfadada. Ni tampoco sonó sarcástica. Simplemente parecía muy segura de sí misma. Tras ella pude ver a Stevie Rae y Shaylin. Las dos asintieron, y ese respaldo tácito a Aphrodite me descuadró porque fui consciente entonces de que mi Consejo había tomado una decisión: habían decidido qué era lo mejor para nosotros, incluso aunque eso no fuera lo mejor para Erin.

—Gracias, Aphrodite. Quién me iba a decir que tú serías la que estaría de acuerdo conmigo. —Erin rio petulante cual niñata tras la calma madurez mostrada por Aphrodite.

—¿Sabes qué, Erin? Estoy contenta de que Aphrodite y tú me lo hayáis recordado —dije yo—. Nyx nos concede libre albedrío, y si tú escoges vivir en la Casa de la Noche, yo voy a respetarlo. Confío en que eso no cambie las cosas en nuestro círculo. Sigues siendo agua. Tu elemento y tú aún sois importantes para nosotros.

Los labios de Erin sonrieron, pero esa sonrisa no alcanzó a sus fríos ojos azules.

—Sí, claro. Siempre seré agua, y el agua puede deslizarse desde cualquier lugar. Llamadme si me necesitáis. Me aseguraré de estar allí.

—Suena genial —dije a toda prisa, pues de repente me sentía superrara—. Bueno, entonces supongo que nos veremos mañana.

—Sí, claro. Os veré en clase. —Erin se despidió con la mano y se marchó.

Subí la escalera del autobús y le pregunté a Darius:

—¿Estamos todos?

—Todos presentes y contabilizados —respondió.

—Entonces volvamos a casa. —Todos nos colocamos en nuestros asientos: Stevie Rae junto a Rephaim; Aphrodite en la primera fila tras Darius, el conductor. Stark estaba esperándome en el siguiente asiento por detrás, y yo me agaché, lo besé rápidamente y le susurré—: Voy a ver cómo está Shaunee y luego vuelvo.

—Estaré esperándote. Siempre —dijo mientras me acariciaba la mejilla.

Avancé a trompicones por culpa de los baches del aparcamiento, donde Darius dio media vuelta y puso rumbo al acceso del colegio. Llegué a la parte trasera del autobús, donde Shaunee estaba sentada sola.

—¿Te importa si me siento un segundo?

—Claro que no —dijo ella.

—Entonces, ¿Erin y tú ya no os habláis?

Shaunee se mordió la parte interior del carrillo y negó con la cabeza.

—No.

—Está bastante disgustada. —Estaba intentando pensar en algo que pudiera decir para que Shaunee se abriera.

—No, no creo que lo esté —dijo Shaunee.

Fruncí el ceño.

—Bueno, lo parecía.

—No —repitió Shaunee mientras miraba por la ventana—. Vuelve atrás y piensa en cómo se ha estado comportando estos últimos dos días, especialmente hoy. «Disgustada» no sirve como adjetivo para describirla.

Pensé en ello. Erin se había mostrado fría. Inexpresiva, carente de emoción alguna. Y eso había sido todo.

—Bueno, sí, tienes razón. Ahora que lo pienso, no ha hecho mucho más que estar separada de nosotros y eso es extraño —le dije.

—¿Sabes qué es más extraño? Que ella esté mostrando más sentimientos que Erin.

Shaunee señaló por la ventanilla al pequeño patio de los profesores, no muy lejos del extremo del aparcamiento. Había una chica sentada junto a la fuente. Cuando pasamos a su lado, había aún luz suficiente como para ver que se había tapado la cara con las manos. Sus hombros temblaban como si estuviera llorando desconsolada.

—¿Quién es? —pregunté.

—Nicole.

—¿La iniciada roja Nicole? ¿Estás segura? —Estiré el cuello para intentar verla mejor, pero ya habíamos llegado al tramo flanqueado por árboles y estos me taparon la imagen de la chica.

—Estoy segura —dijo Shaunee—. La vi allí cuando venía hacia el autobús.

—Mmm —dije yo—. Me pregunto qué le pasará.

—Creo que las cosas están cambiando para algunos de nosotros, y a veces eso es

un asco.

—¿Hay algo que pueda hacer para que lo sea menos para ti? —pregunté.

Shaunee me miró entonces.

—Sé mi amiga.

Parpadeé sorprendida.

—Soy tu amiga.

—¿Incluso sin Erin?

—Me gustas más sin Erin —le dije con total sinceridad.

—Yo también me gusto más —dijo Shaunee—. Yo también.

Poco después regresé a mi asiento junto a Stark y dejé que me rodeara con su brazo. Recosté la cabeza contra su hombro y escuché los latidos de su corazón, apoyándome en su fuerza y amor.

—Prométeme que no se te irá la cabeza y te convertirás en un extraño frío y distante —le dije en voz baja.

—Te lo prometo. Pase lo que pase —dijo sin dudar—. Ahora despeja tu mente de todo salvo del hecho de que te voy a obligar a probar una pizza distinta esta noche.

—¿Esta noche no hay Santino? ¡Pero si nos encanta esa pizza!

—Confía en mí, Z. Damien me ha hablado de la pizza ateniense. Dice que es la ambrosía de las pizzas. No estoy muy seguro de qué significa eso, pero creo que es mejor que bueno, así que vamos a pedirla.

Sonreí, me relajé a su lado y fingí, durante el breve trayecto de la Casa de la Noche a la estación, que mi mayor problema era decidir si expandía o no mis horizontes culinarios.



## Abuela Redbird

Sylvia saludó al sol con gratitud y alegría. Su corazón se sentía más liviano que en años, más incluso que la mañana anterior, cuando había visto a Aurox y había escogido el amor y el perdón frente a la ira y el odio.

Su hija estaba muerta, y aunque sentiría la pérdida de Linda durante el resto de su vida, Sylvia sabía que por fin estaba libre de la tierra baldía en la que la vida de su hija se había convertido. Linda descansaba en el Otro Mundo con Nyx, feliz y libre de sufrimientos. Eso hizo a la anciana sonreír.

Sentada en la mesa del taller que tenía en su casita de campo, tarareó una antigua nana cherokee mientras escogía entre las distintas hierbas y piedras, cristales e hilos, y tomaba una larga y fina brizna de hierba dulce para atar un haz de lavanda seca. Al amanecer cantaría al sol mientras el humo purificador de la hierba dulce y el relajante aroma de la lavanda mezclados la bañaran junto con la luz del sol. Mientras creaba su haz de hierbas para incensar, los pensamientos de Sylvia pasaron de su hija biológica a centrarse en Zoey, la hija de su espíritu.

—Ah, *u-we-ts-a-ge-ya*, te echo tanto de menos —dijo en un susurro—. Te llamaré hoy cuando se ponga el sol. Me alegrará mucho oír tu voz. —Su nieta era joven, pero había sido especialmente bendecida por su Diosa, y aunque eso implicaba que Zoey tuviera unas responsabilidades inusuales para alguien de su edad, también significaba que tenía el talento para afrontar los retos y problemas que tales responsabilidades conllevaban.

Y eso hizo que Sylvia pensara en Aurox, el chico que era una bestia.

—¿O es una bestia que es un chico? —Mientras sus manos trabajaban, la anciana negó con la cabeza—. No, pensaré bien de él. Lo llamé *tsu-ka-nv-s-di-na*. Toro en vez de bestia. Lo he conocido, le he mirado a los ojos, he visto cómo lloraba con arrepentimiento y soledad. Posee un espíritu, un alma. Y, por tanto, una elección. Creo que Aurox escogerá la Luz, incluso aunque la Oscuridad resida en su interior. Ninguno de nosotros es totalmente bueno. O malo. —Sylvia cerró los ojos y aspiró el dulce aroma de las hierbas—. Gran Madre Tierra, fortalece el bien dentro de ese chico y permite que *tsu-ka-nv-s-di-na* sea domado.

Sylvia empezó a tararear de nuevo mientras terminaba el manojito de hierbas. Cuando hubo acabado de entrelazar la hierba y la lavanda, se dio cuenta de que la canción que tarareaba había pasado de la nana a una melodía completamente diferente: *La canción de la mujer que fue valiente en la guerra*. Aunque estaba sentada muy erguida, los pies de Sylvia habían empezado a moverse al ritmo de las

subidas y descensos de su voz.

Cuando se percató de lo que había estado haciendo, Sylvia se quedó completamente quieta. Se miró las manos. Entrelazado entre la hierba dulce y la lavanda había un hilo azul, encordado y atado con una turquesa irregular. En aquel momento de claridad, Sylvia lo comprendió.

—Un haz de la Diosa. —Sylvia pronunció las palabras con veneración—. Gracias, Tierra Madre, por esta advertencia. Mi espíritu te ha oído y mi cuerpo obedece. —Lenta, solemnemente, la anciana se puso en pie. Fue a su habitación y se quitó el camisón. Abrió el armario apoyado contra una de las paredes de pino y sacó su ropa de gala más sagrada: la capa y la falda plisada que había confeccionado cuando se había enterado de que estaba embarazada de Linda. La piel de ciervo estaba ya vieja y quedaba un tanto holgada sobre su menudo cuerpo, pero aún era suave y lisa al tacto. El verde que Sylvia había estado tanto tiempo mezclando para teñir la prenda seguía siendo del color del musgo, incluso después de tres décadas. Ni una sola de las cuentas o de las conchas estaba suelta.

Mientras Sylvia se trenzaba sus cabellos canosos, empezó a cantar en voz alta *La canción de la mujer que fue valiente en la guerra*.

Se puso unos pendientes de plata y turquesa en cada oreja.

Su voz se elevó y descendió al ritmo de sus pies descalzos mientras se ataba los collares de turquesas alrededor del cuello, uno tras otro, hasta que su peso le resultó familiar y cálido.

Sylvia se puso en sus delgadas muñecas brazaletes de turquesa y cintas más finas y pequeñas de plata y turquesa, siempre turquesa, hasta que sus dos antebrazos quedaron ocultos casi por completo, de la muñeca al codo.

Solo entonces Sylvia Redbird tomó el haz de hierbas para incensar y una caja alargada de cerillas de madera y salió de su habitación.

Dejó que su espíritu guiara sus pies desnudos. Este no la llevó al riachuelo tras su casa donde, por lo general, recibía el amanecer. En vez de eso, Sylvia se encontró en mitad de su amplio porche delantero. Siguió sus instintos y encendió el haz de hierbas. Con movimientos gráciles y practicados, empezó a dar vueltas sobre sí misma con los olores de la hierba dulce y la lavanda. Fue entonces cuando quedó engullida por el humo, de la cabeza a los pies, y mientras seguía cantando la canción de guerra de la mujer sabia, Neferet salió de la Oscuridad, materializándose ante ella.

## Neferet

La voz de Sylvia era como una tiza chirriante en una pizarra.

—De acuerdo con tu propio sistema de creencias, es de mala educación no dar la bienvenida a un invitado. —Neferet alzó la voz para poder ser oída por encima de la temible canción de la anciana.

—Los invitados son bienvenidos. Tú no has sido invitada a mi casa. Eso te convierte en una intrusa. De acuerdo con mis creencias, te estoy saludando de la manera apropiada.

Neferet torció el gesto. La canción de la anciana había terminado, pero sus pies descalzos seguían repitiendo el ritmo.

—Esa canción es casi tan molesta como ese humo. ¿Piensas que esa peste te protegerá?

—Pienso muchas cosas, Tsi Sgili —dijo Sylvia mientras aún agitaba el haz de hierbas a su alrededor y bailaba sin moverse del sitio—. En estos momentos estoy pensando en que rompiste un juramento que me hiciste cuando mi *u-we-tsi-a-ge-ya* se unió a vuestro mundo. Te insto a que lo cumplas.

A Neferet casi le resultó divertida la insolencia de aquella anciana.

—Yo no te juré nada.

—Lo hiciste. Me prometiste que serías la mentora de Zoey y que la protegerías. Y luego rompiste ese juramento. Me debes el valor de ese juramento roto.

—Anciana, soy inmortal. No me rijo por las mismas normas que tú —le dijo Neferet.

—Puede que te hayas convertido en inmortal. Pero eso no cambia las leyes de la Madre Tierra.

—Tal vez, pero sí que cambia cómo cumplirlas —le respondió Neferet.

—El quebrantamiento de tu juramento no es la única deuda que me debes, hechicera —dijo Sylvia.

—¡Soy una diosa, no una hechicera! —Neferet sintió cómo la ira crecía en su interior y empezó a moverse lentamente hacia el porche. Los zarcillos de Oscuridad culebrearon con ella, aunque Neferet percibió su vacilación cuando las volutas de humo serpentearon hacia el suelo y parecieron fundirse en torno a ella.

Sylvia siguió bailando y moviendo el manojó a su alrededor.

—La segunda deuda que has contraído conmigo es mayor que la de que rompieras tu juramento. Me debes una deuda de vida. Mataste a mi hija.

—Sacrifiqué a tu hija por un bien mayor. ¡No te debo nada!

La anciana no le prestó atención. En vez de eso, detuvo su baile el tiempo suficiente para agacharse y colocar el haz de hierbas a sus pies. Entonces alzó el rostro y abrió los brazos, como si estuviera abrazando el cielo.

—Gran Madre Tierra, óyeme. Soy Sylvia Redbird, mujer sabia de los cherokee, y *ghigua* de mi tribu y de la Casa de la Noche. Te ruego piedad. La Tsi Sgili, Neferet, otrora alta sacerdotisa de Nyx, ha renegado. Ha contraído conmigo una deuda por romper su juramento. También es la asesina de mi hija. Me debe una deuda de vida. Invoco tu ayuda, Madre Tierra, y proclamo la existencia de ambas deudas. El pago que exige es la protección.

Haciendo caso omiso a los zarcillos de la Oscuridad, que estaban encogiéndose de miedo, Neferet se acercó a Sylvia y subió los escalones que daban al porche mientras

hablaba:

—Estás completamente equivocada, anciana. Soy la única diosa que está escuchando. Soy la inmortal a quien deberías estar pidiendo protección.

Neferet accedió al porche lleno de humo cuando Sylvia habló de nuevo. La voz de la anciana había cambiado. Antes, cuando invocaba a aquella que llamaba Madre Tierra, su voz había sido poderosa. En esos momentos se había suavizado y hablaba más bajo. Ya no tenía los brazos extendidos. Su rostro ya no se alzaba suplicante. Sus ojos oscuros miraron fijamente a los de Neferet.

—No eres una diosa. Eres una niña quebrada y de espíritu egoísta. Me das lástima. ¿Qué te ha ocurrido? ¿Quién te hizo eso, niña?

La ira de Neferet fue tan intensa que sintió como si fuera a estallar. Hizo caso omiso de los zarcillos de Oscuridad y atacó a Sylvia, deseosa de un contacto piel con piel, de cortar y rasgar y morder a esa arpía insolente.

Con un movimiento rápido impropio de su edad, Sylvia levantó los brazos para protegerse el rostro de los golpes de Neferet.

La inmortal sintió un dolor abrasador por todo su cuerpo. Irradiaba de sus manos. Gritó y retrocedió mientras contemplaba las marcas ensangrentadas que le habían quedado en los puños con la forma de las piedras azules de los brazaletes que rodeaban los brazos delgados de la anciana.

—¡Cómo te atreves a atacarme a mí, una diosa!

—No he atacado a nadie. Tan solo me he defendido con las piedras de protección que la Gran Madre me ha regalado. —Sin apartar por un momento la mirada, y siguiendo con sus brazos engarzados en turquesas y plata en alto, la anciana empezó a cantar de nuevo.

Neferet quería hacerla trizas con sus propias manos. Pero conforme se aproximaba, cercando a la cherokee, pudo sentir la ola de calor que irradiaban las piedras azules con las que estaba cubierta. Era como si latieran con un fuego igual al de su furia.

¡Necesitaba a su toro blanco! Su frígida Oscuridad extinguiría las llamas de la anciana. Tal vez la extraña energía que la anciana blandía lo tomaría por sorpresa y entonces, una vez más, Neferet podría hacer uso de su poderío.

Controlando su ira, Neferet retrocedió, fuera del círculo de humo y calor que engullía a Sylvia. Observó a la anciana, su baile, y escuchó su canción. Antigua. Vieja. Todo lo concerniente a Sylvia Redbird decía que ella, y el poder de la tierra que blandía, habían estado allí desde hacía mucho tiempo.

El toro blanco también era antiguo.

Esa india no la pillaría por sorpresa.

—Me encargaré yo misma de ti. —Sin dejar de mirarla a los ojos, Neferet levantó las manos y, sin parpadear siquiera, se valió de sus afiladas y apuntadas uñas para clavárselas en las heridas ya abiertas por las turquesas protectoras de la anciana. La sangre empezó a salpicar el porche. Neferet sacudió las manos y una lluvia carmesí

empezó a caer sobre la nube de humo, dispersándola, y salpicando a la anciana de gotas rojas, que contrastaban con los tonos verdosos y azules que llevaba. A continuación giró las manos, las ahuecó y dejó que la sangre se acumulara allí.

—Venid, hijos de la Oscuridad, ¡bebed! —Los zarcillos vacilaron al principio, pero tras probar por primera vez la sangre de Neferet, se animaron.

Neferet observó cómo los ojos de Sylvia se abrían de par en par y vio que el miedo los ensombrecía. La mirada de la anciana no flaqueó, pero sí su canción. Su voz comenzó a sonar vieja... débil... temblorosa...

—¡Ahora, hijos míos! Habéis probado mi sangre y Sylvia Redbird ha sido ungida con ella. ¡Atrapadla, traedme a la anciana! —La voz de Neferet cambió y se tornó rítmica. Reprodujo, aunque con una voz más lúgubre, la canción de guerra de Sylvia.

No habéis de matar  
tan solo mi ira saciar.  
Bebed hasta quedar saciados  
y luego una jaula para mí cread.  
Haré que lo viejo en nuevo se torne,  
un festín de juventud y fuerza tendréis.  
Sedme fieles y leales  
¡sofocad la canción de esta anciana!

Los zarcillos obedecieron a Neferet. Evitaron las piedras turquesas de la anciana. Rodearon sus pies desprovistos de adornos, obligándolos a detener su baile rítmico. Como el suelo de una celda, la Oscuridad se colocó a sus pies, extendiéndose, y a continuación se elevó y elevó, apresando a Sylvia hasta que, finalmente, su canción fue silenciada, reemplazada por un grito de agonía cuando la levantaron y, moviéndose por entre las sombras y la neblina y portando su terrible jaula y a su prisionera, la Oscuridad siguió a su señora.

## Aurox

Aurox aguardó a que el sol estuviera en lo alto del cielo invernal antes de salir del foso de nuevo. El día había amanecido nublado y gris pero, con el paso de aquellas interminables horas, el sol invernal se había abierto un hueco por entre la neblina y las sombras. Al mediodía, cuando el sol estaba en su punto más alto, Aurox decidió salir.

No dejó que el apremio que sentía bajo su piel lo volviera descuidado. Aurox se valió de los fuertes músculos de sus brazos para agarrarse con fuerza a las raíces y quedarse colgado de ellas, parte bajo tierra, parte por encima. Utilizó todos sus sentidos paranormales para escudriñar, buscar.



*Debo escaparme sin ser visto.*

El colegio no estaba tan silencioso como había estado el día anterior. Operarios humanos estaban ocupados reparando la sección dañada de los establos. Aurox no vio a ningún vampiro, pero el vaquero humano, Travis, parecía estar en todas partes. Sí, tenía las manos y los antebrazos cubiertos de vendajes, pero su voz sonaba tan fuerte que llegó hasta él. Lenobia no se dejó ver en el sol del mediodía, pero no lo necesitaba. Travis estaba allí para ella, y no solo con los obreros. El vaquero también interactuaba libremente con los caballos. Aurox observó cómo cambiaba a una enorme percherona y a la yegua negra de Lenobia de un corral provisional a otro.

*No solo trabaja para Lenobia. Ella confía en él. Aquello sorprendió a Aurox. Si una alta sacerdotisa puede confiar así en un humano en semejante momento de estrés y tumulto, tal vez exista la posibilidad de que Zoey pueda...*

No. Aurox no se permitiría esa fantasía. Había oído lo que era. Zoey había oído lo que era. ¡Todos lo habían hecho! Había sido creado por la Oscuridad a través de la vida de la madre de Zoey. Era imposible que se ganara su confianza o su perdón.

*Solo hay una persona en la tierra que confía en mí, solo una persona que me ha perdonado. Es a ella a quien debo acudir.*

Aurox se quedó allí suspendido, escudriñando por entre las raíces y la corteza astillada, aguardando... aguardando... Finalmente los humanos empezaron a marcharse de los establos, comentando lo bien que estaba tener Queenies a tiro de piedra para poder tomarse el «sándwich de huevo definitivo» en el almuerzo, y riendo. Los amigos siempre reían.

Aurox deseó compartir esas risas entre amigos.

Cuando estuvieron de espaldas a él y sus voces se apagaron, salió del todo del foso y, cual mono, trepó por el árbol hasta el punto donde tocaba el muro del colegio y luego lo saltó.

Aurox quería correr, llamar a la bestia y correr con toda la fuerza del Otro Mundo que poseía. Pero no, se obligó a caminar. Se limpió la tierra, hojas y hierba de su ropa. Se pasó los dedos por el caos apelmazado que era su pelo, quebrando la costra de fango y sangre, y se lo peinó hasta que pareció medianamente normal.

La normalidad era buena. La normalidad no era percibida. La normalidad no era aprehendida.

El vehículo estaba exactamente donde lo había dejado el día anterior. Las llaves seguían en el contacto. Las manos de Aurox temblaron, solo un poco, cuando encendió el motor y salió de la parte trasera del aparcamiento de la plaza de Utica y puso rumbo al sudeste, a su refugio.

El trayecto en coche se le hizo muy corto. Aurox dio las gracias por ello. Mientras maniobraba con el coche para meterlo por el camino angosto que llevaba a la casa de Sylvia Redbird, bajó las ventanillas. A pesar de que hacía fresco, quería aspirar el aroma a lavanda y aceptar la calma que esta le ofrecía. Al igual que había aceptado el refugio que la abuela Redbird le había ofrecido.

Cuando Aurox aparcó delante del amplio porche delantero, todo había cambiado. Al principio no lo comprendió, no fue capaz de procesarlo. El olor lo golpeó, pero luchó contra lo que percibió en él.

—¿Abuela? ¿Abuela Redbird? —gritó Aurox mientras salía del coche y echaba a correr hacia el lateral de la pequeña casa de campo. Esperaba encontrarla junto al riachuelo cristalino; era su lugar. Estaría tarareando una canción alegre. Tranquilizadora. Segura. No estaba allí.

Una terrible premonición lo inundó. Aurox recordó el hedor fétido que le había llegado mezclado con el aire de lavanda cuando había aparcado delante de la casa de la abuela de Zoey.

Echó a correr.

—¿Abuela? ¿Dónde estás? —estaba gritando mientras doblaba la esquina de la casa y sus pies resbalaban con la gravilla suelta que pavimentaba la pequeña zona para aparcar situada delante de la casa.

Aurox agarró el pasamanos del porche y subió los seis peldaños en dos zancadas. Se detuvo en el centro del enorme porche de madera, justo delante de la puerta principal de la abuela Redbird. La abrió y entró corriendo.

—¡Abuela! Soy yo, Aurox. Tu *tsu-ka-nv-s-di-na*. ¡He vuelto!

Nada. No estaba allí. Aquello no pintaba bien. Nada bien.

Aurox volvió sobre sus pasos hasta el centro del porche. El olor era más fuerte allí.

Oscuridad. Miedo. Odio. Dolor. Aurox pudo leer todas esas emociones y más de la sangre que salpicaba el porche. Mientras seguía allí, respirando con dificultad, asimilando la certeza de la violencia destructiva que allí se había producido, el humo llegó hasta él. Se elevó en remolinos desde sus mocasines, portando volutas de información. Grabada en la neblina gris, una antigua canción se elevó a su alrededor, cual pluma. En el interior de la neblina, Aurox pudo oír el eco de la voz de una mujer corajuda.

Aurox cerró los ojos y respiró profundamente. *Por favor*, rogó en silencio, *permíteme saber qué ha ocurrido aquí*.

Una serie de sentimientos lo asaltaron: odio e ira. Esos sentimientos le resultaban fáciles de entender, familiares.

—Neferet —susurró—. Has estado aquí. Puedo olerte. Te siento. —Pero, tras las emociones conocidas, llegaron otras que lo hicieron caer de rodillas al suelo.

Aurox sintió el coraje de Sylvia Redbird. Sintió su sabiduría y determinación, y finalmente su miedo.

Se desplomó de rodillas en el suelo.

—¡Oh, Diosa, no! —gritó Aurox al cielo—. Esta es la sangre de Neferet, presente en la abuela Redbird. ¿La ha matado Neferet como hizo con su hija? ¿Dónde está el cuerpo de la abuela?

No obtuvo respuesta, salvo el suspiro del viento y los molestos graznidos de un

enorme cuervo posado en un extremo del porche.

—¡Rephaim! ¿Eres tú? —Aurox se pasó las manos por su pelo sucio mientras el cuervo lo miraba y movía la cabeza de lado a lado—. Ojalá la Diosa se llevara al toro de mi interior y me convirtiera en pájaro. Si lo hiciera, podría llegar hasta el cielo y volar para siempre.

El cuervo le graznó y a continuación extendió las alas y se marchó volando, dejando a Aurox completamente solo.

Aurox, desesperado y frustrado a partes iguales, quería llorar, así como llamar a la bestia para que atacara a alguien, a quien fuera, presa de su ira y miedo.

El chico que también era una bestia optó por no hacer ninguna de las dos cosas. Aurox no hizo nada, nada de nada, salvo pensar. Se sentó en el porche de la abuela durante largo rato y entre restos de sangre y humo, miedo y coraje, Aurox razonó para abrirse paso hasta la verdad.

*Si Neferet hubiera matado a la abuela Redbird, su cuerpo estaría aquí. No tiene motivo alguno para ocultar sus fechorías. Sus crímenes ya han sido descubiertos. Tánatos se aseguró de ello. Entonces, ¿qué más quiere Neferet aparte de la muerte y la destrucción?*

La respuesta era tan simple como horrible.

*Neferet quiere crear el caos, y una manera sencilla de hacerlo es provocándole dolor a Zoey Redbird.* Aurox supo la verdad en cuanto le vino a la mente ese pensamiento. La abuela Redbird era única entre los mortales, una líder talentosa, querida por muchos. Y poderosa. La abuela Redbird era poderosa.

Sylvia Redbird sería un sacrificio mucho más adecuado del que había conseguido con su hija.

—¡No! —La mente de Aurox intentó zafarse de tan terrible pensamiento. También era cierto que al capturar a la querida abuela de Zoey, Neferet se aseguraría de que la iniciada iría tras ella con toda su fuerza y poder. Al hacerlo, también fragmentaría a la comunidad vampírica y desataría el caos en la zona.

—Ya sea como sacrificio o como rehén, mientras Neferet tenga a la abuela Redbird y Zoey intente salvarla, Neferet obtendrá lo que más desea: caos y venganza. Bueno, entonces, alguien tendrá que salvar a la abuela Redbird.

Aurox tomó la decisión rápidamente, aunque era consciente de que podría suponer su fin. El trayecto en coche de vuelta a Tulsa se le hizo inusualmente largo. Aurox tuvo tiempo suficiente para pensar. Pensó en Neferet y en su insensible indiferencia hacia la vida. Pensó en Dragon Lankford y en cómo había combatido y derrotado a la soledad y la desesperación que habían intentado engullir su vida. Aurox pensó en el coraje de aquellos que hacían frente a un enemigo tan grande que el mero recuerdo del toro blanco hizo que el interior de su cuerpo se estremeciera. Y pensó también en Zoey Redbird.

Ya había anochecido cuando regresó a Tulsa. No condujo hasta la oscura parte trasera del aparcamiento de la plaza de Utica. En vez de eso, dejó atrás el centro

comercial y puso rumbo este por la 21. Giró a la izquierda en el semáforo de la calle Utica y luego otra vez a la izquierda una calle después, accediendo por la verja delantera a la Casa de la Noche. Aparcó no muy lejos del pequeño autobús amarillo.

Respiró profundamente. *Cálmate. Controla a la bestia. Puedes hacerlo. Debes hacerlo.* A continuación salió del coche.

Aurox no había parado de reflexionar en el camino de vuelta de la casa vacía de la abuela Redbird, pero no había pensado qué haría cuando llegara a la Casa de la Noche. Así que, dejando que sus instintos lo guiaran, echó a andar por el campus.

Era la hora del almuerzo. Los olores provenientes de la cafetería ubicada en el edificio principal le hicieron la boca agua, y cayó entonces en la cuenta de que no había comido nada en todo el día. Sus pies se movieron de manera automática hacia el centro del campus, siguiendo el olor a comida.

Justo cuando subió a la acera situada fuera de la entrada al salón comedor, las enormes puertas de madera se abrieron y un grupo de iniciados salió de ellas, hablando y riendo con sus familiares voces.

Zoey lo vio antes que nadie. Lo supo porque abrió los ojos de par en par de la sorpresa. Había empezado a negar con la cabeza y abierto la boca como si fuera a gritarle cuando la voz de Stark cruzó el espacio entre ellos cual flecha.

—¡Zoey, vuelve a entrar! Darius, Rephaim, conmigo. ¡A por él!



## Zoey

—¡Tengo que hablar con Zoey! —gritó Aurox, y luego Stark le soltó un puñetazo en la boca y estuvo entonces demasiado ocupado escupiendo sangre y cayendo al suelo de rodillas como para gritar nada más.

—¡Stark! ¡Mierda! ¡Para! —Intenté agarrar el brazo de mi guerrero.

—¡He dicho que vuelvas dentro! —me gritó Stark mientras zarandeaba a Aurox como si fuera una mera hormiga. Darius y él lo habían tirado de la acera y lo estaban llevando hacia los robles, donde había más sombra.

*¡Van darle una paliza!*

—No está luchando contra ti, Stark. No está haciéndole daño a nadie. —Corrí tras Stark y Darius. No podía soportar los gemidos de dolor de Aurox mientras lo arrastraban por la hierba. Intenté razonar con él, pero Stark no me estaba escuchando. Darius ni siquiera me miró.

Entonces sentí la mano de Stevie Rae en la muñeca.

—Z, deja que los chicos se encarguen.

—No, pero...

—No va a ir a ninguna parte. —Stark le soltó una patada y Aurox rodó hasta la sombra a los pies de un enorme roble—. Incluso aunque se convierta en esa criatura. —Stark sonó tan peligroso como lo parecía. Había sacado el arco del cabestrillo que llevaba colgado a la espalda, había colocado una flecha y estaba apuntando con ella directamente a Aurox.

—No quiero transformarme. Estoy intentando no hacerlo. —Aurox, de rodillas en el suelo y encorvado, estaba luchando contra sí mismo. Tenía la cabeza gacha y la sangre le caía de la boca a la camiseta—. Si no vais a dejarme hablar con Zoey, id a buscar a Tánatos.

—Hazlo —le dijo Darius a Rephaim—. Que venga Kalona también.

Rephaim se marchó corriendo mientras Darius se acercaba a Aurox. Este levantó la cabeza. Sus ojos centelleaban y pude ver que tenía la cara roja. Fue a levantarse, pero Darius lo empujó, tirándolo al suelo de nuevo. Entonces el guerrero sacó una navaja de hoja fina y aspecto peligroso del interior del abrigo y se cernió sobre él.

Aurox tenía la cara pegada al asfalto y oí cómo un terrible gemido escapaba de su boca.

—Te transformarás y yo te mataré —le dijo Stark muy despacio y vocalizando mucho.

—¡Estoy intentando no hacerlo! —Aquellas palabras sonaron extrañas, como si

se hubieran abierto paso a la fuerza por la garganta de Aurox. Giró entonces la cabeza y vi que tenía el rostro totalmente crispado y que sus ojos refulgían. Su piel se retorció y ondeaba como si docenas de bichos estuvieran moviéndose bajo la superficie.

Era una imagen repulsiva y el estómago empezó a darme vueltas. *Esto no puede ser mi Heath. La piedra vidente estaba errada.* Puse mi mano sobre la piedra y la presioné contra mi pecho. Nada. Ni siquiera estaba un poco caliente. *He cometido un error. Otro lío más provocado por mi culpa.* Apenas podía pensar de la tristeza que me embargó de repente.

—¡Inténtalo más! —Miré sorprendida a Aphrodite y me pregunté qué demonios estaba pasando cuando ella pasó a mi lado en dirección a Aurox.

—¡Aphrodite, retrocede! Puede que... —empezó a decir Darius, pero Aphrodite lo interrumpió.

—No va a hacer una mierda. El chico del arco le dispararía en el culo. Y luego tú lo abrirías en canal desde las pelotas hasta la garganta. No podría estar más segura ni dando clases en una guardería. Bueno, sería nauseabundo estar rodeada de tanto niño, pero creo que me habéis entendido.

—Aphrodite, ¿qué estás haciendo? —Había encontrado mi voz de nuevo.

Señaló con una de sus uñas perfectamente cuidadas a Aurox.

—Mientras no ataques a nadie, no habrá nada aquí contra lo que tengas que luchar. Así que controla esa mierda que tienes dentro. Ahora. —Miró hacia atrás, a mí—. Acercaos. No hace falta que todo el colegio nos mire como si acabara de descarrilar un tren. —Su mirada abarcó a mi círculo, a mis amigos, que se habían apresurado a cerrar filas tras de mí. Damien, Shaunee, Shaylin. Su presencia, junto con la de Stevie Rae, empezó a tranquilizarme, y me ayudó a pensar mientras ella seguía hablando—. De acuerdo, Shaylin dice que es del color de la luz lunar, lo que me hace pensar en Nyx, y eso me dice que cualquiera que me haga pensar en Nyx, incluso alguien tan repulsivo como este chico-toro, debería poder hablar. Eso es todo. Fin.

—Sí, lo siento. —Shaylin se acercó a mí y me dijo en voz baja—. Sé que no es lo que queréis oír, pero veo la luz plateada de la luna cuando lo miro.

—Es lo que yo quiero oír. —La voz de Aurox sonaba ya más normal. Su piel había dejado de retorcerse y ondearse. Le seguía sangrando la boca, y tenía una brillante marca roja en un lado de la cara, allí donde se había golpeado contra la acera cuando Stark le había soltado el puñetazo, pero parecía un chico normal de nuevo y no algo sacado de *Resident Evil*.

—Ni te atrevas a moverte —dijo Stark entre dientes—. Aphrodite, por una vez escucha a Darius y retrocede. ¿Acaso no recuerdas en lo que se transformó?

—Mató a Dragon. Podría matarte —dijo Darius.

—¡No quería hacerlo! Intenté no hacerlo. —La mirada de Aurox encontró la mía—. Zoey, díselo. Diles que intenté evitar lo que estaba ocurriendo. No sé qué ocurrió.

Tú me crees. Sé que me crees. La abuela Redbird dijo que me protegiste.

Stark dio un paso hacia Aurox.

—¡No hables de la abuela de Zoey!

—¡Por eso estoy aquí! Zoey, tu abuela está en peligro.

Me sentí como si Aurox me hubiera soltado un puñetazo en el estómago. Stark tenía el pie en la nuca de este y lo estaba obligando a mirar al suelo mientras le gritaba algo de mi abuela. Darius también estaba gritando. Damien había empezado a gritar. La cara de Aurox había empezado a ondearse de nuevo y de repente Kalona estaba allí. Agarró a Stark con una mano y a Darius con la otra y los arrojó lejos de allí. Con las alas totalmente extendidas, se cernió sobre Aurox, con los puños cerrados y con un gesto que le asemejaba a un Hulk inmortal. Iba a fulminar a Aurox.

—¡No lo mates! —grité—. ¡Sabe algo de mi abuela!

—¡Guerrero, detente! —Tánatos no levantó la voz, pero el poder de su orden ondeó por la piel de Kalona. Este se retorció cual caballo intentando zafarse de una mosca, pero bajó los puños. La alta sacerdotisa de la Muerte me atravesó con sus oscuros ojos—. Invoca al espíritu. Refuerza el bien en Aurox. Ayúdalo a no transformarse.

Tomé aire entre escalofríos y cerré los ojos para no tener que mirar al ser que era Aurox, el ser que había pensado que era Heath, el ser que podía haberle hecho daño a mi abuela.

—Espíritu, ven a mí —susurré—. Si existe el bien en el interior de Aurox, fortalécelo. Ayúdalo a que siga siendo humano. —Sentí cómo el elemento que consideraba más afín silbaba a mi alrededor y oí cómo Aurox tomaba aire cuando se movió hacia él. Y entonces, solo por un instante, sentí que mi piedra vidente se calentaba.

Abrí los ojos y la piedra se tornó fría de nuevo. Aurox estaba sentado en el suelo, desplomado contra un roble, sangrando y magullado, pero volvía a ser un chico. Darius y Stark, con el ceño fruncido, estaban regresando a nuestro grupo. Kalona parecía mosqueado, pero se había echado a un lado.

—Stevie Rae, invoca a la tierra. Agudiza las sombras bajo este árbol. Damien, invoca al aire. Haz que la brisa sople con la fuerza suficiente como para amortiguar nuestras palabras. Nuestros iniciados no necesitan ser testigos de más violencia y caos. Lo que ocurra aquí se mantendrá en privado —ordenó Tánatos.

Stevie Rae y Damien obedecieron a la alta sacerdotisa y en cuestión de segundos fue como si nuestro grupo se encontrara en una pequeña burbuja con olor a roble mientras el viento azotaba a nuestro alrededor, llevándose consigo nuestras palabras.

Tánatos hizo un gesto de asentimiento con la cabeza en dirección a ellos dos a modo de aprobación. A continuación se volvió hacia Aurox.

—¿Y bien? ¿Qué es lo que sabes sobre Sylvia Redbird? —Tánatos le lanzó la pregunta.

—Neferet se la ha llevado.

—¡Oh, Diosa! —Me tambaleé y Stark me agarró antes de que me pudiera caer—. ¿Está muerta?

—N-no lo sé. Espero que no —dijo Aurox con sinceridad.

—¿Que no lo sabes? ¿Que esperas que no esté muerta? —Stevie Rae parecía supermosqueada—. ¿Es esto algo que has hecho pero que intentaste no hacer?

—¡No! No he tenido nada que ver con eso.

—Entonces ¿cómo lo sabes? —conseguí preguntarle, aunque me temblaba la voz y tenía la sensación de que iba a vomitar de un momento a otro.

—Volví a su casa y no estaba. Había sangre en el porche. Era de Neferet. Lo sé. Conozco su olor.

—¿También había sangre de mi abuela? —pregunté.

—No. —Negó con la cabeza—. Pero trazas de su poder persistían en el humo y en la tierra, como si se hubiera preparado para la batalla.

—Dices que volviste a casa de Sylvia. ¿Por qué? —le preguntó Tánatos.

Aurox se limpió parte de la sangre de su boca. Le temblaba la mano. Lo cierto es que parecía estar a punto de romper a llorar.

—Me encontré ayer por la mañana, después de tan terrible noche. Me perdonó. Me dijo que creía en mí, y luego me ofreció refugio. Habló conmigo, como si yo fuera normal. No como si fuera un monstruo. Me llamó *tsu-ka-nv-s-di-na*. —Aurox me miró.

—Toro —dije yo, recordando las palabras de las clases que tomé de pequeña—. Esa es la palabra cherokee para toro.

—Sí, eso es lo que la abuela Redbird dijo. Me ofreció refugio, siempre y cuando no hiciera daño a nadie más, pero yo me marché. —Negó con la cabeza—. ¡No debería haberlo hecho! Debería haberme quedado allí y haberla protegido, pero no sabía que estaba en peligro.

—No te culpo. No en este momento —dijo Tánatos—. Dices que te marchaste ayer y que regresaste hoy.

Aurox asintió.

—Me marché porque necesitaba averiguar quién soy. Qué soy. Vine aquí. Me escondí bajo el árbol partido. —Miró con gesto suplicante a Tánatos—. Oí lo que dijiste en el funeral de Dragon acerca de lo que soy. No pude soportarlo. En lo único que podía pensar era en volver con la abuela Redbird. Ella me ayudaría a encontrar una manera de deshacer lo que quiera que me hayan hecho.

—El asesinato de su hija te creó, recipiente —dijo Kalona con voz gélida—. ¿Esperas que creamos que te dio refugio la madre de la hija cuya muerte te creó?

—Es increíble. Lo sé. —Los extraños ojos de Aurox encontraron los míos de nuevo—. No logro alcanzar a entender cómo la abuela Redbird puede ser tan amable, tan indulgente, pero lo es. Hasta me dio leche y galletas con chocolate y lavanda. —Se señaló los zapatos. Eran unos mocasines cosidos a mano, de los que a mi abuela le gustaba hacer para regalar en las fiestas de Yule.



—Ningún humano es tan indulgente. Incluso a una diosa le resultaría difícil perdonar a alguien como tú —dijo la voz fría e inerte de Kalona.

—Una diosa me perdonó —dijo en voz baja Rephaim—. Y he hecho cosas peores que Aurox.

—Mi abuela lo llamó toro. Hace galletas de chocolate y lavanda —dije yo—. Y esos son sus mocasines hechos a mano.

—Lo que significa que has estado en su casa y que ha hablado contigo —dijo Stark—. Pero eso no significa que no le hicieras algo terrible y luego le robaras esas cosas.

—Si eso es cierto, ¿entonces por qué vendría aquí? —me oí a mí misma decir.

—Una puntualización excelente —dijo Tánatos. Se volvió hacia Shaylin—. Léete sus colores.

—Ya lo he hecho. Por eso Aphrodite detuvo a Darius y a Stark para que no le pegaran —dijo Shaylin.

—Su aura es del color de la luz de la luna. —Aphrodite procedió con la explicación—. Esa es la razón por la que me interpose y le di al botón de «pausa» de la testosterona.

—Explícate, profetisa —ordenó Tánatos a Aphrodite.

—Si él es del color de la luz de la luna, entonces he de creer que está, de alguna manera, conectado a Nyx, porque la luna es su principal símbolo —dijo Aphrodite.

—Bien razonado —dijo Tánatos. Observó a Aurox—. Incluso antes de que Zoey fortaleciera tu espíritu, estabas controlando la metamorfosis que estaba intentando cambiarte.

—No estaba controlándola muy bien —admitió.

—Pero pude ver que lo estabas intentando. —Su mirada pasó de Aurox a mí—. ¿Tu abuela lo perdonaría, a pesar de haber sido testigo de en qué puede convertirse?

No vacilé.

—Sí. Mi abuela es la persona más buena que jamás he conocido. Es nuestra mujer sabia, nuestra *ghigua*. —Fui hacia Aurox—. ¿Dónde está? ¿Adónde se la ha llevado Neferet?

—No lo sé. Solo sé que Neferet batalló con ella. La abuela Redbird le hizo sangre, y ahora ambas han desaparecido. Lo siento, Zo.

—No vuelvas a llamarme así —dije.

Vi que Stark, a mi lado, entrecerraba los ojos y observaba a Aurox como si fuera una mosca a la que le quería arrancarle las alas.

—No eres Heath Luck —dijo Stark. No alzó la voz, pero resultaba obvio que estaba a punto de explotar.

Aurox negó con la cabeza, con gesto de estar completamente sorprendido.

—Soy Aurox. No conozco a ese tal Heath Luck.

—Claro que no —dijo Stark—. Así que, como Zoey te ha dicho, ni se te ocurra volver a llamarla Zo. No le llegas ni a la altura de los zapatos al chico que la llamaba

así.

—¿Tiene Heath Luck algo que ver con la abuela Redbird? —preguntó Aurox.

—¡No! —Interrumpí la contestación que Stark estaba a punto de darle—. Y tenemos que centrarnos en encontrar a mi abuela.

—Puede que sepa dónde ha llevado Neferet a Sylvia Redbird —dijo Kalona. Todos lo miramos, expectantes—. Tiene una suite en el ático del hotel Mayo. Todo el balcón es de ella. Las paredes son de mármol sólido y no filtra sonido alguno. Dispone de toda la privacidad que su riqueza puede comprar. Podría haber llevado a Sylvia Redbird allí.

—¿Cómo ha podido hacerlo? —le pregunté, incluso aunque quería de veras creer que encontrar a mi abuela sería tan sencillo como seguir a Neferet hasta su ático—. Mi abuela no habría ido andando sin más hasta allí con ella, y aunque el alcalde y todo el ayuntamiento parecen besarle el culo, de ningún modo el personal del hotel va a hacer caso omiso del hecho de que lleve a rastras a una anciana por el vestíbulo.

—La habéis visto moverse sigilosamente, casi como si fuera invisible. Me atrevo a decir que tú misma puedes aparecer y desaparecer con bastante facilidad, Zoey Redbird —dijo Tánatos.

—Bueno, sí, puedo. Más o menos. Pero no creo que pueda hacer invisible a otra persona.

—Neferet puede —dijo Aurox con solemnidad—. Y mucho más. Vuestra diosa le ha dado mucho poder. El toro blanco le ha dado poder. Y el poder que no le ha sido otorgado, lo roba a través del dolor, la muerte y el engaño. Está llena de poder.

—Sería un error infravalorarla —coincidió Tánatos.

—Entonces tenemos que ir a su ático y hacer que deje marchar a mi abuela —dije yo.

—Esperad —dijo Stark—. ¿Cómo sabemos que no está inventándose todo para hacer que vayamos tras Neferet?

—¡No soy la criatura de Neferet! —gritó Aurox.

—Pues vaya si lo eras hace dos noches. Dragon Lankford está muerto por ello —le soltó Stark.

—Stark tiene razón —dijo Stevie Rae—. Prueba a llamar a tu abuela.

Feliz de tener algo que hacer, saqué mi teléfono y marqué el número de mi abuela. Mientras daba señal, Tánatos me dijo:

—Si no responde, habla con normalidad. Déjale un mensaje con lo de la jornada de puertas abiertas. Si Neferet se la ha llevado, tal vez tenga también acceso al teléfono de Sylvia.

Asentí y noté cómo se me hacía un nudo en el estómago cuando no respondió y su voz dijo que no estaba disponible, pero que dejara un mensaje y ella devolvería la llamada. Respiré profundamente y tras la señal intenté sonar lo más normal posible.

—Hola, abuela, siento llamarte a estas horas. Me alegro de que tengas el teléfono en silencio y no te haya despertado. —Me empezó a temblar la voz, pero antes de

perder los nervios y romper a llorar, Stark me rodeó con su fuerte brazo. Me apoyé contra él y hablé a toda velocidad, confiando en parecer animada y no histérica—. No sé si has visto las noticias, pero Tánatos anunció que vamos a celebrar una jornada de puertas abiertas y de empleo y que prácticamente vamos a invitar a toda Tulsa. También recaudaremos fondos para Street Cats, y será una manera de que Neferet quede como la tarada que es y nosotros parezcamos, bueno, menos tarados —añadí, pensando: *¡Bruja aborrecible!*—. Bueno, la cuestión es que es este sábado, y Tánatos me ha pedido que te pregunte si nos ayudarías a coordinarlo con la hermana Mary Angela. Le dije que te encantaría, así que llámame tan pronto como puedas y te daré todos los detalles, ¿vale? ¡Te quiero abuela! ¡Te quiero mucho! Adiós.

Stark me quitó el móvil y pulsó la tecla del teléfono rojo. A continuación me abrazó cuando yo, cómo no, rompí a llorar. Entre sollozos y temblores sentí que otra mano me tocaba la espalda y reconocí la calma presencia de la tierra. Luego otra mano me tocó y el aire me acarició suavemente. Y después otra mano se unió a las otras y el fuego me dio calidez. Mi espíritu, que ya estaba presente, se asentó en mi interior, calmando mis lágrimas y permitiéndome que me separara lo suficiente de Stark como para sonreír temblorosa a mis amigos.

—Gracias, chicos. Ahora estoy mejor —dije.

—Bueno, lo estarás después de sonarte —bromeó Stark mientras me pasaba un pañuelo arrugado de su bolsillo.

—Estás hecha un desastre, Z —dijo Aphrodite. Estaba negando con la cabeza, pero también estaba codo con codo con el resto de mi círculo, mostrando solidaridad, apoyo.

—No estoy mintiendo. —Aparté la mirada de mis amigos para ver que Aurox se había puesto de pie. Estaba delante de Tánatos. Darius y Kalona se habían colocado a modo de protección entre él y la alta sacerdotisa. Aurox giró la cabeza y sus ojos se encontraron con los míos. Me sorprendió ver lágrimas en ellos. Parecía casi tan devastado como yo me sentía. A continuación miró a la alta sacerdotisa y le rogó:

—Encadénate, enciérrame. Recibiré el castigo que decidas, pero por favor, por el bien de Sylvia Redbird, créeme. No estoy asociado con Neferet. La desprecio. Odio que me haya creado con muerte y dolor. Para controlarme, debe hacer que la Oscuridad se apodere de mi cuerpo y despierte a la criatura de mi interior. Alta sacerdotisa, sabes que eso es cierto.

—Por lo que sabemos, parece ser así —dijo Tánatos.

—Entonces, escúchame. Te doy mi palabra: Neferet se ha llevado a la abuela de Zoey.

—Solo tendrás esta oportunidad. —Me aparté del círculo de mis amigos y caminé hasta Aurox—. Si nos estás mintiendo, si tienes algo que ver con lo que le hayan hecho daño a mi abuela, usaré los cinco elementos y los poderes que me ha otorgado la Diosa para destruirte, seas lo que seas. Tienes mi palabra.

—Acepto —dijo e inclinó la cabeza hacia mí.

—De acuerdo —dijo Tánatos—. Todos los seres con espíritus tienen una opción. Confío en que estés tomando la adecuada, Aurox.

—Eso hago —dijo él.

—Sí, tenemos su palabra —dijo Tánatos y luego miró a su alrededor, al resto de nosotros—. Tenemos que entrar en el ático de Neferet.

—Yo puedo ir —dijo Aurox.

—¡No! —gritamos Stark, Darius, Kalona y yo a la vez.

—Yo puedo entrar en su maldito ático —dijo Aphrodite—. Esa zorra cree que lo soy tanto como ella y, si bien en algunos aspectos puede llegar a ser casi verdad, Neferet valora la lealtad de los demás en función de la suya, que es inexistente. Siempre ha querido usarme, y no puede oír mis pensamientos. Puedo entrar allí.

—Tal vez te deje entrar, pero no te dejará ver si tiene a la abuela Redbird prisionera —dijo Aurox.

—Es cierto. Ocultará la presencia de su prisionera a Aphrodite —dijo Tánatos.

—A mí no. No lo creerá necesario. Neferet estará enfadada conmigo por no haber podido detener el ritual de revelación, pero me dejará entrar al menos el tiempo suficiente como para averiguar si retiene allí a la abuela Redbird —dijo Aurox.

—O lo suficiente como para manipularte —dijo Darius.

—Y despertar a esa cosa que duerme en tu interior —añadió Stark.

—Aurox, no puedes controlar a la bestia. No si Neferet realiza un sacrificio para despertarla —dijo Tánatos.

—Esa puede ser la razón por la que ha capturado a la abuela de Zoey. —Darius me miró con gesto de disculpa—. Tal vez necesite un sacrificio mayor que el gato de un guerrero para recuperar el control de Aurox.

—¡No! Yo, no... —dijo Aurox con palabras entrecortadas y la espalda encorvada. Se cubrió el rostro con las manos.

Lo único que pude hacer fue negar con la cabeza. Stark me agarró la mano y me la estrechó.

—No vamos a dejar que eso ocurra. Vamos a traer a la abuela de regreso.

—¿Pero cómo? —dije entre sollozos.

—Yo iré. —Kalona me miró mientras hablaba—. No solo entraré en casa de Neferet. Si está reteniendo como prisionera a Sylvia Redbird, la encontraré y la rescataré. La Oscuridad no se puede ocultar de mí; nos conocemos desde hace mucho tiempo. Neferet se cree invulnerable porque se ha convertido en inmortal, pero tiene la experiencia de un crío en comparación a mis siglos de poder y conocimiento. No puedo matarla, pero sí puedo arrebatársela a una anciana.

—Bueno, quizá. Si te deja entrar por la puerta —dijo Stark—. La última vez, no recuerdo que se alegrara de verte.

—Neferet me odia, pero eso no cambia el hecho de que me desee.

—¿De veras? No es lo que nos parece a los demás. Neferet ha pasado página —prosiguió Stark—. Su consorte es el toro blanco.

Kalona sonrió irónicamente a Stark.

—Eres joven y sabes poco de mujeres.

Noté que Stark se ponía tenso y yo me limpié a toda prisa los ojos y la nariz y me recompuse.

—Vas a tener que hacer que crea que nos estás traicionando por ella, que tu juramento a Tánatos es falso.

—Neferet no sabe que he jurado lealtad a Tánatos —dijo él.

—Mmm, creo que puede saberlo —dijo Shaunee.

La miré sorprendida.

—No estoy diciendo esto por fastidiar, y tampoco quiero entrar en detalles, así que os voy a pedir que confiéis en mí, pero creo que no me equivoco al decir que todo lo que sepa Erin sobre nosotros, Dallas también lo sabe —apuntó mi amiga.

—¡Mierda! —dijo Stevie Rae.

—Dallas habla con Neferet —dijo Rephaim.

—¿Eh? —Casi me había olvidado de que Rephaim estaba allí y me sentí fatal cuando se encogió de hombros y explicó—: No soy muy de hablar, así que la gente me ignora y puedo oír cosas.

—Yo no te ignoro —dijo Stevie Rae. Se puso de puntillas para besarle la mejilla.

Le sonrió.

—No, tú nunca. Pero Dallas sí. Estaba cerca cuando su móvil sonó en el descanso entre clases hoy. Dos veces. Y las dos fue Neferet.

—Y yo estoy casi completamente segura de que Erin le contará a Dallas todo lo que quiera saber de nosotros —dijo Shaunee.

—Erin se quedó aquí, en la Casa de la Noche, cuando el resto de vosotros regresasteis a la estación ayer —dijo Tánatos.

Miré a Shaylin.

—Cuéntaselo.

La iniciada no vaciló.

—Los colores de Erin son diferentes de lo que eran. Me di cuenta hará un par de días.

—Está cambiando —dijo Aphrodite—. Tanto Shaylin como yo lo creemos. Por eso aconsejamos a Zoey que dejara que Erin se quedara cuando le dijo a Zoey que quería permanecer aquí.

—Entonces estoy de acuerdo con Shaunee. Es muy posible que Neferet sepa todo lo que Erin sabe —dijo Tánatos.

—Esto es lo que creo —dijo Aphrodite—. Creo que debemos mantener la boca cerrada respecto a lo que está ocurriendo con la abuela Redbird, Aurox y nuestros asuntos en general. Si no eres parte de este grupo, entonces no sabes una mierda. Erin solamente es una, pero lo que sabe podría complicarnos mucho las cosas.

—Profetisa, todo apunta a que hay una lección que aprender en lo que estás diciendo —dijo Tánatos y el resto de nosotros asintió.

Miré a Kalona. Incluirlo en nuestro grupo resultaba de lo más extraño, pero no tenía claro si eso significaba que debiéramos o no confiar en él.

Haciéndose eco de mis pensamientos, Tánatos preguntó a Kalona:

—¿Sigues creyendo que confiará en ti?

—¿Neferet? ¿Confiar en mí? Jamás. Pero me desea, incluso aunque solo sea por mi inmortal poder. Y, como Aphrodite ha dicho, ella valora el grado de lealtad de la gente con respecto al suyo —dijo Kalona.

—Neferet solo es fiel a sí misma —dijo Rephaim.

—Exacto —dijo Kalona.

—Bueno, esperemos que tú no seas tan básico —añadió Stark, pero sonó como si creyera lo contrario.

Yo me limité a seguir allí quieta, mirando a Kalona, recordando el asesino mentiroso y manipulador que había sido y pensando: *¿Ese es quien va a salvar a mi abuela?*

Estaba conteniendo las lágrimas cuando Rephaim susurró mi nombre. Lo miré. Me sonrió y dijo articulando los labios: «La gente cambia».



## Shaylin

—Aquí. Ahora. —Aphrodite chascó los dedos a Shaylin para indicarle que la siguiera. Con el frenesí al que acostumbraba, cruzó el césped y puso rumbo a las habitaciones de los iniciados.

Shaylin suspiró, reprimió su enfado y siguió a la irritante rubia. Mientras intentaba alcanzarla y ponerse a su lado, Aphrodite ya estaba hablando:

—Bien, tienes que hacer un reconocimiento de campo para mí.

—Bien, y tú tienes que aprender buenos modales —dijo Shaylin.

Aphrodite calló y entrecerró sus ojos hasta que estos fueron dos rendijas azules.

—Deberías saber que cuando haces eso te pones feísima y que además te saldrán patas de gallo —dijo a toda prisa Shaylin antes de que Aphrodite pudiera decir algo incisivo.

—Has estado hablando con Damien, ¿verdad?

—Quizá —respondió vagamente Shaylin, pues no quería meter a Damien en ningún problema. Pero sí, lo cierto era que había estado hablando con él. Damien estaba empezando a caerle muy bien, al igual que Stevie Rae y Zoey. Aphrodite, sin embargo, era otra historia—. Aphrodite, en serio, todo apunta a que tú y yo vamos a tener que trabajar juntas, o como quieras definir eso que haces con tus dones de profetisa. Así que a las dos nos haría la vida más sencilla si pudieras, al menos, ser educada conmigo.

—No, haría tu vida más sencilla. La mía no cambiaría en nada.

Shaylin negó con la cabeza.

—¿De veras? ¿Por qué no le vas con esa actitud a Nyx? Tenemos que luchar contra la Oscuridad. La madre de Zoey ha sido asesinada y ahora su abuela corre un grave peligro. Corrígeme si estoy equivocada, pero Zoey es tu amiga, ¿verdad?

Aphrodite entrecerró los ojos de nuevo, pero solo dijo una palabra:

—Sí.

—Entonces ¿qué te parece si haces todo lo que esté en tu mano por ayudarla?

—Eso estoy haciendo, zorra —le espetó Aphrodite.

—¿Cómo puedes estar tan segura? ¿Alguna vez has pensado que, si fueras menos odiosa, tal vez tendrías acceso a más de tus dones como profetisa?

Aphrodite dejó de entrecerrar los ojos. Lentamente. Pareció un poco sorprendida incluso.

—No, nunca se me había pasado por la cabeza.

Shaylin alzó las manos con frustración.

—Pfff, ¿acaso te criaste con los lobos?

—Más o menos —dijo Aphrodite—. Pero tenían dinero.

—Increíble —murmuró Shaylin. A continuación siguió hablando—: Vale, esto es lo que sé. Cuando leí tu aura y me comporté como una zorra al decirte lo de la luz parpadeante de tu interior, mi cabeza era un caos. La siguiente vez que te miré, fue como si tus colores estuvieran unidos.

—Que, obviamente, significa que me viste mosqueada.

—No, porque vi los colores de todo el mundo así hasta que te perdí perdón. Espera, lo retiro. Mi visión verdadera se vio comprometida hasta que te pedí perdón sintiéndolo de verdad.

—Mmm. Hasta casi me resulta interesante.

—No estoy consiguiendo llegar a ti, ¿verdad?

—Tanto como pueden los demás —dijo Aphrodite—. Así que retomemos lo del reconocimiento.

—Vale. Sí. ¿Qué es lo que quieres que haga?

—Encuentra a Erin. Y a Dallas. Si estoy en lo cierto, que para tu información, siempre lo estoy, vas a encontrarlos juntos.

—Y eso sería malo, ¿verdad?

—¿Tienes algún daño cerebral?

—Ni siquiera voy a molestarme en contestar —dijo Shaylin.

—Bien. No tenemos tiempo para unir la línea de puntos. Va a amanecer en un par de horas. El autobús regresará a la estación y Kalona pondrá rumbo a la repugnante guarida de Neferet.

—Sí, que Kalona aguarde hasta el amanecer para que Neferet esté más debilitada por el sol sin que resulte totalmente obvio que está esperando a que ella se debilite por el sol no parece que vaya a funcionar —dijo Shaylin mientras miraba al cielo.

—¿De qué demonios estás hablando, puta tarada?

Shaylin señaló hacia arriba.

—Nubarrones. Muchos. Ojalá se despejara. Tapan el sol y su efecto debilitador. ¿Ahora quién es la puta tarada?

—No me llames puta tarada —dijo Aphrodite.

—Bueno, entonces no me lo llames tú a mí —dijo Shaylin.

—Lo pensaré. Entonces, volviendo a lo que estaba diciendo, antes de que volvamos a la estación y Kalona se marche, quiero que compruebes los colores de Erin y Dallas. Cualquier otra información adicional que nos puedas dar sobre Erin, especialmente sobre si es una traidora, una putilla... vaya, estoy parafraseando a Shaunee, nos sería de gran utilidad. Siento algo con respecto a ellos, y no es una sensación cálida y reconfortante.

—Vale, de acuerdo, parece un buen plan, pero no tengo ni idea de dónde pueden estar. ¿Y tú? ¿Es uno de los dones que tienes? —le preguntó Shaylin.

—Diosa, sí que estás del ala. No, no tengo un GPS en la cabeza. Sin embargo, sí



que tengo un cerebro. Me dice que si Erin y Dallas están haciendo el cochino, tiene sentido empezar a buscarlos en la habitación de Erin, esa que ya no comparte con Shaunee.

—Oh, sí. Eso tiene sentido. —Shaylin vaciló—. Pero no sé cuál es el número de su habitación.

—Tercera planta, número treinta y seis. Cuando compartían cerebro, ellas decían que era su talla de ropa. Yo decía que era el coeficiente intelectual de las dos unido.

—Claro, cómo no —dijo Shaylin.

—¿Lo ves? ¡Me entiendes! —dijo Aphrodite con fingido entusiasmo—. Nos veremos en el autobús. Pronto. —Aphrodite echó a andar, se paró y añadió—. Por favor.

Shaylin abrió los ojos de par en par.

Aphrodite puso los ojos en blanco y abrió la boca, obviamente para decir algo odioso. Entonces se detuvo y miró hacia arriba durante bastante tiempo, antes de mirar a Shaylin y decirle:

—Parece que tu deseo se va a cumplir. Está despejando. —Luego se mesó el pelo y se marchó.

Shaylin negó con la cabeza.

—Será estúpida —murmuró para sí misma mientras se dirigía a las habitaciones de las chicas—. Nyx, no te conozco muy bien, y no quiero quedar como una maleducada o una blasfema ni nada parecido, pero ¿Aphrodite como tu profetisa? ¿Por qué?

—Nadie lo sabe, y creo que eso incluye a la propia Aphrodite.

Shaylin dio un brinco del susto cuando Erik Night salió de las sombras de un roble cercano.

—¡Erik! ¿Qué estás haciendo aquí? —Shaylin se llevó la mano a la garganta. Se imaginó que Erik podría ver cómo le latía el pulso en el cuello, y no solo porque la había asustado. La primera impresión que se llevaba de él era siempre la misma: su belleza absoluta era obvia y distractora. Pero luego captaba un destello de sus colores y estos no eran ni de cerca tan atractivos. Shaylin había concluido que era como una de esas hermosas piezas de cerámica pintadas en las que te gustaría servir la ensalada o lo que fuera, pero que cuando le dabas la vuelta tenía una etiqueta que rezaba: «Cuidado: no usar para servir comida».

—Lo siento. No quería asustarte. Estoy aquí procrastinando. —Su sonrisa era como una bombilla de un millón de vatios. Shaylin entendía por qué casi todas las iniciadas estaban locas por él. El problema era que ella podía ver más allá de su belleza.

—No quería interrumpirte. Te dejo que procrastines. Nos vemos.

—Eh. —Le tocó el brazo, un instante, cuando ella pasó a su lado, para que se detuviera—. Pensaba que éramos amigos.

Shaylin lo miró. Cuando Erik la había marcado, sus colores se componían

fundamentalmente de un indeciso verde guisante que eclipsaba los destellos brillantes de algo que podría haber sido dorado, como los rayos del sol, pero que eran demasiado fugaces como para estar segura. Más allá de eso, eran un tanto sosos y vagos. No le había prestado mucha atención a sus colores los últimos días, así que cuando se centró en ellos, a Shaylin le sorprendió ver que, a pesar de que el verde seguía allí, se había iluminado y ahora no recordaba a guisantes pasados. Al contrario, le recordaba al color turquesa, a un turquesa verde como el de la espuma del mar. Y alrededor de ese azul verdoso, el batiburrillo impreciso de grises se había elevado, revelando un sólido color canela, como la arena de una playa hermosa y sin pisar. Shaylin, sintiéndose en esos momentos un poco como si hubiera caído a aguas profundas, intentó no parecer nerviosa y le soltó:

—Sí, somos amigos, pero eso es todo.

—No he pedido nada más, ¿no es cierto?

Shaylin le miró a los ojos. Eran de un azul brillante, y se desviaban con demasiada frecuencia hacia sus pechos. Claro, decir algo del tipo: «Tú lo que quieres es ser un amigo con derecho a roce» sonaba demasiado a Aphrodite. Así que escogió una respuesta más amable.

—No, no has pedido nada más.

Erik sonrió.

—Entonces ¿podemos ser amigos?

Resultaba difícil no sonreírle y, a decir verdad, no se le ocurría un motivo para no hacerlo. Shaylin sonrió y asintió:

—Sí, amigos.

—¡Genial! ¿Qué te parece si te acompaño? Puedo procrastinar también yendo contigo.

—¿Sobre qué estás procrastinando? —Shaylin evitó la pregunta acerca de adónde iba y echó a andar en la dirección general de la residencia. Muy despacio.

—Planes de estudios —dijo con un suspiro—. Odio prepararlos. Ya sabes, nunca tuve intención de ser profesor.

—Sí, todo el mundo lo sabe. Ibas a ser una estrella de cine —dijo Shaylin. Lo dijo sin pensarlo. No había pretendido resultar sarcástica o condescendiente, pero la ofensa en los ojos azules de Erik le dijo que probablemente hubiera parecido ambas cosas.

—Sí —repitió con la voz entrecortada. Apartó la vista de ella y se metió las manos en los bolsillos de los vaqueros—. Todo el mundo lo sabe.

—Oye, pero eso de ser rastreador es solo un pequeño escollo en tu camino a Hollywood, ¿no? ¿Cuántos años tienes, veintiuno?

—Diecinueve. Completé el cambio hace unos meses. ¿Por qué? ¿Parezco mayor? Shaylin rio.

—Veintiún años no es ser mayor.

—Lo es si tienes que añadir cuatro años, y yo acabo de empezar un trabajo de

cuatro años como rastreador.

—¿Ser rastreador te obliga a permanecer en la Casa de la Noche de Tulsa?

—¿Estás intentando librarte de mí? —Pareció decirlo solo medio en broma.

—No, por supuesto que no —le aseguró ella—. A lo que me refería es que, ¿no te pueden transferir a la Costa Oeste y que sigas ejerciendo de rastreador allí? Tiene que haber alguna Casa de la Noche más cerca de Hollywood que esta. —Mientras hablaban, Shaylin se dio cuenta de que Erik no parecía un niño consentido. Más bien sonaba cansado y frustrado e incluso un poco deprimido, quizá.

—Ya lo consulté. La respuesta que se me dio fue extraña y un tanto escalofriante. —Paró de hablar y miró a ambos lados—. Bueno, probablemente lo sea más para los chicos rastreados que para mí.

—He pasado por ello. No fue tan escalofriante. Lo cierto es que me resultaste bastante gracioso —dijo.

Erik frunció el ceño.

—Se suponía que tenía que resultar poderoso y seguro de mí mismo y un poco atemorizador.

—Entonces ¿quieres dar miedo?

Eso le hizo reír.

—No, la verdad es que no. Y la parte de ser marcado no es la espeluznante, de todas maneras, o al menos no se supone que deba serlo. La parte que definitivamente no es normal es que hay algo en mi sangre que me ancla a este lugar. Sí, puedo viajar, pero solo si es porque mi sangre me dice que marque a un chico que pertenece a esta Casa de la Noche.

—Entonces eres como una especie de GPS.

—Supongo. —Erik no pareció emocionado por la idea—. Bueno, basta de hablar de mí. ¿Adónde vas?

Shaylin tragó saliva a pesar de la sequedad de su garganta y dijo la primera mentira que se le ocurrió.

—Voy a la residencia. Aphrodite me pidió que fuera a por unas cosas a su habitación.

—¿Te pidió, tipo «¿te importaría si...?» o te lo ordenó, más como «Ve a por mis cosas o te ataré las manos y te las meteré en una olla con agua hirviendo como haría el cocinero de mi madre con una langosta»?

Shaylin rio.

—No sé si decirte que tus dotes de actor han mejorado o empeorado, porque lo cierto es que te has parecido demasiado a Aphrodite.

Se estremeció.

—Intentaré no hacerlo de nuevo.

—Pero, en respuesta a tu pregunta, fue más como el segundo ejemplo que como el primero.

—Qué sorpresa. Iré contigo, ¿vale?

Shaylin lo miró a los ojos. *¿Qué mal podría hacerme?*

—De acuerdo —dijo.

## Erik

—Creo que opino igual que tú respecto a lo del plan de estudios. Debe de ser superaburrido tener que pensar en lo que vas a enseñar: escribirlo, entregarlo, y luego enseñarlo. Qué exageración —dijo Shaylin.

—Qué me vas a contar —dijo con sequedad Erik—. Vamos a dar a Shakespeare. Me encantan sus obras, pero era mucho mejor cuando las interpretaba y no tenía que ser un maldito robot para al Alto Consejo del colegio. Sí, los planes de estudios son aburridos. Y escribirlos un asco.

Tuvo que recordarse a sí mismo dejar de mirarle los pechos a Shaylin. Vale, en su defensa tenía que decir que vestía una camiseta blanca lo suficientemente transparente como para saber que llevaba un sujetador rosa debajo. Y ese sujetador tenía pequeñas flechas negras en la parte central y en los tirantes.

—Entonces ¿qué obra vas a dar en la clase de Shakespeare? —le estaba preguntando ella.

*¡Mírala a la cara y concéntrate!*

—¿Clase de Shakespeare?

Lo miró como si pensara que era un idiota y a Erik no le quedó otra que mostrarse de acuerdo, porque cuando se obligó a no mirarle a los pechos enfundados en aquel sujetador rosa le distrajo su gruesa mata de pelo cuyas ondas seguro que eran suaves como la seda y...

—Oh, sí, la clase sobre Shakespeare. Una comedia, sin duda. Hay demasiadas tragedias en el mundo actual.

—¿Cuál?

Parecía realmente interesada, así que se oyó a sí mismo admitiendo:

—Tengo el corazón dividido. Mi favorita es *La fierecilla domada*, pero si piensas en el último discurso de Kate, no pega mucho con el sistema de creencias matriarcales de la Casa de la Noche, y lo último que quiero hacer es enfadar a Tánatos. Así que estoy pensando en *Como gustéis*. Rosalind es una de las heroínas más fuertes del dramaturgo. No debería causarme ningún problema con la dirección.

—Es un poco como hacer espeleología, ¿no?

—Probablemente, pero la enseñanza no es tan fácil como se cree. Hay un montón de mierda tras los bastidores, y eso sin contar la batalla con la Oscuridad que parece no tener fin y el fastidioso hecho de que no paran de matar a profesores, y que cada vez más iniciados son marcados, así que andamos algo cortos de personal.

Se produjo un largo e incómodo silencio, y luego Shaylin dijo:

—Sí, tiene que resultarte de lo más inconveniente que los profesores hayan sido

desmembrados y decapitados y desangrados. Por no mencionar a todos esos nuevos iniciados rojos a los que tienes que enseñar porque no hemos muerto de verdad. Aún.

Erik frunció el ceño. No había pretendido decir eso.

—Creo que no me he expresado bien —dijo.

—Y yo tengo que recordar que los guisantes no se convierten en bonita espuma de mar turquesa y playas sin pisar.

—¿Qué se supone que significa eso? —Shaylin estaba muy buena, pero andaba fatal de la cabeza y eso lo confundía.

—Significa que tengo que despertar a la realidad. Gracias por ayudarme a hacerlo. —Shaylin apretó el paso y Erik estaba aún intentando entender el comentario de los guisantes y la espuma turquesa cuando cruzaron el césped invernal del colegio hasta la acera que daba a la parte delantera de la residencia de las chicas.

—Mmm, ¿de nada? —dijo cuando llegaron a las escaleras de cemento que daban a la entrada de la residencia.

Shaylin iba más adelantada que él, así que llegó al primer escalón antes. Lo subió y así se puso casi a su altura, algo que se le hizo raro porque ella era muy pequeña.

—No, no tienes que decirme «de nada» —dijo con un suspiro—. No estaba dándote las gracias. Solo estaba recordándome a mí misma algo.

—¿El qué? —le preguntó, interesado de verdad.

Shaylin suspiró de nuevo.

—Que lo que el ojo puede ver no es lo importante de una persona. Lo más importante es lo que está oculto dentro.

—Solo que para ti no está oculto, ¿no?

—Exacto —dijo en voz baja.

—No quería decir eso antes. Solo estaba enfurruñado. Ya sabes, las chicas lo hacéis todo el tiempo.

—Erik, no vas a arreglarlo comportándote como un misógino.

—Misógino... eso es malo, ¿no? Nada molón, no como ser ginecólogo.

—Erik, tal vez deberías intentar no hablar. —Shaylin parecía molesta, pero Erik pudo ver que estaba intentando no reírse. Y luego una pequeña risita tonta se le escapó de sus bonitos labios rosas—. ¿Ginecólogo? ¿De verdad acabas de decir eso?

—Sí, y estoy orgulloso. —Puso su mejor acento—. Me encantaría dedicarme a algo que únicamente tuviera que ver con esas partes femeninas.

—Vale, es suficiente —dijo Shaylin, aún riéndose—. Voy a irme antes de que...

Shaylin dio un paso atrás y se tropezó con el siguiente escalón. Iba a caerse de culo, pero Erik fue más rápido que la gravedad y, casi como un superhéroe, la agarró por la cintura, evitando que se hiciera daño.

Y ahí estaban. Ella un escalón por encima y él con los brazos en su cintura. Cuando se estaba cayendo, Shaylin había levantado los brazos y cuando Erik la había agarrado, esos brazos habían rodeado de manera automática sus hombros. Así que estaba tan pegada a él que Erik podía sentir las flechas negras de ese sujetador rosa.

—Cuidado —le dijo con delicadeza, como si Shaylin fuera un pájaro asustado—. No me gustaría que te pasara nada.

—G-gracias. Casi me caigo.

Erik la miró y se perdió en sus enormes ojos marrones. Olía fenomenal, como la noche en que la había marcado: dulce, como a melocotones y fresas juntos. Nunca había deseado algo tanto como besarla. Solo una vez. Un segundo. Se agachó. Le pareció que estaba acercando sus labios a los de él. Se agachó más, acercándola contra sí.

Y fue entonces cuando le dio un golpe en el torso.

—¿Y ahora intentas besarme? ¿De verdad? —Shaylin negó con la cabeza y le metió un empujón, tirándolo del escalón.

Erik retrocedió a trompicones. Estaba intentando entender qué había hecho mal cuando oyó unas risas de mofa. Sintióse como una mierda, alzó la vista y vio a Erin y a Dallas al inicio de las escaleras, justo en el exterior de la enorme entrada.

—Hablando de mensajes confusos —dijo Dallas—. Primero la tienes encima de ti y luego te aparta. Eso no está bien.

—Sí, cuando una chica dice «sí» debería ser «sí» y no, «eh, creo que te voy a tomar el pelo y luego te rechazaré» —dijo Erin.

—Vosotros dos no sabéis de qué estáis hablando. —Shaylin tenía la mano en la cadera y la cabeza levantada, pero estaba ruborizada. A Erik le pareció que estaba muy guapa, pero lo cierto era que no imponía nada.

Dallas deslizó su mano por la cintura de Erin y esta se apoyó contra él mientras bajaban las escaleras hasta Erik, riéndose sin parar de Shaylin.

—Eh, tío. —Dallas rio entre dientes—. No te preocupes. Mi sirena y yo nos encargaremos de que la gente sepa lo calientabraguetas que es. —Erik intentó interrumpirlo, pero Dallas siguió hablando—. No, no tienes que darme las gracias. Considéralo un favor entre vampiros.

Erik miró a Shaylin. Su rostro había pasado del rojo al blanco. Consideró (solo durante un segundo) que sería más sencillo reírse y marcharse con Dallas y Erin. Incluso le haría sentirse molón, como cuando era el iniciado más buenorro del colegio, cuando podía tener a las chicas que quisiera. Entonces fue consciente de lo que estaba pensando y el estómago se le hizo un nudo.

—No. —Erik le mantuvo la mirada a Dallas—. Shaylin tenía razón. No sabéis de qué estáis hablando. Lo que habéis visto es a mí intentando hacer algo estúpido. Shaylin no lo alentó.

—Ah, venga. Eres Erik Night. —La voz de Dallas seguía sonando amistosa, pero su mirada se había endurecido.

—Sí, lo soy. Y te digo que estás equivocado. Shaylin no es una caliente nada. Yo estaba comportándome como un gilipollas. Si tenéis que hablar de ella, eso es lo que deberíais decir.

—¿Esperas que la gente se crea que una friki como ella te ha rechazado? —Erin

ni siquiera hizo el esfuerzo de disimular el desdén en su voz.

*Y yo que soñaba con ser el centro de ese sándwich de gemelas. Diosa, soy un gilipollas.*

—Lo que espero es que o digáis la verdad o cerréis la boca —dijo Erik.

—Bueno, esto no es divertido. —Shaylin bajó las escaleras rápidamente. Cuando pasó junto a Erik, se detuvo un momento—. He cambiado de opinión y no voy a ir a su dormitorio a por sus cosas. Aphrodite puede encargarse ella sola de sus recados. —Shaylin miró entonces a Erin—. Supongo que eso significa que no vas a tomar el autobús para volver a la estación esta noche.

—Ya he montado por última vez en ese autobús, pero tú vete. Encajas más allí que yo, la verdad.

—Díselo, sirena —dijo Dallas mientras le sobaba el culo a Erin—. El agua necesita ser libre de ir adonde quiera.

—Sí, y es hora de que nos vayamos. Estoy aburrida —dijo Erin.

—¡Y yo sé cómo solucionarlo! —Dallas le mordió el cuello. El grito de Erin se tornó en una risa grave.

—Y no diré sí-no, sí-no. ¡Solo diré sí-sí! —le dijo Erin con desdén a Shaylin. A continuación tomó la mano de Dallas y los dos se marcharon sin parar de reír.

Erik observó cómo se marchaban.

—¿Desde cuándo están estos dos juntos?

—Justo después de que Shaunee y Erin dejaran de estarlo —dijo Shaylin—. Y es tan malo como Shaunee pensaba.

Erik abrió los ojos como platos.

—No viniste aquí a por las cosas de Aphrodite, ¿verdad?

—No.

Cayó entonces en la cuenta.

—¡Ah, mierda! Erin ha cambiado de bando, ¿no es cierto? Y eso significa que Dallas y su grupo sabrán todo lo que el grupo de Zoey sabe.

—Eso parece. Voy a ir a decirles a Z y a Stevie Rae que es cierto que Erin y Dallas están juntos. —Shaylin vaciló, y a continuación añadió—: Gracias por sacar la cara por mí. Sé que no ha tenido que ser fácil.

—Crees que soy un capullo, ¿verdad?

Shaylin no respondió al momento. En vez de eso, lo observó como si supiera cuán importante sería su respuesta para él. Finalmente dijo:

—Creo que tienes todo el potencial para convertirte en un verde turquesa en vez de un verde guisante.

—¿Y eso es bueno?

Shaylin sonrió.

—Mucho más que ser un ginecólogo misógino.

Erik rio.

—Vale, bien. Oye, ¿puedo acompañarte al autobús?

—No, no ahora. Pero vuelve a preguntármelo en otra ocasión. Para que quede constancia, cuando digo «no» es «no», y cuando digo «sí» es «sí».

—Eso ya lo sabía de ti —dijo Erik.

—Bien, entonces la próxima vez espera a que te diga que sí para besarme. Nos vemos, Erik.

Conforme Shaylin iba alejándose, la sonrisa de Erik se hizo más y más grande. No era su sonrisa de cien vatios, la de aparentar felicidad. Esta sonrisa era mejor; se sentía feliz. Y por primera vez en mucho tiempo, Erik Night se percató de que era mejor sentirse feliz que fingir serlo...





## Kalona

—Las nubes se marchan del cielo. Creo que es un buen presagio —dijo Kalona. Habló a la alta sacerdotisa de la Muerte, que estaba delante del autobús lleno de iniciados y vampiros que aún no se habían marchado a la estación.

—Sí, vale, ya os hemos oído. Tenemos que irnos ya a la estación —dijo Stevie Rae—. Pero queríamos deseáros buena suerte. Solo sé que si Neferet tiene a la abuela Redbird, ¡nadie mejor que tú para traerla de vuelta! —Esbozó esa sonrisa inocente y alegre suya y Rephaim se despidió de él con la mano. A continuación las puertas del autobús se cerraron y Darius condujo hacia la estación.

Zoey no dijo nada antes de que se marcharan. Nada de nada. Simplemente siguió sentada mientras todos los demás hablaban, cargaban con sus libros y elegían su asiento en el autobús. Podía sentir sus ojos observándolo. Sentía su desconfianza. También su esperanza. *Soy su única oportunidad de recuperar a su abuela con vida*, pensó Kalona mientras el autobús escolar desaparecía por la calle Utica. *Al menos podría haberme deseado buena suerte.*

—Nyx, te pido que cuides de mi guerrero, Kalona.

Oír el nombre de la Diosa lo sobresaltó y se centró de nuevo en Tánatos. La alta sacerdotisa estaba delante de él, con los brazos levantados y el rostro mirando al cielo previo al amanecer.

—Ha escogido seguir tu senda a través de mí, tu leal alta sacerdotisa. Él es mi espada, mi escudo, mi protector. Y, dado que se me ha dado el control de esta Casa de la Noche, Kalona también se ha convertido en su protector.

La voz de Tánatos irradiaba poder y, cuando rozó la piel de Kalona, este se estremeció. *¡Está invocando a Nyx! ¡Y la Diosa está respondiendo!* Contuvo la respiración mientras ella proseguía.

—Por ello, solicito tu ayuda, benevolente Diosa de la Noche. Te pido que le des fuerza en caso de que la Oscuridad y todo lo que la acompaña intenten debilitarlo. Permite que su elección brille y que, cual luz de la luna abriéndose paso por el gris de la niebla, su propósito se abra paso por entre las nubes que puedan nublar su juicio y distraerlo de su intento. No lo dejes caer presa de la Oscuridad mientras su elección sea la Luz.

Kalona cerró los puños para que Tánatos no viera cómo habían empezado a temblar.

Nyx no apareció, pero su presencia a la escucha era tangible. Podía sentir la dulce bondad en el aire, tras la estela de la Diosa. Siempre había sido así. Cada vez que

Nyx fijaba en él su atención inmortal, le seguía la magia y la Luz, el poder y las risas, la felicidad y el amor. Siempre amor.

Kalona inclinó la cabeza. *¡Cómo la he echado de menos!*

—Kalona, ¡marcha con la bendición de Nyx!

La espiral de energía que siguió a la invocación de Tánatos los cubrió. Kalona levantó la cabeza y vio que la alta sacerdotisa estaba sonriéndole beatíficamente.

—Nyx te ha oído —dijo él, y dio gracias por el hecho de que su voz no sonara tan agitada como se sentía.

—Lo ha hecho, sí —dijo Tánatos—. Y ese es, desde luego, un buen presagio.

—No os decepcionaré ni a la Diosa ni a ti —dijo Kalona. A continuación echó a correr y se lanzó al aire, pensando: *No esta vez, no la decepcionaré esta vez.*

Kalona voló directamente al hotel. El balcón del edificio Mayo era ancho y muy alto. Se dejó caer con facilidad sobre su fría superficie de piedra desde el cielo de color ciruela. Pegó sus alas tan negras como las de un cuervo contra su espalda desnuda. Sí, había ido a ella con el pecho descubierto. Neferet lo prefería así.

—Diosa, ¡tu consorte ha regresado! —gritó Kalona, agradecido a quien o a aquello que hubiera hecho añicos la puerta de cristal del ático. Le ahorró tener que romperla en caso de que no le diera la bienvenida que esperaba.

—No veo a ningún consorte, solo un fracaso alado. —La voz de Neferet provino de las sombras tras él, en el rincón más apartado del balcón, bastante alejada de la entrada a su ático.

Se volvió lentamente para mirarla, dándole tiempo a que asimilara la visión de su pecho desnudo y sus alas poderosas. Neferet era una criatura lujuriosa. Deseaba a los hombres, pero más incluso que el placer físico que obtenía del cuerpo de un hombre, Neferet ansiaba dominarlos. El toro blanco podía darle poder, pero un toro no era un hombre.

—Durante mis siglos de existencia he fracasado en cosas, desde luego. He cometido errores. El mayor de todos fue apartarme de tu lado, Diosa. —Kalona habló con sinceridad, aunque la Diosa que tenía en su mente no era Neferet.

—Así que ahora me llamas Diosa y vienes arrastrándote ante mí.

Kalona dio dos zancadas hacia ella, dejando que sus alas se movieran.

—¿Te parece que me estoy arrastrando?

Neferet ladeó la cabeza. No se había movido de las sombras y todo lo que podía ver de ella eran sus ojos color esmeralda y el brillo flamígero de su pelo, como si el sol estuviera poniéndose a sus espaldas.

—No —dijo ella con voz aburrida—. Pareces estar batiendo tus alas.

Kalona extendió sus alas y abrió los brazos. Sus ojos, del color del ámbar, se posaron en la fría y verdosa mirada de Neferet y centró su voluntad en ella. Neferet no llevaba mucho tiempo siendo inmortal. Aún sería susceptible a su encanto.

—Mírame, Diosa. Contempla a tu consorte.

—Te veo. No eres tan joven como recuerdo.

—¡Te olvidas de con quién estás hablando! —Intentó templar su voz, pero ella revolvía su ira. Había olvidado lo mucho que había llegado a despreciar su frío sarcasmo.

—¿Tú crees? —Neferet se deslizó desde el rincón en sombras—. Eres tú quien ha venido a mí. ¿De veras creías que te iba a dar la bienvenida?

El sol se había alzado sobre el lejano horizonte y, cuando Neferet se acercó a él, Kalona finalmente pudo verla bien. Neferet había seguido cambiando. Aún era hermosa, pero todo resto de dulzura, mortalidad y humanidad en ella se había perdido. Era como si fuera una estatua exquisita a la que le hubieran insuflado vida, pero sin conciencia, sin alma. Siempre había sido fría, pero hasta ese momento Neferet había mantenido la capacidad de remedar dulzura y amor. Ya no era así. Kalona se preguntó si él era el único que podía ver con claridad que se estaba convirtiendo en un conducto para el mal.

—No lo creía, pero confiaba en ello, a pesar de que había oído rumores de que mi lugar a tu lado había sido usurpado. —Confiaba en que Neferet confundiera la sorpresa de su voz por celos.

La sonrisa de ella fue propia de un reptil.

—Sí, he encontrado algo más grande que un pájaro, aunque admito que tus celos me resultan divertidos.

Tragándose la bilis que se le agolpaba en la garganta ante el mero pensamiento de tener que tocarla, Kalona cubrió la distancia entre ellos. Ordenó a sus alas que se agitaran para que la fría suavidad de estas acariciara su piel.

—Soy algo más grande que un pájaro.

—¿Por qué debería aceptarte de vuelta? —La voz de Neferet sonó carente de emoción alguna, pero Kalona pudo sentir cómo le temblaba la piel con sus caricias.

—Porque eres una diosa y te mereces a un consorte inmortal. —Se acercó más todavía a ella, consciente de que podía sentir el frígido poder de su inmortalidad bendecida por la luna.

—Ya tengo un consorte inmortal —dijo Neferet.

—No uno que pueda hacer esto. —Kalona la envolvió en sus alas. Lentamente, se arrodilló ante ella, con sus labios a centímetros de la piel temblorosa de Neferet—. Te serviré.

—¿Cómo? —Su voz no mostró sentimiento alguno, pero levantó la mano para acariciar el interior de su ala.

Kalona cerró su mente a todo salvo las sensaciones y gimió.

Ella siguió acariciándolo.

—¿Cómo? —repitió la pregunta y añadió—: Especialmente ahora que sirves a otra.

Se había esperado que supiera de su juramento hacia Tánatos y ya tenía una respuesta preparada.

—A la única a quien puedo servir es a una Diosa, y si mi Diosa me perdona, haré

todo lo que me pida. —Kalona había pensado que seguir con aquel juego de palabras sería divertido. Neferet creería que hablaba de ella, y lo cierto es que él podría estar hablando de cualquiera de las deidades femeninas. Pero en el momento en que dijo las palabras, la verdad de estas ondeó por su cuerpo, haciendo que soltara un grito ahogado y se separara de la criatura que tenía ante sí. Los juegos a los que había estado jugando consigo mismo durante siglos acabaron con esa frase. *Fui creado para servir a una Diosa y solo a una.* Neferet representaba lo contrario de todo lo que Nyx representaba. De espaldas a Neferet, Kalona hundió el rostro en sus manos. *¿Cómo he podido pensar que ella, o cualquier otra mujer, podría suplantar el lugar de Nyx en mi corazón? He sido durante siglos una sombra de mí mismo, intentando llenar lo que faltaba en mi interior con violencia, lujuria y poder. ¡Nada! ¡Nada ha funcionado!*

Sintió las manos de ella en sus hombros. Eran suaves y cálidas y parecían irradiar dulzura. Con cuidado, con sumo cuidado, lo giró, haciendo que Kalona la mirara. Cuando este alzó la cabeza, su cuerpo se tornó muy rígido. Neferet no lo había seguido. No se había movido. No podía haberlo tocado. Neferet jamás lo había tocado con esa dulzura y cuidado.

Pero Nyx sí.

El rostro de Kalona se humedeció. Se apartó las lágrimas.

—*Mmm...* —Neferet estaba dándose golpecitos en la barbilla con una de sus largas y afiladas uñas, estudiándolo desde el otro lado del balcón, sin mostrar señal alguna de que Nyx hubiera estado presente ante él.

¿Se había imaginado que su Diosa estaba allí? *¡No! Recuerdo su roce, su calidez, su dulzura.* Nyx había estado allí. Kalona quiso creerlo.

—Kalona, no puedo decir que no me conmuevan tus súplicas. Finalmente parece haber aprendido cómo hablar a una diosa de verdad. Tal vez perdone tu traición y te permita que me ames de nuevo. Con una condición.

—Lo que sea. —Kalona dijo esas palabras a su Diosa invisible, confiando en que aún estuviera presente, escuchándolo.

—Esta vez tendrás que traerme a Zoey Redbird. Aunque no quiero que la mates, al menos todavía no. He decidido que atormentarla será mucho más divertido. — Neferet caminó lentamente hacia Kalona y con sus uñas le recorrió el pecho, rasgándole la piel y dibujando finas líneas carmesíes. Neferet giró la mano para que la sangre le cayera por los dedos hasta la palma. Tomando el rojo fluido en su mano, se inclinó hacia delante, le lamió el pecho y le cerró las heridas. Con una sonrisa, Neferet siguió andando—. Había olvidado lo bien que sabes. Sígueme y veremos si el resto de ti sigue siendo tan placentero.

Sintiéndose completamente entumecido, Kalona no se movió. Tras sentir a Nyx, se había olvidado de Sylvia Redbird. No quería nada salvo a su Diosa.

*No puedo soportar el roce de Neferet. No puedo, ni fingiéndolo, abrirme nuevamente a una perversión de Nyx.*

Fueron los graznidos del cuervo los que lo trajeron de vuelta al presente. Miró a su espalda. El sol brillaba con fuerza, silueteando al pájaro que se había posado en el borde de la balaustrada de piedra. Miró a Kalona con ojos cómplices.

*¿Rephaim?* Kalona se reprendió mentalmente. *Juré no decepcionar a Tánatos ni a Nyx, y tampoco decepcionaré a mi hijo. Y, sin embargo, no puedo soportar el roce de esa versión retorcida de mi Diosa.*

Kalona no se podía mover. Estaba confuso. Su mente era como un campo de batalla; sus pensamientos, enemigos de sí mismos.

—¿Qué te ocurre? —Neferet estaba dentro de la puerta de cristal rota. Entrecerró los ojos con recelo. Levantó la mano. Aún la tenía ahuecada, sosteniendo su sangre —. Venid, venid algunos de vosotros. Alimentaos. Tal vez necesite que le mostréis a Kalona lo mucho que he cambiado. Ya no tolero la desobediencia.

Kalona observó cómo los zarcillos serpenteantes de la Oscuridad se movían desde un rincón de la estancia principal. Ocultaron la mano de Neferet, como si estuvieran absorbiéndola, al igual que su sangre. Kalona sabía que los zarcillos tenían que estar provocándole dolor. Latían y se retorcían mientras se alimentaban, pero Neferet los acariciaba con su otra mano, casi con cariño.

Kalona apartó la vista. Neferet le repugnaba.

Oyó entonces el gemido. Al principio creyó que provenía de Neferet, pero cuando volvió a mirarla, aún estaba sonriendo y acariciando a los hilos de la Oscuridad. El gemido se oyó de nuevo. Kalona miró alrededor de la habitación. Neferet no tenía ninguna luz eléctrica encendida. Las ventanas, que iban del suelo al techo, eran gruesas vidrieras y, aunque el ático estaba en la parte superior del elevado edificio, dejaban entrar poca luz. Neferet había encendido unas pocas velas blancas gruesas. Sus llamas parpadeantes eran la única iluminación de la suite. Kalona intentó escudriñar su interior, pero no vio nada, salvo sombras y Oscuridad.

Otro zarcillo apareció de un rincón especialmente lóbrego de la estancia principal, rompiendo las oscuras sombras. Algo en el interior de aquella oscuridad se revolvió. Vio un momentáneo y leve destello plateado reflejando la luz de la vela. Kalona parpadeó, pues no estaba seguro de poder fiarse de su visión. El inmortal se centró en la oscuridad y esta tomó forma. Parecía tener el aspecto de un capullo colgado del techo. Kalona negó con la cabeza, sin comprender. La plata del interior de la oscuridad destelló de nuevo, y Kalona vio que algo más reflejaba la luz en el interior de aquella forma similar a un capullo. Ojos. Ojos humanos, abiertos. Kalona lo comprendió todo cuando vio aquellos ojos.

El inmortal alado entró en la habitación.

Sylvia Redbird se movió y, con una voz susurrante y temblorosa, balbució: «No más... No...», mientras los zarcillos cambiaban de postura y se arremolinaban a su alrededor, rasgándole la piel. Su sangre cayó y se unió al charco que ya se había formado bajo su prisión. Era extraño, pero los zarcillos de la Oscuridad no se alimentaban del festín que tenían bajo ellos. Mientras Kalona observaba la escena,

Sylvia movió su cuerpo de nuevo, esta vez presionando hacia el exterior con sus brazos. Cuando sus antebrazos, que estaban cubiertos por brazaletes de plata con turquesas, entraron en contacto con un zarcillo, la hebra viviente se estremeció y retrocedió a toda prisa, dejando una estela de humo negro y apergaminándose hasta soltarse para que otro zarcillo se deslizara a ocupar su lugar.

—Ah, veo que has descubierto a mi nueva mascota.

Kalona se obligó a apartar la vista de Sylvia Redbird. Los zarcillos de la Oscuridad habían acabado de alimentarse, pero aún seguían cubriendo la mano y brazo de Neferet, imitando grotescamente a los brazaletes protectores de Sylvia.

—Cómo no, reconocerás a la abuela de Zoey Redbird. Una lástima que estuviera preparada cuando fui por ella. Tuvo tiempo de hacer acopio del poder terrenal de sus ancestros con un hechizo protector. —Neferet suspiró, claramente irritada—. Guarda relación con las turquesas y la plata. Están resultando un impedimento para llegar a ella, aunque mis queridos hijos de la Oscuridad están causándole algún que otro daño.

—Esa anciana va a desangrarse hasta morir —dijo Kalona.

—Estoy segura de que lo hará. Al final. Una lástima que su sangre no valga nada. Es absolutamente imbebible. Da igual. Esperaré.

—¿Vas a matarla?

—Mi intención es sacrificarla pero, como podrás ver, está resultando más difícil de lo que pensaba. No importa. Soy una diosa. Me adapto con facilidad a los cambios. Tal vez me la quede y la convierta en mi mascota. Eso sí que torturaría a su nieta. —Neferet se encogió de hombros—. Da igual. Matarla o usarla. El final será el mismo. Después de todo, no es más que un caparazón mortal.

—Creía que la criatura Aurox era tu mascota. —Kalona se obligó a parecer vagamente interesado—. ¿Por qué abandonarías a una criatura tan poderosa por una anciana?

—No he abandonado a Aurox. El toro es imperfecto y no ha resultado tan útil como esperaba. Un poco como tú, mi amado perdido. —Acarició un latente zarcillo—. Pero eso ya lo sabes, ¿verdad? Eres el maestro de esgrima de la Casa de la Noche, en sustitución de Dragon Lankford. Sin duda sabes cómo murió tu predecesor.

—Claro. Aurox lo mató. —Kalona empezó a moverse lentamente hacia la jaula de Sylvia—. Y únicamente he ocupado el lugar de Dragon para poder ganarme la confianza de Tánatos y del Alto Consejo.

—¿Por qué querrías hacer eso?

—Por nosotros, claro está. Te han repudiado, unánimemente. Ya no puedes provocar discrepancias entre ellas, así que pensé en provocarlas por ti. Tánatos está empezando a confiar en mí. El alto Consejo confía en ella. Ya he empezado a susurrar disensos a la Muerte.

—Interesante —dijo Neferet—. Y qué considerado por tu parte, especialmente dado que la última vez que nos separamos nos juramos enemistad.

—Erré al dejarte así. Solo fui consciente de lo equivocado que estaba cuando

supe que habías tomado a otro como consorte. No disfruto sintiendo celos. —Kalona echó a andar de un lado a otro mientras hablaba. Confió en parecer frustrado por sus preguntas. En realidad lo que estaba intentando era acercarse más a Sylvia Redbird.

—Y a mí no me gusta que me traicionen. Y sin embargo aquí estamos.

—No te estoy traicionando —dijo Kalona con honestidad. No estaba traicionando a Neferet. No le debía lealtad alguna.

—Oh, creo que estás haciendo mucho más que traicionarme. Creo que también has traicionado a tu propia naturaleza.

Aquellas palabras hicieron que Kalona se detuviera.

—Lo que dices no tiene sentido.

—¿Cómo está tu hijo, Rephaim?

—¿Rephaim? ¿Qué tiene que ver él con nosotros? —Kalona sintió su primer estremecimiento de preocupación al mencionar el nombre de su hijo.

—Te vi. Vi cómo llorabas su pérdida. Te importa. —Neferet escupió las palabras, como si tuvieran un mal sabor. Dio un paso hacia él. Kalona retrocedió otro.

—Rephaim lleva mucho tiempo a mi lado. Me ha servido durante siglos. Echaba en falta su presencia, como lo haría con la de cualquier fiel sirviente.

—Creo que mientes.

Se obligó a reír entre dientes.

—Y, al creer eso, demuestras que inmortalidad no equivale a infalibilidad.

—Dime que no has dejado que los sentimientos te hagan débil. Dime que no has escogido, cual patético perrito faldero, seguir a una Diosa que ya te ha rechazado.

—Mis sentimientos no me hacen débil. Tú eres la que está torturando a una anciana para atormentar a una cría.

—¿Cómo te atreves a hablarme de Zoey Redbird! Tú, que sabes el dolor que me ha causado. —Neferet respiraba con agitación. Los zarcillos de la Oscuridad que serpenteaban a su alrededor se contorsionaron a modo de respuesta agitada.

—¿El dolor que te ha causado Zoey? —Kalona negó con la cabeza, incrédulo—. Tú eres quien deja una estela de caos y dolor tras de ti. Zoey no te antagoniza. Tú la atacas. Lo sé. Me has usado para hacerle daño.

—Sabía que mentías. Siempre he sabido que la amabas, a tu dulce y especial renacida.

—¿No la amo! —A Kalona casi se le escapa la verdad: *¡Siempre he amado y siempre amaré a Nyx!* Un gemido a sus espaldas cambió sus palabras—. Pero tampoco la odio. ¿No puedes considerar que tal vez encuentres satisfacción en fragmentar al alto Consejo y gobernar a aquellos vampiros que opten por un camino más antiguo desde tu castillo en Capri? Tus vampiros rojos en concreto te venerarían y estarían deseosos de vivir como se hacía antiguamente. Te ayudaré a seguir ese camino, seré tu consorte, tu sirviente. —Kalona habló con voz calma y razonable. También dio otro paso hacia atrás. Más lejos de Neferet. Más cerca de Sylvia Redbird.

—¿Quieres que deje Tulsa?

—¿Por qué no? ¿Qué hay aquí? Hielo en invierno, calor en verano y humanos beatos estrechos de miras. Creo que a ambos se nos ha quedado pequeña Tulsa.

—Excelente observación. —Los zarcillos de la Oscuridad, aún hinchados de la sangre de Kalona, se calmaron mientras Neferet parecía considerar su proposición—. Claro está, tendrás que hacer un juramento de sangre para servirme.

—Por supuesto —mintió Kalona.

—Excelente. Tal vez te haya juzgado mal. Tengo a las criaturas perfectas para ayudarme con ese hechizo. —Acarició con cariño a aquellas aberraciones serpenteantes—. ¿Te parece que mezclen nuestra sangre y nos unan para siempre?

Kalona tensó los músculos, listo para cubrir los pasos que lo separaban en esos momentos de Sylvia Redbird. Ordenaría a los hilos de la Oscuridad que se alejaran de ella y luego la llevaría a su libertad mientras Neferet se estuviera abriendo la piel y lanzando un oscuro encantamiento que jamás podrá llevarse a cabo. Kalona sonrió.

—Lo que desees, mi Diosa.

Los labios carnosos y rojos de Neferet estaban empezando a sonreír cuando el cuervo graznó su consternación. Neferet entrecerró los ojos y su atención se centró en el pájaro, que seguía posado en la balaustrada, un claro objeto en la luz de la mañana. Señaló con uno de sus esbeltos dedos al pájaro y ordenó:

Con sangre inmortal os alimento  
¡ahora quiero ver a ese cuervo muerto!

Los zarcillos que habían estado cubriendo su cuerpo se soltaron y salieron disparados como flechas negras hacia el cuervo.

Kalona no vaciló. Se interpuso entre el pájaro y la muerte, absorbiendo el golpe dirigido a su hijo.

La fuerza del impacto lo levantó del suelo del ático y lo arrojó al balcón, contra la balaustrada de piedra. Mientras el dolor estallaba en su pecho, Kalona gritó al pájaro inmóvil:

—¡Vuela, Rephaim!

Dispuso de poco tiempo para sentirse aliviado al ver que el cuervo obedecía su orden. Neferet avanzó, dejando una estela de zarcillos de la Oscuridad tras de sí. Kalona se irguió. Hizo caso omiso al terrible dolor de su pecho. Extendió sus brazos y alas.

—¡Traidor! ¡Mentiroso! ¡Ladrón! —le gritó Neferet. Ella también extendió los brazos y separó los dedos. Peinó el aire y congregó a los pegajosos zarcillos que se multiplicaban a su alrededor.

—¿Crees que puedes luchar contra mí usando a la Oscuridad? ¿No recuerdas que intentaste hacerlo no hace mucho y que yo les ordené que se alejaran? Eres tan estúpida como demente, Neferet —dijo Kalona.



La respuesta de Neferet fueron las palabras de un hechizo:

¡Hijos míos, mi necesidad conocéis!  
¡Haced que sangre este inmortal,  
y luego así alimentaros y alimentaros podréis!

Arrojó los zarcillos de Oscuridad hacia él. Kalona extendió las manos y habló directamente a los adláteres serpenteantes con las mismas palabras que había usado hacia unas semanas, cuando Neferet se había atrevido por primera vez a retarlo cuando estaba de una pieza, ileso y libre de los sofocantes confines de la tierra.

—¡Deteneos! Soy un viejo aliado de la Oscuridad. Obedeced mis órdenes. Esta no es vuestra batalla. ¡Marchaos!

La sorpresa lo golpeó al mismo tiempo que los zarcillos sajaron su cuerpo. ¡Los zarcillos no lo obedecían! En vez de eso le cortaron la piel, rasgándosela y separándosela y bebieron su sangre, cual liquen tóxico. El inmortal se arrancó una de las criaturas palpitantes del pecho y la arrojó al suelo del balcón. La criatura se quebró, pero solo para reconvertirse en docenas más de aquellos horrores de dientes afilados.

La risa de Neferet era la de una demente.

—¡Parece que solo uno de nosotros se ha aliado con la Oscuridad, y ese no eres tú, mi amor perdido!

Kalona se revolvió, arrancando a las criaturas de su pecho mientras intentaba pensar con claridad. Cayó entonces en la cuenta de que Neferet tenía razón. Los zarcillos ya no obedecían sus órdenes porque realmente había escogido otro camino. Kalona ya no traficaba con la Oscuridad.



## Kalona

Sus antiguos conocimientos volvieron a él rápidamente, como un amigo perdido que vuelve para compartir el pan de nuevo. Kalona había sido el guerrero escogido por Nyx. Había pasado varias vidas batallando contra Oscuridades más fieras que esa.

Sí, se multiplicaban cuando se hacían pedazos, pero si les partías el cuello no podían regenerarse al instante. Eran adláteres menores.

Kalona rio mientras giraba sobre sí mismo y golpeaba y luchaba. ¡Se sentía tan bien haciendo de nuevo aquello para lo que había sido creado! En el fragor de la batalla, vio que Neferet lo observaba en silencio.

—¿Crees que vas a derrotarme con estas marionetas? Durante siglos he luchado contra cosas así en el Otro Mundo. Ahora verás que puedo seguir haciéndolo durante varios siglos más.

—Oh, estoy bastante segura de que puedes, traidor. Pero ella no. —Neferet señaló con el dedo a Sylvia Redbird, que seguía atrapada y sufriendo en aquella celda de la Oscuridad.

Con la sangre de Kalona recorriéndoo  
obedecedme, sedme fieles y leales.  
La turquesa su vida ya no salvará,  
¡el poder de Kalona mi filo vengador será!

Los zarcillos obedecieron al instante a Neferet. Dejaron de succionarlo y, abotargados con la sangre inmortal de Kalona, avanzaron cual enjambre hacia Sylvia Redbird. La anciana gritó y levantó los brazos, intentando bloquear su arremetida. Las piedras que llevaba seguían ralentizándolos, eso era obvio, pero no lo suficiente. Con el poder robado de la sangre inmortal, varios zarcillos pudieron resistirse a la protección de la turquesa. Sajaron la piel de la anciana. Luego, cuando los zarcillos se debilitaron y tornaron en humo, regresaron a él para alimentarse. Kalona luchó contra ellos de nuevo, pero por cada dos que conseguía detener, otros dos más rompían sus defensas el tiempo suficiente como para rasgarle la piel y beber su sangre. Reforzados, regresaron para atacar a la anciana.

Sylvia Redbird empezó a cantar. Kalona no se sabía la letra, pero captó perfectamente la intención de esta. Estaba cantando su canción fúnebre.

—Sí, Kalona. Por favor, quédate y combate a la Oscuridad. Solo servirás para

alimentar a los atormentadores de la abuela de Zoey. Finalmente conseguirán abrirse paso por entre su protección, pero con tu ayuda eso ocurrirá más pronto que tarde. O, quizá, una vez consigan quebrar la protección de las turquesas, no la mataré. Tal vez me la quede y la convierta en mi mascota. ¿Cuánto tiempo crees que la cordura de una anciana resistirá los tormentos de la Oscuridad?

Kalona sabía que Neferet tenía razón. No podía salvarla, no podía ordenar a la Oscuridad que se alejara de ella. No solo eso, la Oscuridad podía valerse del poder de su sangre para torturarla.

—¡Vete! ¡Déjame! —Sylvia paró de cantar su canción el tiempo suficiente como para gritarle esas palabras a Kalona.

Sabía que la anciana tenía razón, pero si la dejaba allí tendría que regresar a la Casa de la Noche derrotado por Neferet. *¡Pero no tengo otra opción!* Si se quedaba y luchaba contra la Oscuridad, todo lo que quedaría de Sylvia Redbird sería su cuerpo mortal. Neferet no podría controlar su ira. Cuando las turquesas dejaran de proteger a la anciana, Neferet la destruiría. Aunque eso hiriera su orgullo, para poder salir victorioso, Kalona tenía que retirarse y posteriormente regresar para luchar en otro momento. El inmortal extendió sus poderosas alas y se lanzó por el balcón, dejando a los zarcillos de la Oscuridad, a Neferet y a Sylvia Redbird tras de sí.

Kalona sabía adónde tenía que ir. Voló alto y rápido, y luego se dejó caer a una velocidad inhumana hasta aterrizar en el centro del campus de la Casa de la Noche, justo delante de la estatua a tamaño natural de Nyx. Kalona se arrodilló e hizo lo que no se había permitido hacer hasta ese momento. Alzó la vista a la escultura marmórea de su Diosa.

*No, se corrigió en silencio. No era Nyx quien estaba perdida, sino yo.*

La encarnación de Nyx que la escultora había elegido capturar era realmente hermosa. Tenía los brazos levantados y con las manos dibujaba la forma de una luna creciente. Sus ojos de mármol miraban hacia delante. Era hermosa y fiera, gloriosa y poderosa. Kalona habría dado cualquier cosa por poder tocarla de nuevo.

—¿Por qué? —le preguntó a la estatua—. ¿Por qué aceptaste mi juramento y me permitiste seguir tu senda de nuevo si me iba a costar mi dominio sobre la Oscuridad? Ahora he tenido que dejar que Neferet me derrotara. He tenido que dejar atrás a una bondadosa anciana atrapada y torturada. ¡He fracasado! ¿Por qué me aceptas para permitirme fracasar?

—Libre albedrío. —La voz de Tánatos portó el poder de la autoridad y el mando—. Tú sabes mejor que yo lo que eso significa.

—Sí. —Kalona siguió contemplando a la estatua mientras hablaba—. Significa que Nyx no nos detiene cuando cometemos errores, aunque eso suponga un elevado precio para nosotros y aquellos que nos rodean.

—Al ser inmortal, tal vez no seas consciente de ello, pero la vida es una lección —dijo ella.

—Entonces estaré eternamente en un aula —dijo Kalona con amargura.

—O puedes verlo como una oportunidad infinita de evolucionar —le respondió Tánatos.

—¿Evolucionar a qué? —Se levantó y miró a su alta sacerdotisa—. ¿No me has oído? He fracasado. Sylvia Redbird sigue atrapada por la Oscuridad que Neferet domina.

—Primero preguntaste en qué podrías estar evolucionando. Mi respuesta es: escoge. Eres un guerrero. Pero de qué tipo es elección tuya. Dragon Lankford era un guerrero. Casi opta por endurecerse y amargarse, romper su juramento y convertirse en un traidor. Todo porque su amor estaba fuera de su alcance. Tal vez tú hagas lo mismo.

—Lo sabes —dijo Kalona.

—¿Que amas a Nyx? Sí, la amas —dijo Tánatos—. También sé que está fuera de tu alcance, quieras reconocerlo o no.

Kalona apretó con fuerza los labios. Quería gritar su rabia, decirle a Tánatos que creía que la Diosa lo había tocado, que quizá no estuviera fuera de su alcance. Pero recordó cómo la puerta al templo de la Diosa se había solidificado bajo su mano, prohibiéndole la entrada. Su seguridad en sí mismo se esfumó.

—Lo admito —dijo, sin más.

—Bien. Respecto a tu segunda pregunta: sí, te he oído. No has podido rescatar a Sylvia Redbird porque ya no ejerces autoridad sobre la Oscuridad.

—Sí.

La mirada de Tánatos se desvió a las marcas de cortes que cubrían su cuerpo. Estaban sanando, pero seguían sangrando.

—Has luchado contra la Oscuridad.

—Sí.

—Entonces no has fracasado. Has cumplido tu juramento.

—Y, al cumplirlo, no pude hacer lo que se me había pedido —dijo—. Es una paradoja perturbadora.

—Lo es, desde luego —dijo Tánatos.

—¿Y ahora qué? No podemos dejar que Neferet torture a la anciana. Planea controlar a Zoey a través de su abuela. Zoey sería un poderoso aliado para la Oscuridad, utilizada en contra de su voluntad.

Tánatos negó con la cabeza con tristeza.

—Guerrero, todo lo que has dicho es cierto, pero se te ha pasado una cosa por alto.

—¿Cuál?

—No se le puede permitir a Neferet que torture a una anciana, porque es inhumano. Si entendieras eso, Nyx no sería tan inalcanzable.

—¡Lo entiendo!

Kalona y Tánatos se volvieron a la vez y vieron a Aurox. Había estado sentado en las escaleras de piedra del templo de Nyx, en silencio, observando, pasando

desapercibido.

—¿Por qué no está bajo vigilancia? O al menos encerrado en una habitación — dijo Kalona.

—¡No necesito un guardia o prisión, no más que tú! He escogido venir aquí, dar la espalda a la Oscuridad, ¡como tú! —le gritó Aurox a Kalona—. Y, si hubiera llegado antes a casa de la abuela Redbird, o si no me hubiera marchado, no habría dejado que Neferet se la llevara. ¡Habría luchado por ella!

Kalona se acercó a él con grandes zancadas, lo agarró por el cuello de la camiseta y lo arrojó al suelo, a los pies de la estatua.

—Ni siquiera pudiste evitar matar a Dragon. Atacaste a Rephaim. No puedes luchar contra la Oscuridad, criatura estúpida. Dan igual tus valientes palabras y tus nobles intenciones, ¡fuiste creado por la Oscuridad!

—Y aun así no me tienen que recordar que la vida de una anciana no solo es importante por cómo podrían usar a su nieta —le espetó Aurox.

Kalona lo agarró, deseoso de zarandearlo por el cuello de la camiseta una vez más, pero Tánatos intercedió.

—No, el chico está siendo honesto. Sylvia le importa.

—¡También es una creación de la Oscuridad!

Tánatos abrió más los ojos.

—Sí, absolutamente. Lo es. Y eso, guerrero, bien podría ser la salvación de Sylvia Redbird. —La alta sacerdotisa se marchó rápidamente, dejando a Kalona y a Aurox observando su marcha—. Bueno, ¿a qué estáis esperando? ¡Venid conmigo! —gritó sin detenerse.

Kalona y Aurox se miraron con gesto confundido y luego hicieron tal y como la alta sacerdotisa les había ordenado.

## Zoey

No podía dormir. Lo único que podía hacer era preocuparme por la abuela. Intenté no pensar en todo lo que Neferet podía estar haciéndole, pero en mi mente se agolpaban imágenes de esta haciéndole daño, o algo peor.

Neferet podría haberla matado.

—¡Deja de pensar eso! —me había dicho Stark con voz seria cuando nos habíamos acurrucado juntos en la cama—. No sabes lo que ha pasado y te vas a volver loca de pensarlo.

—Lo sé. Lo sé. Pero no puedo evitarlo. Stark, no puedo perderla. ¡A ella no! —Hundí mi cara en su pecho y me aferré a él.

Intentó consolarme, tranquilizarme, y durante unos instantes encontré consuelo en su abrazo. Me centré en su amor y fuerza. Era mi guardián, mi guerrero, y mi amor. Él era mi pilar.

Luego amaneció y Stark se quedó dormido, dejándome a solas con mis pensamientos. Ni siquiera la máquina de ronroneos de Nala me ayudó a desconectar. En serio, lo único que quería hacer era acurrucarme en un rincón y llorar sobre el pelaje suave de mi gata.

Pero eso no traería a mi abuela de vuelta.

Sabía que mi inquietud despertaría a Stark, y mientras fuera de día eso no sería bueno, así que besé a Nala en el hocico y salí de puntillas de la habitación. Mis pies me llevaron automáticamente a la cocina, donde busqué una lata de refresco de cola y una bolsa de Doritos. Me senté un rato en la mesa, deseando que alguien se levantara y me hablara. Nadie apareció. No podía culparlos. Nos habíamos levantado pronto el día anterior y todos estábamos agotados. Necesitaban dormir. Qué demonios, yo también lo necesitaba.

En vez de eso, me quedé mirando el teléfono, bebiendo mi refresco de cola y comiéndome los Doritos.

También lloré.

Si Neferet tenía a mi abuela era por mi culpa. Yo era la que había sido marcada y la causante de que esa bomba estallara en mi familia humana.

—No debería haber mantenido el contacto con ninguno de ellos. —Hipé un sollozo—. Si hubiera roto con mi familia, Neferet no habría sabido nada de mi madre o mi abuela. Estarían a salvo... vivas. —Me limpié las manos de Doritos en los vaqueros y usé una servilleta para sonarme la nariz—. Yo he traído toda esta mierda vampírica a mi gente. —Hundí el rostro en la servilleta y lloré como una niña de dos años—. Así es como me siento, ¡como una maldita cría! ¡Impotente! ¡Estúpida! ¡Inútil! —Sollocé—. ¡Nyx! ¿Dónde estás? Por favor, ayúdame. ¡Te necesito tanto!

*Entonces, madura, hija mía. Sé una mujer, una alta sacerdotisa, y no una cría.*

Su voz llenó mi mente. Levanté la cabeza, parpadeé rápidamente y me limpié la cara. Las paredes de tierra del túnel estaban brillando. Una imagen empezó a formarse ante mí. Era como si estuviera contemplando un charco de aguas oscuras y algo empezara a tomar forma y a elevarse de las profundidades cóncavas. ¡Era la figura de una mujer! En circunstancias normales, la habría descrito como gorda. Estaba desnuda y tenía unos pechos enormes, anchas caderas y gruesos muslos. El pelo flotaba a su alrededor, oscuro y abundante como su cuerpo.

Era absoluta y completamente hermosa, cada kilo y cada curva de ella, y eso hizo que me replanteara mi concepto de la gordura.

Abrió los ojos y vi que eran cristales de amatista, cálidos y dulces como el color de las violetas.

—¡Nyx!

*Sí, u-we-tsi-a-ge-ya, ese es uno de mis nombres. Aunque tus ancestros me conocen como Madre Tierra.*

—¡Entonces también eres la Diosa de mi abuela!

Sonrió y me costó seguir mirándola fijamente porque era increíblemente

encantadora.

*Conozco a Sylvia Redbird.*

—¿Puedes ayudarla? Creo que está en un serio problema. —Apreté las manos.

*Tu abuela me conoce bien. Tal vez se haya cubierto con el poder de mi tierra, como haría cualquiera de mis hijos si escogen seguir mi camino.*

—¡Gracias! ¡Gracias! ¿Me dirás dónde está y me ayudarás luego a salvarla?

*Dispones de los medios para ambas cosas, Zoey Redbird.*

—¡No lo entiendo! Por favor, por el bien de mi abuela, ayúdame —le rogué a la Diosa.

Ella sonrió de nuevo y su sonrisa me resultó más cegadora incluso.

*Pero ya te respondí cuando me rogaste por vez primera. Si quieres salvar a tu abuela y, en última instancia, a tu gente, tienes que madurar. Sé una mujer, una alta sacerdotisa, no una cría.*

—Quiero serlo, solo que no sé cómo. ¿Podrías enseñarme? —Me mordí el labio para no romper a llorar de nuevo.

*Cómo ser la mujer que has de ser no es algo que nadie pueda enseñarte. Debes encontrar tú misma la manera de serlo. Pero quiero que sepas esto: una niña se queda sentada, llora y se ahoga en la autocompasión y la depresión. Una alta sacerdotisa pasa a la acción. ¿Qué camino escoges tú, Zoey Redbird?*

—¡El correcto! Quiero escoger el camino correcto. ¡Pero necesito tu ayuda!

*Como siempre, la tienes. Los dones que te he concedido jamás te serán arrebatados. Te deseo suerte, mi preciosa u-we-tsi-a-ge-ya...*

Y la Diosa se hundió en el muro del túnel, desapareciendo en un destello de polvo que relució como los cristales de amatistas que habían sido sus ojos.

Me quedé allí sentada, mirando a la pared y pensando en lo que la Diosa había dicho. Fui consciente entonces de que fundamentalmente me sentía avergonzada. La Madre Tierra me había dicho, en resumidas cuentas, que dejara de lloriquear. Me limpié el rostro de nuevo. Le di un último trago al refresco.

Entonces tomé mi decisión. En voz alta.

—Es hora de madurar y crecer. Hora de dejar de llorar. Hora de hacer algo. Y eso significa que, si yo no voy a dormir, mi grupo de frikis tampoco va a dormir, haya sol o no.

Volví sobre mis pasos en el túnel y marqué un número en el móvil.

—¿Qué ocurre, Z? —Stevie Rae respondió al tercer tono. Parecía grogui.

—Vístete y ve a por una vela verde. Te espero en el sótano —dije y colgué. Aphrodite fue la siguiente.

—Será mejor que alguien esté muerto —dijo a modo de saludo.

—Voy a asegurarme de que ese alguien no sea mi abuela. Haz que Darius se levante. Nos vemos en el sótano.

—Por favor, dime que puedo llamar a Shaunee y a la reinona de Damien y despertarlos también —dijo.

—Por supuesto. Diles que traigan sus velas del círculo. Oh, y que Shaunee coja la vela azul de Erin. Tú puedes hacer las veces de agua.

—Tengo una idea mejor, pero eso no es nada nuevo. Bueno, ahora nos vemos.

Cuando llegué a mi habitación, no vacilé. Las altas sacerdotisas no son niñas dubitativas. Actúan. Así que eso hice.

—Stark, levántate. —Lo zarandé del hombro.

Stark parpadeó y me miró por entre su pelo enmarañado.

—¿Estás bien? ¿Pasa algo?

—Lo que pasa es que no vamos a dormir hasta que no tengamos un plan para salvar a mi abuela.

Se incorporó en la cama, desplazando a Nala de su cadera y haciendo que esta le gruñera.

—Pero Kalona fue a rescatar a la abuela.

—¿Dejarías a Nala al cuidado de Kalona?

Stark se frotó los ojos.

—No, probablemente no. ¿Por qué querrías que Kalona cuidara de Nala?

—No quiero. Solo estoy argumentando mi punto de vista. No quiero que sea a él a quien confiemos el rescate de mi abuela.

—Vale. Entonces ¿ahora qué?

—Ahora haremos un círculo. —Fui a la mesilla que tenía junto a la cama y agarré un mechero y la gruesa vela púrpura que tenía allí y que olía a lavanda y a mi infancia. Respiré profundamente. A continuación le dije a Stark:

—Vístete y reúnete conmigo en el sótano.

Eché a andar con rapidez. No quería esperar por nadie, ni siquiera por Stark. Necesitaba algo de tiempo a solas para centrarme en mi espíritu, para sacar fuerzas del elemento que me era más cercano. Necesitaba ser valiente y fuerte e inteligente, y lo cierto es que no era todas esas cosas, o al menos no era todas esas cosas al mismo tiempo. Recordé que en una ocasión le había preguntado a mi abuela cómo había llegado a ser tan inteligente. Ella se había reído y me había dicho que se rodeaba de gente inteligente y que nunca dejaba de escuchar y aprender.

—De acuerdo —dije mientras subía la escalera de metal que llevaba desde los túneles situados bajo la estación a la entrada al sótano—. Tengo amigos inteligentes. Sé escuchar. Y, en teoría, puedo aprender. Eso es lo que haré.

Caminé hasta lo que se me antojó el centro del sótano y a continuación me senté con las piernas cruzadas y puse la vela en el frío y duro suelo de cemento. Con el mechero en la mano, cerré los ojos y tomé aire tres veces, dentro y fuera, dentro y fuera, dentro y fuera. Con los ojos aún cerrados dije:

—Espíritu, eres mi corazón. Tú me llenas y me das fuerzas. Te pido que por favor vengas a mí. —A continuación abrí los ojos y encendí la vela púrpura.

La llama se tornó plateada. Sentí la llegada de mi elemento y de repente todo el tumulto y la confusión que habían llenado mi mente y alma desde que Aurox había



dicho que mi abuela había sido secuestrada desaparecieron. Mi espíritu fue fortaleciéndome conforme me rodeaba y atravesaba mientras la llama plateada de la vela púrpura danzaba en lo que parecía una respuesta animada. Asentí.

—Muy bien. Hora de ponerse manos a la obra. Primer paso. Averiguar qué demonios está pasando. —Saqué el móvil del bolsillo y marqué el número de Tánatos. Si bien lo más inteligente era esperar bajo tierra a que el sol se pusiera para tener mi refuerzo de vampiros rojos, eso no significaba que tuviera que irme sigilosamente a la cama como una cría que ha llegado a casa después del toque de queda.

Su teléfono me dio señal en el mismo instante en que Kalona echó a un lado la rejilla oxidada y Tánatos entró en el sótano, seguida del guerrero alado y de Aurox.

Colgué y fui a abrir la boca para preguntarle a Tánatos qué demonios estaba haciendo allí y por qué había traído a Aurox consigo cuando mi mente asimiló lo que estaban viendo mis ojos. Kalona estaba cubierto de cortes rosados y salpicaduras de sangre. Parecía como si alguien lo hubiera estado azotando con un látigo de cuchillas.

—¿Y mi abuela? ¿Dónde está?

Kalona se detuvo delante de mí. Sus ojos ámbar me mantuvieron la mirada. Mientras estaba allí quieto, varios de los cortes rosados se abrieron y empezaron a llover sangre. *Su cuerpo es vulnerable aquí abajo, en la tierra*, recordé. *Le cuesta más sanar*. No presté atención al hecho de que hubiera bajado voluntariamente a pesar de que resultaba obvio que estaba herido. Era un guerrero. Protegernos era parte de su cometido.

—¿Dónde está? —repetí.

—En el ático de Neferet. La Tsi Sgili la tiene retenida con zarcillos de la Oscuridad —dijo.

—¿Por qué no la sacaste de allí? —Quería levantar mis puños y golpearlo en el pecho y abrirle más cortes para hacerle tanto daño como yo sentía, tanto como mi abuela estaba sintiendo. No lo hice. Solo lo herí con mis palabras y mis ojos—. Dijiste que si Neferet la tenía, la rescatarías. ¡La Oscuridad ha sido tu mejor amiga durante siglos! ¿Por qué no pudiste rescatarla?

—Los adláteres de la Oscuridad ya no obedecen a Kalona. Ha escogido el camino de Nyx, por lo que ya no es un aliado del mal —dijo Tánatos.

—Oh, de puta madre. Tienes el don de la oportunidad, Kalona —dijo Aphrodite. Darius, Stark y ella habían subido ya las escaleras, seguidos de Shaunee, Damien y, para mi sorpresa, Shaylin.

—Entonces ¿por qué huiste? ¿Por qué demonios no luchaste contra los zarcillos, los venciste y rescataste a la abuela Redbird? —dijo Stark—. En teoría proteger a Nyx frente a la oscuridad era tu trabajo a tiempo completo antes de que la cagaras. ¿Se te ha olvidado cómo se hace?

Kalona rodeó a Stark.

—¿Tengo aspecto de haber huido de una batalla?

Stark no vaciló.

—Sí, estás aquí y la abuela Redbird no. ¡Huiste, joder!

Kalona gritó y dio un paso hacia Stark. Darius sacó un cuchillo de su manga y Stark levantó su omnipresente arco. Mosqueada como pocas veces había estado, me interpuse entre ellos.

—¡Esto no está siendo de ayuda, Kalona! Dime por qué la abuela sigue retenida por Neferet —le dije.

—Podía haber luchado contra esas marionetas de la Oscuridad durante días. Finalmente habría resultado victorioso. Me habría costado poco, salvo sangre y dolor. Pero sus órdenes no eran luchar contra mí. Les había sido ordenado alimentarse de mi sangre para fortalecerse y así poder traspasar el poder terrenal con el que Sylvia Redbird se está protegiendo.

—Sigue. Cuéntamelo todo. —Mi voz sonó fuerte, pero tuve que apretarme la mano contra la boca para no sollozar. *¡No lloraré!*

—Turquesas y plata. Los poderes de la tierra. La protegen pero, con mi sangre, los zarcillos estaban empezando a poder penetrar en esa protección. Si me hubiera quedado y hubiera luchado contra ellos, habría salido victorioso, pero Sylvia Redbird habría muerto.

—Debemos tener una criatura hecha de Oscuridad para poder quebrar la jaula de Oscuridad que apresa a tu abuela —dijo Tánatos.

—Esa criatura soy yo. —Aurox dio un paso al frente.

—Oh, por favor. ¡Ahora sí que estamos jodidos! —dijo Aphrodite.

No me quedó otra que estar de acuerdo con ella.



## Zoey

—Puedo hacerlo. Fui creado por la Oscuridad, de la Oscuridad —dijo Aurox—. Los zarcillos no se alimentarán de mí; sería como comerse a sí mismos. Tal vez incluso pueda mandar sobre ellos. Si no obedecen mis órdenes, entonces acabaré con ellos y rescataré a Sylvia Redbird. Zoey, tu abuela me importa mucho. Puedo salvarla. Lo sé.

—¡No puedes controlar esa mierda de tu interior! —gritó Stark—. Sí, Neferet te dejará entrar en su ático. ¿Estás de coña? ¿Por qué no iba a hacerlo? Dispone de mucha sangre de la abuela. Usará parte para alimentar a la Oscuridad y controlarte. ¡De nuevo!

—Los zarcillos no pueden alimentarse de la sangre de Sylvia Redbird —dijo Kalona—. Neferet lo reconoció y yo mismo lo vi. Me imagino que es porque su sangre está protegida por la misma magia terrenal que protege su cuerpo.

—Pero aun así a ti te puede controlar, ¿verdad? —Damien había echado a andar hacia Aurox. Habló entonces con voz clínica, y supe que estaba accediendo a todos los archivos de biología que almacenaba en su enorme cerebro—: Eres un recipiente creado por la Oscuridad. Así que la bestia de tu interior, que es básicamente una criatura formada a partir del mal del toro blanco, se transforma sin necesidad de sacrificios. Lo vimos antes, cuando Stark y Darius te pegaron.

—La bestia se alimenta de violencia y odio, de lujuria y dolor. Eso es cierto —dijo Aurox.

—Pero tienes cierto control sobre ella. No llegaste a cambiar —dijo Tánatos.

—Intento no cambiar. Intento controlarlo.

—Bueno, ¿tienes alguna idea de cómo lo has hecho hasta el momento? —preguntó Stevie Rae, que se unió al resto de nosotros.

—No. —Aurox sonó miserable.

—Y por eso estamos aquí. Debemos enseñar a Aurox a controlar ese cambio, al menos el tiempo suficiente como para que pueda penetrar en la celda de Oscuridad que apresa a Sylvia Redbird para poder lanzarla por el balcón de la guarida de Neferet —dijo Tánatos.

—¿Lanzarla? —Mi voz sonó aguda, pero no había mucho que pudiera hacer al respecto. Me sentía como si me fuera a explotar la cabeza.

—Permaneceré allí, inmóvil, en el aire, y la agarraré y me la llevaré volando a un lugar seguro —dijo Kalona.

—¿Y de cuánto tiempo disponemos para averiguar cómo no pulsar los botones de Aurox y rescatar a la abuela Redbird? —preguntó Aphrodite.

—No creo que sobreviva otra noche —dijo Kalona.

—Bueno —dije yo—. Entonces pongámonos a trabajar. —Miré a Aurox—. ¿De veras te importa mi abuela?

—Sí. Mucho. Daría mi vida por salvarla si fuera necesario.

—Tal vez tengas que hacerlo —dije. Entonces miré a Stark, Darius y Kalona—. Me parece que vais a tener que causarle a Aurox algo de dolor. Ahora.

Los guerreros miraron a Tánatos.

—Estoy de acuerdo con Zoey. Provocadle dolor.

## Aurox

—Puede que disfrute con esto —dijo Stark mientras dejaba el arco y las flechas a un lado y se chascaba los nudillos.

—Igual que yo —dijo Kalona. Empezó a rodear a Aurox—. Te debo unos cuantos golpes por mi hijo.

—Y yo por Dragon —le dijo Darius mientras sacaba de la trabilla del cinturón una navaja pequeña de aspecto mortífero.

—No tenéis que matarlo —dijo Zoey. Su voz sonó fría, carente de emoción alguna.

Esa ausencia de emoción atemorizó a Aurox más que cualquiera de los tres guerreros.

—Me apuesto a que es difícil de matar —dijo Aphrodite. Se cruzó de brazos y le guiñó el ojo a Darius—. Así que adelántate y diviértete con tus cuchillos, guapetón.

—La bestia se alimenta de la ira. Poneos serios. Enfadaos —les ordenó Tánatos a los guerreros y estos se acercaron sigilosamente al chico toro.

Aurox sintió al momento el cambio en su energía. Donde antes había habido desagrado y desconfianza, en esos momentos había ira. La tensión irradiaba de ellos, e iba ganando en intensidad. La bestia de su interior se revolvió expectante.

Aurox apretó los dientes y tensó el cuerpo. *No. No perderé el control. Es tsu-ka-nv-s-di-na, no la bestia. ¡Domaré al toro!*

Kalona atacó primero. Con un movimiento inhumanamente rápido, se volvió y le soltó una bofetada con el revés de la mano en la cara, arrojándolo de rodillas al suelo. Antes de que se pudiera levantar, Darius intervino. Aurox sintió un dolor eléctrico recorriéndole la espalda y a continuación notó calor cuando el corte, leve y superficial, empezó a sangrar. Un instante después, Stark lo golpeó en el estómago.

Aurox se dobló de dolor. Los guerreros estaban enfadados. El olor de su sangre surtió efecto en los dos vampiros. Podía sentir cómo la violencia crecía en su interior, especialmente en Stark. *Oscuridad, puedo sentirla. Stark ha conocido el mal, aunque ha escogido otro camino.* Aurox consiguió ponerse en pie y adoptó una postura defensiva justo a tiempo para que Kalona lo golpeará de nuevo en el otro lado de la

cara. Aurox se volvió, siguiendo el movimiento del golpe, y levantó el brazo a tiempo de bloquear el puño de Stark.

Mientras se movía, giraba y bloqueaba los golpes, la criatura de su interior se estremeció, intentando liberarse de la voluntad de Aurox. Aunque la piel se le retorció y sentía en sus huesos el terrible cambio que lo convertiría en la bestia cornuda, siguió siendo él mismo. Aún tenía el control.

—¡Tienes que luchar! —le gritó Zoey.

Aurox bloqueó otro de los golpes de Stark.

—¡No puedo! —gritó—. Si lucho... me transformaré.

—Entonces ¿para qué te queremos? —Aphrodite levantó los brazos, exasperada—. Neferet no va a dejarte entrar allí para que le digas a la Oscuridad que se vaya a la mierda y luego te marches de la manita de la abuela.

—Tienen razón —dijo Tánatos—. Tienes que devolverles los golpes. Y debes controlar a la bestia mientras lo haces.

Aurox asintió y, sintiendo un miedo terrible, se agachó y esquivó la mano del cuchillo de Darius, y a continuación le soltó un puñetazo bajo la barbilla.

Aurox sintió que el dolor y la ira estallaban en Darius. La bestia también lo sintió. Las emociones penetraron en su cuerpo, llenando a la criatura que moraba en su interior de poder. Aurox intentó detenerlo, intentó controlarlo. Pero cuando se giró y le soltó una patada a Stark en el estómago que lo dejó sin aliento, sintió que sus pies empezaban a solidificarse y transformarse en pezuñas.

—¡Piensa en la luz de la luna! —le gritó la iniciada que poseía la visión verdadera—. Está dentro de ti. Intenta encontrarla.

Pensó en la luz de la luna y en lavanda, en plata y turquesas y en la tierra a su alrededor.

Kalona atacó de nuevo, otro punzante revés. Esta vez Aurox lo agarró por la muñeca y, valiéndose de su propia fuerza inhumana, lanzó al inmortal lejos de él.

La bestia rugió.

—¡Está perdiendo el control! —dijo Aphrodite.

—Volved al túnel —gritó Stark—. No sé por cuánto tiempo vamos a poder controlarlo.

—¡Será mejor que lo controléis, porque no vamos a ir a ninguna parte! ¡Aurox, resiste! —gritó Zoey.

—¡Lo intento! —gritó Aurox mientras se alejaba de los tres guerreros, que respiraban agitadamente pero que no lo estaban atacando en esos momentos—. ¡Lo controlo!

—Si no lo controlas, si le haces daño a cualquiera de ellos, te destruiré. —Kalona se lo dijo con total tranquilidad. No gritó. No adoptó ninguna pose. Pero Aurox sintió la verdad de su afirmación. *El inmortal podría destruirme*. Ese pensamiento hizo que la bestia se replegara, liberando parte de su ira.

Aurox se irguió.

—¡Lo controlo! Lo controlo.

—Con eso estaba contando —dijo Zoey—. Chicos, parad un segundo. Tengo una idea. —Los tres guerreros asintieron, pero siguieron mirando con recelo a Aurox. Zoey prosiguió—. Damien, Shaunee, Stevie Rae, ocupad vuestras posiciones. Formad un círculo alrededor de Aurox. —Los tres se desplegaron—. Aphrodite, toma la vela de Erin y ponte en el lugar del agua.

—Tengo una idea mejor. —Aphrodite le pasó la vela azul a la iniciada con visión verdadera—. Ve hacia el oeste y piensa en agua.

—¿Agua? ¿Yo? —La chica agarró la vela, pero negó con la cabeza con gesto confundido.

Aphrodite sacó un pequeño objeto de plata de su bolsillo y lo abrió. Aurox vio que la luz bailaba en su superficie reflectante. Lo sostuvo en alto para que la chica se viera el rostro.

—Lee tu propia aura.

La iniciada suspiró y se miró al espejo. Entonces arqueó las cejas y sus ojos parecieron doblar su tamaño.

—¡Increíble! ¡Uau! Nunca se me había pasado por la cabeza leerme. ¡Tengo todas las tonalidades del azul!

Aphrodite cerró el espejo y se lo volvió a guardar en el bolsillo con expresión petulante.

—Sí, justo como pensaba. Así que, al oeste.

La iniciada ocupó su lugar en el círculo con una sonrisa.

—Eso ha sido muy sabio por tu parte, profetisa —dijo Tánatos.

—Tengo mis momentos —dijo Aphrodite. A continuación le dijo a Zoey, que estaba junto con los otros iniciados observándolas con los ojos como platos—: De nada.

—Vale. Bueno, veamos si yo puedo ser tan sabia —dijo Zoey.

—¿Cómo puedo ayudar? —preguntó Tánatos.

—Protege el círculo. No quiero nada salvo espíritus en esta ocasión —fue la rápida respuesta de Zoey.

—De acuerdo —dijo Tánatos.

—Aurox, ¿lo tienes controlado? —le preguntó Zoey.

Seguía respirando con dificultad y la bestia se asomaba justo por debajo de la superficie de su piel, pero como los guerreros habían detenido su ataque, Aurox había recuperado de nuevo el control.

—Sí, por ahora.

—De acuerdo, esto es lo que vamos a hacer. —Mientras Zoey hablaba, echó a andar hacia él—. Tánatos, lanza un hechizo sobre el círculo. Haremos que nuestros elementos se manifiesten y los retendremos aquí, preparados. Guerreros, una vez los cinco elementos están presentes, atacad a Aurox. —Se detuvo a escasos centímetros de los tres guerreros y de Aurox—. Quiero que contraataques y que hagas todo lo que

esté en tu mano para controlar a la bestia, pero cuando ese control se te empiece a ir de las manos, porque todos estamos viendo que no puedes detener lo que te está ocurriendo, será nuestro turno para intentar ayudarte.

—¿Cómo? —le preguntó él.

—Ya lo hice un poco antes. Envié al espíritu para que te fortaleciera. Imagina eso multiplicado por cinco —le explicó ella—. Dices que la bestia se alimenta de la violencia, la ira y el dolor, ¿no es así?

—Sí —dijo Aurox mientras asentía con la cabeza.

—Bueno, aunque los elementos no son buenos o malos, cómo nos hacen sentir a cada uno de nosotros sí es sin duda algo bueno. Así que me figuro que si nosotros cinco canalizamos hacia ti no solo nuestros elementos, sino también lo que nos hacen sentir, entonces tal vez puedas aferrarte a ellos y obtener suficiente poder positivo como para aplacar a la bestia.

—Aurox, si esto funciona —Tánatos se unió a Zoey en mitad del círculo—, eso demostrará que eres algo más que la Oscuridad a partir de la cual fuiste creado.

—Entonces funcionará, porque no soy la Oscuridad. No puedo serlo —dijo con firmeza.

—Demuéstralo —dijo Stark.

—Lo haré —respondió Aurox. Miró a Zoey a los ojos—. Estoy listo.

—Entonces comenzaremos por el aire. —Tánatos recibió el mechero que le dio Zoey y echó a andar hacia Damien. Con palabras simples, Tánatos dijo—: Aire, tú eres el primero de los elementos y te invoco a este círculo. —Tras eso encendió la vela amarilla de Damien y siguió andando hasta Shaunee, tras lo que invocó al fuego de la misma manera. Cuando se colocó delante de la iniciada con visión verdadera, se demoró más, y dijo—: Agua, eres cambiante, siempre estás adaptándote. Has sido invocada a este círculo y te has manifestado en numerosas ocasiones a través de tu iniciada, Erin Bates. Pero esa iniciada, al igual que el agua, ha cambiado y se ha adaptado a otro entorno. Está aquí una nueva hija de Nyx, abierta y deseosa de aceptar tus dones. Como alta sacerdotisa, te invito a este círculo. ¡Ven, agua, y muestra a Shaylin cómo será bendecida!

Aurox observó cómo Tánatos encendía la vela azul de la iniciada y esta soltaba un grito ahogado.

—¡Puedo sentirla! ¡El agua está aquí, a mi alrededor!

Tánatos sonrió.

—Y por ese don le estamos profundamente agradecidos a Nyx. —La alta sacerdotisa se acercó entonces a Stevie Rae, invocó a la tierra y encendió la vela verde. Aurox pudo oler la hierba y la tierra. Respiró profundamente, pues le recordó a la mañana en que se había despertado con la canción de la abuela Redbird.

*Debo hacer esto. Creía en mí y no voy a abandonarla.*

Entonces Tánatos se colocó delante de Zoey.

—Espíritu, tú eres el último elemento en unirse al círculo. Tú abres y cierras

nuestra unión. Te invoco aquí con un resonante «Feliz encuentro». ¡Ven, espíritu!

Cuando acercó el mechero a la vela púrpura, se oyó un chisporroteo y la vela de Zoey prendió en una llama pura y plateada. Fue ganando en altura y destello, y de repente la llama plateada se tornó en una brillante cuerda que conectó a todos y cada uno de los que conformaban el círculo. Aurox pudo sentir cómo el poder agitaba el aire a su alrededor. Respiró profundamente y se preparó.

—Hagámoslo —dijo Zoey—. ¡Guerreros, causadle dolor!

Esta vez fue Stark quien atacó primero. Aurox se creía preparado, pero el vampiro lo sorprendió. En vez de darle un puñetazo, le propinó una patada en las piernas. Aurox se golpeó con dureza contra el suelo. Estaba intentando levantarse cuando Kalona le pateó el estómago y Darius lo cortó con el filo de su navaja en el otro hombro.

Aurox reaccionó al momento. Agarró al inmortal de las piernas y se las giró mientras se volvía y lo golpeaba con la mano, que ya casi se había convertido en una pezuña hendida, y a continuación golpeó a Darius en la espalda. Los dos guerreros gruñeron del dolor y este prendió en el interior de Aurox cual cerilla al contacto con una yesca seca. La bestia de su interior emergió a la superficie. Rugió y cargó contra Stark.

—¡Es el momento! —dijo Tánatos.

—¡Ordenad a vuestros elementos que llenen a Aurox! ¡Mostradle cómo es sentir la alegría del aire, fuego, agua, tierra y espíritu! —gritó Zoey.

Aurox apenas si pudo oír a Zoey. Ladeó la cabeza en su dirección. La llama plateada que sostenía ante ella atrajo la atención de la bestia. Gruñó, deseando cambiar de trayectoria, deseando atacar a la llama.

—¡Cuidado, Z! —le estaba gritando Stark—. ¡Aquí, cabrón! ¡No te atrevas a mirarla! —El guerrero placó a Aurox con el hombro, tirándolo hacia atrás. Aurox fingió ir a perder el equilibrio, pero en vez de eso fintó a la derecha y su puño izquierdo, en esos momentos ya una pezuña, alcanzó a Stark en el estómago, haciendo que se doblara del dolor. Aurox agachó la cabeza, preparado para acabar con el guerrero, cuando los elementos lo alcanzaron.

Esta vez se tambaleó sin fingirlo. Sintió primero al espíritu. Lo sintió muy dentro de él. Algo se revolvió en su interior. Algo que era lo contrario a la bestia que compartía su piel. La alegría cobró vida. Era una sensación extrañamente familiar y Aurox giró la cabeza y buscó con la mirada de manera automática a Zoey. Sus ojos se encontraron. Zoey tenía lágrimas en ellos. Una de sus manos sostenía la vela de llama plateada. Tenía la otra mano apoyada contra su pecho.

—No llores, Zo. Te pondrás perdida de mocos —se oyó a sí mismo decir con una voz perfectamente normal, perfectamente humana.

Entonces el aire zumbó y Aurox soltó un grito ahogado, y rio. Fue como un minitornado. El fuego era una estampida crepitante que el agua enfriaba. La tierra un fragante campo de lavandas, tranquilizador y vigorizante.



Aurox seguía riendo. Miró a lo que habían sido pezuñas hendidas. ¡Volvía a tener manos y pies de nuevo!

—No cantes victoria aún. Esto no significa nada si no puedes luchar. —Y Stark lo golpeó. Con fuerza. Sangre teñida de dolor emanó de su nariz.

Aurox gruñó y lanzó su propio golpe, que alcanzó a Stark en un lado de la barbilla.

—¡Puedo luchar! —gritó. Stark cayó al suelo.

La bestia se estremeció en su interior, pero Aurox pensó en los elementos y su presencia lo fortaleció y, al hacerlo, sintió cómo la criatura empequeñecía y se acobardaba.

Aurox estaba sonriendo cuando Darius lo atacó. Esquivó el golpe y golpeó con tal fuerza la muñeca del guerrero que este soltó la navaja. El cuchillo fue a parar al suelo del sótano. Aurox seguía riendo cuando le dio una patada a las piernas de Darius por detrás y este se cayó de culo.

Kalona no resultó tan sencillo. Su velocidad era de otro mundo, y ahora que Aurox carecía de los reflejos de la bestia, solo era capaz de bloquear una tercera parte de los golpes. Pero no importaba. Lo que importaba era que Aurox seguía luchando y que seguía siendo humano.

—¡De acuerdo! ¡Es suficiente! —La orden de Tánatos llegó cuando Stark y Darius se habían vuelto a unir a Kalona y estaban cercando a Aurox. Los guerreros se detuvieron, aunque al chico toro le dio la sensación de que lo hicieron a regañadientes.

—Espíritu, tierra, agua, fuego, aire... Os doy las gracias a cada uno de vosotros por vuestra poderosa presencia. Podéis partir, y hasta la próxima vez, ¡feliz encuentro, feliz partida y feliz reencuentro! —Tánatos cerró el círculo. Todas las llamas se elevaron al unísono y a continuación se apagaron.

—Vaya, ha funcionado —dijo Zoey en aquel silencio.

Aurox se limpió con la camiseta la sangre de la nariz y la boca. Ni pensó en lo que estaba haciendo, simplemente siguió a sus pies, que avanzaban hacia Zoey. A continuación la tomó en brazos y dio vueltas con ella mientras su voz gritaba:

—¡Lo has hecho! ¡Ha funcionado!

Ella se rio, pero tan pronto como la dejó en el suelo, se alejó de él y fue junto a Stark.

—No solo lo he hecho yo. Todos lo hicimos. —Tomó la mano de Stark y, haciendo caso omiso de Aurox, sonrió a los demás—. Habéis estado increíbles, chicos.

—Vale, sí. El círculo ha funcionado —dijo Stark—. ¿Pero en qué le va a ayudar eso a sacar a la abuela Redbird del ático de Neferet? Neferet no va a dejarnos hacer un círculo allí.

—Bueno, hasta ahí no había llegado a pensar —dijo Zoey.

—¿Tenéis que ver a Aurox para poder fortalecerlo con los elementos? —preguntó

Kalona.

—En realidad, no —dijo Zoey—. Es más difícil, y no sé durante cuánto tiempo podríamos mantenerlo, pero no tenemos que ver a alguien para hacerle llegar nuestro elemento.

—Creo que un hechizo de protección es la respuesta. —Tánatos habló despacio, razonando en voz alta—. Rodead el edificio Mayo. Yo abriré el círculo y lanzaré el hechizo, sellándolo con sal. Zoey, mientras el espíritu esté en el centro del círculo, en el corazón del edificio, el círculo debería resistir.

—El vestíbulo del edificio Mayo es grande. Tiene un bar y un restaurante —dijo Aphrodite—. La comida es bastante buena, tienen una carta de champán decente y es oscuro y romántico.

—¿Y eso por qué debería importar? —preguntó Zoey.

—Porque tú y yo podemos sentarnos allí, en una mesa en un rincón. Yo podré disfrutar de un buen champán. Tú puedes hacer que lees un enorme y aburrido libro de texto mientras en realidad lo que estarás haciendo será encender una versión más pequeña y menos obvia de esa vela púrpura tuya y hacerle llegar al toro todos los elementos.

—¿Dónde estaremos nosotros? —preguntó Stark con cara de pocos amigos.

—Fuera, vigilándonos para que ningún tarado callejero asuste a, pongamos, la reina Damien y haga que esta empiece a gritar, tire la vela al suelo y lo joda todo —dijo Aphrodite.

—Yo no soltaría mi vela —dijo Damien.

—¿Y si olierá muy muy mal y pensaras que tiene piojos? —preguntó Aphrodite.

—Iugh —dijo Damien, y se estremeció.

—Lo que yo decía —dijo Aphrodite.

—Aurox, ¿puedes hacerlo? —preguntó Zoey.

La miró a los ojos y no vaciló.

—Sí, puedo hacerlo. Lo haré. Siempre y cuando los elementos puedan darme fuerza. —Aurox paró de hablar y no pudo contener una sonrisa de pura felicidad—. ¡Yo! Soy más que una bestia. Soy más que Oscuridad. —Se volvió de Zoey a Tánatos—. Dijiste que tenía elección. Escojo la Luz y el camino de la Diosa.

Tánatos le devolvió la sonrisa.

—Sí, hijo. Creo que lo has hecho. También creo que Nyx te ha oído.

—Bueno, ha hablado lo suficientemente alto como para que hasta la Diosa lo oyera —dijo Stevie Rae, pero también le sonrió.

Zoey no estaba sonriendo, sin embargo. Se había vuelto hacia Kalona.

—¿Seguro que podrás salvar a mi abuela? Es una temeridad y suena ridículo. Aurox va a tirarla desde el ático del Mayo.

Kalona extendió sus alas y estas rozaron el techo del sótano cuando rodeó con ellas al grupo. Las heridas del inmortal se habían abierto de nuevo durante la pelea y la sangre le caía por el cuerpo. Aurox pensó que parecía un dios vengador.

—La agarraré y, una vez la tenga, Sylvia Redbird estará completamente a salvo.  
Zoey asintió.

—Cuento con ello. De acuerdo, entonces, este es nuestro plan.



## Zoey

Esperar hasta el anochecer era una pesadilla. Tener que mantener la boca cerrada mientras los demás iniciados se levantaban y se tomaban su tiempo para prepararse, comían cereales y hablaban del colegio y los deberes y demás tonterías que no fueran salvar a mi abuela estaba haciendo que me palpitara la cabeza y que el estómago se me encogiera.

Y luego, claro está, había que añadir el hecho de que Aurox estaba agazapado en lo alto de la torre 1, escondido, aguardando a que regresáramos por él para poner en marcha el plan para salvar a mi abuela porque, tal como dijo Aphrodite:

—No podemos dejar que nadie lo vea. Si Neferet se entera de que el chico toro ha hecho acto de presencia en la Casa de la Noche y que no nos lo hemos cargado, bueno, entonces lo mejor será que dibujemos una enorme diana sobre él y que a tu abuela empecemos a llamarla fiambre.

Así que, sí, tenía un terrible dolor de cabeza que estaba degenerando en un serio síndrome de colon irritable.

—Tómame un refresco de cola —dijo Stark mientras arrastraba una silla hasta donde yo estaba sentada, en una de las mesas de la cocina.

—Ya lo he hecho —le dije.

—Tómame otro. —Se inclinó hacia mí, me besó las mejillas y me susurró—. No dejas de mover el pie como una histérica y los demás te están mirando como si estuvieras a punto de estallar.

—Tal vez lo haga. —Lo acaricié con la nariz, valiéndome de eso como excusa para susurrarle mi respuesta.

—¿Unos Conde Chócula, Z? —me preguntó Stevie Rae con exagerada alegría.

—No tengo hambr... —Empecé a decir, pero Aphrodite me cortó.

—Claro que quiere. El desayuno es la comida más importante del día.

—Pero si tú nunca desayunas —le dije con el ceño fruncido.

Aphrodite levantó su copa de champán medio vacía y brindó conmigo de coña.

—Yo opto por un desayuno líquido, y lo hago todos los días. El zumo de naranja es alimento para el cerebro.

—Y el champán mata las células de este —dijo Shaylin, con la boca llena de Lucky Charms.

—Me gusta pensar que es algo que ha hecho la Diosa para equiparnos. Considerad por un segundo lo ridículamente más inteligente que sería con respecto a vosotros si no bebiera tanto.

—Creo que esa lógica tiene sus puntos débiles —dijo Damien.

—Y tu pelo también. ¿Eso que estoy viendo es acaso calvicie prematura?

Damien soltó un grito ahogado.

Suspiré.

—No seas tan tocapelotas —le dijo Stevie Rae a Aphrodite y luego me pasó un bol de cereales.

—Hablando de pelotas, la cintura de esos vaqueros pesadillescos que llevas es tan alta que, si tuvieras de eso, las tendrías aprisionadas —bromeó Aphrodite mientras volvía a servirse otra mimosa.

—Yo creo que Stevie Rae está muy guapa —dijo Shaylin.

—Claro. Y mañana probablemente llevarás un zapato de cada color, porque ese es el gusto tan refinado que tienes.

Intenté comer mientras mis amigas se lanzaban pullas y Stark permanecía cerca de mí, apoyando su mano en mi muslo y dándole de tanto en tanto un apretón tranquilizador.

Mi cabeza, sin embargo, no paraba quieta. Vale, entendía por qué teníamos que esperar hasta la puesta del sol para ir al edificio Mayo. Dos de mis cinco personificaciones de los elementos arderían en llamas si salieran con la luz del sol. Y eso sin contar a Stark, que se asaría como un pollo. Hasta entendía que tuviéramos que ir a clase a primera hora, que nos tocaba con Tánatos. Iba a dividirnos en grupos y asignarnos diferentes tareas, todas centradas en la puesta a punto del colegio para la jornada de puertas abiertas del sábado. Las tareas que nos iba a dar a aquellos de nosotros que íbamos a rescatar a mi abuela estarían convenientemente ubicadas fuera del campus. Así que, con suerte, ni Erin ni Dallas ni nadie que se pusiera en contacto con Neferet accidentalmente o a propósito tendría ni idea de qué andábamos tramando, ni que sabíamos que la abuela había sido secuestrada.

Lo difícil era la espera, especialmente cuando los chavales (aquellos que no formaban parte de nuestros planes) no tenían ni idea de nada y por ello andaban rezagados y tardando una eternidad en prepararse para subir al autobús.

Aurox estaba agazapado en una torre de la parte superior de este edificio. Mi abuela estaba presa en una celda creada por la Oscuridad. Resultaba difícil fingir que no pasaba nada. Quería ponerme a andar de un lado a otro de la cocina. Quería gritar. Quería demonios, quería golpear algo. O a alguien. Bueno, a Neferet, estaba claro. Pero no quería romper a llorar, así que pensé que esa era una buena señal.

A punto de que se acabaran los cereales y mi paciencia, Kramisha entró en la cocina como si de fuegos artificiales se tratara. Bueno, tal vez fuera su ropa la que se asemejara a unos fuegos artificiales: falda amarilla que le marcaba el trasero, una sudadera púrpura con la cuadriga dorada de Nyx dejando una estela de estrellas refulgentes en su pecho y plataformas de charol rojas que eran casi del mismo color que su peluca corta carmesí.

—El autobús está esperando. Y, por muy educado que sea Darius, no tiene por

qué estar allí sentado preguntándose por qué estáis tardando tanto. —Hizo un movimiento con la mano para apremiar a los iniciados—. ¡Vamos, largo!

La habría besado. A continuación me atravesó con sus ojos oscuros y dijo:

—Tengo algo para ti.

El estómago se me hizo un nudo cuando sacó de su enorme bolso de Louis Vuitton el cuaderno púrpura.

—Odio la poesía —dijo Aphrodite.

—Ahórrate el numerito —le dijo Kramisha—. ¿Has tenido alguna visión hoy?

—No. Hoy solo he tenido en mente mimosas y no visiones, pero gracias por preguntar —dijo Aphrodite.

—Pues todo apunta a que hoy voy a hacer las veces de ti, profetisa, así que no odies mi poesía. —Kramisha le hizo el mismo gesto a Aphrodite también—. Idos. He dicho que esto es para Zoey.

—Bien. Hay gente que dice: «Que le den al yoga». Yo digo: «Que le den al lenguaje figurativo». Y no, no lo digo figurativamente. —Aphrodite se echó el pelo hacia atrás y salió de la habitación.

—¿Quieres que me quede? —preguntó Stevie Rae.

Arqueé las cejas a modo de pregunta hacia Kramisha.

—No —dijo ella. A continuación miró a Damien, a Shaylin y a Stark—. Vosotros también podéis iros.

—Eh, no sé si eso me parece bien —dijo Stark.

—Pues va a tener que parecértelo. Tengo un pálpito y voy a seguirlo. —Aún aferrándose a lo que yo estaba empezando a considerar el «Cuaderno morado de la fatalidad», Kramisha se cruzó de brazos y movió con impaciencia el pie.

—Ve —le dije yo—. Los pálpitos de Kramisha casi siempre han sido correctos.

—Por «casi siempre» se refiere a «siempre» —dijo Kramisha. Parecía superimpaciente.

—Vale, pero no me gusta. Estaré esperando en el autobús. —Stark me besó, le frunció el ceño a Kramisha y se marchó.

Ella negó con la cabeza.

—Tengo cuatro sílabas para ese chico: con-tro-la-dor.

—Solo intenta mantenerme a salvo, eso es todo —dije yo.

Kramisha resopló.

—Sí, eso era lo que el segundo marido de mi tía decía antes de soltarle una bofetada que la mandó al otro lado de la habitación por mirarlo como no debía.

—¡Kramisha! Stark no va a pegarme.

—Solo te lo digo. Bueno, esto es para ti. Para ti solo. No sé por qué tengo esta fuerte sensación de que tienes que oírlo, pensar sobre ello y guardarlo para ti, pero así es. Tú eres la alta sacerdotisa y demás, así que puedes hacer lo que quieras. Pero tengo que ser honesta y hablarte de todo lo que siento.

—De acuerdo, sí, lo entiendo. Déjame leerlo, entonces. —Fui a agarrar el

cuaderno.

—No. —Kramisha me sorprendió al decir eso—. Desconozco por qué, pero es algo que tiene que ser leído en voz alta. Todo lo que tienes que hacer es escuchar. — Cuando empezó a leer, su voz cambió. No habló más alto, pero sí había poder en la manera en que hablaba, en cómo enunciaba las palabras, y eso hizo que se tornaran más en un himno, un cántico, que un simple poema.

Espejo antiguo,  
espejo mágico,  
sombras de gris  
ocultas,  
prohibidas  
dentro, lejos.  
Penetra en la neblina  
besada por la magia.  
Llama al vidente  
revela el pasado.  
El hechizo se ha lanzado,  
¡arregla esta situación!

Kramisha acabó de leer y la habitación me pareció entonces muy silenciosa.

—Vaya, esto es una mierda de lo más extraña —dijo, ya sonando como ella de nuevo—. ¿Te dice algo?

—No lo sé. Sonaba poderoso, como si fuera más que un poema —dije—. Me gusta que diga que vas a arreglar esa situación.

—Yo no, Z, tú. Ni siquiera sé con certeza qué es porque no lo siento de la misma manera que a ninguno de mis otros poemas. Parece más un hechizo que una profecía.

—¿Un hechizo? —Miré a mi alrededor. Nada era diferente. Nada había ocurrido—. ¿Estás segura?

—No. No lo estoy. Cógelo. —Arrancó la hoja y me la dio—. Sé que pasa algo contigo y tu círculo. Sé que me lo dirías si pudieras. —Levantó la mano para detener lo que iba a ser mi «no explicación»—. No necesito ninguna explicación. Eres mi alta sacerdotisa. Confío en ti. Tan solo tenía que darte esto y decirte que lo vas a necesitar. Cuando lo hagas, dilo en voz alta como acabo de hacer. Hay poder en esas palabras.

Tomé el poema, lo doblé con cuidado y me lo guardé en el bolsillo delantero de los vaqueros.

—Gracias, Kramisha. Espero que muy pronto pueda contarte lo mucho que significa para mí.

—Lo harás. Como te he dicho, confío en ti, Z. Ahora tienes que hacerlo tú.

—Sí, lo sé. Eso es lo que me asusta —me oí a mí misma admitir.

Kramisha me dio un abrazo fuerte y cálido.

—Z, si no te asustara, entonces no tendría ningún sentido. Sé fuerte y recuerda que Nyx no es ninguna estúpida, y fue ella quien te escogió para esta mierda tan estresante, no al revés.

—Eso me hace sentir un poco mejor —le dije.

—Bueno, no soy el doctor Phil, el psicólogo ese de la tele, pero soy lista —dijo ella.

—Y tus zapatos son más chulos que los de él —dije, intentando sonar al menos medio normal.

—Sí, me recuerdan a los zapatos rojos de Dorothy, solo que los míos llevan plataforma porque yo tengo un mayor sentido de la estética que ella.

Su comentario se me antojó de lo más apropiado, porque yo me sentía como si estuviera siguiendo el camino de baldosas amarillas rumbo a un lío muy serio, lo que, supongo, convertía a Aurox en Glinda la bruja buena del norte. ¿Y a mí? Estaba segura de que yo era el León Cobarde...

Pensaba que estaba preparada para ver a Erin. Estaba superequivocada. Me había esperado que estuviera distante y fría, pues llevaba actuando así desde hacía unos días. Sabía lo suyo con Dallas (Shaylin nos había contado que los había visto, y también lo de sus colores fangosos, la noche anterior. Y Shaunee había admitido que los había visto liándose, aunque se había negado a darnos lo que había denominado «detalles escabrosos»). Aun así, no me había esperado que Erin fuera a comportarse de una manera tan obvia. Pero allí estaba, sentada encima de Dallas en la parte final del aula con el resto de los odiosos iniciados rojos cuando entramos para la primera hora.

—Oh, demonios, no —murmuró Aphrodite cuando la risa sarcástica de Erin nos envolvió.

—No prestéis atención a Erin —susurró Shaunee cuando entró con nosotros, mientras contemplábamos lo bajo que había caído. Vale, todos menos Shaunee. Ella ni siquiera miró a su exgemela. Siguió caminando con la cabeza alta, como si no pudiera oír la risita inmadura de Erin ni sentir las miradas que nos lanzaba.

—Shaunee tiene razón. —Bajé la voz para que solo mi grupo pudiera oírme—. Erin es como uno de esos malotes que quiere llamar la atención a cualquier precio. No reparéis en ella ni en los demás.

Así que eso hicimos. Ocupé mi silla en la primera fila con Stevie Rae, Rephaim y Shaunee a un lado y Aphrodite, Shaylin y Damien al otro.

La silla vacía de Aurox me resultó superobvia. *¿Qué estará haciendo ahora? ¿Qué se le estará pasando por la cabeza mientras se prepara para enfrentarse a Neferet y salvar a mi abuela? ¿Va a acobardarse? Probablemente ni siquiera esté esperándonos en la estación cuando volvamos a buscarlo. Seguro que ya está a medio camino de Brasil...*



La voz de Shaylin cortó mi hiperventilación interna.

—Mira allí. —Se había inclinado por delante de Aphrodite para susurrarme. Estaba asintiendo ligeramente a la izquierda de nuestro grupo, a una chica sola. Sorprendida, reconocí a Nicole. Estaba completamente aislada, sentada en la parte delantera de la clase, definitivamente separada de Dallas y su grupo.

—¿Sus colores? —le preguntó Aphrodite en voz baja.

—El rojo casi ha desaparecido. —Shaylin respondió lo suficientemente alto como para que la oyera—. Y el marrón tormenta de arena se está tornando en dorado. Es muy bonito.

—Vaya —dije yo.

—Extraño —dijo Aphrodite.

—Totalmente —susurró Stevie Rae a mi otro lado—. Y aun así sigue sin gustarme.

Estaba intentando pensar en algo inteligente que decir cuando Tánatos entró en la clase.

—¡Feliz encuentro! —dijo.

—¡Feliz encuentro! —respondimos.

Tánatos no perdió tiempo alguno, y yo se lo agradecí sobremanera porque estaba harta de perder tiempo y de esperar.

—No puedo pedirlos que saquéis los deberes, como si estuviéramos en un colegio normal. No voy a hacer como que no habéis perdido a vuestra líder, Neferet, y a que vuestras vidas han quedado patas arriba.

—Quiero saber quién es el responsable del incendio de los establos. —La pregunta de Erin sorprendió a más alumnos, no solo a mí. Oí susurros provenientes de todas partes. El rostro de Shaunee se había tornado lívido e incluso Tánatos vaciló más de lo que debería un profesor antes de responder.

—Todo apunta a que fue un desafortunado accidente —dijo Tánatos.

—Bueno, no sé de algún accidente que sea afortunado. —La voz de Dallas sonó llena de desdén.

—¿«Ningún» accidente? ¿Es eso lo que querías decir? —le corrigió Tánatos con delicadeza.

—¿Acaso tú no fuiste un accidente? Recuerdo que me contaste que tus padres decían que solo habían estado en Dallas para pasar el fin de semana, y no para hacer un bebé —le soltó Stevie Rae.

Un grupo de chicos rio. Tánatos habló por encima de ellos.

—En ocasiones las mejores cosas surgen y nacen de momentos desesperados y accidentales. ¿Estás de acuerdo conmigo, Dallas?

Dallas murmuró algo que nadie pudo entender. Oí que Erin le hablaba susurrante a lo Marilyn Monroe antes de que Dallas volviera a tomar la palabra.

—Entonces, básicamente, nadie va a pagar por haberle prendido fuego a los establos, ¿no?

—No fue intencionado. —Nicole no estaba hablándole a él. Estaba mirando a Tánatos, como si solo estuvieran ellas dos en el aula—. Ya se lo dije a Lenobia. Estaba allí. Hacía mucho aire y la lámpara se cayó. Todo ocurrió muy rápido. Me dirigía al monturero para guardar los cepillos y otros enseres que estaba usando para acicalar a una de las yeguas. Vi cómo ocurría. El viento sopló con fuerza. La lámpara cayó justo encima de un montón enorme de heno que se prendió cual bengala. — Nicole se volvió entonces y habló directamente a Dallas—. Fue un accidente. Punto y final.

—Bueno, menos mal que eres de fiar, o de lo contrario la gente pensaría que estás mintiendo. —La voz de Dallas fue como un insulto.

—Lo es. —Tánatos cortó de raíz su sarcasmo—. Y nuestra profesora de equitación está de acuerdo con ella. Estamos muy contentos de que nadie muriera en el accidente.

—El establo está hecho un desastre, sin embargo —oí que decía mi voz para llenar tan incómodo silencio. Estaba intentando hacer todo lo que estaba en mi mano para que recuperáramos algo de normalidad—. Entonces, ¿significa eso que las clases de estudios ecuestres han sido canceladas?

—Para nada. —Tánatos me envió lo que estaba segura que era una mirada de agradecimiento—. Seguiremos con nuestros horarios normales de clases. Si tenéis clase de estudios ecuestres, tal vez se os ponga a limpiar y a quitar escombros en vez de montar, sin embargo. —A continuación se tocó la frente como si hubiera recordado algo—. Salvo aquellos a los que necesito para que me ayuden a preparar la jornada de puertas abiertas del sábado.

Damien levantó la mano.

—Sí, Damien. ¿Cuál es tu pregunta? —dijo Tánatos.

—No es una pregunta en sí. Iba a presentarme voluntario a ayudar en lo que pueda.

Tánatos sonrió.

—Lo aprecio, y mucho.

—Entonces, ¿haremos una excursión? —Se me hacía tan raro oír la voz de Erin desde la parte posterior de la clase.

—Supongo que podría considerarse así, puesto que será fuera del campus. Erin, ¿te ofreces voluntaria para ayudar?

—Si eso significa salir del colegio, entonces tendrá a más voluntarios aparte de Erin —dijo Dallas.

Ni pude siquiera mirar de soslayo a Stevie Rae o a Aphrodite, pero estaba segura de que Stevie Rae había cruzado los dedos.

—Dallas, me vendría bien tu ayuda. Me he pasado la mayor parte de las horas de luz de este día buscando acontecimientos benéficos en Tulsa. Al parecer, uno de los más exitosos se llama «Noche de vino y rosas». Lo hacen en beneficio del Tulsa Garden Center. Colocan miríadas de luces alrededor de los jardines de rosas y luego

celebran una cata de vinos y una cena después del anochecer. Y eso, mi interesante y joven vampiro rojo, es perfecto para ti.

—¿Perfecto? No me gusta mucho el vino —dijo Dallas.

Oí a Aphrodite resoplar, pero mantuve la mirada al frente e intenté no respirar siquiera. Sabía que Tánatos estaba tendiéndoles la trampa y confié en que funcionara.

—No, me has interpretado mal —dijo Tánatos—. Simplemente quería usar su patrón de iluminación para nuestra jornada de puertas abiertas. Dallas, piensa en lo maravilloso que lucirá nuestro campus si colocamos ristas de bombillas eléctricas alrededor de nuestros robles.

—Mucha electricidad, estaría bien. Llevo mucho tiempo diciendo que este colegio necesita ponerse el día en cuanto a su instalación eléctrica. No estamos en 1960. Necesitamos luces de verdad aquí. Nuestros ojos podrán soportarlo. —Dallas sonó como un arrogante, como siempre.

—Bueno, estoy de acuerdo contigo, si bien solo temporalmente —dijo Tánatos con una sonrisa. Una vez más me maravillé de su capacidad interpretativa. Entonces centró su atención en Erin—. Erin, creo que trabajarías bien con Dallas, ¿puedo contar contigo para ayudarle con la decoración para la jornada de puertas abiertas? Necesitamos, claro está, una iluminación exquisita, pero también mesas, cubiertas con finos manteles, dispuestas en la parte central de nuestros terrenos. ¿Podrás asumir la responsabilidad de coordinarte con los humanos de la ciudad, así como con la pericia eléctrica de Dallas, para hacerlo?

—Nací para decorar y comprar. Que me den la tarjeta de oro del colegio y estoy dentro —dijo Erin.

—Dispondrás de un generoso presupuesto —le aseguró Tánatos—. Especialmente si tenemos en cuenta que la jornada de puertas abiertas tendrá lugar en unos pocos días. El tiempo es esencial.

—Si dispongo de dinero, soy buena con las fechas límite —dijo Erin, lamiéndole el culo sin disimulo alguno a Tánatos.

Justo entonces, Aphrodite levantó la mano.

—Eh, hola. —Sonó aburrida e insidiosa. Más de lo habitual incluso.

—¿Tienes una pregunta, Aphrodite? —le dijo Tánatos.

—Más bien quería hacer un comentario inteligente. Si vais a poner a alguien a cargo de la preparación de un acto benéfico, deberíais recurrir a la experta: *moi*. He tenido que bregar con lo que la clase media tan barbáricamente llama «planificación de eventos».

La sonrisa y el tono de Tánatos fueron condescendientes.

—No lo dudo, pero Erin y Dallas se han presentado voluntarios antes. Sí tengo una tarea para ti, sin embargo. Me gustaría que hicieras un viaje relámpago fuera del campus y que hablaras con tus padres para que vengan a la jornada de puertas abiertas. A juzgar por tus comentarios en la rueda de prensa de ayer, doy por sentado que puedo contar con su apoyo.

—Sí, claro. Hablaré con ellos. —Aphrodite estaba haciendo una interpretación increíble. Parecía molesta y muy cabreada por el hecho de que Tánatos no hubiera despedido a Erin y la hubiera puesto a ella al frente, que era exactamente lo que queríamos. Si Erin (y, por ende, Dallas) creía que estaban haciendo algo importante, y el resto de nosotros nos mosqueábamos, se le subiría a la cabeza. Los dos se comportarían de manera odiosa. *Se distraerían totalmente y no informarían a Neferet de nada salvo de que Tánatos contaba con ellos y les había delegado muchas responsabilidades.* La primera fase estaba saliendo de acuerdo con el plan.

Damien levantó la mano con firmeza y vigor. Cuando Tánatos dijo su nombre, prácticamente rogó:

—Por favor, ¿puedo ir con Aphrodite? Siempre he querido conocer los entresijos de la política de la ciudad.

—Pfff —dijo Aphrodite.

—Sí, puedes —dijo Tánatos.

Fue mi turno de levantar la mano. Me había preparado para ello, pero aun así me costó que no me temblara la voz.

—Eh... Llamé a mi abuela por lo de la jornada de puertas abiertas, pero aún no me ha devuelto la llamada.

—¿Le dejaste un mensaje en el buzón de voz? —preguntó Tánatos.

—Sí, lo hice. —Solté todo el aire—. Supongo que es normal que tenga el móvil apagado, después de lo del ritual de revelación y lo de mi madre y demás. —Que mi voz temblara en ese momento no desentonó, y me alegré y mucho porque me estaba costando una barbaridad mantener el tipo—. ¿Quieres que vaya a la granja y hable con ella?

—Bueno, quizá. Mañana o así —dijo Tánatos, e hizo un gesto con la mano para restarle importancia—. Pero ahora mismo no creo que sea necesario. Hoy te necesito conmigo en Street Cats. Me gustaría mucho que me presentaras a la persona al frente de la organización, la hermana Mary Angela. Estoy segura de que podemos contar con la ayuda de tu abuela, así que emplearemos mejor nuestro tiempo si nos coordinamos con Street Cats, Zoey.

—De acuerdo, sí, puedo hacerlo —dije.

—¿Puedo ir con vosotras? —Shaylin habló sin levantar la mano—. Me gustaría que un gato me escogiera.

Tánatos sonrió.

—Claro, joven iniciada. —Posó su incisiva mirada en Stevie Rae—. Alta sacerdotisa, necesito que te coordines con tu madre biológica. Mencionaste sus habilidades para la cocina durante la entrevista para la televisión. Bueno, creo que necesitaré la ayuda de más de una madre para saciar el apetito de todo Tulsa el sábado.

—Podría preguntarle a mi madre si puede hacer que las madres de la APA se impliquen. Cocinaron como locas para el club de Henrietta Hens.

—Entonces cuento contigo para coordinar el catering —dijo Tánatos—. Así que, para recapitular, aquellos de vosotros a los que he nombrado jefes del grupo: Dallas, Erin, Aphrodite, Zoey y Stevie Rae, escoged a los iniciados más afines a vosotros y delegad las tareas. Dallas, creo que bien puedes ser un guerrero por derecho propio, así que podrás cuidar de tu grupo. Zoey, Aphrodite y Stevie Rae, podéis incluir a vuestros guerreros cuando salgáis del campus y cuando lo consideréis oportuno. Confiaré en vuestro juicio. Manteneos a salvo y pasad inadvertidos, lo que significa que tendréis que cubrir vuestras marcas y no llevar vuestros uniformes. No necesitamos más tensión entre humanos y vampiros ni más atención de los medios.

»Asimismo, no os veáis en la obligación de venir a clase entre hoy y el lunes. Aquellos a los que he nombrado líderes de los grupos tendréis que venir a mi aula para informarme de las novedades y, por supuesto, pedirme toda la ayuda que podáis necesitar. Hoy iré con Aphrodite para encontrarme con el alcalde y luego me aseguraré de regresar a la Casa de la Noche. Estaré en el campus disponible para vosotros, como siempre.

»No esperemos hasta que la campana suene. Mis queridos y especiales estudiantes, no tenéis que seguir las normas tan estrictamente. Sé que lleváis al colegio en vuestros corazones. Así que proceded con vuestras tareas. Os deseo un feliz encuentro, feliz partida y feliz reencuentro.

Y así, Tánatos se libró de Dallas y Erin y de su grupo de cotillas y espías. Se pensaban que Tánatos era poco menos que una alta sacerdotisa crédula a la que podían manipular, y que les estaban confiriendo importantes responsabilidades para la jornada de puertas abiertas del colegio algo que, sin duda, compartirían con Neferet.

Nosotros, por nuestra parte, íbamos a salvar a mi abuela y darle una buena patada al culo desprevenido de Neferet. Ya tendríamos tiempo de arreglar el caos que hubieran armado Dallas y Erin y su grupo para la jornada de puertas abiertas. O al menos ese era nuestro plan.



## Aurox

La espera en la torre del edificio de la estación le dio a Aurox la posibilidad de relajarse. Resultaba extraño, pero desde que habían delegado en él la responsabilidad de rescatar a la abuela Redbird, el caos y el tumulto de su cabeza habían amainado. Iba por el buen camino. Lo sabía. Y cuando los elementos habían llegado a su interior y lo habían fortalecido para que su voluntad controlara a la bestia, Aurox se había puesto eufórico.

—Soy más que un cuerpo modulado por la Oscuridad. —Las palabras rebotaron en las paredes de piedra de la torre. Aurox sonrió. Deseó poderlas gritar desde la parte superior del edificio Mayo—. Lo haré —se prometió a sí mismo en voz alta—. Cuando la abuela Redbird esté libre y a salvo. Gritaré que he escogido la Luz sobre la Oscuridad.

En esos momentos le hacía bien ya solo pronunciar aquellas palabras, aunque fuera el único que las oyera.

*A menos que la Diosa esté escuchando...*

Aurox alzó la vista al cielo de la noche. Estaba despejado, y aunque la estación se encontraba en el centro de la ciudad, se veían muchas estrellas, así como una fracción brillante y plateada de la luna.

—Cuarto creciente. Tu símbolo. —Aurox habló a la luna—. Nyx, si puedes oírme, quiero darte las gracias. Sin duda tienes algo que ver con el hecho de que pueda decidir ser más que aquello que me creó. La Oscuridad no me habría dado esta oportunidad. Tenías que ser tú. Así que gracias. Y te agradecería que le dieras fuerzas a la abuela Redbird. Ayúdala a aguantar hasta que llegue allí y la salve. —Sintiéndose confiado y feliz, Aurox se apoyó contra el lado redondeado de la torre de piedra, cerró los ojos y, con la sonrisa aún en su cara, cayó en un profundo sueño.

Aurox no estaba acostumbrado a soñar. Apenas recordaba nada de sus horas de sueño, así que el sueño de la pesca fue inusual desde el principio.

Jamás había pescado, pero el muelle en el que estaba le resultaba familiar. El plácido lago era de un azul topacio y estaba rodeado por una arboleda de árboles longevos. Nunca antes había sujetado una caña de pescar, pero no se le antojó extraña en sus manos. Aurox enrolló el sedal y a continuación lo dejó volar. El flotador se posó en la superficie del lago con un satisfactorio sonido. Suspiró y contempló distraído las aguas espejadas... y se sobresaltó.

No era el rostro de Aurox el que estaba contemplando en las aguas.

Era el rostro de otro chico. Tenía el pelo marrón, del color de la arena, alborotado,

y unos ojos azules como platos que reflejaban la misma sorpresa que Aurox estaba sintiendo.

Levantó la mano y tocó el rostro.

—Ese no soy yo —le dijo al reflejo erróneo y sintió de nuevo aquel sobresalto. Era su voz, pero estaba dentro del cuerpo equivocado—. ¡Es un sueño! Simplemente una imagen de mi mente durmiente. —Aurox necesitaba despertarse. Pero no podía parar de mirar.

Y entonces el reflejo abrió la boca y Aurox le oyó decir unas palabras sobre las que él no tenía control alguno. *A ver si te enteras. Solo has tomado prestados mi libre albedrío y mi bondad. No son tuyos.*

El miedo invadió a Aurox. Ese chico, ese chico estaba diciendo la verdad. En el reflejo, Aurox observó cómo negaba con la cabeza, negando lo que su corazón le decía.

—No. Escogí la Luz sobre la Oscuridad. ¡Tomé mi decisión!

*Tío, yo tomé esa decisión, tú tan solo has chupado rueda. Así que no puedes relajarte, especialmente si vas a rescatar a la abuela de Zo.*

—Zo. —Aurox frunció el ceño—. Se supone que no puedo llamarla así.

*Pues claro que no, Sherlock. Yo era quien la llamaba así. Da igual, la cuestión es que te estoy dando un aviso. No seas tan arrogante. No va a ser fácil para ti. Estoy haciendo todo lo que está en mi mano, pero llegará un momento en el que tendrás que asumir responsabilidades.*

Entonces un pez mordió el anzuelo de la caña de pescar de Aurox, ondeando las aguas, alterando su superficie espejada y haciendo añicos el sueño.

Aurox abrió los ojos. Soltó un grito ahogado y se incorporó. Respiraba agitadamente. El corazón le iba a mil por hora, tan rápido que sintió cómo la bestia de su interior se revolvía. Aurox se puso de pie y empezó a andar de un lado a otro para calmar su ansiedad.

Miró al cielo. La luna se había movido. Aurox miró el reloj que Stark le había dejado. Eran casi las diez de la noche. Tánatos regresaría por él en cualquier momento. Tenía que recuperarse y bajar por la parte delantera del edificio de la antigua estación. Tenía que encontrar de nuevo su confianza y prepararse para enfrentarse a Neferet y a la Oscuridad.

Aurox subió por la escalera de metal oxidado y luego se dejó caer de la torre al tejado de la estación. Desde allí bajó a toda prisa por las escaleras laterales. Estaría esperando tal como Tánatos le había pedido. Contaba con él. Zoey contaba con él. Todos contaban con él.

Les demostraría que no habían errado al confiarle la vida de la abuela Redbird.

—Ha sido un sueño. Nada más —dijo Aurox a la noche vacía. Su voz le tranquilizó, pero el corazón le dolía como si una duda espectral se hubiera deslizado a su interior.

## Zoey

—Ahí está, esperando bajo la parte más a oscuras del saliente, justo como le dijo Tánatos. —Señalé a la entrada de la estación abandonada, que parecía sacada de Gotham City. Aurox estaba en las sombras, pero su cabello superrubio y sus ojos del color de las piedras lunares no ayudaban exactamente a su camuflaje. Stark se mantuvo cerca de él y Tánatos abrió la puerta trasera de uno de los utilitarios y le indicó que se metiera.

—No está todo el mundo —dijo Aurox tras cerrar la puerta y mirar el interior.

—Eh, no, claro que no —dije. Me pareció que estaba realmente nervioso—. Tánatos ha hecho como que nos separaba y nos mandaba a distintos recados para que Neferet no oyera nada que le pudiera resultar sospechoso. ¿Recuerdas?

—Oh, sí. Sí. —Paró de hablar y a continuación añadió—. Feliz encuentro, Tánatos.

—Feliz encuentro, Aurox. No estés preocupado. El resto del grupo se unirá a nosotros al otro lado de la calle del edificio Mayo.

—¿Estás bien? Estás muy pálido —le dijo Shaylin desde el asiento de atrás.

Volví la cabeza.

—¿Pálido? ¿Está cambiando su aura?

—No, su aura está igual. Me refiero a pálido, de pálido. Tiene la cara muy blanca —dijo Shaylin.

—Estoy bien —dijo Aurox con resolución—. Tan solo ansioso por acabar con esto.

—Nosotros también —dijo Tánatos—. Cálmate y guarda esa tensión para la batalla.

Aurox asintió y se quedó callado. Me mordí el labio, pensando en la abuela y mirando por la ventanilla. Menos mal que el edificio Mayo no estaba muy lejos de la estación. Stark salió a la Quinta y aparcó en la parte posterior de la plaza ONEOK. Otro deportivo utilitario oscuro estaba ya allí. Darius, Aphrodite, Shaunee y Damien se bajaron de él. Shaunee y Damien llevaban en la mano las velas de sus elementos. Aphrodite le estaba dando la mano a Darius. En la otra mano llevaba un libro de texto de geometría supergordo.

—¿Geometría? ¿En serio? ¿Es lo mejor que has encontrado para nuestra fingida sesión de estudios? —Fui consciente de que estaba balbuciendo nerviosa, pero es que no me gusta nada la geometría.

—«Fingida» es la palabra clave. No vamos a estudiar. Vamos a hacer que estudiamos, retrasada.

—Sí, vale, vale —dije—. Sé que no vamos a estudiar de verdad. Es que estoy muy nerviosa y preocupada por la abuela.

—Y eso es perfectamente comprensible. —Damien me dio un abrazo—. Por eso estamos aquí. Vamos a traerla de vuelta. —Miró a Aurox—. ¿Estás preparado?



Este asintió. No me pareció que tuviera pinta de estar preparado, pero mucho me temía que yo tampoco la tendría, así que intenté no juzgar. Shaylin y yo estábamos sacando las velas de nuestros bolsos cuando Kalona, silencioso como la propia noche, bajó del cielo.

—¿Qué noticias traes del colegio? —le preguntó Tánatos al alado inmortal.

—Dallas y Erin han fragmentado a los iniciados rojos. Han sembrado la discordia, incluso entre los suyos. Tendrás que ocuparte de eso cuando todo haya acabado.

—De acuerdo —dijo Tánatos—. Pero el plan ha funcionado.

—Así es. Están tan ocupados en pavonearse por las responsabilidades que les has dado frente al resto de estudiantes que no les importa nada lo que Zoey y tú, o cualquiera de nosotros, estemos haciendo —dijo Kalona.

—Erin está cometiendo un grave error —dijo Shaunee en voz baja.

—Me alegro de que lo esté cometiendo sin ti —dijo Damien.

—Todos nos alegramos de ello —coincidí.

Otro vehículo aparcó y Stevie Rae y Rephaim bajaron de él.

—Perdón —dijo mientras se acercaba corriendo a nosotros con su vela verde—. Teníamos a Erin y Dallas en un coche tras nosotros, así que tuve que hacer como que estaba conduciendo a casa de Henrietta. Estaba preocupada de que fueran a seguirme todo el camino, pero luego se metieron en la autopista y ahí ya caí en que iban a la tienda de iluminación de Garbee. —Paró de hablar y me miró—. ¿Estás bien, Z? Tienes ojos de cordero degollado.

Parpadeé y me percaté entonces de que había estado mirándola.

—Es que se me hace tan raro verte sin tus tatuajes.

Stevie Rae levantó la mano y se tocó la frente, con cuidado de no quitarse la gruesa capa de corrector que cubría su hermosa marca de vampira.

—Sí, a mí también se me hace raro veros. A todos.

—Pero así pasamos desapercibidos. Y eso es lo importante esta noche —dijo Stark.

Lo entendía y estaba de acuerdo en que necesitábamos adoptar un perfil bajo. Si hasta Kalona llevaba un abrigo largo de cuero que, en la oscuridad, prácticamente ocultaba sus alas gigantes. Pero eso no cambiaba el hecho de que, sin nuestras marcas, parecíamos extraños y normales. Demasiado normales. Esa noche necesitábamos ser poderosos y extraordinarios y tener confianza en nosotros mismos.

Intenté centrarme en lo positivo y en creer que todo iría bien, pero lo cierto era que me dolía el estómago y me estaba costando horrores no llorar.

*No, no voy a llorar. Solo las crías débiles lloran. Los líderes actúan. Si no lo hago por mí, he de hacerlo por mi abuela.*

—Eh, tu marca está dentro de ti. Eso jamás podrá cubrirse ni perderse u olvidarse —dijo Stark al, obviamente, percibir mi tensión.

—Gracias por recordármelo —dije, y le acaricié su rostro temporalmente

desprovisto de tatuajes.

—No lo olvidemos ninguno. Nuestro poder no reside en nuestros adornos, sino en nuestro interior, y se manifiesta a través de las decisiones que tomamos y de los dones que nos ha otorgado la Diosa —dijo Tánatos—. Hemos de empezar. El primer paso de esta noche es abrir nuestro círculo y proceder con el hechizo de protección. Una vez lo hayamos puesto en marcha, nuestro círculo quedará oculto. Mientras ese círculo no se rompa, todos y cada uno de vosotros cinco estará a salvo. Los ojos humanos no os verán. Las manos humanas no podrán haceros daño. Pero antes y después del hechizo, seréis vulnerables.

El vello del antebrazo se me erizó y tuve que respirar profundamente para no perder los estribos. Estaba todo el rato mirando de reojo a Aurox. Apenas había dicho nada desde que lo habíamos recogido. Imaginé a la Diosa como la había visto la última vez: sabia, fuerte y hermosa y rogué en silencio: *Por favor, Diosa, ¡haz que esté preparado para esto!*

—Shaunee, la fachada del edificio Mayo mira al sur. Aunque es invierno, hay mesas en la entrada. Ahí es donde te colocarás con tu vela. Darius, te unirás a Shaunee. Protégela —dijo Tánatos.

—Lo haré, alta sacerdotisa —dijo Darius con solemnidad—. También estaré lo suficientemente cerca de Zoey y Aphrodite, por si fuera necesario.

—Las mesas son parte del restaurante. Las han puesto para los fumadores —explicó Aphrodite. Miró a ambos lados y sacó del bolso una cajetilla de tabaco que le pasó a Shaunee.

—¿Fumas? —Parecerá una estupidez, pero después de todo lo que habíamos pasado juntas, me sorprendió saber que Aphrodite fumaba.

—Claro que no. ¿Sabes la de arrugas que te salen por fumar? No quiero tener la piel como el cuero envejecido a los treinta. Sé lo de las mesas para fumadores porque he estado en el restaurante del edificio Mayo, así que he venido preparada. —Aphrodite miró a Shaunee—. Mientras Zoey y yo hacemos que estudiamos, tú puedes hacer que fumas y fingir que Darius es tu novio. De nuevo, «fingir» es la palabra importante aquí. Ten presente que te puedo ver por la ventana y que te mataré si finges demasiado bien. Oh, posdata: pedid la sopa con chile blanco. Eso no tenéis que fingir que lo coméis. Está buena.

—Gracias —dijo Shaunee—. Y, aunque eres más que odiosa, gracias por prestarme a tu guerrero.

—Ni lo menciones. Hablo en serio. Nunca jamás.

—Damien —prosiguió Tánatos, haciendo caso omiso de Aphrodite, como el resto de nosotros—, hay un callejón junto a la pared este del edificio Mayo. Apenas está iluminado y es donde sacan la basura. Puedes colocarte allí. Stark, tú estarás con Damien. Si alguien intenta interferir antes de que el círculo esté protegido, puedes usar tu habilidad para controlar su mente para que se marchen.

Stark asintió.

—De acuerdo. No dejaré que nadie moleste a Damien. Al igual que Darius no dejará que nadie moleste a mi Z.

—Tienes mi palabra —dijo Darius.

Apreté la mano de Stark. Sabía que no le gustaba nada separarse de mí pero, al igual que yo, también lo entendía. El círculo tenía que ser protegido y el aire de Damien sería el primer elemento invocado, así que estaría allí, sosteniendo la vela en un frío y oscuro callejón, aguardando a que Tánatos rodeara toda la calle y concluyera el hechizo de protección. Damien iba a ser mucho más vulnerable que yo, que iba a estar en un bonito restaurante haciendo que estudiaba geometría.

—Stevie Rae, el callejón de Damien da a una pequeña entrada para el servicio en la parte trasera del edificio, justo a este lado de la Cuarta.

Stevie Rae asintió a Tánatos.

—Ese es mi norte. Rephaim y yo estaremos allí.

Tánatos se volvió hacia Shaylin.

—Cheyenne es la calle que sigue al lateral occidental del edificio. Allí no hay ningún lugar donde puedas ocultarte. Es solo una acera junto a un edificio al lado de la calle. El agua es el tercero de los elementos invocados. No voy a mentirte. Estarás sola hasta que la tierra y el fuego completen el círculo.

—No, no lo estará —dije yo rápidamente, y di las gracias por las palabras que mi intuición me estaba aconsejando decir—. Nyx estará con ella. Ya le ha dado unos dones increíbles: visión verdadera, afinidad por el agua y el poder mental del que todos los iniciados rojos gozan.

—Eso es cierto, Shaylin —dijo Stevie Rae—. No hace mucho tiempo que fuiste marcada, así que no has tenido demasiado tiempo para practicar porque, bueno, decidimos que no estaba bien husmear en las cabezas de la gente normal, pero puedes hacerlo. Si alguien intenta molestarte, tan solo míralos. Haz que te miren a los ojos y luego diles lo que quieres que hagan mientras lo piensas con todas tus fuerzas.

Shaylin asintió. No parecía para nada nerviosa, sino fuerte como una roca.

—Creo que «Vete, déjame en paz, ¡olvídate de que me has visto!» bastará, ¿no?

—Sí, seguro que sí —afirmó Stevie Rae—. ¿Ves? Está chupado.

—Yo también te vigilaré desde arriba —dijo Kalona.

—¡No! Shaylin puede cuidarse ella sola. Todos podemos. No debes apartar la vista de la parte superior del edificio y del balcón del ático de Neferet. En cuanto veas a la abuela, ve a por ella y sálvala. Ese es tu único cometido esta noche —dije yo.

—Eso no es cierto, joven sacerdotisa —intervino Tánatos—. Kalona es mi guerrero y, como tal, tiene la responsabilidad de proteger a nuestros iniciados, así como a mí. —Caminó hasta él—. Ocúltame mientras procedo con el hechizo para proteger al círculo. Vigila a nuestra gente. Asegúrate de que todo esté dispuesto para lo que hemos venido a hacer esta noche. —La mirada de Tánatos se posó en mí y luego en Aurox, al final del grupo—. Hasta que el círculo no esté protegido, no entrarás en la guarida de Neferet.

—Esperaré hasta sentir los elementos —dijo él.

—Recuerda, Aurox, sin la fuerza de los elementos no tienes manera de controlar a la bestia, y esta emergerá cuando Neferet se dé cuenta de que has ido a por su prisionera —dijo Tánatos.

—Lo recordaré —dijo él.

—Y me aseguraré de que el círculo esté protegido —dijo Kalona—. Os vigilaré desde lo alto. Cuidaré de vosotros. Cuidaré de todos vosotros. —La fría mirada ámbar del alado inmortal se fijó en Aurox—. Debes ser consciente de que no puedo protegerte. Tendrás que batallar tú solo en la guarida de Neferet.

Sorprendida, me sobresalté. Estaba tan centrada en sacar de allí a mi abuela que ni siquiera me había planteado qué le iba a pasar a Aurox después.

—Espera, ¿no puedes llevarlos a los dos? —le pregunté a Kalona.

—No, mi fuerza inmortal tiene unos límites —dijo Kalona—. Aurox, si te suelto desde el cielo, ¿morirás?

Resultaba extraño escuchar cómo Kalona le preguntaba eso a Aurox como si nada, como si le estuviera preguntando si le gustaba el sándwich de jamón y queso, o si lo prefería de pavo.

Aurox movió los hombros, incómodo.

—Creo que eso dependería de si la bestia de mi interior se ha manifestado o no. La bestia es mucho más difícil de destruir que yo.

—Cuando mi abuela esté a salvo, evocaremos nuestros elementos. —Ahora era yo la que sonaba tan extrañamente tranquila como ellos dos—. Aurox, deja que la bestia se apodere lo suficiente de ti como para poder salir de allí.

—¿Crees que eso es posible? —le preguntó Tánatos.

—Quizá. Creo que dependerá mucho de Neferet. No me he planteado cómo salir, solo cómo entrar —dijo Aurox.

—Estoy de acuerdo con Zoey. Usa a la bestia. Neferet necesita un sacrificio para controlarla. Tendrá que hacerlo de nuevo, y nosotros nos habremos llevado a su sacrificio —dijo Tánatos—. Puedo protegerte. Cuando vuelvas en ti de nuevo, vuelve a la Casa de la Noche.

El rostro de Aurox pareció iluminarse.

—¿Para quedarme? ¿Podré ir al colegio allí?

—Esa es una pregunta demasiado importante como para que la responda yo sola. El Alto Consejo debe decidir tu destino —dijo Tánatos.

Contuve la respiración, aguardando a que Aurox se rajara, a que se diera cuenta de que esa era básicamente una misión suicida y nos mandara a todos al infierno y se marchara.

No hizo nada de eso. Me miró a los ojos y dijo:

—Tengo una pregunta para ti.

—De acuerdo. Dime.

—¿Qué significa chupar rueda?

No podría haberme sorprendido más si Aurox se hubiera acuclillado y dado a luz a una camada de gatitos. Durante un segundo ni siquiera pude pensar en una respuesta, y luego le solté:

—Significa que tú no te has ganado lo que te ha sido dado, sino otra persona, y que andas pegado a él y llevándote tú el mérito.

El rostro de Aurox era en esos momentos como una máscara inexpresiva. Respiró profundamente y soltó el aire poco a poco. Todos estábamos mirándolo, pero no dijo una palabra. Siguió allí, respirando y con una expresión que le hacía asemejarse a una estatua.

—Vale, ¿a quién le estás chupando rueda? —La voz de Stark cortó el silencio.

Aurox fijó sus ojos de piedra lunar en mi guerrero.

—A nadie. A nadie, y esta noche lo demostraré. —Entonces sus ojos encontraron los míos de nuevo—. Cuando sienta la presencia de los elementos, iré a por Neferet. Cuando la abuela esté a salvo, haced lo que se os ha dicho. Retirad los elementos y marchaos. No correré el riesgo de haceros daño a ninguno y no estoy seguro de poder retener mi control sobre la bestia. Decidle a la abuela que he dicho que ella es más importante que yo. —Sus ojos miraron a todo el grupo mientras decía—: Feliz encuentro, feliz partida y feliz reencuentro.

Aurox echó a correr por la calle y se alejó de nosotros hasta desaparecer por las puertas del edificio Mayo.

—Esta noche va a ser un asco para él —murmuró Stark.

—¿Hola? ¿Es que te ha dado ahora por los eufemismos o qué? —dijo Aphrodite—. Su vida entera es un asco.



## Neferet

—¿Y bien, anciana? ¿Qué crees que le ocurre a tu sangre para que sepa tan rancia como para que mis hijos no puedan alimentarse de ella?

Sylvia Redbird giró lentamente la cabeza. Sus ojos eran charcos levemente brillantes en el interior de aquella prisión de la Oscuridad.

—Tus marionetas no pueden alimentarse de mí porque tuve tiempo para prepararme.

La anciana tenía la voz ronca, pero había una fuerza persistente en ella que sorprendió a Neferet tanto como la molestó.

—Tienes razón. Eres, oh, tan especial y tan querida por tu Diosa. Pero espera —dijo Neferet con fingida sorpresa—. Si eres tan especial y querida por ella, entonces ¿por qué estás aquí, atormentada por mis hijos? ¿Por qué no te salva tu Diosa?

—Tú eres quien ha dicho que soy especial. Yo no me denominaría así, Tsi Sgili. Si me hubieras preguntado, te habría dicho que la Gran Madre Tierra me valora. Ni más, ni menos.

—Si así es como tu Gran Madre Tierra trata a un hijo que le está pidiendo a gritos ayuda, entonces te sugiero que cambies de diosa. —Neferet le dio un sorbo a su vino aderezado con sangre. No estaba segura de por qué necesitaba provocar a la anciana. Su dolor y muerte inminente tendrían que haber sido suficientes para satisfacer a la inmortal, pero no era así. Neferet no soportaba que Sylvia no gritara. Que no rogara. Desde que Kalona había huido, Sylvia había incluso dejado de gemir de dolor. Ahora, si no estaba en silencio, estaba cantando.

Neferet odiaba sus malditas canciones.

—No le he pedido ayuda a la Gran Madre Tierra. Solo le he pedido que me bendijera, y ella lo ha hecho por decuplicado.

—¡Su bendición! Estás dentro de una celda de Oscuridad que te está matando lenta y dolorosamente. ¿Qué eres tú, una mártir católica? ¿He de crucificarte boca abajo y cortarte la cabeza? —Neferet se rio de su propia ocurrencia, pero hasta para ella el sonido de su risa sonó hueco, vacío. *¡Necesito adulación y veneración! ¡Cómo puedo reinar como una Diosa sin aduladores!*

—Mataste a los profesores.

Sylvia no había hecho una pregunta, pero Neferet sintió la necesidad de responderla.

—Por supuesto que sí.

—¿Por qué?

—Para desencadenar el caos entre vampiros y humanos, claro está.

—Pero ¿eso en qué te beneficia a ti?

—El caos abrasa, quema a la gente, a los vampiros, a la sociedad. El vencedor que emerge de esas cenizas controla el mundo. Yo seré ese vencedor.

Sintiéndose petulante y poderosa, Neferet sonrió.

—Pero tú ya tenías poder. Eres alta sacerdotisa de la Casa de la Noche. Eras amada por tu Diosa. ¿Por qué dejar eso a un lado?

Neferet miró a Sylvia con los ojos entrecerrados.

—El poder no es control. ¿Cuánto poder posee tu Diosa si no puede hacer algo tan simple como controlar si me llevo o no tu vida por delante? Hace tiempo que aprendí que el control es el verdadero poder.

Sylvia negó con la cabeza y finalmente sonó y pareció tan preocupada como debería.

—No puedes controlar a nadie salvo a ti misma, Tsi Sgili. Tal vez parezca lo contrario, pero todos tomamos nuestras propias decisiones.

—¿De veras? Pongamos a prueba esa teoría. Doy por sentado que preferirías vivir. —Neferet calló, aguardando expectante la respuesta de Sylvia.

—Lo preferiría. —Las palabras de Sylvia fueron un susurro.

—Bueno, yo creo que puedo controlar si vives o mueres. Ahora, veamos quién tiene más poder. —Neferet levantó su muñeca. Con un movimiento rápido y practicado, rasgó con una de sus uñas afiladas la vena que latía cerca de la superficie en ese punto—. Ya me he cansado de esta conversación. —El tono de Neferet cambió a un sonsonete conforme su sangre fluía.

Venid, hijos míos, a saborear mi ira venid.

¡Usad mi poder y su jaula ocluid!

Sus leales zarcillos de la Oscuridad serpentearon hacia ella y se alimentaron ansiosos de su muñeca. Reforzados, volvieron a rodear a Sylvia. La anciana levantó los brazos en una postura defensiva, pero cuando lo hizo, varios de sus brazaletes se partieron y una lluvia de turquesa y plata fue cayendo por los barrotes de su celda hasta ir a parar al charco creciente de su sangre.

La anciana intentó empezar su canción de nuevo, pero sus palabras se vieron interrumpidas cuando los zarcillos cubrieron la piel descubierta, ya desprotegida, de sus brazos.

Sylvia Redbird soltó un grito ahogado de renovado dolor. Neferet rio.

## Kalona

Los humanos no miraban hacia arriba. Eso no había cambiado con el paso del tiempo.

El hombre había conquistado el cielo y, aun así, a menos que hubiera una puesta de sol espectacular o una luna llena resplandeciente que contemplar, los humanos rara vez miraban por encima de sus cabezas. Kalona no lo comprendía, pero estaba agradecido de que no lo hicieran. Rodeó el edificio Mayo y vio a Damien, Stevie Rae, Shaylin y Shaunee. A continuación regresó al edificio de la plaza ONEOK y se posó justo al lado de Tánatos.

—Los cuatro están en posición.

Tánatos asintió.

—Bien. Zoey ha entrado. Es hora de empezar. —Metió la mano dentro de su voluminosa capa de terciopelo y sacó una bolsa alargada y oscura y una caja de cerillas de madera.

Kalona señaló a la bolsa.

—¿Sal para sellar?

—Sí, es un edificio grande. Necesito mucha sal.

El inmortal asintió y pensó entonces que había llegado a apreciar el seco sentido del humor de Tánatos.

—Esperemos que en esa bolsa haya también un poco de suerte.

—¿Suerte? Pensaba que los inmortales no creían en la suerte.

—Vamos a rescatar a una humana, no a un inmortal. Los humanos cruzan los dedos y se desean buena suerte entre sí. Simplemente sigo su ejemplo —dijo—. Además, creo que toda la ayuda que podamos obtener nos vendrá bien. Si eso implica tener un poco de suerte, la aprovecharé.

—Yo también. —Tánatos extendió su mano hacia él—. No importa cuál sea el resultado de esta noche, sé que mantendrás el juramento que me hiciste y, a través de este, el que le hiciste a Nyx. Que la Diosa te bendiga, Kalona.

La agarró del antebrazo e inclinó su cabeza reverencialmente.

—Feliz encuentro, feliz partida y feliz reencuentro, alta sacerdotisa.

Kalona echó a volar mientras Tánatos cruzaba la Quinta y accedía al callejón donde Damien, vigilado por Stark, esperaba. Se posó en un contrafuerte de piedra del muro este y observó desde arriba. Le sorprendió que la voz de Tánatos llegara con tanta claridad hasta él y su sorpresa se tornó en vigilancia. El poder del hechizo de la alta sacerdotisa era tangible, y si él podía oírlo, también podría un humano.

Ven, aire, al círculo de esta noche te invoco.

Protege, defiende con tu presencia. Óyelo todo.

Tánatos encendió la cerilla y la vela amarilla cobró vida, iluminando el rostro sombrío de Damien. Stark estaba delante de él, apuntando con el arco y la flecha. Kalona se cernió inmóvil mientras la alta sacerdotisa volvía sobre sus pasos y salía rápidamente del callejón hasta la fachada del edificio Mayo. Con la mano metida bajo su capa, Tánatos estaba dejando una estela de sal tras de sí. Las luces del recibidor



reflejaron los diminutos cristales y desde allí arriba fue como si estuviera dejando un sendero de diamantes a su paso.

Tánatos se dirigió a la mesita redonda, donde Darius y Shaunee estaban sentados. La joven iniciada había colocado su enorme bolso delante de ella para tapar la visión de la vela roja a los transeúntes.

Ven, fuego, te pido que a este círculo acudas  
vigilante y fuerte, y nuestros ruegos satisfagas.

La cerilla se tornó en llama antes de que Tánatos pudiera encenderla y la vela roja prendió.

Kalona frunció el ceño. Era genial que los elementos se estuvieran manifestando, pero deseó que fueran más discretos.

Dejando una estela de sal tras de sí, Tánatos rodeó el edificio rápidamente hasta la acera que recorría la calle Cheyenne. Al igual que en el callejón junto al edificio, había contrafuertes en lo alto de sus nueve plantas, y allí es donde Kalona se posó y contempló a la pequeña iniciada, que estaba sentada con las piernas cruzadas, oculta tras un seto verde. Shaylin se había ocultado tan bien que Tánatos casi pasa de largo. Kalona asintió a modo de aprobación.

—Joven —murmuró—, pero astuta. Nyx no se equivocó con ella.

Ven, agua, para el círculo de noche te pido:  
fluye, purifica, fortalece, ese es tu cometido.

La vela azul no cobró vida tan abruptamente como la del fuego de Shaunee, sino que prendió de manera paulatina, y Kalona pudo oler el fresco aroma de las lluvias primaverales flotando hasta él.

Se elevó en el cielo, siguiendo, una vez más, a la alta sacerdotisa.

Stevie Rae esperaba con Rephaim en la parte trasera del edificio. Tánatos tuvo que bajar por una escalera empinada y oscura y abrirse camino entre furgonetas que aguardaban para los repartos. Kalona se cernió sobre la escena y observó con detenimiento. *Rephaim protege a su Stevie Rae, y yo protejo a mi hijo.* Pero parecía que esa vigilancia no era necesaria. La noche era silenciosa como la muerte. Tánatos se colocó delante de Stevie Rae.

Ven, tierra, a este círculo invoco tu presencia,  
ayúdanos y gratifícanos con tu confianza.

La vela verde chisporroteó hasta prender. Con su luz parpadeante, Kalona pudo ver el rostro de Rephaim. Estaba mirando hacia arriba. El chico parecía tranquilo y

seguro, como si creyera que no existía posibilidad de que lo de esa noche no fuera a salir bien.

Kalona deseó tener la fe de su hijo.

Se elevó de nuevo, con su vista fija en Tánatos, cuando esta completó el círculo alrededor del edificio Mayo. La alta sacerdotisa atajó por el callejón posterior y pasó rápida y silenciosamente junto a Damien y Stark, rodeando el edificio por completo con la sal. Cuando llegó a la parte delantera del edificio de nuevo, Tánatos vaciló el tiempo suficiente como para mirar hacia arriba. Kalona le devolvió la mirada antes de volar a la parte superior de la plaza ONEOK y aguardar allí. Desde ese punto pudo ver cómo la alta sacerdotisa entraba en el edificio. Tánatos desapareció unos instantes de su campo de visión y luego vio su oscura capa cuando se unió a Zoey y Aphrodite en la mesa con sillón corrido cerca del ventanal del restaurante.

Kalona no pudo oír sus palabras, pero susurró el término de la invocación de elementos:

Ven, espíritu, a este círculo te llamo  
otórganos, llénanos, en tu poder confiamos.

Zoey había llevado una pequeña vela votiva púrpura en su bolsillo al restaurante. Aphrodite y ella habían hablado de ocultarla tras el libro de texto que usaban como soporte. Desde allí Kalona no podía ver la vela, pero el círculo estaba protegido, de eso estaba seguro. Sintió la llegada del poder de los elementos. Titiló por su piel como una chispa de electricidad.

*¡No!*, quiso gritar a la noche el inmortal alado. *Si yo puedo percibir el hechizo, ¡tal vez Neferet también lo haga!* Apresado por un terrible temor, Kalona contempló el espacio que separaba el tejado de su edificio del balcón del ático de Neferet. No podía ver más allá de las balaustradas de piedra. ¿Debería volar más alto y correr el riesgo de que Neferet pudiera verlo? ¿Qué estaba ocurriendo allí?

—Aprisa, chico. Sube allí y distrae a Neferet para que no sepa del círculo y la venganza que planea desatar recaiga solo en ti. Me aseguraré de que todos se marchen. ¡Quítale a la anciana antes de que la Tsi Sgili te mate! —Esa era la verdad tácita. Kalona lo sabía, y creía que Aurox también. No habría forma de escapar para Aurox. Neferet iba a matar a su traicionero recipiente esa noche.

Kalona sintió calor y supo que Érebo se había materializado antes de que hablara, pero no se volvió. No apartó la mirada del balcón de Neferet.

—¿Dispuesto a aceptar mi ayuda, hermano?

—¿Por qué iba a necesitar tu ayuda? Siempre he sido mejor guerrero —dijo Kalona.

—Mejor guerrero, quizá, pero no mejor consorte.

—Ese era tu título, no el mío. —Kalona se negó a picar el anzuelo—. Regresa con tu Diosa. No tengo tiempo, ni paciencia, para discutir contigo esta noche.

—La Oscuridad no puede alimentarse de los dos. —La voz de Érebo sonó carente de emoción alguna—. Si vuelo hasta allí contigo, podríamos liberar a la anciana y devolverla a sus seres queridos. Neferet no podrá detenernos.

Kalona cambió de postura para poder mirar a su hermano sin dejar de controlar el balcón.

—¿Por qué harías eso?

—Para obtener lo que quiero, por supuesto —dijo Érebo.

—¿Que es?

—Que te vayas de la Casa de la Noche, de todas ellas. Los vampiros no son tu gente. Vive tu eternidad en cualquier otro lugar y deja a esos chicos con la Noche y su Sol.

—He jurado ser guerrero de la Muerte y no incumpliré mi juramento.

—Ya lo has hecho en una ocasión. ¿Qué importa una vez más?

—¡No volveré a incumplir mis juramentos! —La ira de Kalona hizo que el aire a su alrededor se agitara con el frío poder de la luz de la luna. La neblina se elevó del cuerpo bendecido por el sol de su hermano y flotó por encima del calor de sus alas doradas.

Érebo movió sus alas y la neblina se esfumó.

—Como siempre, solo piensas en ti mismo —le espetó a Kalona.

Su hermano negó con la cabeza para expresar su desagrado ante la situación.

—¿Qué diría Nyx si te oyera regatear los términos de la liberación de una anciana?

Érebo resopló.

—¿Y tú me hablas de la vida de una anciana? ¿A cuántas mujeres, jóvenes y mayores, has destruido tú durante tus siglos de destierro?

—Nyx no sabe que estás aquí. —Kalona le dio la espalda a su hermano—. He sido desterrado. He incumplido mis juramentos. Y aun así soy lo suficientemente sabio como para saber que, si tu Diosa se enterara, despreciaría lo que estás haciendo.

—¡Mi Diosa te desprecia a ti!

Kalona no lo vio marcharse. La ausencia de su calor y malicia fue prueba suficiente para saber que Érebo había regresado al Otro Mundo.

Kalona siguió observando el balcón en silencio. No transcurrió mucho tiempo hasta que Tánatos se unió a él en su vigilia.

—El círculo está abierto. El hechizo completado. Ahora todo lo que podemos hacer es esperar —dijo Tánatos.

—Y vigilar —asintió Kalona, pensando: *Y confiar*.

## Aurox

Aurox sintió el hechizo protector y supo lo que eso significaba. Sin vacilar, corrió al

ascensor y pulsó el botón del ático.

—¡Aprisa! ¡Por favor, corre! —les gritó a las puertas cerradas—. Vas muy despacio. *¡Necesito estar allí ya! Si yo he podido sentir el hechizo, ¡Neferet también ha podido sentirlo!*

Aurox quería hundir sus puños en las paredes de la lenta caja de metal. La frustración se estaba apoderando de él. La bestia se revolvió.

Aurox se quedó inmóvil. Asustado, ralentizó su respiración. *Controla a la bestia... controla a la bestia...* repitió mentalmente una y otra vez. Solo cuando el ascensor llegó a la última planta y las puertas se abrieron lentamente, los elementos lo encontraron. Lo llenaron de fuerza y calma con apremio, ahogando el calor de la bestia.

Suspiró aliviado y con renovada confianza salió al vestíbulo de pulido mármol. El olor de la sangre de Neferet pendía en el aire. Durante un instante, Aurox no lo entendió. ¿Había conseguido la abuela Redbird herir a la sacerdotisa?

Entonces oyó risas y el familiar ruido que hacían los zarcillos de la Oscuridad cuando se alimentaban. También oyó los terribles gemidos de dolor de una mujer. Aurox hizo acopio de su coraje con la ayuda de los elementos y avanzó con rapidez y sigilo hasta la sala de estar de la suite del ático.

Aurox se había creído preparado para lo que vería. Sabía que Neferet había apresado a la abuela Redbird en la Oscuridad. Sabía que estaría asustada y herida. Pero era mucho peor de lo que se había imaginado. Solo miró un instante a los ojos llenos de dolor de la abuela Redbird. Fue en Neferet en quien centró su atención.

No parecía saber siquiera que Aurox estaba allí. Estaba tumbada en un sofá largo y modular de color negro con forma de semicírculo. Tenía los brazos extendidos y las palmas levantadas y estaba riendo. Los zarcillos de la Oscuridad se congregaban a su alrededor, pululando por los cojines y retorciéndose unos contra otros, ávidos por llegar a las muñecas sangrantes de Neferet para alimentarse. Cuando una boca se apartaba de su piel, otra ocupaba su lugar. Aurox observó cómo un zarcillo abotargado culebreaba hasta la jaula que retenía a la abuela Redbird, donde se unió a sus semejantes, que estaban saizando la piel de la anciana y dejándole las mismas marcas del látigo de cuchillas de las que Kalona había sanado tan recientemente. Aurox sabía que la abuela no sería tan afortunada.

Avanzó a zancadas hasta Neferet y se arrodilló ante ella.

—¡Sacerdotisa! ¡He vuelto a ti!

Neferet tenía la cabeza recostada en el sofá. Al oír su voz, la levantó. Lo miró con los ojos entrecerrados, como si le estuviera costando centrar la vista, y luego sus ojos se abrieron de par en par al reconocerlo. A pesar de la apariencia letárgica de su cuerpo, con un grácil y rápido movimiento Neferet tomó a un zarcillo recién alimentado y se lo arrojó a Aurox. La criatura serpenteante impactó en mitad de su pecho, rajándole la camisa y rasgándole la piel.

—¡Llegas tarde! —le gritó Neferet.

Aurox no parpadeó.

—¡Perdóname, sacerdotisa! He estado perdido y confuso, no era capaz de encontrar el camino de vuelta a ti. —Aurox recitó la excusa que había pensado que Neferet creería con mayor probabilidad.

Neferet se sentó más erguida, apartó con delicadeza los zarcillos de sus muñecas y los acarició como si fueran sus hijos.

—Hiciste caso omiso de mis órdenes. Tuve que hacer un sacrificio para controlar a la bestia y aun así me fallaste. —Le lanzó otro zarcillo. Abrió un corte carmesí a lo largo del bíceps de Aurox.

El dolor se multiplicó. La bestia lo sintió y comenzó a revolverse. Aurox cerró los ojos y se imaginó el círculo refulgente y cómo este lo rodeaba con su brillo protector.

La bestia se calmó a regañadientes.

Ya fortalecido, Aurox abrió los ojos y le rogó a Neferet:

—¡No ignoré tus órdenes! El ritual del círculo y la invocación de la Muerte fueron los responsables de mi fracaso. Sacerdotisa, soy incapaz de describirte el influjo de Luz y poder que Tánatos invocó. Afectó a la bestia. ¡No pude llamarla!

—Pero yo sí, e incluso a pesar de eso no acabaste con Rephaim ni destruiste el círculo. —Neferet le lanzó otro zarcillo. Este no solo lo cortó. Se agarró a su cuello y empezó a alimentarse de él.

Aun así, Aurox no parpadeó, pero en su interior la bestia rugió, aunque el sonido quedó ahogado por una estampida de agua y una poderosa ráfaga de aire.

—Fue culpa de Dragon Lankford. Estaba protegiendo a Rephaim —dijo Aurox, intentando mantenerse erguido mientras la Oscuridad seguía alimentándose de él.

Neferet negó con la cabeza, molesta.

—Dragon no debería haber estado allí. Pensé que la muerte de Anastasia le había destrozado. Por desgracia, estaba equivocada. —Suspiró—. Aun así, sigo sin entender por qué no mataste a Rephaim después de que Dragon estuviera muerto.

—Fue como te he dicho, sacerdotisa. El ritual me hizo algo terrible. No era yo. No tenía control sobre la bestia. Tras matar al maestro de esgrima, no pude obligarla a que permaneciera y acabara con Rephaim. Echó a correr y no pude detenerla. No he vuelto en mí hasta hoy. Regresé aquí, contigo, en cuanto volví a ser yo mismo.

Neferet frunció el ceño.

—Bueno, tampoco es que haya mucho de ti que merezca la pena recuperar. Supongo que tenía que haberme esperado algo así. Sacrificio imperfecto: recipiente agrietado —murmuró más para sí misma que para Aurox—. Bueno, no terminó tan mal. —Neferet volvió a hablarle a él—. Acabaste con la vida irrisantemente honorable de Dragon Lankford. No detuviste el ritual de revelación y por culpa de eso el Alto Consejo Vampírico me ha repudiado, pero he decidido que eso no me importa mucho. No cuando dispongo de mis humanos de Tulsa y de mi pequeño grupo de vampiros para jugar. —Se inclinó hacia delante y le ofreció a Aurox su mano salpicada de sangre—. Te perdono, pues.

Aurox tomó su mano e inclinó la cabeza.

—Gracias, sacerdotisa.

El zarcillo que se había estado alimentando de su cuello separó su oscura mandíbula, cayó a la mano de Neferet y serpenteó hasta su brazo para acurrucarse junto a su pecho.

—Lo cierto es que me has dado una idea con tu regreso. Dragon Lankford quedó casi completamente desolado por la muerte de su compañera. Es patético, la verdad, y de débiles, permitir que alguien tenga tal control sobre tus emociones. Pero da igual. Dragon era una persona madura y sabia, y sin embargo la muerte de Anastasia casi lo destruye. Zoey Redbird no es ni madura ni sabia. Cuando Kalona mató de una manera tan estúpida a su humano, Zoey quedó desolada y a punto estuve de poder librarme de ella. —Neferet tamborileó uno de sus dedos manchados de sangre contra sus labios rojos. Su mirada se posó entonces en el rincón de la habitación donde Sylvia Redbird pendía en la cada vez más reducida jaula de la Oscuridad—. Sylvia, ¿te imaginas lo devastada que quedará tu dulce *u-we-tsi-a-ge-ya* cuando mueras?

La voz de la abuela Redbird sonó débil y teñida de dolor, pero habló sin vacilación alguna.

—Zoey es más fuerte de lo que crees. Infravaloras el amor. Creo que es porque nunca te has permitido a ti misma conocerlo.

—¡Nunca he dejado que me controlara como si fuera una estúpida! —Los ojos de Neferet refulgieron de ira.

Aurox deseó poder rogarle a la abuela: *¡No la provoques! ¡Mantente en silencio hasta que pueda libertarte!*

Pero la abuela Redbird no se quedó callada.

—Aceptar el amor no te convierte en una estúpida. Te hace humana, y eso es exactamente lo que no eres, Tsi Sgili. Únicamente te vanaglorias de tu victoria sobre la humanidad porque te has convertido en algo podrido y absolutamente odioso.

Aurox pudo ver que las palabras de la anciana afectaron profundamente a Neferet. La Tsi Sgili se levantó y, con una sonrisa más propia de un reptil que de una persona, le ordenó:

—Recipiente, ¡llama a la bestia y mata a Sylvia Redbird!



## Aurox

Aunque Aurox necesitaba esa orden para acercarse lo suficiente a la abuela Redbird y poder así salvarla, aquellas palabras hicieron que su estómago se tensara y que el corazón se le acelerara. Se levantó y empezó a avanzar hacia la celda de zarcillos de Oscuridad.

—Rómpele el cuello. No le causes más daño en el cuerpo del que mis hijos ya le han hecho. Quiero asegurarme de que Zoey pueda identificarla.

—Sí, sacerdotisa —dijo Aurox de manera desapasionada.

No miró al terrible charco de sangre cuajada y turquesas rotas que manchaba la alfombra bajo la jaula. Miró a la abuela Redbird a los ojos. Intentó decirle con esa mirada que no tuviera miedo, que nunca le haría daño. Articuló con los labios dos palabras: «Corre» y «Balcón».

Los ojos de la abuela no lo abandonaron en ningún momento. Asintió y luego dijo:

—Echaré en falta los amaneceres, la lavanda y a mi *u-we-tsi-a-ge-ya*, pero no le tengo miedo a la muerte.

Aurox estaba ya cerca de la jaula. Sabía lo que tenía que hacer. Los zarcillos se abrirían a él. La abuela echaría a correr. Él iría tras ella, interponiendo su cuerpo entre la abuela Redbird y los hijos serpenteantes de Neferet y ya fuera la ayudaría, en el balcón, donde la sostendría hasta que Kalona se la llevara volando a un lugar seguro.

Entonces los elementos lo abandonarían y la bestia lucharía para liberarse. Aurox tenía pocas esperanzas de vencer, pero se aferró al pensamiento de que liberar a la abuela Redbird era una victoria en sí. Aurox levantó las manos para separar a los zarcillos.

—¿Por qué no has llamado a la bestia? —La voz de Neferet estaba a escasos centímetros de él.

La abuela Redbird se encogió asustada y miró por encima del hombro de Aurox.

Aurox se volvió. Neferet estaba allí, flotando sobre un nido de zarcillos serpenteantes. No podía verle los pies. Desde las rodillas hasta los pies, todo parecía haberse convertido en parte de los hijos Oscuros que había estado alimentando.

Entonces sintió miedo y este se le metió en el cuerpo cual viento invernal. En su interior, el fuego envió su calidez y Aurox encontró de nuevo su voz.

—Sacerdotisa, la bestia no atiende a mis órdenes como antes del ritual de revelación. Pero no la necesito para partirle el cuello a una anciana.

—Pero a mí me encantan las bestias. Te ayudaré a invocarla. —Rápida como el

ataque de una serpiente, Neferet abofeteó a Aurox.

La bestia se revolvió y la tierra calmó el dolor punzante, dándole una vez más a Aurox el control de la criatura.

Neferet arqueó la ceja.

—Interesante. No percibo la presencia de la criatura ni lo más mínimo. —Su nido de Oscuridad la acercó más aún a Aurox. Pudo oler su aliento. Rancio, como si hubiera estado comiendo carne podrida. Aurox se obligó a no moverse mientras ella se inclinaba hacia él y lo rodeaba con sus brazos como si fuera su amante—. ¿Pero sabes qué es lo que sí percibo?

Aurox era incapaz de hablar. Solo pudo negar con la cabeza.

—Te lo diré. —Recorrió con su uña puntiaguda la mejilla de Aurox. El corte empezó a sangrar y los zarcillos que los rodeaban se estremecieron en respuesta—. Percibo traición. —Lo abofeteó de nuevo, esta vez usando su mano a modo de garra y haciendo que más sangre manara de su rostro—. Eres un recipiente, creado para mí. Yo soy quien te da las órdenes. Soy quien ha de llamar a la bestia. —Neferet lo golpeó de nuevo y Aurox sangró más todavía. La bestia se agitó, pero el espíritu fortaleció a Aurox, permitiéndole mantener el control.

—¿Espíritu? ¿Cómo puede estar presente un espíritu en tu interior? —Neferet se cernió sobre él, y su furia hizo que sus hijos se multiplicaran y expandieran—. ¡Atacadlo! —La Tsi Sgili lanzó un hilo de Oscuridad a Aurox. Esta vez el chico levantó el brazo para bloquear el ataque. El zarcillo le cortó el antebrazo a lo largo. La bestia se revolvió, alimentándose del dolor de Aurox.

Al momento, los otros cuatro elementos se unieron al espíritu calmante y el agua lo apaciguó, el aire lo enfrió, la tierra lo asentó y el fuego lo fortaleció.

La ira de Neferet fue terrible.

—¡Los elementos están contigo! ¿Dónde está esa zorra, Zoey, y su círculo?

—¡A salvo de ti, bruja! —gritó Aurox y a continuación se volvió y abrió la jaula de Oscuridad. Tomó a la abuela Redbird entre sus brazos y echó a correr.

—¡Atacadlo! ¡Cortadlo! ¡Causadle a Aurox un dolor insoportable! ¡Os lo ordeno!

Los zarcillos aprisionaron a Aurox por los tobillos y le hicieron unos profundos cortes que provocaron que se trastabillara. Soltó a la abuela Redbird. La anciana gritó:

—¡Aurox!

Intentó responder a la abuela Redbird, decirle que corriera al balcón, donde la libertad la aguardaba, pero Neferet fue más rápida y completó el hechizo en un segundo:

¡Creada por la Oscuridad, yo te invoco, bestia!

¡Obedece mis órdenes!

Aurox fue engullido por los zarcillos de la Oscuridad. No solo lo cortaron, sino



que presionaron sus cuerpos contra el de él. La piel se le ondeó y empezó a absorber a aquellas terribles criaturas serpenteantes. El dolor le ardía bajo la piel. Con cada latido de su frenético corazón, la Oscuridad se metía en el cuerpo de Aurox, golpeando a los elementos, hasta que estos huyeron y la bestia se despertó.

La abuela Redbird estaba llorando, intentando llegar a él. El dolor en su interior era insoportable y, con un terrible estremecimiento, su cuerpo empezó a transformarse.

—¡No! ¡Vete! —consiguió gritar. Su voz había cambiado. Era poderosa, completamente inhumana.

La bestia emergió, nacida con dolor, ira y desesperación.

La anciana se puso de pie y avanzó a duras penas hacia la puerta hecha añicos del balcón.

—¡Mátala! ¡Ahora! —ordenó Neferet.

Con lo poco que le quedaba de su mente, Aurox gritó cuando la bestia rugió y obedeció.

## Zoey

Negué con la cabeza a Aphrodite mientras esta pedía su tercera copa de champán.

—¿Cómo puedes beber?

—Con mi carnet de identidad falso que dice que me llamo Anastasia Beaverhousen y que tengo veinticinco años.

Puse los ojos en blanco.

—Oh, vale. Mi nombre falso es en realidad Kitina Maria Bartovick.

—Y ese resulta mucho menos falso —dije mientras ponía los ojos en blanco de nuevo.

—Qué más da. Funciona.

—No has contestado a lo de tus millones de copas de champán —dije yo.

—No, pero tú tampoco has captado mi fino sentido del humor. —Le dio un sorbo a su espumoso rosado—. De repente tienes un aspecto horroroso. ¿Qué ocurre?

Me limpié la frente de sudor. Estaba temblando y el estómago me estaba matando.

Aphrodite se acercó a mí, fingiendo estar interesada en el libro abierto de geometría, y susurró:

—Si empiezas a toser sangre y mueres, vas a joder el plan de esta noche.

—No me estoy muriendo. Solo... —Me callé cuando sentí una oleada de energía—. ¡Oh, no!

—¿Qué ocurre?

—El espíritu. El elemento ha vuelto. —Ya estaba marcando el número de Tánatos en mi móvil. Por el enorme ventanal vi que Shaunee se retorció como si algo la acabara de golpear a ella también, y juro que el aire a su alrededor se prendió de

fuego. Se giró. Nuestros ojos se encontraron. Agarró su vela roja.

Tánatos respondió al primer tono.

—¿Tiene Kalona a mi abuela? —pregunté.

—No. No hay señales de ella. Zoey, no puedes... —Colgué y tomé la vela púrpura pequeña entre mis manos.

—¿No está a salvo?

—No. —Ya estaba de pie—. Voy a subir. —Sin esperar a ver si Aphrodite discutía conmigo, eché a correr y salí del restaurante hasta cruzar el vestíbulo y llegar a los ascensores. Shaunee y Darius se reunieron conmigo allí. Shaunee llevaba su vela. La llama era mucho más brillante que la de la mía, pero las dos seguían encendidas.

—El fuego ha vuelto —dijo Shaunee.

Pulsé el botón del ascensor.

—Lo sé. Mi abuela sigue allí arriba.

Stark entró corriendo al vestíbulo con Damien detrás. Él también llevaba su vela y esta seguía encendida.

—¡El aire ha regresado! ¿El espíritu y el fuego también?

Asentí. Entonces miré a Stark.

—Mi abuela no ha salido. Voy a subir.

—No sin mí —dijo Stark.

—Ni sin mí. —Stevie Rae tenía la cara roja, pero sostenía entre sus manos la vela encendida.

Shaylin parecía asustada y confusa cuando entró corriendo al vestíbulo, protegiendo con su mano la llama de su vela azul.

—Algo ha ocurrido. Tengo el agua de vuelta y Tánatos no ha cerrado el círculo. Pensé que lo mejor sería entrar.

—Has hecho bien —dije—. De acuerdo, escuchad. —Las puertas del ascensor se abrieron y me metí—. Aurox ha perdido el control. Probablemente porque Neferet ha hecho algo horrible. Stark y yo vamos a subir para asegurarnos de que no maten a mi abuela. Quedaos aquí. No dejéis que las velas se apaguen. Mantened el círculo abierto.

—Claro que no —dijo Shaunee mientras entraba en el ascensor—. Si tú vas, el fuego va.

—Vamos todos —dijo Stevie Rae.

—Qué coño, yo también voy —dijo Aphrodite.

Y así fue. Mis amigos y yo nos apretujamos en el ascensor. Pulsé el botón del ático.

—Habéis de saber que nos vamos a encontrar con una mierda muy seria cuando las puertas se abran —dijo Aphrodite.

—Permanece dentro del círculo y cerca de Zoey —le dijo Darius. Tenía un cuchillo en cada mano.

Stark sacó su arco. Le puse la mano que no sostenía la vela en el brazo.

—No mates a Aurox a menos que sea necesario.

—Zoey, no será Aurox. Será la bestia. Recuérdalo —dijo él.

Asentí.

—Lo recordaré. Tú recuerda que te quiero.

—Siempre —dijo.

Las puertas se abrieron a un pasillo vacío. Salimos juntos del ascensor, manteniendo nuestras velas encendidas y nuestro círculo abierto.

El olor a sangre me golpeó. En la terrible seducción de su olor se hallaba también el aroma a lavanda y a algo que no pude identificar. Algo que me recordó a los acantilados que lindaban con la granja de mi abuela.

—Turquesas —dijo Stevie Rae—. Puedo olerlas.

Entonces oí cómo mi abuela decía entre sollozos el nombre de Aurox, seguido de un grito, un terrible rugido y luego la inconfundible voz de Neferet:

—¡Mátala! ¡Ahora!

Corrí al ático.

—¡Aire, fuego, agua, tierra, espíritu! ¡Detened a la bestia!

Se produjo un destello cegador cuando Aurox, ya transformado por completo en la horrible criatura latente bajo su piel, se abalanzó sobre mi abuela. El poder de los elementos lo revistió, chisporroteando de energía. La bestia rugió de ira, y sangre y babas cayeron de su boca mientras rodeaba a mi abuela.

—¡*U-we-tsi-a-ge-ya!*

—¡Ve al balcón! —grité. Había una puerta de cristal hecha añicos a pocos metros tras mi abuela y, a través de ella, pude ver el balcón en el que Kalona, con las alas extendidas, se estaba posando.

—No. No en esta ocasión. —De repente, Neferet estaba allí, delante de mi grupo—. ¡Sellad la puerta! —ordenó Neferet y una red oscura se formó allí donde estaba la puerta acristalada, bloqueando la salida de mi abuela. A continuación se volvió hacia nosotros—. ¡Esta vez estáis en mi casa y no invito a ningún vampiro o iniciado rojo a entrar!

—¡Oh, no! —gritó Stevie Rae cuando Shaylin, Stark y ella se elevaron del suelo y fueron arrojados contra las puertas cerradas del ascensor con tanta fuerza que Shaylin gritó. Stevie Rae y ella soltaron sus velas. El círculo estaba roto.

—¡Zoey! —gritó Stark con dolor mientras su cuerpo era golpeado una y otra vez contra las puertas de metal cerradas.

—¡Haz que pare! —gritó Shaylin.

Supe entonces lo que había ocurrido. A los vampiros rojos se les aplican normas distintas. El sol los quema. Pueden controlar las mentes de los humanos. Y no podían entrar en una casa sin ser invitados.

Aphrodite conocía esas reglas demasiado bien. Corrió al ascensor y apretó el botón. Cuando las puertas se abrieron, los tres corrieron dentro. Stark se puso de pie

primero.

—¡Dame mi arco! —le gritó a Rephaim.

—No. Prefiero que no tengas tu arco —dijo Neferet. Movi6 la mano y algo oscuro y pegajoso tir6 a Rephaim al suelo—. Pero s6 prefiero que los tres observ6is. —Chasc6 los dedos y una telara6a de zarcillos se form6 alrededor de las puertas del ascensor, manteni6ndolas abiertas. A continuaci6n se volvi6 hacia m6—. Qu6 bien que te hayas unido a tu abuela. Divirt6monos un poco, ¿no? Recipiente, ¡mata a la anciana!

La orden de Neferet hizo las veces de látigo para la bestia. Rugi6 y golpe6 la prisi6n elemental.

Y los elementos empezaron a ceder.

Solt6 mi vela y extend6 las manos. Damien me agarr6 la mano derecha. Shaunee la izquierda.

—¡Esp6ritu, sujeta a la bestia! —grit6.

—¡Aire, golp6ala! —grit6 Damien.

—¡Fuego, abr6sala! —a6adi6 Shaunee.

La burbuja de energ6a alrededor de la bestia empez6 a latir y por un momento pens6 que aguantar6a, pero entonces Neferet habl6 de nuevo.

Hijos de la divina Oscuridad,  
acercaos, absorbed, ¡mi venganza consumad!

La piel de la bestia se estremeci6 y retorci6 y, mientras gru6a, escupi6 unas terribles criaturas negras de su boca. Estas golpearon la burbuja de poder elemental. Sent6 como si me hubieran soltado un pu6etazo en el est6mago. Shaunee grit6. O6 a Damien soltar un grito ahogado de dolor. Aun as6, los dos siguieron agarr6ndome de la mano.

—¡Esp6ritu, aguanta!

—¡Aire, aguanta!

—¡Fuego, aguanta!

Los tres lo intentamos, pero yo sab6a que est6bamos perdidos. Las criaturas de la Oscuridad eran demasiadas y muy poderosas. Un c6rculo roto no pod6a hacer frente a algo as6.

—¡Zoey! ¡Vamos! —Mi abuela estaba acurrucada en el suelo ante la telara6a de Oscuridad que hab6a frenado su huida por el balc6n. Pude ver a Kalona al otro lado, batallando furiosamente contra la Oscuridad. Ten6a cortes y desgarros. Les llevaba ventaja, pero yo sab6a que no lo estaba haciendo con la suficiente rapidez.

—¡Abuela, ven conmigo!

—No puedo, *u-we-tsi-a-ge-ya*. Estoy demasiado d6bil.

—¡Int6ntalo! ¡Tienes que intentarlo! —grit6 Stevie Rae desde el ascensor.

Mi abuela empez6 a arrastrarse por el suelo hacia nosotros.

Neferet se rio.

—¡Esto es de lo más divertido! Jamás pensé que podría acabar con tantos de vosotros a la vez. Hasta me libraré de Kalona. El Alto Consejo quedará tan consternado cuando se enteren de que me atacó y que cuando vinisteis a mi rescate os mató a todos... —Estaba sentada en la parte posterior de un enorme sofá redondo con las piernas cruzadas y una mano sobre su rodilla. Su largo vestido negro le cubría los pies, pero había algo que no cuadraba. Neferet no estaba moviéndose, pero el tejido de su vestido no paraba quieto. Me estremecí. Era como si estuviera cubierta de bichos.

—Nadie lo creerá. Tánatos está aquí. Es nuestra testigo —dije yo.

—Una lástima que Kalona se volviera contra la alta sacerdotisa primero —dijo.

—¡No vas a salirte con la tuya! —le grité.

Se rio de nuevo y llamó con el dedo a las criaturas que habían salido del cuerpo de la bestia, que empezaron a presionar la burbuja con renovadas fuerzas.

Shaunee empezó a tambalearse y su mano se resbaló de la mía. El poder del elemento que contenía a la bestia amainó.

—Lo siento, Zoey. No puedo mantenerlo. —Damien también me soltó la mano y cayó de rodillas entre arcadas.

La burbuja se estremeció.

Sentí un tirón tremendo en mi interior y supe que pronto perdería al espíritu, y entonces la bestia quedaría libre.

—Madura un poco, Zoey. Esta vez no vas arreglar esta situación —dijo Neferet.

Stark estaba gritando a mis espaldas. Darius y Rephaim se hallaban a ambos lados del ascensor abierto, luchando contra los zarcillos de la Oscuridad que intentaban colarse dentro.

Pero todo aquello se me antojaba muy lejano porque las últimas palabras de Neferet seguían repiqueteando en mi cabeza, una y otra vez. *Arregla esta situación... arregla esta situación... arregla esta situación...*

Entonces lo recordé. *¡No es un poema! ¡Es un hechizo!*

Sentí que el espíritu se apartaba de mí y di un paso al frente. Saqué el papel púrpura doblado del bolsillo de mis vaqueros y, cuando lo hice, mi piedra vidente refulgió del calor.

No tenía tiempo para pensar en lo que hacía, solo para actuar. Agarré la cadena de la que pendía la piedra y la levanté delante de mí cual escudo. Entonces, con la voz amplificadas por el pánico y el poder, recité:

Espejo antiguo,  
espejo mágico,  
sombras de gris  
ocultas,  
prohibidas

dentro, lejos.  
Penetra en la neblina  
besada por la magia.  
Llama al vidente,  
revela el pasado.  
El hechizo se ha lanzado,  
¡arregla esta situación!

Miré a través de la piedra vidente y el mundo cambió por completo. Ya no tenía en mis manos una piedra pequeña con forma de flotador. La piedra vidente se había expandido y en esos momentos era una superficie redonda y suave. No fui consciente de lo que era hasta que vi el oscuro reflejo de la habitación en su superficie.

—¿Crees que puedes hacerme frente con un espejo?

No vacilé. Sabía la respuesta.

—Sí —dije con voz firme—. Eso es exactamente lo que creo que voy a hacer. —Sostuve el espejo con las dos manos y lo giré para que captara a Neferet en su superficie.

Se había levantado del sofá. El espejo atrapó su reflejo conforme iba acercándose hacia mí. Estaba riendo con crueldad y mirando desdeñosamente al espejo cuando su lenguaje corporal cambió. Empezó a mover la cabeza de un lado a otro. Abrió la boca y sollozó y se encogió como si acabara de recibir un golpe invisible. Sorprendida por el cambio acontecido en ella, giré el cuello y miré su reflejo.

Era una Neferet que no conocía. Era joven; apenas tenía mi edad. También era guapa, extremadamente guapa, a pesar de que su vestido largo de color verde estaba roto. La habían golpeado. Con dureza. Su rostro estaba perfecto. Ni un rasguño. Pero tenía lo que parecían marcas de mordiscos en los pechos y las muñecas magulladas y con moretones. Lo más terrible de todo era la sangre que cubría la parte interior de sus muslos y que le goteaba por las piernas.

—¡No! —sollozó Neferet—. ¡Otra vez no! ¡Nunca más! —Desesperada, se cubrió el rostro con las manos. Mientras la Tsi Sgili lloraba desconsolada, los zarcillos de Oscuridad comenzaron a disolverse.

—¡Espíritu! —Llamé a mi elemento, el único que aún contenía a la bestia en el debilitado círculo de poder—. Déjalo ir. —A continuación eché a andar con el espejo apuntando a Neferet—. ¡Aurox! —Mi grito hizo que la bestia volviera la cabeza, apartándola de donde mi abuela se había caído al suelo—. La Oscuridad no te controla. ¡Vuelve a nosotros! ¡Puedes hacerlo! —Negó con su cabeza deforme. Seguí caminando hacia él. Comenzó a rodearme. Seguí mirándole a sus ojos del color de la luna—. ¡Espíritu, no lo atrapes! ¡Ayúdalo!

Sentí que el elemento entraba en la bestia. Empezó a dar tumbos hasta caer sobre una rodilla. Gruñó.

—¡Lucha! ¡Eres más que una criatura de la Oscuridad! —le grité.

Levantó la cabeza y sentí una oleada de esperanza. Su piel estaba estremeciéndose y retorciéndose. ¡Estaba cambiando!

—¡Zoey! ¡Cuidado! —gritó Stark.

Miré a Aurox justo a tiempo para ver que tenía a Neferet encima de mí. Seguía mirando al espejo que yo sostenía. Lágrimas de sangre caían de sus ojos. Se había rasgado la piel con sus manos como garras. Las levantó, empapadas en sangre, y gritó:

—¡Zorra! ¡No permitiré que todo esto vuelva a mí! Maldigo a Nyx. ¡Yo misma acabaré contigo! —Y corrió hacia mí.

Aurox se abalanzó con fuerza sobre ella. Aún era lo suficientemente bestia como para tener cuernos, y clavó uno de ellos en medio del pecho de Neferet. El impulso del ataque los propulsó hacia delante y juntos atravesaron los restos de la red contra la que Kalona había estado luchando. El inmortal alado saltó a un lado cuando la bestia-chico empujó a una Neferet ululante hacia el balcón. En menos de un segundo llegaron a la balaustrada de piedra. El poder inmortal del cuerpo de la bestia la hizo añicos y los dos se precipitaron al vacío.



## Zoey

Solté el espejo y eché a correr.

—¡Kalona! ¡Sálvalo!

El inmortal ya estaba moviéndose antes de que yo hubiera acabado la orden. Con las alas extendidas, saltó por la balaustrada rota y desapareció. Corrí tras él y me detuve en el extremo del tejado. Miré hacia abajo y vi que Kalona agarraba a Aurox por el tobillo instantes antes de que el chico, que en esos momentos volvía a ser completamente humano, se golpeará contra el pavimento.

Neferet no tuvo tanta suerte. La vi. Se había golpeado con un saliente del edificio y había caído dando tumbos hasta aterrizar en mitad de la Quinta. Desde esa altura, parecía una muñeca rota. Tenía el cuello retorcido. Sus piernas y brazos doblados en la dirección equivocada. Su cabeza era un charco oscuro de sangre.

Tánatos se colocó a mi lado y me rodeó con su fuerte brazo como si tuviera miedo de que fuera a caer tras Neferet. Entonces, de repente, todos estaban allí, a mi lado. Stark me agarró y me abrazó mientras yo temblaba y seguía mirando el cuerpo de Neferet. Kalona aterrizó en el tejado con Aurox. Aphrodite ayudó a mi abuela. Deslizó su mano dentro de la mía.

—Mi *u-we-tsi-a-ge-ya*, apártate de esa terrible imagen —dijo.

Pero no lo hice. Así que, cuando el cuerpo de Neferet comenzó a convulsionarse, lo vi. Vi todo. Sus brazos y piernas empezaron a agitarse. El cabello se elevó. Arqué la espalda. Y entonces la Tsi Sgili pareció disolverse. Del interior de los pliegues de su ropa empapada en sangre, miles de arañas negras estallaron, escabulléndose hacia la alcantarilla y desapareciendo en la oscuridad.

Ahí fue cuando aparté la vista.

—No está muerta.

La alta sacerdotisa me respondió, aunque yo no había hecho una pregunta.

—No lo sé. —Tánatos estaba pálida y conmocionada—. Nunca antes había visto, ni jamás había imaginado, lo que acabamos de contemplar.

Sentí el silencio y la calma en mi interior. No estaba cansada. No estaba llorando. No estaba enfadada. Estaba tranquila, muy tranquila.

—Creo que será mejor que estemos preparados. Tengo el palpito de que Neferet volverá a por nosotros —dije.

—Sí, sacerdotisa, estoy de acuerdo —dijo Tánatos.

Rodeé la cintura de mi abuela y dejé que se apoyara en mí.

—Tienes que ir al hospital —le dije con delicadeza.



—No, *u-we-tsi-a-ge-ya*. Solo tengo que ir a casa.

Miré sus dulces ojos.

—Lo entiendo, abuela. Stark y yo te llevaremos a casa.

—Tienes que hacer algo antes —dijo Stark.

—Puede besarte y decirte que te quiere después. Salgamos de aquí. Eso de las arañas ha sido la guinda en el pastel de esta mierda de noche. Necesito un baño y un Xanax —dijo Aphrodite.

No dije nada. Estaba percibiendo una extraña vibración en Stark.

—Espera aquí. Tenéis que ver todos esto. —Me apretó la mano y luego entró en el ático. Regresó un segundo después con la piedra vidente. La cadena se había roto.

Tenía forma de flotador de nuevo y parecía totalmente inofensiva. Aun así, cuando me la pasó, la tomé con cuidado, como la bomba sin detonar que era, y fui a metérmela en el bolsillo de los vaqueros cuando Stark me detuvo.

—No, no la guardes. Levántala. Mira con ella a Aurox. Recita el hechizo de nuevo.

—¿Eh? —De repente ya no parecía tan madura y entera y brillante.

—¿A mí? —Todos se volvieron para mirar a Aurox. El chaval tenía un aspecto lamentable. Tenía la ropa hecha jirones y el rostro y las manos magullados y llenos de sangre—. ¿Por qué a mí?

—Porque cuando atacaste a Neferet vi tu reflejo en ese espejo mágico. Tenéis que ver lo que vi —dijo Stark—. Recita el hechizo de nuevo, Zoey.

—Ni siquiera sé si volverá a funcionar. Es magia antigua. Es extraña y totalmente impredecible —dije.

—Hazlo, *u-we-tsi-a-ge-ya* —dijo mi abuela.

—No tengo...

Stark me pasó el papel púrpura arrugado.

—Sí, lo tienes.

—Vale, está bien. —Levanté la piedra vidente y apunté con ella a Aurox. Antes de empezar a leer el papel, noté cómo irradiaba calor.

Espejo antiguo,  
espejo mágico,  
sombras de gris  
ocultas,  
prohibidas  
dentro, lejos.  
Penetra en la neblina  
besada por la magia.  
Llama al vidente,  
revela el pasado  
El hechizo se ha lanzado,

¡arregla esta situación!

Mi voz no sonó tan poderosa como la primera vez, pero pronuncié las palabras con fuerza y claridad, y al final la piedra vidente cambió y se expandió hasta convertirse en un círculo reflectante que apuntaba directamente a Aurox.

—Joder, es verdad —dijo Aphrodite—. Es lo más raro que he visto, y mira que he visto cosas raras.

Mi abuela se acercó renqueante hasta Aurox. Le acarició la mejilla. Aurox estaba mirando el espejo con lágrimas en los ojos. Miró a la piedra y luego a la abuela.

—Sabía que hacía bien en creer en ti, hijo —le dijo mi abuela—. Gracias por salvarme. —Cuando mi abuela se agachó, Aurox se inclinó hacia delante y ella le dio un beso maternal en la mejilla.

—Tienes que mirar al espejo, Z —dijo Stark.

—No. —Me sentía extrañamente entumecida—. Ya conozco el aspecto de Heath. Aurox estaba mirando al espejo de nuevo.

—Entonces ¿este es Heath?

—Sí —dijo Stark con un suspiro—. Ese es Heath. Lo que significa que, en cierto modo, eres amigo mío.

Aurox seguía mirando su reflejo cuando su expresión cambió. Sonrió y dijo:

—Me alegro de verte de nuevo.

Algo en su voz me hizo estremecer.

Entonces Aurox apartó la mirada del espejo y me miró a los ojos.

—¿Y tú? —me preguntó—. ¿Qué era Heath para ti?

Muchas respuestas se agolparon en mi mente: *Era mi problema, mi grano en el culo, mi pareja, mi consorte, mi roca, mi novio por siempre jamás.*

—Heath era mi humanidad —fue lo que salió de mi boca—. Y ahora parece que se ha convertido en la tuya.

Solté el espejo. Antes de que se pudiera romper, se oyó un pop y se convirtió de nuevo en la piedra vidente. Esta vez sí que me la guardé en el bolsillo.

Mi abuela se me acercó y yo le rodeé la cintura con mi brazo. Stark me tomó la mano, la levantó y me besó la palma.

—No te preocupes —dijo en voz baja—. Da igual lo que ocurra, tenemos amor. Siempre amor.

Fin

Por ahora...

# Notas

[1] Frase pronunciada por el asesino de la película *El silencio de los corderos* a la mujer a la que tiene secuestrada. <<